

ANDREA CAMILLERO

EL PERRO DE TERRACOTA.

Título original: *Il cane di terracotta*

Traducción de: María Antonia Manini Pagés

Emecé — Grandes novelistas

Buenos Aires – Argentina — octubre de 1999

Uno

A juzgar por la forma en que se estaba presentando el amanecer, el día se anunciaba decididamente desapacible, es decir, hecho en parte de golpes enfurruñados de sol y en parte de chubascos helados, todo ello matizado con ráfagas de viento repentinas. Uno de esos días en que alguien que sea propenso a padecer los efectos de los bruscos cambios meteorológicos y los sufre en la sangre y el cerebro, igual se pone a cambiar constantemente de opinión y dirección, tal como hacen esos trozos de latón cortados en forma de bandera o de gallo que giran en todas direcciones en los tejados, al menor soplo de viento.

El comisario Salvo Montalbano pertenecía de toda la vida a esta categoría humana desdichada, y esta condición la había heredado de su madre, que era de índole extremadamente enfermiza y a menudo se encerraba en el dormitorio a oscuras por sus fuertes dolores de cabeza, y entonces no se podía hacer ruido en casa y todo el mundo tenía que caminar en puntas de pie. En cambio, su padre disfrutaba siempre de la misma salud y pensaba siempre exactamente lo mismo, tanto con lluvia como con sol.

Esta vez, el comisario tampoco desmintió su naturaleza innata: en cuanto detuvo su automóvil en el kilómetro diez de la carretera provincial Vigàta—Fela, tal como le habían dicho que hiciera, le entraron ganas de volver a poner el auto en marcha, regresar al pueblo y mandar al carajo la operación. Consiguió dominarse, acercó un poco más el coche a la cuneta y abrió de nuevo la guantera para sacar la pistola que habitualmente no llevaba encima. Pero su mano quedó en suspenso en el aire: inmóvil y como hechizado, siguió contemplando el arma.

"¡Virgen santa! ¡Es verdad!", pensó.

La víspera, unas cuantas horas antes de recibir la llamada de Gegè Gullotta, que había armado todo aquel revuelo (Gegè era un vendedor al por menor de droga blanda y el organizador de un burdel al aire libre, conocido con el nombre de El Aprisco), el comisario estaba leyendo una novela negra de un escritor barcelonés que lo intrigaba muchísimo y que tenía su mismo apellido, sólo que castellanizado como Montalbán. Una frase le había llamado en especial la atención: "La pistola dormía con su presencia de lagarto frío".

Apartó la mano, ligeramente hastiado, y volvió a cerrar la guantero para permitir que el lagarto siguiera durmiendo. De todos modos, en caso de que toda la historia que estaba a punto de comenzar resultara ser una trampa, una emboscada, de poco le serviría llevar la pistola, pues los tipos lo agujerearían como y cuando les diera la gana a golpes de *kaláshnikovs*, y adiós. Sólo cabía esperar que Gegè, en recuerdo de los años que habían transcurrido sentados en el mismo pupitre de la escuela primaria, forjando una amistad que se había prolongado hasta la edad adulta, no hubiera decidido, por su propio interés, venderlo como un trozo de carne, contándole cualquier tontería para hacerla caer en la red. No, cualquier tontería, no: el hecho, en caso de ser cierto, sería una cosa muy sonada.

Lanzó un suspiro profundo y echó a andar muy despacio, levantando un pie y bajando el otro, por un sendero estrecho y pedregoso entre vastas extensiones de viñedos. Estos viñedos producían una uva de mesa de granos redondos y compactos, llamada, vaya uno a saber por qué, "uva italiana", la única que arraigaba en aquellas tierras, pues en el cultivo de cualquier otro tipo de uva para la elaboración de vino en esa región, mejor ahorrarse el dinero y el esfuerzo.

La cabaña, de planta baja y un piso, con una habitación abajo y otra arriba, se levantaba justo en el alto de la loma pequeña, semiescondida detrás de cuatro viejos e imponentes olivos que la rodeaban casi en su totalidad. Era tal como Gegè se la había descrito. Puertas y ventanas cerradas y despintadas, con un gigantesco alcaparro en la explanada anterior y otras matas más pequeñas de cohombros amargos, de esos que cuando se rozan con el extremo de un bastón salpican y esparcen las semillas por el aire; una silla de paja con el asiento agujereado colocada patas arriba, y un viejo balde de zinc para recoger agua, inutilizado por la herrumbre, que se había comido varios trozos, La hierba cubría lo demás. Todo contribuía a crear la impresión de que el lugar llevaba muchos años deshabitado, pero la impresión era falsa y Montalbano demasiado experto como para dejarse engañar por las apariencias; es más, tenía la certeza de que alguien lo observaba desde el interior de la cabaña y calibraba sus intenciones a través de sus gestos. Se detuvo a tres pasos de la puerta, se quitó la chaqueta, la colgó de la rama de un olivo para que vieran que no iba armado y llamó sin levantar demasiado la voz, como un amigo que va a ver a otro amigo.

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta ni ruido alguno. De un bolsillo del pantalón el comisario sacó un encendedor y un atado de cigarrillos, se puso uno entre los labios y lo encendió, describiendo medio círculo sobre sí mismo para situarse de cara al viento. De este modo, la persona que estaba en el interior de la casa ahora lo podría ver cómodamente de espaldas, de la misma manera que antes lo había visto de frente. Dio dos pitadas, se acercó con paso decidido a la puerta y al llamar fuertemente con la mano cerrada en un puño, se lastimó los nudillos con los restos endurecidos del barniz sobre la madera.

—¿ Hay alguien ahí? —volvió a preguntar.

Todo se hubiera podido esperar menos la voz serena y socarrona que lo sorprendió a traición por la espalda.

—Pues claro que sí. Estoy aquí.

* * *

—¡Hola! ¿Montalbano? ¡Salvuzzo! Soy yo, soy Gegè.

—Ya me había dado cuenta, cálmate. ¿Cómo estás, ojitos de miel y azahar?

—Estoy bien.

—¿Le has dado a la boca en los últimos días? ¿Vas perfeccionando las mamadas?

—Salvù, no me vengas con tus mariconadas de siempre. En todo caso, y tú lo sabes, yo no le doy a la boca sino que hago que otros le den.

—Pero ¿no eres tú el maestro? ¿Acaso no eres tú el que enseña a tus diversas putas cómo tienen que colocar los labios y cómo tiene que ser de fuerte la chupada?

—Salvù, si fuera tal como tú dices, serían ellas las que me darían lecciones a mí. A los diez años, ya lo saben todo y, a los quince, son todas maestras consumadas. Hay una albanesa de catorce años que...

—¿Ahora estás haciendo propaganda de la mercancía?

—Mira, no tengo tiempo para hablar de bobadas. Tengo que entregarte una cosa, un paquete.

—¿A estas horas? ¿Y no me lo puedes dar mañana por la mañana?

—Mañana no estaré.

—¿Sabes lo que hay en el paquete?

—Pues claro que lo sé. Hay mostachones de vino cocido, los que a ti te gustan. Mi hermana Mariannina los hizo especialmente para ti.

—¿Cómo está Mariannina de los ojos?

—Mucho mejor. En Barcelona, en España, han hecho milagros.

—En Barcelona, en España, también escriben libros muy buenos.

—¿Qué dices?

—Nada. Cosas más, no hagas caso. ¿Dónde nos vemos?

—En el lugar de siempre, dentro de una hora.

"El lugar de siempre" era la playita de Puntasecca, una corta franja de arena a los pies de una colina de marga blanca, casi inaccesible desde tierra o, mejor dicho, sólo accesible para Montalbano y Gegè, que cuando iban a la escuela primaria habían descubierto un caminito cuyo recorrido ya era muy difícil a pie y decididamente temerario en coche. Puntasecca se encontraba a pocos kilómetros del pequeño chalé a la orilla del mar, justo en las afueras de Vigàta, donde vivía Montalbano, motivo por el cual éste se lo tomó sin prisa. Sin embargo, justo cuando ya había abierto la puerta para acudir a su

cita, sonó el teléfono.

—Hola, querido. Ya ves que soy puntual. ¿Cómo te fue hoy?

—Administración normal. ¿Y a ti?

—Ídem. Oye, Salvo, estuve pensando mucho en lo que...

—Perdona que te interrumpa, Livia. Dispongo de muy poco tiempo, mejor dicho, no dispongo de ninguno. Me agarraste en la puerta, a punto de salir.

—Pues sal y buenas noches.

Livia cortó y Montalbano se quedó con el teléfono en la mano. Entonces recordó que la víspera le había dicho a Livia que lo llamara a las doce de la noche en punto porque entonces tendrían tiempo para hablar un buen rato. No supo si volver a llamar enseguida a su novia a Boccadasse o hacerlo a la vuelta, cuando regresara de su cita con Gegè. Con una punzada de remordimiento, colgó el receptor y salió.

Cuando llegó, con unos minutos de retraso, Gegè ya lo esperaba, paseando junto a su coche. Se abrazaron y se besaron, pues hacía mucho tiempo que no se veían.

—Vamos a sentarnos adentro, esta noche hace fresquito —dijo el comisario.

—Me agarraron —dijo Gegè apenas se sentó en el auto.

—¿Quiénes?

—Unas personas a las que no puedo decir que no. Tú sabes que yo, como todos los comerciantes, pago la cuota para poder trabajar en paz y para que nadie arme líos a propósito en mi burdel. Cada mes que Nuestro Señor envía a esta tierra, pasa uno que cobra.

—¿Por cuenta de quién? ¿Me lo puedes decir?

—Pasa por cuenta de Tano el Griego.

Montalbano puso los ojos en blanco, pero procuró que su amigo no se diera cuenta. Gaetano Bennici, llamado "el Griego", no había visto Grecia ni siquiera con un catalejo y de las cosas de la Hélade debía de saber tanto como una tubería de hierro, pero lo llamaban así por cierto vicio que, según la voz popular, era sumamente apreciado en los alrededores de la Acrópolis. Debía de tener por lo menos tres asesinatos en su haber, en su ambiente ocupaba un escalón por debajo de los capos capos, pero nadie sabía que actuara en la zona de Vigàta y alrededores, donde el territorio se lo disputaban las familias Cuffaro y Sinagra. Tano pertenecía a otra "parroquia".

—Pero ¿qué se le ha perdido a Tano el Griego por estos lugares?

—¿Qué carajo de preguntas me haces? ¿Qué mierda de lince eres? ¿Acaso no sabes que se ha decretado que para Tano el Griego no hay parajes ni zonas en lo tocante a las mujeres? Le han concedido el control y las prebendas de todo el puterío de la isla.

—No lo sabía. Sigue.

—Hacia las ocho de esta misma noche pasó el hombre de siempre para

el cobro, era el día establecido para el pago de la cuota. Tomó el dinero que yo le di, pero, en lugar de irse, esta vez abrió de nuevo la puerta del auto y me dijo que subiera.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté, me dieron sudores fríos. Pero ¿qué podía hacer? Subí y él puso el coche en marcha. Resumiendo, toma la carretera de Fela, se para cuando no llevábamos ni siquiera media hora de camino...

—¿Le preguntaste adónde iban?

—Claro.

—¿Qué te dijo?

—No abrió la boca, como si yo no hubiera dicho nada. Al cabo de media hora, me hace bajar en un sitio donde no había ni un alma y me indica que siga un sendero. Por allí no pasaba ni un perro. En determinado momento, no sé de dónde carajo salió, se me planta delante Tano el Griego. Me pegué un susto tan grande, que las piernas se me aflojaron como si fueran un flan. Compréndeme, no fue por cobardía, pero es que este tipo tiene cinco

—¿Como cinco?

—¿Por qué? ¿Cuántos cuentan ustedes?

—Tres.

—Pues no, señor, son cinco, garantizados al ciento por ciento.

—Muy bien, sigue.

—Yo empecé a jugar a pares y nones. Puesto que siempre había pagado religiosamente, me convencí de que Tano quería subirme el precio. No me puedo quejar de mis negocios, y ellos lo saben. Estaba equivocado, no era cosa de dinero.

—¿Qué quería?

—Sin saludarme siquiera, me preguntó si te conocía.

Montalbano creyó no haberle entendido.

—¿Si conocías a quién?

—A ti, Salvù, a ti.

—¿Y qué le dijiste?

—Yo, cagándome encima, le contesté que sí te conocía, pero sólo de vista, buenos días y buenas tardes. Te juro que me miró con un par de ojos como los de las estatuas, fijos y muertos; después echó la cabeza hacia atrás, soltó una risita y me preguntó si quería saber cuántos pelos tenía yo en el culo, con un margen de error de dos como máximo. Quería darme a entender que conocía mi vida y milagros y mi muerte, esperemos que sea lo más tarde posible. Por eso miré el suelo y no abrí la boca. Entonces me dijo que te dijera que quiere verte.

—¿Cuándo y dónde?

—Esta misma noche, al amanecer. Luego te explico dónde.

—¿Sabes qué quiere de mí?

—Eso ni lo sé ni lo quiero saber. Me dijo que procurara convencerte de que te puedes fiar de él como de un hermano.

"Como de un hermano": las palabras, en lugar de tranquilizar a Montalbano, le provocaron un estremecimiento desagradable. Era bien sabido que en el primer lugar de los tres —o los cinco— asesinatos de Tano figuraba el de su hermano mayor, Nicolino, primero estrangulado y después, por una misteriosa norma semiológica, cuidadosamente desollado. El comisario se sumió en negras reflexiones que se volvieron todavía más negras, de ser ello posible, cuando oyó las palabras que Gegè le susurró, apoyando una mano en su hombro.

—Ten mucho cuidado, Salvù. Ése es una mala bestia.

Estaba regresando a casa muy despacio cuando los faros del auto de Gegè, que lo seguía, parpadearon varias veces. Se desvió, Gegè se acercó e, inclinándose hacia la ventanilla del asiento del acompañante, le entregó un paquete.

—Me olvidaba de los mostachones.

—Gracias. Pensaba que había sido un pretexto.

—¿Quién te crees que soy? ¿Un tipo que dice una cosa por otra?

Gegè aceleró, ofendido.

El comisario pasó una noche digna de ser contada a un médico. El primer pensamiento que le vino a la mente fue llamar al jefe de policía, despertarlo e informarlo para protegerse las espaldas contra todas las consecuencias que aquel asunto pudiera tener. Pero Tano el Griego había hablado muy claro al respecto, tal como le había dicho Gegè: Montalbano no tenía que decirle nada a nadie y debía acudir solo a la cita. Sin embargo, aquí no era cuestión de jugar a policías y ladrones; su obligación era cumplir con su deber, es decir, advertir a sus superiores, organizar con ellos en sus más mínimos detalles los dispositivos de vigilancia y captura, tal vez con la ayuda de gran cantidad de refuerzos. Tano era un prófugo de la Justicia desde hacía diez años, ¿y se iba a reunir tranquilamente con él como si fuera un amigo que regresara de América? De eso ni hablar, no era posible, el jefe de policía tenía que ser informado de inmediato. Marcó el número de su superior en Montelusa, la capital.

—¿Eres tú, querido? —dijo la voz de Livia desde Boccadasse, Génova.

Montalbano se quedó un instante sin respiración; por lo visto, su instinto lo había guiado no a hablar con el jefe sino a marcar un número equivocado.

—Perdóname por lo de antes, recibí una llamada imprevista que me obligó a salir.

—No te preocupes, Salvo, ya sé la profesión que tienes. Más bien perdóname tú por el arrebató. Me decepcioné.

Montalbano miró el reloj: le faltaban por lo menos tres horas para reunirse con Tano.

—Si quieres, podemos hablar ahora.

—¿Ahora? Discúlpame, Salvo, no es por despecho, pero prefiero no hacerla. Tomé un somnífero y se me están cerrando los ojos.

—Bueno, de acuerdo. Hasta mañana. Te quiero, Livia.

La voz de Livia cambió de golpe y adquirió un tono despabilado y alterado.

—¿Cómo? ¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre, Salvo?

—Nada, ¿qué quieres que ocurra?

—Ah, no, querido, tú a mí no me engañas. ¿Tienes que hacer algo peligroso? No me tengas preocupada, Salvo.

—Pero ¿cómo se te ocurren estas cosas?

—Dime la verdad, Salvo.

—No estoy haciendo nada peligroso.

—No te creo.

—Pero ¿por qué, Dios bendito?

—Porque me dijiste "te quiero" y desde que nos conocemos sólo me lo has dicho tres veces, las he contado, y cada vez fue por algo fuera de lo normal.

Lo único que podía hacer era cortar; con Livia podía ser interminable.

—Adiós, cariño, que descanses. No seas boba. Adiós, tengo que volver a salir.

Y ahora, ¿qué hacer para pasar el rato? Se duchó, leyó unas cuantas páginas del libro de Montalbán casi sin enterarse de lo que leía, fue de una habitación a otra, enderezando un cuadro, volviendo a leer una carta, una factura, una nota, tocando todo lo que tenía a mano. Volvió a ducharse, se afeitó y se hizo un corte justo bajo la barbilla. Encendió el televisor y lo apagó enseguida porque le produjo una sensación de mareo. Por fin, llegó la hora. Cuando ya estaba a punto de salir, le apeteció comerse un mostachón de vino cocido. Con asombro se dio cuenta de que el paquete que había sobre la mesa estaba abierto y de que en el interior de la caja de cartón no quedaba ni uno. Se los había comido todos sin darse cuenta, de lo nervioso que estaba. Y lo peor era que ni siquiera los había disfrutado.

Dos

Montalbano se volvió muy despacio, como si quisiera compensar con ello la furia sorda y repentina que le había causado haberse dejado sorprender por la espalda, como un principiante. A pesar de encontrarse en estado de alerta, no había conseguido percibir el menor ruido.

"¡Uno a cero a tu favor, rufián!", pensó.

A pesar de que jamás lo había visto en persona, lo reconoció de inmediato: en comparación con las señas de años atrás, Tano se había dejado crecer la barba y el bigote, pero los ojos eran los mismos, totalmente inexpresivos, "de estatua", tal como con acierto había dicho Gegè.

Tano el Griego se inclinó ligeramente y en su gesto no hubo la más mínima sombra de burla o de tornadura de pelo. De modo automático, Montalbano correspondió con otra leve inclinación.

Tano echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Parecemos dos japoneses, aquellos guerreros de la espada y la coraza. ¿Cómo se llaman?

—Samurais.

Tano extendió los brazos como si quisiera estrechar contra su pecho al hombre que tenía delante.

—Mucho gusto en conocer personalmente al famoso comisario Montalbano.

Montalbano decidió prescindir de los cumplidos e ir directo al grano para situar el encuentro en el debido terreno.

—No sé qué gusto le puede dar conocerme.

—De momento, ya me dio uno.

—Explíquese.

—Me está tratando de usted, ¿le parece poco? No hubo ni un solo esbirro, ni uno solo, y mire que he conocido a muchos, que me haya tratado de usted.

—Se dará cuenta, espero, de que yo soy un representante de la ley, mientras que usted es un peligroso prófugo de la Justicia y un asesino múltiple. Y nos estamos viendo cara a cara.

—Yo no voy armado. ¿Y usted?

—Yo tampoco.

Tano volvió a echar la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada sonora.

—¡Yo nunca me equivoco con las personas, nunca!

—Tanto si va armado como si no lo está, tengo que detenerlo.

—Y yo estoy aquí, comisario, para que usted me detenga. Quise verlo a propósito.

No cabía duda de que era sincero, pero precisamente su evidente sinceridad hizo que Montalbano se pusiera en guardia, sin conseguir entender adónde quería ir a parar Tano.

—Podía presentarse en la comisaría y entregarse. Aquí o en Vigàta, da lo mismo.

—Pues no, señor comisario, no es lo mismo. Me extraña que usted, que sabe leer y escribir, no comprenda que las palabras no son iguales. Hago que me detengan, no me entrego. Si toma su chaqueta, hablaremos adentro. Entretanto, abriré la puerta.

Montalbano descolgó la chaqueta de la rama del olivo, se la colgó del brazo y entró en la cabaña detrás de Tano. Dentro estaba todo a oscuras; el Griego encendió un quinqué y le indicó por señas al comisario que se sentara en una de las dos sillas que había junto a una mesita. En la habitación había un catre con sólo un colchón, sin almohada ni sábanas, una pequeña estantería con puertas de cristal llena de botellas, vasos, galletas, platos, paque-

tes de pasta, latas de salsa y toda una serie de cajas. Encima de una cocina de leña, varias ollas y peroles. Pero los ojos del comisario se detuvieron en un animal mucho más peligroso que el lagarto que dormía en la guantera de su coche: una auténtica serpiente venenosa, una ametralladora que dormitaba apoyada de pie contra la pared, al lado del catre.

—Tengo vino bueno —dijo Tano como si fuera un verdadero anfitrión.

—Sí, gracias —asintió Montalbano.

Después del frío, la mala noche, la tensión y el kilo largo de mostachones que se había engullido, el vino le hacía muchísima falta.

El Griego sirvió el vino y levantó su vaso.

—A su salud.

El comisario levantó el suyo y le devolvió el brindis.

—A la suya.

El vino era fabuloso; daba gusto tomarlo, y al bajar por la garganta, reconfortaba y daba calor.

—Es de veras bueno —lo felicitó Montalbano.

—¿Otro?

Para no caer en la tentación, el comisario apartó bruscamente el vaso.

—¿Vamos a hablar?

—Hablemos. Bueno, ya le dije que he decidido dejar que me detengan...

—¿Por qué?

La pregunta a bocajarro desconcertó a Tano. Fue sólo un momento, enseguida se recuperó.

—Tengo que someterme a un tratamiento, estoy enfermo.

—¿Me permite? Puesto que usted cree conocerme muy bien, sabrá sin duda que no soy una persona fácil de engañar.

—Estoy seguro de que no.

—Entonces, ¿por qué no me respeta y deja de contarme estupideces?

—¿No cree que estoy enfermo?

—Lo creo. Pero la estupidez que me quiere hacer tragar es que, para curarse de su enfermedad, necesita que lo detengan. Si quiere, me explico. Usted estuvo un mes y medio internado en la Clínica Madonna di Lourdes, en Palermo, y después permaneció tres meses internado en el Sanatorio Getsemani, de Trapani, donde el profesor Amerigo Guarnera lo operó. Si usted quisiera, hoy mismo, a pesar de que la situación es ligeramente distinta de la de hace unos años, encontraría una clínica dispuesta a cerrar los ojos y no denunciar su presencia a la policía. Por consiguiente, la razón por la cual quiere que lo detengan no es su enfermedad.

—¿Y si le dijera que los tiempos cambian y que la rueda gira muy rápido?

—Eso ya me convence un poco más.

—Mire, mi padre, que en paz descanse, que era un hombre de honor en la época en que la palabra "honor" significaba algo, me explicaba cuando

yo era pequeño que el carro en el que viajaban los hombres de honor necesitaba mucha grasa para que las ruedas giraran y se movieran sin dificultad. Después, pasada la generación de mi padre, cuando yo tuve que subir al carro, uno de los nuestros dijo: "Pero ¿por qué tenemos que seguir comprando la grasa que necesitamos a los políticos, los alcaldes, los dueños de los Bancos y compañía? ¡Vamos a fabricar nosotros mismos la grasa que necesitamos!" ¡Muy bien! ¡Bravo! Estamos todos de acuerdo. Claro que siempre había alguien que le robaba el caballo al compañero, alguien que le impedía seguir un determinado camino a su socio, alguien que la emprendía a tiros contra el carro, el caballo y el jinete de otra "congregación"... Pero eran cosas que podíamos arreglar por nuestra cuenta. Los carros se multiplicaron y hubo más caminos que recorrer. En determinado momento, a una lumbrera se le ocurrió una idea genial y se preguntó qué significaba seguir circulando con el carro. "Vamos demasiado despacio", explicó. "Nos joden en velocidad, ¡ahora todo el mundo utiliza el auto, no se puede ignorar el progreso!" ¡Muy bien! ¡Bravo! Y todos corrieron a cambiar el carro por un auto y a sacar el carné. Pero algunos no consiguieron aprobar el examen de conducción y tuvieron que irse o los echaron. Cuando aún no habíamos tenido tiempo ni siquiera de familiarizarnos con el coche nuevo, los más jóvenes, que iban en auto desde que habían nacido y habían estudiado derecho o economía en los Estados Unidos o en Alemania, nos hicieron saber que nuestros automóviles eran demasiado lentos, que ahora teníamos que subirnos a un coche de carreras, una Ferrari o una Maserati provistas de radioteléfono y fax para poder salir disparados como un rayo. Estos chicos son de lo más nuevo que hay, hablan con los aparatos y no con las personas, ni siquiera te conocen, no saben quién eres y, si lo saben, les importa un pito, puede que ni siquiera se conozcan entre sí, hablan con el ordenador. En resumen, estos chicos no miran a nadie a la cara. En cuanto ven que tienes problemas con un automóvil lento, te echan fuera de la carretera sin pensarlo dos veces y tú te quedas en la cuneta con los huesos del cuello rotos.

—Y usted no sabe conducir una Ferrari.

—Exacto. Por eso, antes de morir en la cuneta, es mejor que me aparte.

—Sólo que no me parece usted un hombre dispuesto a apartarse voluntariamente.

—Voluntariamente, comisario, se lo aseguro, voluntariamente... Claro que hay maneras y maneras de convencer a una persona de que actúe libremente, por su propia voluntad. Una vez, un amigo mío que leía mucho y era culto, me contó una historia que yo le cuento a usted tal cual. La había leído en un libro alemán. Un hombre le dice a un amigo: "¿Qué apuestas a que mi gato se come la mostaza picante, esa que pica tanto que te hace un agujero en la barriga?" "A los gatos no les gusta la mostaza", contesta el amigo. "Pues al mío se la hago comer", dice el tipo. "¿Se la haces comer a golpes y a palos?", pregunta el amigo. "No, señor, sin obligarlo, se la come

voluntariamente", contesta el hombre. Hacen la apuesta, el hombre toma una buena cucharada de mostaza, de esas que, sólo de verlas, notas que te arde la boca, sujeta al gato y, izas!, le mete la mostaza en el culo. El pobre gato, al sentirse arder el culo de aquella manera, empieza a lamérselo. Lame que te lame, acaba comiéndose voluntariamente toda la mostaza. Y eso es todo, distinguido señor.

—Lo he comprendido perfectamente. Ahora volvamos al tema inicial.

—Le estaba diciendo que yo me dejo detener, pero necesito un poco de teatro para salvar las apariencias.

—No entiendo.

—Ahora se lo explico.

Se explicó largo y tendido, bebiendo de vez en cuando un vaso de vino. Al final, Montalbano comprendió los motivos de Tano. Pero ¿se podía uno fiar de él? Éste era el auténtico quid de la cuestión. En su juventud, Montalbano era muy aficionado a jugar a las cartas (por suerte, más adelante se le había pasado la afición): por eso intuía que el Griego estaba jugando con cartas no marcadas, sin trucos. Por fuerza tenía que fiarse de esa sensación, en la esperanza de no fallar. Minuciosa y meticulosamente prepararon todos los detalles de la detención para evitar que algo les saliera mal. Cuando terminaron de hablar, el Sol ya estaba muy alto en el cielo. Antes de salir de la cabaña y dar comienzo a la representación, el comisario miró largo rato a los ojos a Tano.

—Dígame la verdad.

—A sus órdenes, *dutturi* Montalbano.

—¿Por qué me eligió precisamente a mí?

—Porque usted, y me lo está demostrando, es un hombre que entiende las cosas.

Mientras bajaba a toda velocidad por el sendero que corría a través de los viñedos, Montalbano recordó que en la comisaría debía de estar de guardia Agatino Catarella, por lo que la conversación telefónica que estaba a punto de comenzar sería en el mejor de los casos difícil, cuando no origen de equívocos desgraciados y peligrosos. El tal Catarella era un pobre tipo. Corto de entendederas y lento de reflejos, seguro que había ingresado al cuerpo de policía por ser pariente lejano del ex omnipotente honorable Cusumano, que, tras haberse pasado un verano en el frescor de la cárcel del Ucciardone, había sabido estrechar otros vínculos con los nuevos poderosos hasta el extremo de haberse ganado un buen trozo de pastel, de ese pastel que cada vez se iba renovando milagrosamente con sólo cambiar alguna que otra fruta confitada o colocar otras velitas en sustitución de las ya consumidas. Las cosas con Catarella se enredaban todavía más cuando le entraba el capricho —cosa que le ocurría muy a menudo— de hablar en lo que él llamaba "taliàno".

Un día se había presentado ante el comisario con cara de circunstancias.

—*Dottori*, ¿usted no podría, por casualidad, indicarme a uno de esos médicos que son especialistas?

—¿Especialistas en qué, Catarè?

—En enfermedades venéreas.

Montalbano se lo quedó mirando, boquiabierto.

—¿Tú, una enfermedad venérea? ¿Y cuándo te la pescaste?

—Yo recuerdo que esta enfermedad me vino cuando era todavía muy pequeño, tendría menos de seis o siete años.

—Pero ¿qué carajo me estás diciendo, Catarè? ¿Estás seguro de que se trata de una enfermedad venérea?

—Segurísimo, *dottori* comisario. Va y viene, va y viene... Venérea.

"En el auto, mientras se dirigía a una cabina telefónica que tenía que haber cerca del cruce de Torresanta (tendría que haber una, a menos que hubieran cortado el receptor, robado todo el aparato y hecho desaparecer la cabina), Montalbano decidió no llamar ni siquiera al subcomisario Mimì Augello porque éste era de esos que lo primero que haría sería avisar a los periodistas y fingir después sorprenderse de su presencia.

Sólo quedaban Fazio y Tortorella, los dos sargentos o como mierda los llamaran ahora. Eligió a Fazio, pues a Tortorella le habían pegado un tiro en las tripas no hacía mucho tiempo y todavía no se había recuperado del todo y de vez en cuando le dolía la herida.

La cabina aún estaba milagrosamente en su sitio, el teléfono milagrosamente funcionaba y Fazio contestó cuando aún no había terminado de sonar el segundo timbrado.

—Fazio, ¿ya estás de guardia a esta hora?

—Sí, *duttu*. No hace ni medio minuto que me telefoneó Catarella.

—¿Qué quería?

—Casi no me pude enterar, se puso a hablar "taliàno". Me pareció entender que esta noche saquearon el supermercado de Carmelo Ingrassia, ese tan grande que hay en las afueras del pueblo. Tienen que haber ido con un Tir o un camión muy grande.

—¿No estaba el vigilante nocturno?

—Sí estaba, pero no lo encuentran.

—¿Ibas para allá?

—Sí, señor.

—Pues no vayas. Llama enseguida a Tortorella y dile que avise a Augello. Que vayan ellos dos. Dile que tú no puedes ir, cuéntale la primera tontería que se te ocurra, que te has caído de la cuna y te has golpeado la cabeza. No, diles más bien que te han venido a detener los carabinieri. Mejor todavía, llama y dile que avise al Cuerpo de Carabineros, de todos modos es una bobada, una mierda de robo, y así, de paso, los del Cuerpo estarán con-

tentos de que los hayamos llamado para que colaboren. Y ahora óyeme bien: después de haber avisado a Tortorella, Augello y a los carabinieri, llamas a Gallo, Galluzzo —madre mía, eso parece un gallinero— y a Germanà, y se vienen todos adonde ahora te digo. Todos armados con ametralladoras.

—¡Carajo!

—Carajo, sí, señor. Es una cosa muy gorda que se tiene que hacer con prudencia, a nadie se le tiene que escapar ni media palabra, y menos que a nadie a Galluzzo, con su cuñado, el periodista. Y dile sobre todo al cabeza de chorlito de Gallo que no se ponga a conducir como si estuviera en Indianápolis. Nada de sirenas ni de luces de emergencia. Cuando se arma alboroto y se revuelve el agua, el pez se escapa.

"Y ahora escúchame bien, que vaya decirte adónde tienes que ir.

Llegaron en silencio, antes de que hubiera transcurrido media hora de la llamada, como si estuvieran efectuando una patrulla normal. Descendieron del vehículo y se dirigieron hacia Montalbano, quien les indicó por señas que lo siguieran. Se reunieron detrás de una casa medio en ruinas para que no los pudieran ver desde la carretera provincial.

—En el coche tengo una ametralladora para usted —dijo Fazio.

—Pues te la metes en el trasero. Escúchenme bien: si sabemos jugar bien la partida, nos llevamos a casa a Tano el Griego.

Montalbano percibió que a sus hombres se les cortaba por un instante la respiración.

—¿Tano el Griego por aquí? —preguntó asombrado Fazio, el primero en recuperarse de la sorpresa.

—Lo he visto muy bien, es él. Se ha dejado crecer la barba y el bigote, pero se le reconoce de todos modos.

—¿Y usted cómo lo encontró?

—Fazio, no me hanches las bolas, te lo explicaré todo después. Tano está en una cabaña en lo alto de aquella loma, desde aquí no se ve. Está rodeada de olivos gigantescos. Es una casa de dos habitaciones, una en la planta baja y la otra en el piso de arriba. En la fachada hay una puerta y una ventana y otra ventana en la habitación de arriba, pero da a la parte de atrás. ¿Está claro? ¿Lo han entendido bien? Tano sólo puede salir por adelante, a no ser que se arrojará a la desesperada por la ventana de la habitación de arriba, pero a riesgo de romperse una pierna...

"Vamos a hacer lo siguiente. Fazio y Gallo se van a la parte de atrás; Germanà, Galluzzo y yo derribamos la puerta y entramos.

Fazio miró al comisario con recelo.

—¿Qué ocurre? ¿No estás de acuerdo?

—¿No sería mejor rodear la casa y ordenarle que se rindiera? Somos cinco contra uno, no se puede escapar.

—¿Está seguro de que dentro de la casa no hay nadie con Tano?

El comisario no contestó.

—Háganme caso a mí —dijo luego, dando por terminado el breve consejo de guerra—. Es mejor que se encuentre el huevo de Pascua con la sorpresa.

Tres

Montalbano calculó que Fazio y Gallo ya debían de llevar por lo menos cinco minutos apostados detrás de la cabaña; él, por su parte, tendido boca abajo en el suelo sobre la hierba, con la pistola en la mano y una molesta piedra que le comprimía justo la boca del estómago, se sentía tremendamente ridículo; tenía la sensación de haberse convertido en un personaje de una película de gánsters y estaba deseando dar la señal para que se levantara el telón. Miró a Galluzzo, que estaba a su lado —Germanà se encontraba un poco más apartado, hacia la derecha— y le preguntó en voz baja:

—¿Estás preparado?

—Sí, señor —contestó el agente.

Sudaba y se veía bien a las claras que estaba hecho un manojito de nervios. Montalbano se compadeció de él pero, como es natural, no podía contarle que se trataba de un montaje de resultado incierto, desde luego, pero de cartón.

—¡Adelante! —le ordenó.

Como disparado por un resorte comprimido en su extremo y casi sin rozar el suelo, Galluzzo alcanzó de tres saltos la casa y se pegó contra la pared, cerca de la puerta. Daba la impresión de no haber hecho el menor esfuerzo, pero el comisario vio que el pecho le subía y bajaba a causa de la respiración afanosa. Galluzzo empuñó la ametralladora y le hizo señas al comisario de que ya estaba preparado para la segunda parte. Entonces Montalbano miró a Germanà, que aparentaba estar no sólo tranquilo sino incluso relajado.

—Voy —le dijo sin emitir ningún sonido, silabeando en silencio con un exagerado movimiento de los labios.

—Yo lo cubro —contestó Germanà de la misma manera, señalando con un gesto de la cabeza la ametralladora que sostenía entre sus manos.

El primer salto hacia delante del comisario fue, si no de antología, por lo menos de manual: una separación del suelo firme y equilibrada, digna de un especialista en salto de altura, una suspensión de levedad aérea, un aterrizaje neto e impecable que hubiera dejado boquiabierto a un bailarín. Galluzzo y Germanà, que lo estaban mirando desde distintos ángulos de visión, se deleitaron en la contemplación de la prestancia de su jefe. La salida del segundo salto estuvo mejor calibrada que la del primero en cuanto a la suspensión, pero ocurrió algo por lo cual Montalbano, que estaba muy tieso, se inclinó de repente hacia un lado como la Torre de Pisa, en una caída propia de un auténtico número de payaso. Tras haberse tambaleado con los brazos extendidos en busca de un punto de apoyo imposible, cayó pesadamente de

lado. Galluzzo se movió para prestarle auxilio, pero se detuvo a tiempo y volvió a pegarse al muro. Germanà también se levantó de golpe, pero enseguida volvió a agacharse. Menos mal que todo era una farsa, pensó el comisario, de lo contrario, Tano los hubiera podido abatir en aquel momento como si fueran bolos. Soltando las más sustanciosas palabrotas de su amplio repertorio, Montalbano se puso a buscar a gatas la pistola que, durante la caída, se le había escapado de las manos. Al final, la vio bajo una mata de cohombros amargos y, en cuanto introdujo el brazo para recogerla, todos los cohombros estallaron y le inundaron la cara de semillas. Con una tristeza ligeramente teñida de rabia, el comisario se dio cuenta de que había dejado de ser un héroe de película de gánsters para convertirse en un personaje de una película de Bud Abbott y Lou Costello. Ahora ya no tenía ánimos para dársele de atleta o de bailarín y recorrió los pocos metros que lo separaban de la cabaña a paso rápido y con el cuerpo sólo ligeramente encorvado.

Mirándose a los ojos, Montalbano y Galluzzo se hablaron sin palabras y se pusieron de acuerdo. Se situaron a tres pasos de la puerta, que no daba la impresión de ser muy resistente, respiraron hondo y se lanzaron contra ella con toda la fuerza de sus respectivos cuerpos. La puerta resultó ser de papel de seda o casi; habría sido suficiente un manotazo para derribarla, por cuyo motivo ambos se vieron proyectados al interior de la cabaña. El comisario consiguió detenerse milagrosamente; en cambio, Galluzzo, por efecto de la violencia de su ímpetu, atravesó toda la habitación y se dio de cara contra la pared, reventándose la nariz, y quedó medio asfixiado por la sangre que se le escapaba a chorros. Bajo la débil luz del quinqué que Tano había dejado encendido, el comisario tuvo ocasión de admirar el arte de consumado actor del Griego. Fingiéndose haber sido sorprendido mientras dormía, se levantó de un salto y empezó a proferir maldiciones mientras corría hacia el *kaláshnikov* que ahora estaba apoyado contra la mesa y, por consiguiente, lejos del catre. Montalbano se dispuso a interpretar su papel dando el pie, tal como suele decirse en la jerga teatral.

—¡Alto! ¡Alto en nombre de la ley o disparo! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones, efectuando cuatro disparos contra el techo.

Tano se quedó petrificado, con los brazos levantados. Convencido de que en la habitación de arriba se escondía alguien, Galluzzo disparó una ráfaga de ametralladora contra la escalera de madera. Al oír el tiroteo del interior, Fazio y Gallo abrieron un fuego disuasivo contra la ventanita. Todos los que se encontraban en el interior de la cabaña estaban medio aturcidos por el ruido de los disparos cuando, de pronto, apareció Germanà para acabar de arreglado.

—Quietos todos o disparo.

Ni siquiera había tenido tiempo de terminar su requerimiento amenazador cuando se vio empujado por detrás por Fazio y Gallo y obligado a situarse entre Montalbano y Galluzzo, el cual, tras haber soltado la ametralladora, había sacado un pañuelo del bolsillo, con el que estaba tratando de

restañar la sangre que le había manchado la camisa, la corbata y la chaqueta. Al verlo, Gallo se puso nervioso.

—¿Te disparó? Te disparó el rufián, ¿verdad? —preguntó, volviéndose enfurecido hacia Tano que, con más paciencia que un santo, permanecía de pie con los brazos en alto, a la espera de que las fuerzas de la ley pusieran un poco de orden en todo el alboroto que estaban armando.

—No, no me disparó. Yo me di contra la pared—consiguió decir Galluzzo.

Tano no miraba a nadie; se estaba estudiando la punta de los zapatos. "Está por largarse a reír", pensó Montalbano y de inmediato dio una orden perentoria a Galluzzo:

—Colócale las esposas.

—¿Es él? —preguntó Fazio en voz baja.

—Es él, ¿acaso no lo reconoces? —replicó Montalbano.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Métanlo en el coche y llévenlo a la jefatura de Montelusa. Por el camino, llamas al jefe, se lo explicas y le preguntas qué tienen que hacer. Procuren que nadie lo vea y lo reconozca. Por el momento, la detención tiene que mantenerse en absoluto secreto. Ya pueden irse.

—¿Y usted?

—Yo echo un vistazo a la casa y la registro, nunca se sabe.

Fazio y los agentes, con Tano en medio ya esposado y Germanà sosteniendo en la mano el *kaláshnikov* del detenido, se dispusieron a salir. Sólo entonces Tano el Griego miró por un instante a Montalbano. El comisario se dio cuenta de que la mirada "de estatua" había desaparecido y de que ahora los ojos estaban más animados y parecían casi risueños.

Cuando el grupo de policías desapareció al llegar al final del sendero, Montalbano volvió a entrar en la cabaña para dar comienzo al registro. Y, en efecto, abrió de nuevo el aparador, tomó la botella de vino que aún estaba medio llena y se la llevó a la sombra de un olivo para bebérsela con toda tranquilidad. La captura del peligroso prófugo de la Justicia se había llevado a cabo con todo éxito.

Mimì Augello, que estaba de un humor de los mil demonios, en cuanto vio aparecer a Montalbano en el despacho, se le puso delante hecho una furia.

—Pero ¿dónde estabas? ¿Dónde te habías escondido? ¿Dónde carajo están los otros? ¿Qué maneras son ésas, mierda puta?

Debía de estar francamente enfadado para hablar con tanta crudeza: en los tres años que llevaban trabajando juntos, el comisario jamás había oído al subcomisario soltar palabrotas. Mejor dicho, sí: la vez que un mal nacido le pegó un tiro en las tripas a Tortorella había reaccionado de la misma manera.

—Pero ¿qué mosca te ha picado, Mimì?

—¿Cómo que qué mosca me ha picado? ¡Me he pegado un susto tremendo!

—¿Te has asustado? ¿De qué?

—Aquí han llamado por lo menos seis personas. Diciendo cosas que diferían en los detalles, pero concordaban en la esencia: un tiroteo con muertos y heridos. Uno hablaba de una matanza. Tú no estabas en casa, Fazio y los demás habían salido con el coche sin decir nada a nadie. He atado cabos. ¿Me he equivocado?

—No, no te has equivocado. Pero no tienes que tomártela conmigo sino con el teléfono... La culpa es del teléfono.

—¿Qué tiene que ver el teléfono?

—¡Vaya si tiene que ver! Porque hoy en día el teléfono lo puedes encontrar incluso en el más remoto pajar del campo. ¿Y qué hace la gente que tiene un teléfono al alcance de la mano? Pues llamar. Contar cosas verdaderas e inventadas, cosas posibles y cosas imposibles, cosas soñadas como en aquella comedia de Edoardo de Filippo, ¿cómo se llama?, ah, sí, *Las voces interiores*, inflan y desinflan las cosas sin decir jamás su nombre y apellido. ¡Largan lo que quieren en un sitio donde uno puede decir las peores estupideces que se le antojen sin asumir la responsabilidad! Y entre tanto, los expertos en cuestiones de la mafia se entusiasman: ¡en Sicilia disminuye la *omertà*¹ disminuye la complicidad, disminuye el miedo! No disminuye una mierda, lo único que aumenta es la factura del teléfono.

—¡Montalba, no me enredes con tus historias! ¿Es cierto que hubo muertos y heridos?

—No es cierto nada. No hubo ningún conflicto, sólo hemos efectuado unos disparos al aire, Galluzzo se partió él solito la nariz y el otro se rindió.

—¿Y quién es el otro?

—Un prófugo de la Justicia.

—Sí, pero ¿quién?

La llegada de Catarella, sin resuello, lo salvó de la respuesta embarazosa.

—*Dottori*, está al teléfono el señor jefe.

—Después te lo cuento —dijo Montalbano, y entró de prisa en su despacho.

—Mi queridísimo amigo, quiero darle mi más calurosa enhorabuena.

—Gracias.

—Ha dado usted un buen golpe, ¿sabe?

—Hemos tenido suerte.

—Al parecer, el personaje en cuestión es mucho más importante de lo que él mismo siempre ha querido dar a entender.

¹ Comportamiento solidario de determinados grupos sociales, por el cual se guarda silencio y no se denuncia a las autoridades al autor de un delito o las circunstancias de éste, con el fin de obstaculizar la labor de la Justicia. (N. de la T.)

—¿Dónde está en estos momentos?

—Camino de Palermo. Los de la Lucha Contra la Mafia así lo han querido, no hubo manera. Sus hombres ni siquiera han podido detenerse en Montelusa, han tenido que seguir viaje. Yo he añadido un vehículo de escolta con cuatro de los míos.

—¿O sea que usted no ha hablado con Fazio?

—No he tenido ni tiempo ni ocasión de hacerla. Lo ignoro casi todo acerca de este asunto. Por consiguiente, le agradecería muchísimo que esta tarde pasara usted por mi despacho para facilitarme también los detalles.

"Éste es el impedimento", pensó Montalbano, recordando una traducción del *Ottocento* del monólogo de Hamlet. Pero se limitó a preguntar:

—¿A qué hora?

—Digamos a las cinco. Ah, en Palermo nos recomiendan silencio absoluto acerca de la operación, por lo menos de momento.

—Si eso dependiera sólo de mí...

—No lo decía por usted, lo conozco muy bien y puedo atestiguar que, comparados con usted, los peces son una raza locuaz.

El jefe hizo una pausa; a Montalbano no le gustaba escucharlo hablar, pues en su cabeza se había disparado un timbre de alarma ante la frase encomiástica: "Lo conozco muy bien".

—Escuche, Montalbano... —añadió el jefe con cierta vacilación. El timbre hizo que el timbre de alarma sonara todavía con más fuerza.

—Dígame.

—Creo que esta vez no conseguiré evitarle el ascenso a subjefe.

—¡Virgen santa! Pero ¿por qué?

—No sea ridículo, Montalbano.

—Disculpe, pero ¿por qué me tienen que ascender?

—¡Vaya pregunta! Por lo que ha hecho esta mañana.

Montalbano experimentó una sensación simultánea de frío y calor. Le sudaba la frente y tenía la espalda helada. La perspectiva lo aterrorizaba.

—Señor jefe, yo no he hecho nada que se diferencie de lo que hacen todos los días mis compañeros.

—No lo dudo. Pero esta detención en concreto será muy sonada cuando se dé a conocer.

—¿No hay ninguna esperanza?

—Vamos, no sea infantil.

El comisario se sintió como un atún en la cámara de la muerte; le empezó a faltar el aire, abrió y cerró inútilmente la boca y buscó una salida desesperada.

—¿No podríamos echarle la culpa a Fazio?

—¿Cómo la culpa?

—Perdone, me equivoqué... Quise decir el mérito.

—Hasta luego, Montalbano.

* * *

Augello, que lo estaba esperando detrás de la puerta, lo miró con expresión inquisitiva.

—¿Qué te ha dicho el jefe?

—Hemos hablado de la situación.

—¡Vamos! ¡Pones una cara!

—¿Qué cara pongo?

—Abatida.

—No he digerido bien la cena de anoche.

—¿Qué comiste de bueno?

—Un kilo largo de mostachones de vino cocido.

Augello lo miró atónito y Montalbano, que ya estaba viendo venir la pregunta acerca del nombre del prófugo de la Justicia, lo aprovechó para cambiar de tema y desviar a su interlocutor hacia otro camino.

—¿Encontraron al vigilante nocturno?

—¿ El del supermercado? Sí, lo encontré yo. Los ladrones le habían propinado un golpe fuerte en la cabeza, lo habían amordazado y atado de pies y manos y lo habían metido en el interior de un refrigerador de gran tamaño.

—¿Murió?

—No, pero creo que él no se siente demasiado vivo. Cuando lo sacamos, parecía un bacalao gigante.

—¿Tienes alguna idea sobre lo ocurrido?

—Yo tengo una media idea y el teniente de carabineros tiene otra distinta, pero una cosa es segura: para llevarse todo aquel material han utilizado un camión de gran tonelaje. Y lo tiene que haber cargado una cuadrilla de por lo menos seis personas a las órdenes de un profesional.

—Oye, Mimì, voy un momento a casa, me cambio de ropa y vuelvo.

Cerca de Marinella se dio cuenta de que el piloto del tanque de combustible estaba parpadeando. Se detuvo en una gasolinera en la que tiempo atrás se había producido un tiroteo y él se había visto en la necesidad de detener al empleado para obligarlo a decir lo que había visto. El hombre, que no le guardaba rencor, lo saludó con aquella voz de timbre agudo que a él le provocaba escalofríos. Tras llenar el tanque, el empleado contó el dinero y después miró al comisario.

—¿Qué pasa? ¿Te he dado menos?

—No, señor, el dinero está bien. Le quería decir una cosa.

—Pues dímela —replicó impaciente Montalbano. Como el empleado siguiera hablando, le estallarían los nervios. —Mire aquel camión.

El hombre señaló un enorme vehículo con remolque estacionado detrás del surtidor de gasolina, con las lonas bajadas para ocultar la carga.

—Esta mañana temprano —añadió— cuando abrí, el camión ya estaba

allí. Han pasado cuatro horas y aún no ha venido nadie a recogerlo.

—¿Has mirado si hay alguien durmiendo en la cabina?

—Sí, señor, no hay nadie. Y hay otra cosa rara, las llaves están puestas en su sitio y el primero que pase puede ponerlo en marcha y robarlo.

—Voy a ver —dijo Montalbano, súbitamente interesado.

Cuatro

Bajito, con bigotito de cola de ratón, sonrisita antipática, gafas con montura dorada, zapatos marrones, pantalones marrones, camisa marrón, corbata marrón, todo él una pesadilla en marrón, Carmelo Ingrassia, el propietario del supermercado, se estiró con los dedos la arruga de la pernera derecha que tenía cruzada sobre la izquierda y repitió por tercera vez su sintética interpretación de los hechos.

—Ha sido una broma, señor comisario. Han querido gastarme una broma tonta.

Montalbano contempló el bolígrafo que sostenía en la mano, se concentró en el capuchón, lo retiró, examinó su interior como si jamás hubiera visto un artilugio semejante, sopló en el interior del capuchón para eliminar las invisibles motas de polvo, lo volvió a examinar, no pareció satisfecho del resultado, volvió a soplar, lo depositó sobre la superficie del escritorio, desenroscó la punta de metal, la estudió un ratito, examinó atentamente la parte central que sostenía en la mano, la colocó al lado de las dos piezas restantes y lanzó un profundo suspiro. De esta manera consiguió serenarse y frenar el impulso repentino de levantarse, acercarse a Ingrassia y partirle la cara de un puñetazo.

—Dígame con toda sinceridad, ¿en su opinión, estoy bromeando o actuando en serio? —le preguntó luego.

Tortorella, que estaba presente en la entrevista y conocía algunas reacciones de su jefe, se relajó visiblemente.

—A ver si lo entiendo... —dijo Montalbano, totalmente dueño de sí mismo.

—¿Qué quiere usted entender, señor comisario? Todo está más claro que la luz del Sol. La mercancía robada estaba en el interior del camión que han encontrado, no faltaba ni siquiera un palillo. Por consiguiente, si no lo han hecho para robar, ha sido una broma, una bobada.

—Mire, yo soy un poquito corto de entendederas, tenga paciencia, señor Ingrassia. Vamos a ver, hace ocho días, en un estacionamiento de Catania, es decir, en la parte diametralmente opuesta a la nuestra, dos personas se adueñaron de un camión de remolque de la empresa Sferlazza. En aquellos momentos, el camión estaba vacío. Por espacio de siete días tuvieron el camión escondido en algún lugar del tramo Catania—Vigàta, puesto que no se lo vio circular por ningún sitio. Lo cual significa en buena lógica que el único motivo por el cual habían robado y escondido el camión era el de sa-

carlo en el momento oportuno para gastarle una broma a usted.

"Sigo. Ayer por la noche el camión aparece sobre la una cuando en la carretera no había casi nadie, y se detiene delante del supermercado. El vigilante nocturno cree que se trata de una entrega de mercancía, aunque la hora fuera un poco insólita. No sabemos muy bien cómo ocurrieron los hechos, el vigilante aún no se encuentra en condiciones de hablar; el caso es que lo dejan fuera de combate, le quitan las llaves y entran. Uno de los ladrones desnuda al vigilante y se pone su uniforme: ésta es una auténtica jugada genial. Segunda jugada genial, los demás encienden las luces y empiezan a trabajar sin tomar ninguna precaución, se podría decir que a plena luz, si no fuera de noche. Muy ingenioso, no cabe duda. Porque a un extraño que se encontrara por los alrededores y viera al vigilante vestido de uniforme mientras otras personas trabajan en la carga de un camión no le pasaría ni siquiera por la antesala del cerebro que se trataba de un robo. Ésta es la reconstrucción que ha hecho mi compañero Augello, confirmada por la declaración del *cavaliere* Misuraca, medalla al mérito en el trabajo, que estaba de regreso a su casa.

—¿Misuraca...?

—Sí, el que trabajaba en el Registro Civil.

—¡Pero si es un fascista!

—No veo qué tienen que ver las ideas políticas del *cavaliere* con el asunto de que estamos hablando.

—¡Pues claro que tienen que ver! Porque, cuando yo me dedicaba a la política, él era mi enemigo.

—¿Y ahora ya no se dedica a la política?

—¿A qué se puede uno dedicar? ¡Con estos cuatro jueces de Milán que han decidido cargarse la política, el comercio y la industria!

—Mire, lo que me ha dicho el señor no es más que un simple testimonio que confirma el *modus operandi* de los ladrones.

—Me importa una mierda lo que confirme el *cavaliere*. Yo lo único que digo es que se trata de un pobre y estúpido viejo que pasa mucho de los ochenta. Es capaz de ver un gato y decir que es un elefante. Y además, ¿qué hacía a aquella hora de la noche?

—No lo sé, ya se lo preguntaré. ¿Volvemos a nuestro asunto?

—Volvamos.

—Una vez efectuada la carga en su supermercado después de por lo menos dos horas de trabajo, el camión se va. Recorre cinco o seis kilómetros, desanda el camino, se estaciona en la gasolinera y se queda allí hasta que llego yo. ¿Y según usted, montaron todo este número, cometieron media docena de delitos y corrieron el peligro de ser condenados a varios años de cárcel sólo para reírse un poco o hacerlo reír a usted?

—Señor comisario, podríamos seguir hablando hasta esta noche, pero yo le juro que no se me ocurre pensar más que en una broma.

En el refrigerador encontró pasta fría con tomate, albahaca, pasas de Corinto y aceitunas negras, cuyo aroma hubiera sido capaz de resucitar a un muerto, y un segundo plato de boquerones con cebolla y vinagre. Montalbano solía fiarse por completo de la fantasía culinaria sabrosamente popular de Adelina, la asistenta que una vez al día acudía a su casa para echarle una mano, madre de dos hijos irremediabilmente delincuentes, uno de los cuales se encontraba todavía en la cárcel, adonde él lo había enviado. Tampoco esta vez Adelina lo había defraudado; cada vez que abría el horno o el refrigerador, experimentaba en su interior el mismo estremecimiento que cuando de pequeño se levantaba a primera hora de la mañana del 2 de noviembre e iba a buscar el cesto de mimbre, en el que los muertos habían depositado sus regalos durante la noche. Era una fiesta que ya se había perdido, borrada por la banalidad de los regalos del árbol de Navidad, con la misma facilidad con que ahora se borraba el recuerdo de los muertos. Los únicos que no se olvidaban de ellos, es más, los que con más perseverancia mantenían encendido su recuerdo, eran los mafiosos, pero los recuerdos que enviaban a su memoria no eran en modo alguno trencitos de hojalata o frutas de mazapán. En resumen, la sorpresa era un elemento indispensable de los platos de Adelina.

Tomó los platos, una botella de vino y el pan, encendió el televisor y se sentó a la mesa. Le gustaba comer solo, disfrutar de los bocados en silencio; entre los muchos vínculos que lo unían a Livia figuraba también éste: el de no decir nada cuando comía. Pensó que, en cuestión de gustos, estaba más próximo a Maigret que a Pepe Carvalho, el protagonista de las novelas de Montalbán, quien se daba unos atracones de platos capaces de prender fuego al vientre de un tiburón.

Cuando uno escuchaba las televisiones del ámbito nacional, experimentaba una desagradable sensación de malestar; la mayoría gubernamental se había dividido a causa de una ley que negaba la prisión preventiva a gente que se había zampado medio país, los magistrados que habían descubierto los altarcitos de la corrupción política anunciaban su dimisión como acto de protesta, una ligera brisa de rebelión animaba las entrevistas a los ciudadanos de a pie.

Pasó a la primera de las dos televisiones locales. Televigàta era gubernamental por fidelidad congénita, cualquiera que fuera el gobierno: rojo, negro o turquí. El presentador no hizo la menor referencia a la detención de Tano el Griego y se limitó a decir que varios ciudadanos diligentes se habían puesto en contacto con la comisaría de Vigàta a propósito de un tiroteo intenso y misterioso que se había producido al amanecer en un paraje campestre llamado La Nuez, pero que los investigadores que de inmediato se habían desplazado al lugar no habían advertido nada fuera de lo normal. La detención de Tano no fue comentada ni siquiera por el periodista de Retelibera, Nicolò Zito, que no ocultaba su condición de comunista. Señal de que, por suerte, la noticia no se había filtrado. En cambio, Zito se refirió inesperada-

mente al robo anómalo registrado en el supermercado de Ingrassia y al hallazgo inexplicable del camión con toda la mercancía robada. La opinión más generalizada, señalaba Zito, era la de que el vehículo había sido abandonado como consecuencia de una discusión entre los cómplices por el reparto del botín. Sin embargo, Zito no estaba de acuerdo; a su juicio debía de haber ocurrido otra cosa y la cuestión era sin duda mucho más complicada.

—Señor comisario Montalbano, me dirijo directamente a usted. ¿No es cierto que el caso es mucho más enrevesado de lo que parece? —preguntó el periodista para terminar.

Al sentirse interpelado personalmente y ver los ojos de Zito mirándolo desde el televisor mientras él estaba comiendo, a Montalbano se le atragantó el vino que estaba bebiendo, casi se asfixió, tosió y soltó una maldición.

Al terminar de comer, se puso un short y se zambulló en el agua. Estaba helada, pero el baño lo vivificó.

—Cuénteme exactamente cómo fue —dijo el jefe.

Tras haber hecho pasar al comisario a su despacho, el superior se había levantado, se había acercado a él y, en un impulso, le había dado un abrazo.

Pero el caso es que Montalbano era absolutamente incapaz de mentir, de contarles un embuste a personas que sabía honradas o que apreciaba. En cambio, en presencia de delincuentes, de gente que le inspiraba recelo, era capaz de soltar orlada de encaje. El hecho de que no sólo apreciara a su superior sino también de que algunas veces le hubiera hablado como a un padre, hizo que la petición lo llenara de una angustia indecible; se ruborizó, sudó y cambió varias veces de posición en la silla como si no se encontrara a gusto en ella. El jefe advirtió la incomodidad del comisario, pero la atribuyó al sufrimiento real que Montalbano experimentaba cada vez que tenía que hablar de alguno de sus éxitos. No olvidaba que, en la más reciente rueda de prensa delante de las cámaras, el comisario se había expresado, por así decirlo, con un tartamudeo prolongado y penoso, a ratos carente por entero de sentido común, mientras abría enormemente los ojos y las pupilas le bailaban como si estuvieran borrachas.

—Quisiera pedirle un consejo antes de empezar a contárselo.

—Estoy a su disposición.

—¿Qué tengo que escribir en el informe?

—Pero ¿qué clase de pregunta es ésa? ¿Acaso no ha redactado jamás un informe? En los informes se escriben los hechos acaecidos —contestó con sequedad el jefe, un tanto sorprendido. Al ver que Montalbano seguía sin atreverse a hablar, añadió: —Por cierto... usted ha conseguido aprovechar con gran arrojo y habilidad un encuentro casual y convertirlo en un operativo policial exitoso, de acuerdo, pero...

—Ahí está, quería decirle...

—Déjeme terminar. Pero me veo obligado a señalarle que usted ha

arriesgado mucho y ha hecho arriesgar mucho a sus hombres; hubiera tenido que pedir refuerzos más sólidos, adoptar las debidas precauciones. Por suerte, todo fue bien, pero fue una apuesta, y eso quería decírselo con toda sinceridad.

Montalbano se miró los dedos de la mano izquierda como si le hubieran crecido de repente y él no supiera para qué servían.

—¿Qué ocurre? —preguntó pacientemente el jefe.

—Ocurre que todo es falso —estalló Montalbano—. No ha habido ningún encuentro casual, he ido a reunirme con Tano porque él había pedido hablar conmigo. Y en el transcurso del encuentro, nos hemos puesto de acuerdo.

El superior se pasó una mano por los ojos.

—¿Se han puesto ustedes de acuerdo?

—Al ciento por ciento.

Y, ya que estaba, Montalbano se lo contó todo, desde la llamada de Gegè hasta el montaje de la captura.

—¿Alguna otra cosa?

—Sí. Que, tal y como están las cosas, yo no me merezco ningún ascenso a subjefe. Si me ascendieran, sería por una falsedad, un engaño.

—Eso deje que lo decida yo —replicó con brusquedad el jefe.

Se levantó, se puso las manos a la espalda y estuvo un rato pensando. Después tomó una decisión y se volvió.

—Vamos a hacer una cosa. Escríbame dos informes.

—¿Dos? —preguntó Montalbano, recordando lo mucho que generalmente le costaba escribir.

—No discuta. El falso lo dejaré bien a la vista para el infiltrado inevitable que se encargará de transmitirlo a la prensa y a la mafia. El verdadero lo guardaré en la caja fuerte. —Esbozó una sonrisa. —Por lo que respecta al ascenso que, al parecer, es lo que más lo asusta, vaya el viernes por la noche a mi casa y volveremos a hablar de ello con calma.

"¿Sabe que mi mujer ha inventado una fabulosa salsita especial para los ajitos tiernos?

El *cavaliere* Gerlando Misuraca —medalla de honor al trabajo, ochenta y cuatro años belicosamente llevados— hizo honor a su fama y atacó con furia en cuanto el comisario contestó:

—Hola...

—¿Quién es el imbécil del conmutador que le ha pasado mi llamada?

—¿Por qué? ¿Qué es lo que ha hecho?

—¡No entendía mi apellido! ¡No le entraba en la dura cabezota! ¡Mixturada me llamaba, como la magnesia! —Misurata hizo una pausa sospechosa y cambió de tono de voz. —¿Usted me garantiza por su honor que se trata tan sólo de un pobre idiota?

Pensando que el que había contestado era Catarella, Montalbano con-

testó con absoluta convicción.

—Se lo puedo garantizar. Pero ¿para qué quiere usted la garantía, si no le importa?

—¡Porque, si su intención era tomarme el pelo o burlarse de lo que yo represento, dentro de cinco minutos me planto en la comisaría y le parto el culo, tan cierto como que hay Dios!

"Pero ¿qué representa el *cavaliere* Misuraca?", se preguntó Montalbano mientras aquél seguía profiriendo amenazas terribles. Nada, absolutamente nada desde el punto de vista, ¿cómo se podría decir?, oficial. Funcionario municipal jubilado desde hacía mucho tiempo, el hombre no ocupaba ni jamás había ocupado ningún cargo público y era un simple militante de su Partido. Hombre de una honradez a toda prueba, vivía en una semipobreza digna y ni siquiera en tiempos de Mussolini se había querido aprovechar y siempre se había limitado a ser un fiel seguidor, tal como entonces se decía. En compensación, a partir del año 35, había participado en todas las guerras, había combatido en las peores batallas sin perderse ni una, desde Guadalajara en España hasta Bir el Gobi en el norte de África, pasando por Axum, en Etiopía. Más tarde, el encarcelamiento en Texas, su negativa a colaborar y, como consecuencia de ello, un encarcelamiento más duro a pan yagua. Por consiguiente, concluyó Montalbano, representaba la memoria histórica de los errores históricos, sin duda, pero vividos en su caso con fe ingenua y pagándolos directamente, con heridas bastante graves, una de las cuales le había dejado una renguera en la pierna izquierda.

—Pero usted, si hubiera estado en condiciones de hacerlo, ¿se hubiera ido a luchar a Salo con los alemanes y los partidarios de la República Social Italiana de los fascistas? —le había preguntado un día a traición Montalbano, que, a su manera, lo apreciaba.

Sí, porque en aquella película de corruptores, corruptos, prevaricadores, sobornados, cobradores de comisiones ilegales, embusteros, ladrones y perjuros, a la que diariamente se añadían nuevos capítulos, hacía algún tiempo que el comisario había empezado a sentir un cierto afecto por las personas que sabía incurablemente honradas.

Ante su pregunta, Montalbano había visto al anciano vaciarse por dentro mientras las arrugas de su rostro se multiplicaban y se le nublaban los ojos. Entonces comprendió que Misuraca se había hecho aquella misma pregunta miles de veces y jamás había sabido contestarla. No insistió.

—¿Hola...? ¿Está ahí? —preguntó la irritada voz de Misuraca.

—Dígame, *cavaliere*.

—Me acordé de una cosa, pero no la dije cuando vine a declarar.

—No tengo ningún motivo para dudarlo, *cavaliere*. Lo escucho.

—Una cosa muy rara que me ocurrió cuando ya casi había llegado a la altura del supermercado, pero a la que yo en aquel momento no atribuí ninguna importancia. Estaba nervioso y alterado porque andan sueltos por ahí unos rufianes que...

—¿Me hace el favor de decírmela?

Si lo hubiera dejado hablar, el *cavaliere* se hubiese remontado a la fundación de los *fasci* de combate.

—Por teléfono, no. Personalmente. Es una cosa muy gorda, si no vi mal.

El anciano tenía fama de decir siempre lo que había que decir, sin cargar las tintas ni difuminarlas.

—¿Es algo relacionado con el robo del supermercado?

—Claro...

—¿Se lo ha comentado a alguien?

—A nadie.

—Se lo ruego. Mantenga la boca cerrada.

—Usted me ofende. Yo soy una tumba. Mañana a primera hora me planto en su despacho.

—*Cavaliere*, tengo una curiosidad. ¿Qué hacía usted a aquella hora de la noche en coche, solo y hecho un manojo de nervios? ¿No sabe que, a cierta edad, hay que ser prudente?

—Regresaba de Montelusa. Había habido una reunión del Directorio Provincial y yo, aunque no formo parte de él, quise estar presente. Nadie se atreve a cerrarle la puerta en las narices a Gerlando Misuraca. Hay que impedir que nuestro Partido pierda la dignidad y el honor. ¡No puede formar parte del gobierno con estos hijos bastardos de políticos bastardos, estar de acuerdo con ellos y aprobar un decreto que permite salir de la cárcel a esos hijos de puta que se han comido nuestro país! Usted comprenderá, señor comisario, que...

—¿Se prolongó hasta muy tarde la reunión?

—Hasta la una de la madrugada. Yo quería seguir, pero los demás se opusieron porque se morían de sueño. No tienen bolas.

—¿Y cuánto tardó en regresar a Vigàta?

—Aproximadamente media hora. Yo voy despacio. Bueno pues, como le iba diciendo...

—Perdone, *cavaliere*, me llaman por el otro teléfono. Hasta mañana —lo cortó Montalbano.

Cinco

—¡Peor que a los criminales! ¡Peor que a los asesinos nos trataron esos hijos de la gran puta! Pero ¿quiénes se creen que son? ¡Rufianes!

No había manera de calmar a Fazio, que acababa de regresar de Palermo. Germanà, Gallo y Galluzzo, le hicieron coro en tono de salmodia, moviendo en círculo el brazo derecho para dar a entender lo inaudito del acontecimiento.

—¡Cosa de locos! ¡Cosa de locos!

—Calma, muchachos. Actuemos con orden —dijo Montalbano, echando

mano de su autoridad. Después, al ver que Galluzzo ya no llevaba la chaqueta y la camisa manchadas con la sangre de la nariz maltrecha, le preguntó: —¿Has pasado a cambiarte por tu casa antes de venir aquí?

La pregunta fue un paso en falso, pues Galluzzo se puso colorado como un tomate y su nariz hinchada a causa del golpe se tiñó de vetas moradas.

—Pero ¡qué casa ni qué diablos! ¿No se lo está diciendo Fazio? Venimos directamente de Palermo. Al llegar a la sede de los de la Antimafia y entregarles a Tano el Griego, van y nos encierran a cada uno en una habitación distinta. Como me dolía todavía la nariz, quería ponerle encima un pañuelo mojado. Al cabo de media hora, al ver que no aparecía nadie, abro la puerta y me encuentro con un compañero. "¿Adónde vas?" "A buscar un poco de agua para mojarme la nariz." "No puedes salir, vuelve a entrar." ¿Comprende, señor comisario? ¡Me tenían vigilado! ¡Como si yo fuera Tano el Griego!

—¡No digas ese nombre y baja la voz! —le dijo Montalbano en tono de reproche—. ¡Nadie tiene que saber que lo hemos atrapado! ¡Al primero que hable lo envío al penal de la Asinara de una patada en el culo!

—Todos estábamos vigilados —añadió Fazio en tono tremendamente indignado.

Galluzzo prosiguió su relato.

—Una hora después entró uno que conozco, un compañero suyo que ahora ha pasado a la Unidad Antimafia, Sciacchitano, me parece que se llama.

"Menudo rufián", pensó inmediatamente el comisario, pero no dijo nada.

—Me miró como si apestara, como si fuera un mendigo que pidiera limosna. Se pasó un rato mirándome y después dijo: "¿Sabes que con esta pinta no te puedes presentar ante el señor gobernador?" —Galluzzo, ofendido por el trato absurdo, a duras penas podía hablar en voz baja. —¡Y lo más curioso era que me miraba enojado, como si yo tuviera la culpa! Salió murmurando. Después apareció un compañero con una chaqueta y una camisa limpias.

—Ahora hablo yo —terció Fazio, haciendo uso de su superior graduación—. En resumen, desde las tres de la tarde hasta la medianoche de ayer, cada uno de nosotros fue interrogado ocho veces por ocho personas distintas.

—¿Qué querían saber?

—Cómo habían ocurrido los hechos.

—A decir verdad, a mí me interrogaron diez veces —dijo con cierto orgullo Germanà—. Se ve que sé contar mejor las cosas y les debe de parecer que están en el cine.

—Hacia la una de la madrugada, nos reunieron en una habitación enorme —añadió Fazio—, una especie de despacho muy grande con dos sofás, ocho sillas y cuatro mesas. Desenchufaron los teléfonos y se los llevaron. Después nos enviaron cuatro sándwiches de mierda y cuatro cervezas

calientes que parecían orinas. Comimos lo mejor que pudimos y, a las ocho de esta mañana, apareció un tipo y nos dijo que podíamos regresar a Vigàta. Ni siquiera "buenos días", ni siquiera "fuera, largo", como se dice a los perros que uno quiere apartar. Nada.

—Bueno —dijo Montalbano—. ¿Qué le vamos a hacer? Vayan a casa, descansen un rato y regresen sin prisa después de comer. Les aseguro que esta historia se la contaré al jefe.

—¿Sí...? Habla el comisario Salvo Montalbano, de Vigàta.

Quisiera hablar con el comisario Arturo Sciacchitano.

—No se retire, por favor.

Montalbano tomó pluma y papel. Trazó un dibujo sin pensar y sólo después se dio cuenta de que había dibujado un culo sentado sobre un inodoro.

—Lo siento, el comisario está reunido.

—Mire, dígame que yo también estoy reunido, de esta manera estaremos empatados. Él interrumpe su reunión por espacio de cinco minutos, yo hago lo mismo con la mía y todos felices y contentos.

Añadió algunos zurullos al culo que estaba cagando.

—¿Montalbano? ¿Qué ocurre? Perdona, dispongo de muy poco tiempo.

—Yo también. Óyeme, Sciacchitanov...

—¿Cómo Sciacchitanov? ¿Qué estupideces estás diciendo?

—Ah, ¿no te llamas así? ¿No perteneces a la KGB?

—No estoy para bromas.

—No es una broma. Te llamo desde el despacho del jefe, que está indignado por la forma, propia de la KGB, en que has tratado a mis hombres. Me ha prometido que hoy mismo escribiré al ministro.

El fenómeno era inexplicable y, sin embargo, ocurrió: Montalbano vio, a través del hilo telefónico, palidecer a Sciacchitano, universalmente famoso por ser un cobarde lameculos. La mentira de Montalbano lo golpeó como un mazazo en la cabeza.

—Pero ¿qué estás diciendo? Tú sabes que yo, como responsable de la seguridad...

Montalbano lo interrumpió.

—La seguridad no excluye la cortesía —dijo con frase lapidaria. Se sintió como una especie de panel de tránsito del tipo "La preferencia no excluye la prudencia".

—¡Pero si he sido amabilísimo! ¡Les he ofrecido incluso cerveza y sándwiches!

—Siento decirte que, a pesar de la cerveza y los sándwiches, el asunto llegará hasta las más altas esferas. Pero consuélate, Sciacchitano, tú no tienes la culpa. Cuando uno nace redondo, no puede morir cuadrado.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que tú, como naciste imbécil, no puedes morir intelligen-

te. Exijo una carta dirigida a mí, en la que dediques grandes alabanzas a la actuación de mis hombres. La quiero para mañana. Hasta luego.

—¿Tú crees que, si escribo la carta, el jefe no seguirá adelante con su propósito?

—Te seré sincero: no sé si el jefe seguirá adelante o no, pero yo, en tu lugar, escribiría la carta. Para protegerme las espaldas. E incluso le pondría fecha de ayer. ¿Me he explicado?

Tras haberse desahogado, se sintió mejor. Llamó a Catarella.

—¿Está en su despacho el sub comisario Augello?

—No, señor, pero ahora mismo le telefono. Dijo que, calculando una distancia de diez minutos, en diez minutos está en su despacho.

Montalbano aprovechó para redactar el informe falso; el verdadero lo había redactado en su casa la víspera. En determinado momento, Augello llamó a la puerta y entró.

—¿Me buscabas?

—¿Tanto te cuesta estar en tu despacho un poquito antes?

—Perdona, pero el caso es que estuve ocupado hasta las cinco de la madrugada, después volví a casa, me quedé dormido y no hubo manera...

—¿Estuviste ocupado con una puta de esas que tanto te gustan? ¿De esas que pesan por lo menos ciento veinte kilos?

—Pero ¿es que Catarella no te dijo nada?

—Me dijo que llegarías con retraso.

—Anoche, a eso de las dos, se produjo un accidente de tránsito mortal. Acudí al lugar de los hechos y decidí dejarte dormir, puesto que el asunto no tenía importancia para nosotros.

—Puede que para los muertos sí la tuviera.

—El muerto es uno solo. Bajaba a toda velocidad por la Catena... está claro que se le habían roto los frenos... y se empotró debajo de un camión que estaba iniciando la subida en dirección contraria. El pobre murió en el acto.

—¿Lo conocías?

—Pues claro que lo conocía. Y tú también... El *cavaliere* Misuraca.

—¿Montalbano? Me acaban de telefonar de Palermo. No sólo es necesario convocar a una rueda de prensa sino que, además, es importante que la convocatoria tenga cierta resonancia. Lo necesitan para sus estrategias. Acudirán periodistas de otras ciudades, la noticia se dará en los telediarios nacionales. En resumen, una cosa sonada.

—Deben de querer demostrar que el nuevo gobierno no afloja su lucha contra la mafia, es más, que la lucha será más denodada y sin cuartel.

—¿Qué le pasa, Montalbano?

—Nada, estoy leyendo los titulares de pasado mañana.

—La rueda se ha fijado para mañana a las doce. Quería advertírselo

con tiempo.

—Gracias, señor jefe, pero ¿qué pinto yo en esto?

—Mire, Montalbano, yo soy amable y simpático hasta que me harto. ¡Usted pinta, vaya si pinta! ¡No sea chiquilín!

—Pero ¿qué tengo que decir?

—¡Dios bendito! Dirá lo mismo que haya escrito en el informe.

—¿En cuál?

—No oí bien. ¿Qué dijo?

—Nada.

—Procure hablar con claridad, sin comerse las sílabas y sin inclinar la cabeza. Ah, las manos... Decida de una vez por todas dónde las va a colocar y déjelas allí. No haga como la última vez, en que el periodista del *Corriere* le aconsejó en voz alta que se las cortara para que estuviera usted más cómodo.

—¿Y si me preguntan?

—Por supuesto que le preguntarán... Son periodistas, ¿no? Buenos días.

Demasiado nervioso como consecuencia de lo que estaba ocurriendo y de lo que ocurriría al día siguiente, Montalbano no consiguió permanecer en su despacho. Salió, pasó por el negocio de costumbre, compró un cucurucho de garbanzos y frutas secas tostadas y se dirigió al muelle. Cuando llegó a los pies del faro y dio media vuelta para regresar, se topó con Ernesto Bonfiglio, propietario de una agencia de viajes y gran amigo del difunto *cavaliere* Misuraca.

—¿Se puede hacer algo? —preguntó Bonfiglio, casi de modo agresivo.

Montalbano, que estaba intentando quitarse un trocito de maní que se le había quedado encajado entre dos dientes, lo miró perplejo.

—Le estoy preguntando si se puede hacer algo —repitió enojado Bonfiglio, mirándolo de soslayo.

—¿Hacer... en qué sentido?

—En el sentido de mi pobre y llorado amigo.

—¿Gusta...? —preguntó el comisario, ofreciéndole el cucurucho.

—Sí, muchas gracias —contestó Bonfiglio, y tomó un puñado de garbanzos y frutas secas tostadas.

Montalbano aprovechó la pausa para situar mejor a su interlocutor, el cual, además del hecho de ser amigo fraternal del *cavaliere*, era un hombre que profesaba ideas de extremísima derecha y no andaba muy bien de la cabeza.

—¿Se refiere usted a Misuraca?

—No, a mi abuelo.

—¿Y qué quiere usted que haga?

—Detener a los asesinos. Es su deber.

—¿Y quiénes serían los asesinos?

—No serían, son. Me refiero al Directorio Provincial del Partido, que no era digno de tenerlo en sus filas. Ellos lo mataron.

—Perdone, pero ¿no fue un accidente?

—Ah, ¿es que usted cree que los accidentes ocurren accidentalmente?

—Yo creo que sí.

—Pues se equivoca. Uno se busca los accidentes y siempre hay alguien dispuesto a enviárselos. Le pondré un ejemplo para que quede más claro. Mimì Capranzano murió ahogado en el mes de febrero de este año mientras se bañaba en el mar. Muerte accidental. Pero ahora vengo yo y pregunto: ¿cuántos años tenía Mimì cuando murió? Cincuenta y cinco. ¿Por qué quiso hacer a esta edad la proeza de bañarse en el agua helada, tal como hacía cuando era muchacho? La respuesta es la siguiente: porque hacía menos de cuatro meses que se había casado con una joven milanese de veinticuatro años y la joven le preguntó mientras paseaban por la orilla del mar: "¿Es verdad, querido, que en febrero te bañabas en el mar?" "Pues claro", contestó Capranzano. La chica, que evidentemente se había hartado del viejo, lanzó un suspiro. "¿Qué te pasa?", le preguntó Capranzano. "Lamento que yo ya no pueda verlo", contestó la muy puta. Sin encomendarse ni a Dios ni al diablo, Capranzano se quitó la ropa y se arrojó al agua. ¿He hablado claro?

—Clarísimo.

—Y ahora vayamos a los señores del Directorio Provincial de Montelusa. Después de una primera reunión que terminó con insultos, anoche se celebró otra. El *cavaliere* y otros afiliados querían que se enviara un comunicado a los periódicos contra el decreto que salva de la cárcel a los ladrones. Otros, en cambio, no opinaban lo mismo. En determinado momento, un tipo le dijo a Misuraca que era un cascajo, un segundo comentó que le recordaba la ópera de marionetas, y un tercero lo llamó viejo estúpido. Todo eso me lo contó un amigo que estaba presente. Al final, el secretario, un asqueroso que ni siquiera es siciliano y se apellida Biraghin, le dijo que si hacía el favor de salir, puesto que no tenía ningún derecho a participar en la reunión. Lo cual era cierto, pero jamás nadie se había atrevido a decírselo. Mi amigo subió a su *Cinquecento* para regresar a Vigàta. Estoy seguro de que la sangre le ardía en las venas, pero esos tipos lo hicieron a propósito para que perdiera la cabeza. ¿Y usted me viene a decir que fue un accidente?

La única manera de razonar con Bonfiglio consistía en situarse exactamente a su mismo nivel y el comisario lo sabía por experiencia.

—¿Hay algún personaje televisivo que le resulte especialmente antipático?

—Cien mil, pero Mike Bongiorno es el peor de todos. Cuando lo veo, se me revuelven las tripas y me entran ganas de romper el televisor.

—Bien. Y si usted, tras haber visto a este presentador, tomara el coche, se estrellara contra una pared y se matara, ¿qué tendría que hacer yo según usted?

—Detener a Mike Bongiorno —contestó Bonfiglio sin dudar.

Regresó al despacho más tranquilo, pues su encuentro con Bonfiglio le había hecho gracia y lo había distraído.

—¿Alguna novedad? —preguntó al entrar.

—Hay una carta personal para usted que acaba de traer ahora mismo el correo —contestó Catarella, subrayando la palabra "personal".

Sobre la mesa había una postal de su padre y unos cuantos comunicados de servicio.

—Catarè, ¿dónde has puesto la carta?

—¡Si ya le he dicho que era personal! —contestó el agente en tono ofendido.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que, siendo que era personal, se tenía que entregar a la persona.

—Muy bien, la persona está aquí en tu presencia. ¿Dónde está la carta?

—Está donde tenía que estar. Donde la persona vive personalmente. Le dije al cartero que la llevara a su casa de usted, señor *dottori*, a Marinella.

Delante de la *trattoria* San Calogero se encontraba el propietario y cocinero tomando un poco el fresco.

—¿Qué hace, señor comisario? ¿Pasa de largo?

—Voy a comer a casa.

—Bueno, haga lo que le parezca. Pero tengo unos langostinos para hacer a la plancha que no están para comérselos sino para soñarlos.

Montalbano entró, impulsado por la imagen más que por el deseo. Después de comer, apartó a un lado los platos, cruzó los brazos sobre la mesa, apoyó la cabeza en ellos y se quedó dormido. Comía casi siempre en un salón pequeño con tres mesas, por lo que a Serafino, el camarero, no le fue difícil desviar a los clientes hacia el salón grande y dejar en paz al comisario. Hacia las cuatro, cuando el local ya estaba cerrado, al ver que Montalbano no daba señales de vida, el propietario le preparó una taza de café cargado y lo despertó muy suavemente.

Seis

Se había olvidado por completo de la carta "personalmente personal" que le había anunciado Catarella y sólo la recordó cuando la pisó al entrar en su casa, donde el cartero la había deslizado por debajo de la puerta. La dirección parecía la de una carta anónima: "MONTALBANO — COMISARÍA — CIUDAD", Y arriba, a la izquierda, "PERSONAL". El detalle que había puesto en marcha las meninges devastadas de Catarella.

Sin embargo, la carta no era anónima sino todo lo contrario. La firma que Montalbano buscó inmediatamente le estalló en el cerebro cual si fuera un disparo.

Distinguido comisario, he pensado que muy probablemente mañana por la mañana no estaré en condiciones de acudir a su despacho según lo convenido. Si por casualidad y, tal como parece probable, la reunión del Directorio Provincial de Montelusa, adonde me dirigiré en cuanto termine de escribir esta carta, se saldara con una derrota de mis tesis, considero mi deber dirigirme a Palermo para sacudir los ánimos y las conciencias de los camaradas que ocupan cargos auténticamente decisivos dentro del partido. Dispuesto incluso a volar a Roma y pedir audiencia al secretario nacional. Estos propósitos, caso de cumplirse, retrasarían un poco nuestra cita, por cuyo motivo le ruego disculpe que le exponga por escrito lo que hubiera deseado decirle personalmente de viva voz.

Tal como usted sin duda recordará, al día siguiente del extraño robo—no robo acaecido en el supermercado, acudí espontáneamente a la comisaría para contarle lo que yo por casualidad había visto, es decir, a un grupo de hombres que estaban trabajando con toda tranquilidad, si bien a una hora un tanto insólita, con las luces encendidas, bajo la vigilancia de un hombre vestido con un uniforme que me pareció el del vigilante nocturno. Nadie que hubiera pasado por allí hubiera podido observar nada anormal en la escena; si yo hubiera visto algo fuera de lo normal, me habría apresurado a advertir a las fuerzas del orden.

A la noche siguiente de mi declaración no conseguí pegar los ojos a causa del nerviosismo que me habían producido las discusiones con algunos camaradas, y entonces empecé a repasar mentalmente la escena del robo. Sólo entonces me vino a la memoria un hecho que quizá puede ser muy importante. A mi regreso de Montelusa, debido al estado de alteración en que me encontraba, equivoqué el camino de acceso a Vigàta, complicado últimamente por toda una serie de absurdas direcciones prohibidas, y, en lugar de tomar Via Granet, enfilé la vieja Via Lincoln y me vi circulando en dirección contraria. Tras haber recorrido unos cincuenta metros, me percaté de mi error y decidí ir marcha atrás hasta llegar a la altura del *vicolo* Trupia, en el que hubiera tenido que entrar retrocediendo para poder situarme en la dirección correcta. Sin embargo, me fue imposible entrar en el callejón, pues lo encontré literalmente bloqueado por un enorme automóvil tipo "Ulises" (del que tanta publicidad se está haciendo últimamente, a pesar de que no se hayan vendido más que unos pocos vehículos), con matrícula de Montelusa 328280. Una vez allí, no me quedaba más remedio que seguir adelante con la infracción. Al cabo de unos pocos metros, salí a la *piazza* Chiesa Vecchia, donde está el supermercado. Le ahorraré investigaciones ulteriores: el automóvil, que por otra parte es el único que hay en el pueblo, pertenece al señor Carmelo Ingrassia. Ahora bien, puesto que Ingrassia vive en Monte Ducale, ¿qué significaba su coche a dos

pasos del supermercado del que es propietario y que en aquellos momentos estaba siendo aparentemente saqueado? La respuesta la tendrá que dar usted.

Suyo affmo.

Cav. Gerlando Misuraca

—¡Me has jodido de veras, *cavaliere!* —dijo Montalbano por todo comentario, mirando con malos ojos la carta que había depositado sobre la mesa del comedor.

Ahora ya se le habían quitado las ganas de comer. Abrió de nuevo el refrigerador simplemente para rendir un triste homenaje a la sabiduría culinaria de su asistente, un homenaje muy merecido, pues de inmediato aspiró el aroma envolvente de los pulpitos rehogados. Volvió a cerrar el refrigerador; no podía comer, un puño le cerraba el estómago. Se quitó la ropa y, desnudo tal como estaba, empezó a pasear por la orilla del mar, aprovechando que a aquella hora no había ni un alma. Se le habían ido las ganas de comer y de dormir. Hacia las cuatro de la madrugada, se arrojó al agua helada, se pasó un buen rato nadando y regresó a casa. Observó, y le hizo gracia, que se le había puesto duro. Decidió hablarle, convencerlo de que entrara en razón.

—De nada te servirán las fantasías.

El "duro" le aconsejó la conveniencia de hacer una llamada a Livia, desnuda y calentita de sueño en su cama.

"Eres un cabeza de chorlito que sólo sabe decir tonterías. Esto es propio de muchachos insensatos."

Ofendido, el "duro" se encogió. Montalbano se puso un calzoncillo y se echó una toalla seca sobre los hombros; tomó una silla y se sentó en la galería quedaba a la playa.

Se pasó un rato contemplando cómo el mar se iba aclarando poco a poco y después adquiría color y se cubría de amarillas estrías de sol. Se anunciaba un buen día y el comisario se sintió reconfortado y listo para entrar en acción. Tras la lectura de la carta, se le habían ocurrido unas cuantas ideas y el baño le había servido para ordenarlas.

—Con esa pinta, usted no se puede presentar en la rueda de prensa —le dijo Fazio, estudiándolo severamente.

—¿Acaso te han dado lecciones los de la Unidad Antimafia?

Montalbano abrió la abultada bolsa de nailon que sostenía en la mano.

—Aquí llevo pantalones, chaqueta, camisa y corbata. Me cambiaré antes de ir a Montelusa. Es más, haz una cosa: saca todo y colócalo en una silla para que no se arrugue.

—La ropa ya se habrá arrugado, pero no se lo decía por la ropa sino por la cara. Usted tiene que ir a la peluquería a la fuerza.

"A la fuerza", había dicho Fazio, que conocía muy bien al comisario y

sabía lo mucho que le costaba ir a la peluquería. Pasándose una mano por la parte posterior de la cabeza, Montalbano convino en que su cabello necesitaba unos tijeretazos.

Después su rostro se ensombreció.

—¡Hoy no saldrá bien una mierda! —predijo.

Antes de salir, ordenó que, mientras él se ponía guapo, alguien fuera a ver a Carmelo Ingrassia y lo acompañara a su despacho.

—Si me pregunta por qué, ¿qué tengo que contestarle? —inquirió Fazio.

—No contestes.

—¿Y si insiste?

—Si insiste, dile que quiero saber desde cuándo no se pone una lavativa. ¿Te parece bien?

—No hace falta que se enoje.

El peluquero, su aprendiz y un cliente sentado en uno de los dos sillones giratorios que el salón —en realidad, un local encajado en el hueco de una escalera— a duras penas podía contener, estaban discutiendo animadamente, pero en cuanto vieron aparecer la silueta del comisario, se callaron. Montalbano había entrado con la que él mismo calificaba de "cara de peluquería", es decir, con la boca reducida a una raya, los ojos sospechosamente entornados, el entrecejo fruncido y la expresión a la vez despreciativa y severa.

—Buenos días, ¿hay que esperar mucho?

La voz también le salió baja y ronca.

—No, señor comisario, tome asiento.

Mientras Montalbano se acomodaba en el sillón desocupado, el peluquero, en cámara lenta como en una película cómica de Chaplin, hizo admirar al cliente el trabajo realizado colocándole un espejo detrás de la nuca, le quitó la toalla y la arrojó a un cesto; tomó otra toalla limpia y la colocó sobre los hombros del comisario. El cliente, tras haber rechazado la habitual pasada de cepillo por parte del aprendiz, tomó literalmente las de Villadiego tras farfullar un precipitado "buenos días".

El rito del corte de la barba y el cabello, cumplido en absoluto silencio, fue rápido y funéreo. Otro cliente hizo ademán de entrar apartando la cortina de abalorios, pero, tras haber olfateado el aire y haber reconocido al comisario, dijo:

—Volveré dentro de un rato.

Y se largó.

Por el camino de regreso a su despacho, Montalbano aspiró en el aire un olor indefinible, pero desagradable, una mezcla de aguarrás y de un tipo especial de polvos para el rostro que utilizaban las putas unos treinta años atrás. Era su cabello el que apestaba de aquella manera.

—Ingrassia está en su despacho —le dijo Tortorella en voz baja, como

si se tratara de una especie de conspiración.

—¿Adónde fue Fazio?

—A su casa, a cambiarse de ropa. Llamaron de la Jefatura. Dicen que Fazio, Gallo y Galluzzo también tienen que participar en la rueda de prensa.

"Se ve que mi llamada al muy cabrón de Sciacchitano ha surtido efecto", pensó Montalbano.

Ingrassia, que esta vez iba enteramente vestido de verde claro, hizo ademán de levantarse.

—No se levante, no se levante... —dijo el comisario, mientras se sentaba detrás de su escritorio.

Se pasó distraídamente la mano por el cabello y de inmediato se intensificó el olor de aguarrás y polvos baratos. Alarmado, se acercó los dedos a la nariz, los olfateó y vio confirmada su sospecha. Pero no había nada que hacer, en el cuarto de baño del despacho no tenía champú. De repente, se le volvió a poner la "cara de peluquería". Al observar aquel cambio súbito, Ingrassia se inquietó y se agitó en su asiento.

—¿Ocurre algo? —preguntó.

—¿En qué sentido, perdone?

—Pues... en todos los sentidos —tartamudeó Ingrassia.

—No sé —contestó evasivamente Montalbano.

Volvió a olfatearse los dedos y el diálogo quedó estancado.

—¿Se ha enterado de lo del pobre *cavaliere*? —preguntó el comisario como si ambos estuvieran hablando entre amigos en un salón.

—¡En fin! ¡Es la vida! —contestó Ingrassia, lanzando un compungido suspiro.

—Imagínese, señor Ingrassia. Le había preguntado si podía facilitarme más detalles acerca de lo que había visto la noche del robo, habíamos acordado reunimos y...

Ingrassia extendió los brazos como si quisiera exhortar a Montalbano a aceptar con resignación el destino. Tras una obligada pausa de meditación, dijo:

—Perdone, pero ¿qué otros detalles le podía facilitar el pobre *cavaliere*? Ya había dicho todo lo que había visto.

Montalbano le hizo señas de que no con el dedo índice.

—¿Usted cree que no dijo todo lo que había visto? —preguntó Ingrassia, intrigado.

Montalbano volvió a hacer señas de que no con el dedo. "Cuécete en tu caldo, basura", pensó.

La rama verde de Ingrassia se agitó como movida por una suave brisa.

—Pero entonces, ¿qué quería que le dijera?

—Lo que él creía no haber visto.

La brisa se trocó en un viento fuerte y la rama se agitó con más violencia.

—No lo entiendo.

—Le explico. Usted habrá visto sin duda ese cuadro de Pieter Brueghel titulado *Juegos infantiles*, ¿verdad?

—¿Quién, yo? No —contestó preocupado Ingrassia.

—No importa. Entonces seguro que habrá visto algo de Hieronymus Bosch.

—No, señor —contestó Ingrassia, y comenzó a sudar.

Esta vez estaba empezando a asustarse en serio mientras su rostro iba adquiriendo progresivamente un color verde que hacía juego con el de su ropa.

—No tiene importancia, dejémoslo —dijo Montalbano, magnánimo—. Quería decir que, cuando contempla una escena, una persona recuerda la primera impresión general que aquélla le ha producido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Ingrassia, ya preparado para lo peor.

—Más tarde, es posible que vaya recordando poco a poco algún detalle que ha visto y le ha quedado grabado en la memoria, pero había dejado de lado por no considerarlo importante. Le voy a dar unos cuantos ejemplos: una ventana abierta o cerrada, un ruido... ¿qué sé yo...? un silbido, una canción, una silla corrida, un automóvil que estaba donde no tenía que estar, una luz que se apagaba... Cosas de este tipo, detalles, pormenores que acaban teniendo una importancia decisiva.

Ingrassia se sacó del bolsillo un pañuelo blanco con ribete verde y se enjugó el sudor.

—¿ Me ha hecho venir sólo para decirme esto?

—No. Jamás me atrevería a molestarlo sin necesidad. Quiero saber si ha tenido alguna noticia de esos que, según usted, le gastaron la broma del robo falso.

—No, no apareció nadie.

—Qué raro...

—¿Porqué?

—Porque lo bueno de una broma es disfrutada después con la persona que ha sido su víctima. De todos modos, en caso de que aparezcan, hágame-lo saber. Buenos días.

—Buenos días —contestó Ingrassia, levantándose. Estaba chorreando sudor y se le habían pegado los pantalones al trasero.

Fazio se presentó enfundado en un uniforme flamante.

—Ya estoy aquí —dijo.

—Y el Papa está en Roma.

—Muy bien, señor comisario, entendido, hoy no está de humor. —Fazio hizo ademán de retirarse, pero se detuvo en la puerta. —Ha llamado el sub-comisario Augello... Dice que tiene un dolor de muelas terrible. Vendrá sólo en caso necesario.

—Oye, ¿sabes adónde ha ido a parar la chatarra del *Cinquecento* del *cavaliere* Misuraca?

—Sí, señor, está todavía aquí, en nuestro garaje. Le diré lo que pienso:

eso es pura envidia.

—Pero ¿de qué estás hablando?

—Del dolor de muelas del subcomisario Augello. Eso es un ataque de envidia.

—¿Envidia de quién?

—De usted, porque usted ofrecerá la rueda de prensa y él no. Y también está enfadado porque usted no ha querido decirle el nombre del detenido.

—¿Me haces un favor?

—Sí, señor, entendido, ya me voy.

Cuando Fazio hubo cerrado la puerta, Montalbano marcó un número. Le contestó una voz de mujer que parecía una parodia del doblaje de una negra.

—¿Diga? ¿Quién habló? ¿Quién tú ser?

"Pero ¿de dónde sacan las sirvientas en casa de los Cardamane?", se preguntó Montalbano.

— Está la señora Ingrid?

—Sí, pero ¿quién tú ser?

—Soy Salvo Montalbano.

—Tú espera.

En cambio, la voz de Ingrid era idéntica a la de la actriz italiana que había doblado a Greta Garbo y que, a lo mejor, también era sueca.

—Hola, Salvo, ¿cómo estás? Cuánto tiempo hace que no nos vemos...

—Ingrid, necesito tu ayuda. ¿Estás libre esta noche?

—Pues más bien no. Pero si es algo importante para ti, lo dejo todo.

—Es importante.

—Pues entonces, dime dónde y a qué hora.

—Esta noche a las nueve en el bar de Marinella.

La rueda de prensa resultó ser para Montalbano (tal como por otra parte él ya esperaba) una vergüenza prolongada y dolorosa. Desde Palermo había llegado el subjefe De Dominicis, de la Lucha Antimafia, que se sentó a la derecha del jefe. Unos gestos imperiosos y unas miradas severas obligaron a Montalbano, que deseaba permanecer entre el público, a sentarse a la izquierda de su jefe. Detrás, de pie, se situaron Fazio, Germanà, Gallo y Galluzzo. El jefe tomó la palabra y lo primero que hizo fue facilitar el nombre del detenido, el número uno de los números dos: Gaetano Bennici, llamado Tano el Griego, un asesino múltiple, prófugo de la Justicia desde hacía muchos años. Sus palabras provocaron una auténtica conmoción. Los periodistas, que eran muchos aparte de los cuatro camarógrafos de televisión, pegaron un brinco en sus asientos y se pusieron a hablar entre sí de tal manera, que el jefe tuvo dificultades para restablecer el silencio. Dijo que el mérito de la detención correspondía al comisario Montalbano, el cual, con la ayuda de sus hombres, a los que presentó por sus nombres, había sabido, con habili-

dad y valentía, aprovechar una ocasión propicia. Acto seguido habló De Dominicis, quien explicó el papel desempeñado por Tano el Griego en el seno de la organización, un papel que, si no era de primerísimo orden, sí lo era de primero. El subjefe volvió a sentarse y Montalbano comprendió que lo acababan de arrojar a los perros.

Le dispararon las preguntas en ráfagas mucho peores que las de un *kaláshnikov*. ¿Hubo un tiroteo? ¿Tano el Griego estaba solo? ¿Se produjeron heridos entre las fuerzas del orden? ¿Qué dijo Tano el Griego en el momento en que lo esposaron? ¿Tano dormía o estaba despierto? ¿Lo acompañaba alguna mujer? ¿Un perro? ¿Era cierto que se drogaba? ¿Cuántos asesinatos tenía en su haber? ¿Cómo iba vestido? ¿Estaba desnudo? ¿Era cierto que Tano era hincha del Milán? ¿Que llevaba encima una fotografía de Ornella Muti? ¿Quería explicar en qué había consistido "la ocasión propicia" a la que se había referido el jefe de policía?

Montalbano trataba de contestar, pero le resultaba cada vez más difícil entender lo que estaba diciendo.

"Menos mal que está la televisión", pensó. "Así después me veré y comprenderé las estupideces que he dicho."

Y por si fuera poco, tenía clavados encima los ojos rebosantes de adoración de la inspectora Anna Ferrara.

El periodista Nicolò Zito, de Retelibera, que era un verdadero amigo, trató de sacarlo de las arenas movedizas en las que se estaba hundiendo.

—Señor comisario, permítame. Usted ha dicho que se tropezó con Tano cuando regresaba de Fiacca, donde unos amigos lo habían invitado a comer una *tabisca*. ¿He entendido bien?

—Sí.

—¿Qué es una *tabisca*?

Ambos la habían comido juntos montones de veces, lo cual significaba que Zito le estaba arrojando un salvavidas. Montalbano se aferró a él. Recuperó repentinamente la seguridad y el aplomo y dio comienzo a una descripción pormenorizada de aquella pizza extraordinaria de múltiples sabores.

Siete

Montalbano tuvo dificultades para reconocerse en el sujeto cada vez más aturdido, balbuciente, trastornado, vacilante, sorprendido y extraviado cuyos ojos no conseguían estarse quietos ni un momento, cruelmente enfocado en primer plano por las cámaras de Retelibera bajo la lluvia de preguntas de los periodistas maricones e hijos de puta. La parte de la explicación de cómo estaba hecha la *tabisca* (la que mejor le había salido) no se transmitió, tal vez porque no estaba muy en la línea del tema principal, que era la captura de Tano.

Las berenjenas a la parmesana que la asistente le había dejado en el horno se le antojaron repentinamente sosas, pero no era posible que lo fue-

ran, no lo eran, se trataba de un efecto psicológico del hecho de verse convertido en un idiota en la televisión.

Experimentó el súbito impulso de echarse a llorar, de acostarse en la cama, todo envuelto en una sábana como una momia.

—¿Comisario Montalbano? Soy Luciano Acquesanta, del periódico *Il Mezzogiorno*. ¿Tendría la amabilidad de concederme una entrevista?

—No.

—No le haré perder tiempo, se lo juro.

—No.

—¿Es el comisario Montalbano? Soy Spingardi, Attilio Spingardi, de la RAI de Palermo. Estamos preparando una mesa redonda sobre el tema...

—No.

—¡Déjeme terminar!

—No.

—¿Querido? Habla Livia... ¿Qué tal te encuentras?

—Bien. ¿Por qué?

—Acabo de verte en la televisión.

—¡Oh, Dios mío! ¿Me han visto en toda Italia?

—Creo que sí. Pero ha sido una cosa muy corta, ¿sabes?

—¿Se oyó lo que yo decía?

—No, hablaba sólo el presentador. Pero a ti se te veía la cara y es por eso por lo que estoy preocupada. Estabas tan amarillo como un limón.

—¿Se veían también los colores?

—Pues claro.

—Me dolía la cabeza y me molestaban las luces.

—¿Ya se te pasó?

—Sí.

—¿Comisario Montalbano? Soy Stefania Quattrini, de *Essere donna*. Quisiéramos hacerle una entrevista telefónica. ¿Puede atendernos?

—No.

—Es cuestión de pocos segundos.

—No.

—¿Tengo el honor de hablar con el famoso comisario Montalbano, el que celebra ruedas de prensa?

—No me vengan a tocar las bolas.

—No, las bolas no te las queremos tocar, no te preocupes. Pero el culo, sí.

—¿Con quién hablo?

—Con tu muerte hablas. ¡Te quiero decir que no te la llevarás de balde, maldito comediante! ¿A quién creías engañar con todo ese teatro que has

montado con tu amigo Tano? Eso lo vas a pagar, pagarás caro el haber intentado burlarte de mí.

—Hola... Hola...

La comunicación se había cortado. Montalbano no tuvo tiempo de asimilar las palabras amenazadoras ni de reflexionar acerca de ellas, pues comprendió que el sonido insistente que oía en medio del alboroto de las llamadas era el del timbre de la puerta. Quién sabe por qué razón pensó que se trataba de algún periodista más listo que los demás, que había decidido presentarse directamente. Corrió irritado al vestíbulo y, sin abrir, preguntó:

—¿Quién carajo es?

—Soy el jefe.

Pero ¿qué querría en su casa ya aquella hora sin siquiera haberle avisado de antemano? Dio un manotazo al pestillo y abrió la puerta.

—Buenos días, pase —dijo, y se hizo a un lado.

El jefe no se movió.

—No hay tiempo. Arréglese y reúnase conmigo en el coche.

Dio media vuelta y se alejó. Al pasar por delante del espejo del gran armario, Montalbano comprendió qué le había querido decir el jefe superior con aquel "Arréglese". Estaba totalmente desnudo.

El coche no llevaba ninguna indicación de pertenecer a la policía; parecía ser un automóvil de alquiler, y al volante iba, vestido de paisano, un agente de la Jefatura Superior de Montelusa, que él conocía. En cuanto se sentó, el superior le dijo:

—Perdone que no le haya podido avisar, pero su teléfono estaba siempre ocupado.

—Está bien.

Montalbano hubiera podido interrumpirlo, pero eso no era propio de su estilo de persona amable y discreta. No le explicó a su jefe por qué razón su teléfono no le había dado tregua; no era el momento, su superior estaba más furioso de lo que él jamás hubiera visto y tenía el rostro en tensión y la boca medio torcida en una especie de mueca.

Cuando ya llevaban unos tres cuartos de hora en la carretera que conducía de Montelusa a Palermo y el chofer conducía a gran velocidad, el comisario empezó a contemplar la parte del paisaje de su isla que más le gustaba.

—¿De veras te gusta? —le había preguntado Livia con asombro cuando, años atrás, él la había llevado a aquellos lugares.

Áridas lomas que casi parecían túmulos gigantescos, cubiertas tan sólo por amarillos rastrojos de hierba seca, abandonadas por la mano del hombre como consecuencia de las derrotas causadas por la sequía, el calor o simplemente el cansancio de un combate perdido ya de entrada, interrumpidas

de vez en cuando por el color gris de las rocas en forma de pináculo, absurdamente nacidas de la nada o quizá llovidas del cielo, estalactitas o estalagmitas de aquella gruta profunda a cielo abierto que era Sicilia. Las pocas casas que había —todas de planta baja y techumbre abovedada, cubos de piedra en seco— estaban construidas al bies, casi como si hubieran tenido la suerte de resistir un violento corrimiento de la tierra que no quería tenerlas encima. Ciertamente había alguna que otra mancha de verde, pero no era de árboles ni de cultivos sino de pitas, de ciruelos silvestres, de sorgo, de espadilla débil y polvoriento, a punto también de rendirse.

Como si hubiera esperado a encontrarse en la escenografía más idónea, el jefe decidió hablar, pero el comisario comprendió que no se estaba dirigiendo a él sino a sí mismo, en una especie de monólogo doloroso y enfurecido.

—¿Por qué lo han hecho? ¿Quién ha decidido tomar una decisión? Si se llevara a cabo una encuesta, hipótesis imposible, resultaría o que nadie tomó la iniciativa o que tuvieron que actuar obedeciendo órdenes superiores. Veamos entonces quiénes son estos superiores que dieron la orden. El jefe de la Unidad Antimafia lo negaría, al igual que el ministro del Interior, el Presidente del gobierno, el jefe del Estado. Quedan en este orden: el Papa, Jesús, la Virgen, Dios Padre... Pondrían el grito en el cielo: ¿cómo se puede pensar que han sido ellos los que dieron la orden? Sólo queda el Maligno, el que se ha ganado la fama de ser el origen de todos los males. He aquí al culpable: ¡el demonio! En resumen y en pocas palabras, han decidido trasladarlo a otra cárcel.

—¿A Tano? —se atrevió a preguntar Montalbano. El jefe ni siquiera le contestó.

—¿Por qué? Eso jamás lo sabremos, está clarísimo. Y mientras nosotros estábamos allí, ofreciendo la rueda de prensa, ellos lo introducían en un vehículo cualquiera escoltado por dos agentes de paisano para no llamar la atención, naturalmente, ¡Dios mío, pero qué astutos son!, y de esta manera, cuando por la zona de Trabia salió de un sendero la clásica y potente moto con dos individuos absolutamente anónimos debido al casco que llevaban... muertos los dos agentes y él agonizando en el hospital. Eso es lo que ha ocurrido.

Montalbano soportó los golpes, pensando con cinismo que, si lo hubieran matado unas cuantas horas antes, él se hubiera ahorrado la tortura de la rueda de prensa. Empezó a hacer preguntas tan sólo cuando intuyó que el desahogo había calmado un poco al jefe.

—Pero ¿cómo han podido saber que...?

El jefe golpeó con fuerza el respaldo del asiento delantero, el chofer pegó un brinco y el vehículo derrapó ligeramente.

—Pero ¿qué preguntas me hace, Montalbano? Un infiltrado, ¿no? Eso es lo que más me enfurece.

El comisario dejó pasar unos minutos antes de preguntar:

—Pero ¿qué tenemos que ver nosotros con eso?

—Quiere hablar con usted. Ha comprendido que se está muriendo y quiere decirle una cosa.

—Ah... ¿Y usted por qué se ha molestado? Podía ir yo solo.

—Lo acompaño para evitar retrasos y contratiempos. Esos tipos de allí, en su inteligencia sublime, hasta son capaces de impedirle la entrevista.

Delante de la verja del hospital vieron estacionado un vehículo blindado mientras unos diez agentes repartidos por el jardincito del otro lado paseaban con las ametralladoras listas.

—Carajo —dijo el jefe.

Superaron con creciente nerviosismo por lo menos cinco controles y llegaron por fin al pasillo al que daba la habitación de Tano. Todos los pacientes habían sido obligados a trasladarse a otro sitio, entre maldiciones y palabrotas. A ambos extremos del pasillo montaban guardia cuatro agentes armados y otros dos lo hacían delante de la puerta de la habitación en la que evidentemente se encontraba Tano. El jefe les mostró el pase.

—Lo felicito —le dijo al oficial.

—¿Por qué, señor jefe?

—Por el dispositivo de vigilancia.

—Gracias —dijo el oficial, con el rostro iluminado por una sonrisa.

No había entendido una mierda de la ironía del superior.

—Entre usted solo, yo lo espero afuera.

Sólo entonces se dio cuenta de que Montalbano tenía el rostro morado y la frente bañada de sudor.

—Por Dios, Montalbano, ¿qué le pasa? ¿Se siente mal?

—Me siento perfectamente —contestó el comisario entre dientes.

Pero le estaba mintiendo, se sentía muy mal. Los muertos le importaban un pito, hubiera podido dormir a su lado, simular partir el pan con ellos o jugar al tresillo o a la brisca; no le causaban la menor impresión. En cambio, los moribundos le provocaban sudores fríos y le hacían temblar las manos mientras la sangre se le helaba en las venas y él sentía que se le abría un agujero en el estómago.

* * *

Bajo la sábana que lo cubría, el cuerpo de Tano le pareció encogido y más pequeño de lo que él recordaba. Los brazos estaban estirados a lo largo de los costados, y el derecho estaba envuelto en vendas gruesas. De su nariz, ahora casi transparente, salían los tubitos del oxígeno y su rostro parecía artificial, como el de un muñeco de cera. Dominando su impulso de escapar de allí, el comisario tomó una silla de metal y se sentó al lado del moribundo, cuyos ojos estaban cerrados como si estuviera durmiendo.

—Tano... Tano... Soy el comisario Montalbano.

La reacción de Tano fue inmediata; puso los ojos en blanco e hizo ademán de incorporarse en la cama en un salto violento dictado sin duda por el instinto, como un animal largo tiempo perseguido. Después sus ojos enfocaron al comisario y la tensión de su cuerpo se relajó visiblemente.

—¿Quería hablar conmigo?

Tano dijo que sí con la cabeza y esbozó una sonrisa leve.

Habló muy despacio y con gran esfuerzo.

—Me han quitado de en medio, de todos modos.

Se refería a la conversación que ambos habían mantenido en la cabaña, y Montalbano no supo qué contestarle.

—Acérquese.

Montalbano se levantó de la silla y se inclinó hacia él.

—Un poco más.

El comisario se inclinó hasta casi rozar con el oído la boca de Tano, cuyo ardiente aliento le provocó una sensación de repugnancia. Entonces Tano le dijo lo que tenía que decirle, con lucidez y exactitud. Pero el hecho de hablar lo había agotado, por lo que volvió a cerrar los ojos y Montalbano no supo si retirarse o quedarse un poco más. Decidió volver a sentarse y entonces Tano añadió algo con voz pastosa. El comisario se levantó una vez más y se inclinó sobre el moribundo.

—¿Qué me dijo?

—Tengo miedo.

Estaba asustado y, en la situación en que se encontraba, no tenía el menor reparo en confesarlo. ¿Era eso la compasión, esta oleada repentina de calor, este impulso del corazón, este sentimiento atormentador? Montalbano apoyó una mano en la frente de Tano y esta vez le salió espontáneamente tuteado.

—No te avergüences de decirlo. Puede que por eso seas un hombre. Todos tendremos miedo cuando llegue el momento. Adiós, Tano.

Salió de prisa, cerró la puerta a sus espaldas. Ahora en el pasillo, además del jefe y los agentes, estaban también De Dominicis y Sciacchitano. Corrieron a su encuentro.

—¿Qué ha dicho? —preguntó ansiosamente De Dominicis.

—Nada, no ha conseguido decirme nada. Quería decir algo, eso es evidente, pero no ha podido. Se está muriendo.

—¡En fin! —dijo en tono dubitativo Sciacchitano.

Con mucha calma, Montalbano apoyó la mano abierta sobre su pecho y le propinó un violento empujón. El otro retrocedió tres pasos, estupefacto.

—Quédate aquí y no te acerques —dijo entre dientes el comisario.

—Ya basta, Montalbano —intervino el jefe.

De Dominicis no pareció atribuir demasiada importancia a la pendencia entre ambos.

—Quién sabe lo que quería decirle... —insistió, mirándolo con expresión inquisitiva, como queriendo decir: "Tú no me dices la verdad".

—Si quiere, trataré de adivinado —replicó Montalbano con tono grosero.

Antes de abandonar el hospital, tomó un J&B doble solo. Empezaron el camino de regreso a Montelusa y el comisario calculó que a las siete y media de la tarde ya estaría nuevamente en Vigàta y podría acudir a su cita con Ingrid.

—Habló, ¿verdad? —preguntó en un susurro el superior.

—Sí.

—¿Algo importante?

—En mi opinión, sí.

—¿Y por qué lo eligió precisamente a usted?

—Prometió hacerme un regalo personal por la lealtad que le he demostrado en todo este asunto.

—Lo escucho.

Montalbano se lo contó todo y, al final, el jefe se quedó pensativo. Después lanzó un suspiro.

—Decídalo todo usted con sus hombres. Es mejor que nadie sepa nada. No tienen que saberlo ni siquiera en la Jefatura Superior. Ya lo ha visto usted, puede haber infiltrados en cualquier sitio.

El jefe volvió a hundirse en el malhumor que se había apoderado de él durante el viaje de ida.

—¡En eso nos hemos convertido! —dijo con mal contenida rabia.

A medio camino, sonó el teléfono celular.

—¿Sí? —contestó.

Desde el otro extremo le hablaron brevemente.

—Gracias —dijo. Después se dirigió al comisario: —Era De Dominicis... Me comunicó con tono amable que Tano ha muerto casi en el momento en que nosotros abandonábamos el hospital.

—Convendrá que tengan cuidado —dijo Montalbano.

—¿Porqué?

—Para que no les roben el cadáver —contestó con marcada ironía el comisario.

Quedaron un buen rato en silencio.

—¿Por qué razón De Dominicis se ha apresurado a comunicarle la muerte de Tano?

—Mi querido amigo, la llamada estaba dirigida prácticamente a usted. Está claro que De Dominicis, que no tiene un pelo de tonto, cree, y no se equivoca, que Tano ha conseguido decirle algo. Y quisiera o bien repartirse el pastel con usted o bien birlárselo todo entero.

En el despacho encontró a Catarella y a Fazio. Mejor así, prefería hablar con Fazio sin que hubiera gente a su alrededor.

Más por deber que por curiosidad, preguntó:

—Pero ¿dónde están los demás?

—Acompañan a cuatro muchachos en dos motos que participan en una competición de velocidad.

—¡Qué barbaridad! ¿Toda la comisaría se va por una competición?

—Es una competición especial —explicó Fazio—. Una moto es verde y la otra amarilla. Primero sale la amarilla y recorre toda la calle, robando todo lo que puede por el procedimiento del tirón. Al cabo de dos o tres horas, cuando la gente ya se ha calmado, sale la verde y arrebatada todo lo posible.

Después, cambian de calle y de barrio, pero esta vez sale primero la verde. La competición la gana el que consigue robar más.

—Comprendo... Oye, Fazio, tendrías que pasar al anochecer por la empresa Vinti. Pídele en mi nombre al contable que nos preste unas diez herramientas, entre palas, picos, azadas y azadones. Mañana por la mañana, a las seis, nos reunimos todos. En el despacho quedarán el subcomisario Augello y Catarella. Quiero dos coches, mejor dicho, uno, porque en la empresa Vinti pedirás también un jeep. Por cierto, ¿quién tiene la llave de nuestro garaje?

—La tiene siempre el que está de guardia. En este momento la tiene Catarella.

—Se la pides y me la das.

—Ahora mismo. Perdona, señor comisario, pero ¿para qué queremos las palas y las azadas?

—Porque vamos a cambiar de oficio. A partir de mañana nos dedicaremos a la agricultura, a la vida sana del campo. ¿Te parece bien?

—De unos días a esta parte, señor comisario, no hay quien hable con usted. ¿Se puede saber qué le ocurre? Se ha vuelto irritable y antipático.

Ocho

Desde que la había conocido en el transcurso de una investigación —en la cual Ingrid, absolutamente inocente, le había sido ofrecida por medio de pistas falsas como chivo expiatorio—, entre el comisario y aquella mujer espléndida había nacido una curiosa amistad. De vez en cuando, Ingrid lo llamaba y ambos se pasaban la velada charlando. La joven le hacía confidencias a Montalbano y le contaba sus problemas y él le daba consejos sabios y fraternales. Era una especie de rector espiritual —papel que había tenido que asumir a la fuerza, puesto que Ingrid le inspiraba pensamientos no exactamente espirituales—, cuyos consejos la joven desoía con todo esmero. En la totalidad de las citas que habían concertado, seis o siete, ni una sola vez había conseguido Montalbano llegar antes que ella, pues Ingrid tenía un culto casi maniático por la puntualidad.

También esta vez, cuando dejó el coche en el estacionamiento del bar de Marinella, vio que el automóvil de Ingrid ya estaba allí, al lado de un

Porsche descapotable, una especie de bólido pintado de un color amarillo que ofendía la vista y el buen gusto.

Al entrar en el bar, vio a Ingrid de pie en la barra tomando un whisky y, a su lado, hablándole confidencialmente, a un cuarentón superelegante, vestido de amarillo canario, con un Rolex en la muñeca y el cabello recogido en una coleta.

"Cuando se cambia de ropa, ¿cambiará también el coche?", se preguntó el comisario.

En cuanto lo vio, Ingrid se le acercó presurosa, lo abrazó y lo besó suavemente en los labios; no había duda de que la alegraba reunirse con él. Montalbano también se alegraba: Ingrid era un auténtico regalo de Dios, con sus largas piernas enfundadas en unos vaqueros ajustados, sus sandalias, una blusa que permitía entrever la forma del busto, y el cabello rubio cayéndole sobre los hombros.

—Perdona —le dijo Ingrid al canario que tenía al lado—. Nos vemos.

Se sentaron a una mesa, Montalbano no quiso beber nada y el tipo del Rolex y la coleta fue a terminarse el whisky en la terraza que daba al mar.

Ambos se miraron sonriendo.

—Te veo muy bien —dijo Ingrid—. En cambio, en la televisión no tenías muy buen aspecto.

—Bueno... —dijo el comisario, y cambió de tema—. Tú también estás muy bien.

—¿Me has llamado para que nos intercambiamos cumplidos?

—Tengo que pedirte un favor.

—Aquí me tienes.

Desde la terraza, el hombre de la coleta los miraba con disimulo.

—¿Quién es ése?

—Un conocido. Nos cruzamos en la calle mientras yo venía hacia aquí, me siguió y me invitó a un trago.

—¿En qué sentido lo conoces?

Ingrid se puso muy seria mientras una arruga se dibujaba en su frente.

—¿Estás celoso?

—No, lo sabes muy bien y, además, no hay motivo. Lo que ocurre es que, en cuanto lo vi, se me revolvió el estómago. ¿Cómo se llama?

—Vamos, Salvo, ¿a ti qué te importa?

—Dime cómo se llama.

—Beppe... Beppe De Vito.

—¿Y a qué se dedica para poder comprarse el Rolex, el Porsche y todo lo demás?

—Se dedica al comercio de las pieles.

—¿Te has acostado con él?

—Sí, me parece que el año pasado. Y ahora me estaba proponiendo repetido. Pero no guardo un recuerdo agradable de aquel encuentro.

—¿Un degenerado?

Ingrid lo miró por un instante y después estalló en una carcajada que sobresaltó al barman.

—¿De qué te ríes?

—De la cara que has puesto de honrado policía escandalizado. Pues no, Salvo, todo lo contrario. Carece totalmente de fantasía. El recuerdo que conservo de él es el de una inutilidad asfixiante.

Montalbano le hizo señas al hombre de la coleta de que se acercara a su mesa. Mientras el hombre se acercaba sonriendo, Ingrid miró al comisario con expresión preocupada.

—Buenas tardes. Yo lo conozco, ¿sabe? Usted es el comisario Montalbano.

—Siento, por desgracia para usted, que tenga que conocerme mejor.

El otro lo miró, perplejo, el whisky tembló en el vaso y los cubitos de hielo tintinearón.

—¿Por qué ha dicho "por desgracia"?

—¿Usted se llama Giuseppe De Vito y se dedica al comercio de las pieles?

—Sí... pero no comprendo.

—Lo comprenderá a su debido tiempo. Cualquiera día de éstos, la Jefatura Superior de Montelusa lo mandará llamar. Yo también estaré presente. Entonces tendremos ocasión de charlar un buen rato.

El hombre de la coleta, con el rostro súbitamente amarillo, posó el vaso en la mesa, pues no conseguía que se le estuviera quieto en la mano.

—¿Sería usted tan amable de adelantarme... de explicarme...?

Montalbano puso la cara propia de alguien que se siente arrastrado por un irreprimible impulso de generosidad.

—Mire, sólo porque es usted amigo de la señora aquí presente. Usted conoce a un alemán, un tal Kurt Suckert, ¿verdad?

—Se lo juro, jamás he oído hablar de él—contestó el hombre, mientras sacaba del bolsillo un pañuelo de color canario para enjugarse el sudor de la frente.

—Si me da usted esta respuesta, no tengo nada más que añadir —dijo con frialdad el comisario. Lo estudió con detenimiento y le hizo señas de que se acercara un poco más. —Le voy a dar un consejo: no se pase de listo. Buenas tardes.

—Buenas tardes —contestó mecánicamente De Vito y, sin dirigirle una sola mirada a Ingrid, se retiró a toda prisa.

—Eres un provocador —dijo Ingrid, sin perder la calma— y también un sinvergüenza.

—Sí, es verdad. De vez en cuando me ocurre y me da por ahí.

—¿Este tal Suckert existe de verdad?

—Ha existido. Pero se hacía llamar Malaparte. Era escritor.

Oyeron el rugido del Porsche al salir derrapando.

—¿Ahora ya te has desahogado? —preguntó Ingrid.

—Bastante.

—En cuanto te vi entrar, me di cuenta de que estabas de malhumor. ¿Qué te ha pasado? ¿Me lo puedes decir?

—Podría, pero no merece la pena. Engorros del trabajo.

Montalbano le había sugerido a Ingrid dejar el automóvil en el estacionamiento del bar y volver más tarde para recogerlo. Ingrid no le había preguntado ni adónde iban ni qué iban a hacer. En determinado momento, Montalbano le preguntó:

—¿Qué tal te va con tu suegro?

La voz de Ingrid se animó.

—¡Muy bien! Hubiera tenido que decírtelo antes, perdona. Con mi suegro va todo muy bien. Desde hace dos meses me deja en paz y ya no me busca.

—¿Qué ha sucedido?

—No lo sé, él no me ha dicho nada. La última vez ocurrió al regreso de Fela; habíamos asistido a una boda, mi marido no pudo ir y mi suegra no se encontraba bien. En resumen, estábamos nosotros dos solos. En determinado momento, él enfiló una carretera secundaria, recorrió unos kilómetros, se detuvo entre los árboles, me obligó a bajar, me desnudó y me cogió con su habitual violencia. Al día siguiente, me fui a Palermo con mi marido y, cuando regresé, al cabo de una semana, mi suegro estaba como envejecido y temblaba. A partir de entonces, casi me rehúye. Ahora puedo tropezarme con él cara a cara en un pasillo de mi casa sin temer que me empuje contra la pared y me ponga una mano en las tetas y otra entre las piernas.

—Mejor así, ¿no?

Montalbano conocía mejor que Ingrid misma la historia que ella acababa de contarle. El comisario se había enterado del asunto entre Ingrid y su suegro desde que ocurrió el primer encuentro entre ambos. Una noche mientras charlaba con él, Ingrid había estallado en sollozos convulsos, pues ya no podía resistir por más tiempo la situación con el padre de su marido; ella, que era una mujer absolutamente libre, se sentía sucia y humillada a causa de aquel casi incesto forzoso y estaba acariciando la idea de abandonar a su marido y regresar a Suecia, donde hubiera podido ganarse el pan sin dificultad, pues era una mecánica de primera.

Fue entonces cuando Montalbano tomó la decisión de ayudarla y librarla de aquel problema. Al día siguiente invitó a almorzar a la inspectora de policía Anna Ferrara, que lo amaba y estaba convencida de que Ingrid era su amante.

—Estoy desesperado —le dijo, poniendo cara de gran actor de tragedias.

—Dios mío, ¿qué ocurre? —preguntó Anna, apretando su mano entre las suyas.

—Pues ocurre que Ingrid me traiciona.

Montalbano inclinó el rostro sobre el pecho y consiguió milagrosamente que se le humedecieran los ojos.

Anna reprimió una exclamación de triunfo. ¡No se había equivocado! Mientras, el comisario se cubrió el rostro con las manos y ella se emocionó ante esa manifestación de desesperación.

—Mira, nunca te lo quise decir para no hacerte sufrir, pero hice ciertas investigaciones sobre Ingrid y tú no eres el único hombre.

—¡Eso yo ya lo sabía! —contestó el comisario sin apartar las manos del rostro.

—¿Pues entonces?

—¡Esta vez es distinto! ¡No es una aventura como las demás, que yo puedo incluso perdonar! ¡Se ha enamorado y es correspondida!

—¿Sabes de quién se ha enamorado?

—Sí, de su suegro.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Anna con sobresalto—. ¿Te lo ha dicho ella?

—No. Yo lo he comprendido. Ella lo niega. Lo niega todo. Pero yo necesito una prueba segura para restregársela contra la cara, ¿comprendes?

Anna se ofreció a proporcionarle la prueba. Y tanto se afanó en obtenerla que, con una cámara fotográfica, consiguió captar las imágenes de la escena agreste del bosque. Le pidió a una amiga suya de confianza, de la Policía Científica, que ampliara las fotos y se las entregó al comisario. El suegro de Ingrid, además del hecho de ser jefe de un servicio del hospital de Montelusa, era un político muy importante. Montalbano le envió una primera y elocuente documentación a la sede provincial del Partido, al hospital y a su casa. Detrás de cada una de las tres fotografías, se limitó a escribir: "Te tenemos agarrado por las pelotas". La foto le pegó un susto de muerte y, en un instante, el hombre vio peligrar su carrera y su familia. Por si las necesitara, el comisario conservaba en su poder otras veinte fotografías. No le dijo nada a Ingrid, pues temía que ésta se pusiera hecha una furia ante aquella invasión de su intimidad sueca.

Montalbano pisó el acelerador. Estaba contento, pues ahora ya sabía que las intrigas complicadas que había puesto en práctica habían alcanzado el fin deseado.

* * *

—Entra tú con el coche —dijo Montalbano, y bajó para levantar el portón metálico del garaje de la policía.

Cuando el vehículo estuvo adentro, encendió las luces y bajó nuevamente el portón.

—¿Qué tengo que hacer? —preguntó Ingrid.

—¿Ves la chatarra de ese *Cinquecento*? Quiero saber si los frenos han

sido manipulados.

—No sé si conseguiré averiguarlo.

—Inténtalo.

—Adiós mi blusa...

—No, espera.

Montalbano tomó una bolsa de plástico que había en el asiento posterior de su automóvil y sacó de ella una camisa y unos pantalones vaqueros suyos.

—Ponte esto.

Mientras Ingrid se cambiaba, él fue en busca de una lámpara portátil del taller de reparación de automóviles; la encontró en el banco de trabajo y la enchufó. Sin decir nada, Ingrid tomó la lámpara, una llave inglesa y un destornillador y se arrastró debajo del chasis retorcido del *Cinquecento*. Le bastaron unos diez minutos. Salió de allí sucia de polvo y grasa.

—He tenido suerte. Alguien cortó parcialmente la cinta de freno, estoy segura.

—¿Qué significa parcialmente?

—Significa que no la cortaron del todo sino que dejaron justo lo suficiente para que el coche no tuviera problemas de inmediato. Sin embargo, a la primera tracción fuerte, la cinta se hubiera partido, con toda seguridad.

—¿Estás segura de que no se pudo romper sola? Era un coche viejo.

—El corte es demasiado neto. Estaba apenas deshilachada.

—Ahora escúchame bien —dijo Montalbano—. El hombre que iba al volante salió de Vigàta con destino a Montelusa, permaneció algún tiempo allí y regresó a Vigàta. El accidente se produjo en la bajada rápida que hay para entrar en el pueblo, la bajada de la Catena. Chocó contra un camión y allí se quedó. ¿Está claro?

—Está claro.

—Entonces yo te pregunto: ¿esta faenita, a tu juicio, se la hicieron en Vigàta o en Montelusa?

—En Montelusa —contestó Ingrid—. Si se la hubieran hecho en Vigàta, seguramente se hubiera quedado sin frenos mucho antes. ¿Quieres saber algo más?

—No. Gracias.

Ingrid no se cambió y ni siquiera se lavó las manos.

—Lo haré en tu casa.

En el estacionamiento del bar Ingrid bajó del auto, subió al suyo y siguió al del comisario. Aún no eran las doce y la noche era templada.

—¿Quieres ducharte?

—No, prefiero bañarme en el mar. Tal vez, después.

Se quitó las prendas sucias de Montalbano y la bombacha, y el comisario tuvo que hacer un esfuerzo para ponerse de golpe en la piel sufrida del rector espiritual.

—Anda, quítate la ropa y ven tú también.

—No. Me gusta mirarte desde la galería.

La Luna llena derramaba demasiada luz. Montalbano contempló desde la silla de playa la silueta de Ingrid, que alcanzaba la orilla del mar, penetraba en el agua fría y daba comienzo a una especie de danza de saltitos con los brazos extendidos. La vio zambullirse, siguió brevemente con la mirada el puntito negro de su cabeza y, de repente, se quedó dormido.

Se despertó con las primeras luces del alba. Se levantó con un poco de frío, se preparó café y se bebió tres tazas seguidas. Antes de irse, Ingrid había limpiado la casa y no quedaba la menor huella de su paso por allí. Ingrid valía su peso en oro: había hecho lo que él le había pedido y no había exigido ninguna explicación. Desde el punto de vista de la curiosidad, no era demasiado mujer, desde luego. Pero sólo desde ese punto de vista. Sintió algo de apetito y volvió a abrir el refrigerador: las berenjenas a la parmesana que no se había comido al mediodía ya no estaban; se las había comido Ingrid. Tuvo que conformarse con un trozo de pan y un quesito, mejor eso que nada. Se duchó y se puso las mismas prendas que le había prestado a Ingrid y que todavía conservaban vestigios del perfume de su cuerpo.

Como de costumbre, llegó a la comisaría con diez minutos de retraso: sus hombres ya estaban preparados con un vehículo de servicio y un jeep prestado por la empresa Vinti, lleno de palas, azadas, picos y azadones, y parecían braceros que fueran a ganarse el jornal trabajando en el campo.

La montaña del Crasto, a la que jamás se le habría ocurrido considerarse montaña, era una colina más bien pelada que se levantaba al oeste de Vigàta y distaba del mar menos de quinientos metros. Había sido cuidadosamente agujereada por una galería, cerrada ahora con unos tablones de madera, perteneciente a una carretera que desde la nada tenía que conducir a la nada, muy útil para la creación de *tangentes* no exactamente geométricas. De hecho, se llamaba "la tangencial". Decía la leyenda que en las entrañas de la montaña se ocultaba un *crasto*, es decir, un carnero castrado de oro macizo; los que habían excavado la galería no lo habían encontrado; en cambio, sí lo habían encontrado los que habían convocado al concurso para la adjudicación de la obra. Pegada a la montaña, por la parte que no miraba al mar, había una especie de fortín rocoso llamado *u crasticeddru*, el corderito castrado: allí no habían llegado las excavadoras y los camiones, y el paraje poseía una belleza salvaje muy especial. Justamente hacia el *crasticeddru* se dirigieron los dos vehículos tras haber recorrido carreteras inaccesibles, para no llamar la atención. Resultaba muy difícil seguir adelante sin un sendero, pero el comisario quiso que los dos vehículos llegaran justo a la base del espolón de roca. Montalbano les ordenó a todos que bajaran.

El aire era fresco y la mañana despejada.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Fazio.

—Observen todos *u crasticeddru*. Con mucha atención. Deben rodearlo. Fíjense bien. En algún lugar tiene que hallarse la entrada de una cueva. La habrán ocultado o disimulado con piedras o ramas. Mucho ojo. Tienen que descubrirla. Les aseguro que existe.

Los hombres se dispersaron.

Dos horas después volvieron a reunirse, desanimados, junto a los vehículos. El sol pegaba muy fuerte y ellos sudaban profusamente, pero el previsor Fazio había llevado termos de café y té.

—Probemos otra vez —dijo Montalbano—. Pero no miren tan sólo hacia la roca; miren también por el suelo, puede que haya algo que no encaje.

Reanudaron la búsqueda y, al cabo de media hora, Montalbano oyó la voz lejana de Galluzzo.

—¡Comisario! ¡Comisario! ¡Venga!

El comisario se reunió con el agente al que le había asignado el lado del espolón más próximo a la carretera provincial de Fela.

—Mire.

Habían intentado borrarlas, pero en determinado punto se veían en la tierra, con toda claridad, las huellas de un camión de gran tamaño.

—Se dirigen hacia allí —dijo Galluzzo, señalando la roca. De pronto, el agente se detuvo, boquiabierto.

—¡Santo Dios! —exclamó Montalbano.

¿Cómo era posible que no se hubieran dado cuenta antes? Había una roca gigantesca situada en una posición muy rara, por detrás de la cual asomaban hierbas reseca. Mientras Galluzzo llamaba a sus compañeros, el comisario corrió hacia la roca, agarró una mata de espadilla y tiró con fuerza. Estuvo a punto de caer hacia atrás: el matojo carecía de raíces; había sido introducido allí junto con unos manojos de sorgo para disimular la entrada de la cueva.

Nueve

La roca era una enorme laja de piedra de forma casi rectangular que parecía formar un solo cuerpo con el peñasco que la rodeaba, y descansaba sobre una especie de peldaño también de roca. Montalbano calculó a ojo que debía de medir dos metros de alto por uno y medio de ancho. A media altura, del lado derecho, a unos diez centímetros del borde, había un agujero de apariencia completamente natural.

—Si hubiera sido una auténtica puerta de madera —dijo el comisario—, ese agujero hubiera estado justo a la altura del tirador.

Sacó del bolsillo de su chaqueta un bolígrafo y lo introdujo en el agujero. El bolígrafo entró hasta el fondo, pero cuando Montalbano estaba a punto de volver a guardarlo, advirtió que le había ensuciado la mano. Se miró la palma y la olfateó.

—Esto es grasa —le dijo a Fazio, el único que había permanecido a su lado.

Los demás agentes estaban sentados a la sombra: Gallo había encontrado un matojo de acedera y la estaba ofreciendo a sus compañeros:

—Chúpenle el tallo, es una maravilla y quita la sed.

Montalbano pensó que sólo cabía una solución.

—¿Tenemos un cable de acero?

—Claro, el del jeep.

—Pues acércalo todo lo que puedas.

Mientras Fazio se retiraba, el comisario, que ahora ya estaba seguro de haber encontrado el medio para desplazar la laja, contempló con otros ojos el paisaje que lo rodeaba. Si aquél era el lugar que le había revelado Tano el Griego en su lecho de muerte, en algún sitio tenía que haber un puesto de vigilancia. El paraje parecía desierto y solitario; nada permitía adivinar que, al doblar la cresta, pasaba a pocos metros de allí la carretera provincial con todo su tránsito. No lejos del lugar, en una elevación de terreno pedregoso y ardiente, había una cabaña minúscula, un cubo de una sola habitación. Montalbano pidió los prismáticos. La puerta de madera, cerrada, parecía en buen estado; al lado de la puerta y a la altura de un hombre había una ventana pequeña sin postigos protegida por dos barrotes de hierro en forma de cruz. La cabaña parecía deshabitada, pero era el único posible puesto de vigilancia de los alrededores, pues las demás casas estaban demasiado lejos. Por las dudas, Montalbano llamó a Galluzzo.

—Ve a echar un vistazo a aquella cabaña, intenta abrir la puerta, pero, cuidado, no la echés abajo, pues nos podría ser útil. Observa si adentro se ven señales de ocupación reciente, si alguien ha vivido allí en estos días. Pero deja todo tal como está, como si no hubieras entrado.

El jeep ya había llegado casi al nivel de la base de la piedra. El comisario pidió que le entregaran el extremo del cable de acero, lo introdujo sin dificultad en el agujero y lo fue empujando hacia dentro. No tuvo que hacer ningún esfuerzo, el cable se deslizaba por el interior de la laja como si siguiera una guía muy bien engrasada, sin tropezar con ningún obstáculo y, poco después, el extremo del cable asomó por detrás de la laja como la cabeza de una culebra.

—Toma este extremo —le dijo Montalbano a Fazio—, átaló al jeep, ponlo en marcha y tira, pero muy despacito.

El vehículo se puso en marcha lentamente y la piedra empezó a separarse de la pared rocosa por el lado derecho, como si girara sobre unos goznes invisibles.

—Ábrete, sésamo, y ciérrate, sésamo —murmuró estupefacto Germanà, recordando la fórmula del cuento infantil para abrir y cerrar las puertas por arte de magia.

—Le aseguro, señor jefe, que aquella laja de piedra había sido trans-

formada en puerta por obra de un profesional muy hábil; piense que los goznes de hierro resultaban totalmente invisibles por fuera. Volver a cerrar la puerta fue tan fácil como abrirla. Entramos con linternas. En su interior, la cueva estaba equipada con gran cuidado e inteligencia. El suelo estaba formado por una docena de lo que aquí se llaman *farlacche*, clavadas entre sí y colocadas sobre la tierra.

—¿Qué son las *farlacche*? —preguntó el jefe.

—Ahora no me sale la palabra... Digamos que son unas tablas de madera muy gruesas. El pavimento fue colocado para evitar que los contenedores de las armas estuvieran demasiado tiempo en contacto directo con la humedad de la tierra. Las paredes están recubiertas de tablas de madera mucho más ligeras. En resumen, el interior de la cueva es como una enorme caja de madera sin tapa. Debieron de trabajar mucho tiempo allí.

—¿Y las armas?

—Es un auténtico arsenal. Unas treinta, entre ametralladoras y metralletas, un centenar entre pistolas y revólveres, dos lanzagranadas, miles de municiones y cajas de explosivos de todo tipo, desde trinitrotolueno a semtex. Además, una buena cantidad de uniformes del Cuerpo de Carabineros y de la policía, chalecos antibalas y un sinfín de cosas más. Todo en perfecto orden y cada cosa envuelta en celofán.

—Les hemos asestado un buen golpe, ¿eh?

—Desde luego. Tano se ha vengado bien, justo lo suficiente para no pasar por traidor o arrepentido. Quiero comunicarle que no he decomisado las armas; las he dejado en la cueva y he organizado dos turnos diarios de guardia con mis hombres. Ellos se encuentran en una cabaña deshabitada situada a unos centenares de metros del depósito.

—¿Espera que acuda alguien a aprovisionarse?

—Lo estoy deseando.

—Muy bien, estoy de acuerdo con usted. Esperemos una semana, tengámoslo todo bien controlado y, si no ocurre nada, procedamos al decomiso.

"Ah, por cierto, Montalbano, ¿se acuerda de mi invitación a cenar para pasado mañana?

—¿Cómo iba a olvidarme?

—Lo lamento, pero tendremos que aplazada unos días... Mi mujer tiene gripe.

No fue necesario esperar una semana. Al tercer día del descubrimiento de las armas, al finalizar su turno de guardia —entre la medianoche y el mediodía—, Catarella, muerto de sueño, se presentó para informar al comisario (Montalbano exigía que todos los hombres así lo hicieran al finalizar su turno).

—¿Alguna novedad?

—Ninguna, *dottori*. Todo en paz y tranquilidad.

—Muy bien, mejor dicho, muy mal. Vete a dormir.

—Ah, ahora que recuerdo, hubo una cosa, pero una cosa de nada, se la digo más por si las moscas que por deber, una cosa sin importancia.

—¿Qué es esta cosa de nada?

—Que pasó un turista.

—Explícate mejor, Catarè.

—Como usted quiera. Justo en aquel momento oí el rugido de una motocicleta potente. Tomé los prismáticos que llevaba colgados en bandolera, me asomé con cuidado y mi suposición se vio confirmada. Era una motocicleta de color rojo.

—El color no importa. ¿Qué más?

—De la moto bajó un turista de sexo masculino.

—¿Por qué pensaste que era un turista?

—Por la cámara fotográfica que llevaba colgada del cuello, una cámara muy grande, tan grande que parecía un cañón.

—Debía de ser un teleobjetivo.

—Eso, sí señor. Y se puso a fotografiar.

—¿Que fotografió?

—Lo fotografió todo, *dottori* mío. El paisaje, el *crasticeddru*, el mismo lugar en cuyo interior yo me encontraba.

—¿Se acercó al *crasticeddru*?

—No, señor. En el momento de volver a montar en la moto para irse, me saludó con la mano.

—¿Te vio?

—No. Me quedé todo el rato adentro. Pero, tal como le dije, en cuanto puso en marcha la moto, el hombre saludó con la mano hacia la cabaña.

—¿Señor jefe? Hay una novedad no muy agradable. En mi opinión, se han enterado no sé cómo de nuestro hallazgo y han enviado a alguien para confirmado.

—¿Y cómo lo sabe?

—Esta mañana, el agente que estaba de guardia en la cabaña vio llegar en una motocicleta a un hombre que empezó a fotografiar todo con un teleobjetivo potente. Estoy seguro de que, alrededor de la piedra que disimulaba la entrada de la cueva, debían de haber colocado algo especial, ¿qué sé yo?, una ramita orientada de una manera determinada, una piedra puesta a una cierta distancia... Era inevitable que no volviéramos a colocado todo tal como estaba antes.

—Perdone, ¿usted había dado instrucciones especiales al agente de guardia?

—Por supuesto que sí. De conformidad con mis órdenes, el agente de guardia hubiera tenido que obligar al motociclista a detenerse, identificarlo, retirarle la cámara fotográfica, conducido a la comisaría...

—¿Y por qué no lo hizo?

—Por una razón muy sencilla: era el agente Catarella, al que tan bien

conocemos usted y yo.

—Ah... —fue el escueto comentario del jefe.

—¿Qué hacemos entonces?

—Procederemos hoy mismo al decomiso de las armas. Desde Palermo me han ordenado dar el máximo relieve a los hechos.

Montalbano notó que las axilas le empezaban a sudar.

—¿Otra rueda de prensa?

—Me temo que sí. Lo lamento...

* * *

En el instante mismo de ponerse en camino con dos automóviles y una camioneta hacia el *crasticeddru*, Montalbano se dio cuenta de que Galluzzo lo estaba mirando con ojos lastimeros de perro apaleado. Lo llamó y se apartó con él.

—¿Qué te ocurre?

—¿Me da permiso para avisar del asunto a mi cuñado, el periodista?

—No —contestó impulsivamente Montalbano, pero de inmediato lo pensó mejor. Se le acababa de ocurrir una idea, de la cual se felicitó.

—Mira, para hacerte un favor personal, dile que venga, llámalo por teléfono.

La idea que se le había ocurrido era la siguiente: si el cuñado de Galluzzo hubiera estado presente y dado una publicidad amplia al hallazgo, puede que la necesidad de la rueda de prensa se hubiese ido al carajo.

Montalbano no sólo dio vía libre al cuñado de Galluzzo y a su camarógrafo de Telegata sino que incluso los ayudó a realizar la primicia informativa, actuando como director improvisado, haciendo montar un lanzagranadas que Fazio empuñó en posición de disparo, e iluminando profusamente el interior de la cueva para que se pudieran fotografiar o grabar todos los cargadores y todos los cartuchos.

Al cabo de dos horas de trabajo duro, consiguieron vaciar la cueva. El periodista y su camarógrafo regresaron a toda prisa a Montelusa para preparar el reportaje, y Montalbano llamó a su superior por su teléfono celular.

—Ya está todo cargado.

—Muy bien. Mándemelo aquí, a Montelusa. Ah, por cierto... Deje a un hombre de guardia. Dentro de poco ira para allá Jacomuzzi con la Brigada Científica. Mi enhorabuena.

Jacomuzzi se encargó de enterrar de modo definitivo la idea de la rueda de prensa. De manera totalmente involuntaria, por supuesto, pues en las ruedas de prensa y las entrevistas Jacomuzzi se encontraba como pez en el agua. El jefe de la Brigada Científica, antes de acudir a la cueva para efectuar las tomas de muestras y exámenes adecuados, se había encargado de avisar a una docena de periodistas, tanto de la prensa escrita como de la te-

levisión. Si el reportaje preparado por el cuñado de Galluzzo saltó a los telediarios regionales, el barullo y la conmoción que provocaron los reportajes dedicados a Jacomuzzi y a sus hombres alcanzaron resonancia nacional. Tal como Montalbano había previsto, el jefe decidió anular la rueda de prensa, pues todo el mundo ya se había enterado de todo, y se limitó a divulgar un comunicado pormenorizado.

En su casa, en calzoncillos, con una botella grande de cerveza en la mano, Montalbano disfrutó viendo en la televisión el rostro de Jacomuzzi, siempre en primer plano, explicando de qué forma sus hombres estaban desmontando pieza por pieza la construcción de madera del interior de la cueva en busca del más mínimo indicio, la más mínima sombra de huella dactilar o el vestigio de una huella. Cuando desnudaron la cueva y ésta recuperó su aspecto inicial, el camarógrafo de Retelibera captó una panorámica lenta y prolongada de su interior. Y precisamente en el transcurso de esa panorámica, el comisario reparó en una cosa que no encajaba; fue una simple impresión, nada más. Pero más valía comprobado. Llamó a Retelibera y preguntó si estaba Nicolò Zito, su amigo, el periodista comunista.

—No hay problema, ordeno que te lo graben.

—Pero es que yo no tengo el trasto ese... ¿cómo carajo se llama?

—Pues entonces ven a verlo aquí.

—¿Estaría bien mañana a las once?

—Muy bien. Yo no vaya estar, pero lo dejaré dicho.

A las nueve de la mañana del día siguiente, Montalbano se dirigió a Montelusa, a la sede del Partido en el que militaba el *cavaliere* Misuraca. La placa situada al lado del portal indicaba que había que subir al quinto piso. Pero la placa traicionera no informaba que había que subir a pie, pues el condenado edificio carecía de ascensor. Tras haber subido por lo menos diez tramos casi sin resuello, Montalbano llamó varias veces a una puerta que permaneció obstinadamente cerrada. Volvió a bajar y cruzó el portal. Justo al lado había una frutería y verdulería; un anciano estaba atendiendo a un cliente. El comisario aguardó a que el verdulero estuviera solo.

—¿Usted conocía al *cavaliere* Misuraca?

—¿A usted qué carajo le importa las personas que conozco o no conozco?

—Me importa. Soy de la policía.

—Muy bien, pues. Yo soy Lenin.

—¿Está bromeando?

—De ninguna manera. Me llamo Lenin de verdad. El nombre me lo puso mi padre y yo me enorgullezco de él. ¿O es que usted pertenece a la misma categoría de los del portal de al lado?

—No. Y además, yo sólo vine para cumplir un servicio. Repito: ¿conocía usted al *cavaliere* Misuraca?

—Pues claro que lo conocía. Se pasaba la vida entrando y saliendo de

aquel portal e hinchándome las bolas con su *Cinquecento* de mierda.

—¿Qué molestias le causaba el coche?

—¿Qué molestias...? Lo estacionaba siempre delante de mi local, lo hizo incluso el mismo día en que más tarde se estrelló contra el camión.

—¿Lo estacionó justo aquí delante?

—Pero ¿es que hablo en chino? Justo aquí mismo. Le pedí que lo moviera de sitio, pero él se puso hecho una furia, empezó a gritar y dijo que no tenía tiempo que perder conmigo. Entonces yo me enojé en serio y le contesté con muy malos modos. En resumen, poco faltó para que llegáramos a las manos. Por suerte, pasó un muchacho y le dijo al *cavaliere*, que en paz descanse, que él cambiaría el *Cinquecento* de lugar y le pidió las llaves.

—¿Sabe dónde lo estacionó?

—No, señor.

—¿Podría reconocer al muchacho? ¿Lo había visto alguna otra vez?

—De vez en cuando lo veía entrar en el portal de al lado.

Debía de ser uno de su mismo grupo.

—El secretario político se llama Biraghin, ¿verdad?

—Creo que sí. Trabaja en el Instituto de las Casas Populares. Es uno de la parte de Venecia, a esta hora está en el despacho. Aquí abren a las seis de la tarde, ahora es muy temprano.

—¿*Dottor* Biraghin? Soy el comisario Montalbano, de Vigàta... Perdone que lo moleste en su despacho.

—Faltaría más, dígame usted.

—Necesito la ayuda de su memoria. La última reunión del Partido en la que participó el pobre *cavaliere* Misuraca, ¿qué clase de reunión fue?

—No entiendo la pregunta.

—Perdone, no se enoje, es sólo una investigación de rutina, para aclarar las circunstancias de la muerte del *cavaliere*.

—¿Por qué? ¿Acaso hay algo que no está claro?

Menudo pelmazo era el *dottor* Ferdinando Biraghin.

—Todo está clarísimo, no se preocupe.

—¿Pues entonces?

—Yo tengo que cerrar el expediente, ¿comprende? No puedo dejar un procedimiento sin terminar.

Al escuchar las palabras "expediente" y "procedimiento", la actitud de Biraghin —burócrata del Instituto de las Casas Populares— cambió de golpe.

—Ya, son cosas que comprendo muy bien. Se trataba de una reunión del Directorio del Partido, en la cual el *cavaliere* no tenía ningún derecho a participar, pero hicimos la vista gorda.

—¿O sea que fue una reunión limitada?

—Unas diez personas.

—¿Acudió alguien a buscar al *cavaliere*?

—Nadie, teníamos la puerta cerrada con llave. Me acordaría. Lo llama-

ron por teléfono, eso sí.

—Perdone, supongo que usted ignora el tenor de aquella llamada.

—¡No sólo no ignoro el tenor sino que hasta conozco al barítono, el bajo y la soprano! —y soltó una carcajada. (¡Pero qué gracioso era Ferdinando Bimghin!) —Usted ya sabe cómo hablaba el *cavaliere*, como si todos los demás fueran sordos. Era difícil no oírlo cuando hablaba. Imagínese que una vez...

—Perdóneme, *dottor* Biraghin, dispongo de muy poco tiempo. ¿Consiguió usted entender el...? —Montalbano hizo una pausa y descartó la palabra "tenor" para no volver a tropezar con el humorismo negro de Biraghin. —¿... la esencia de la llamada?

—Pues claro. Era alguien que le había hecho el favor de cambiarle el auto de sitio al *cavaliere*. Y el *cavaliere*, en lugar de darle las gracias, se enojó con él por haberle estacionado el coche demasiado lejos.

—¿Consiguió usted entender quién llamaba?

—No. ¿Por qué?

—Porque dos y dos no son tres —contestó Montalbano, y cortó.

De modo que el muchacho, tras haber efectuado la faenita mortal en el interior de algún garaje cómplice, se había permitido incluso el capricho de hacerle dar un paseo al *cavaliere*.

A una empleada amable de Retelibera, Montalbano le explicó que él era una nulidad total en todo lo relacionado con la electrónica. Podía encender el televisor, eso sí, buscar los programas y apagar el aparato. De lo demás no sabía ni pizca. Con gran paciencia y amabilidad, la muchacha puso la cinta y retrocedió e inmovilizó las imágenes todas las veces que Montalbano se lo pidió. Al salir de Retelibera, el comisario tuvo el convencimiento de haber visto lo que le interesaba. Pero lo que le interesaba no tenía aparentemente el menor sentido.

Diez

Se detuvo indeciso delante de la entrada de la *trattoria* San Calogero: ya era la hora de comer, desde luego, y experimentaba el deseo de hacerlo, pero, por otra parte, la idea que se le había ocurrido mientras miraba la grabación y que necesariamente tenía que comprobar, lo impulsaba a dirigirse al *crasticeddru*. El aroma de salmonetes fritos procedente del interior del local ganó finalmente la partida. Se comió unos entremeses especiales de mariscos y después se hizo servir un par de lubinas tan frescas, que parecía que todavía estuvieran nadando en el agua.

—El señor está comiendo sin interés.

—Es verdad, pero el caso es que tengo un pensamiento metido en la cabeza.

—Los pensamientos hay que olvidarlos cuando uno se encuentra delan-

te de la gracia que le está haciendo el Señor con estas lubinas —dijo solemnemente Calogero, y se retiró.

Pasó por el despacho para ver si había alguna novedad.

—Ha llamado varias veces el *dottor* Jacomuzzi —le dijo Germanà.

—Si vuelve a llamar, dile que más tarde me pondré en contacto con él. ¿Tenemos una linterna potente?

Cuando, desde la carretera provincial, llegó a las inmediaciones del *crasticeddru*, Montalbano dejó el vehículo y decidió seguir adelante a pie; el día era bueno y soplabla una ligera brisa que refrescaba y elevaba su ánimo. El territorio que rodeaba la cresta estaba ahora marcado por las huellas de los automóviles que habían pasado por allí, la laja que servía de puerta se había desplazado a unos metros de distancia y la entrada de la cueva estaba al descubierto. En el momento de entrar, se detuvo y aguzó el oído. Desde el interior llegaban unos murmullos apagados, interrumpidos de vez en cuando por gemidos suaves. Lo asaltó una sospecha: ¿allí dentro estarían torturando a alguien? No tenía tiempo de regresar al vehículo y tomar la pistola. Entró de un salto, encendiendo al mismo tiempo la linterna potente.

—¡Alto ahí! ¡Policía!

Los dos que estaban en la cueva se quedaron petrificados de espanto, pero el que más petrificado se quedó fue el propio Montalbano. Eran dos jovencitos desnudos que estaban haciendo el amor: ella con las manos apoyadas en la pared y los brazos extendidos y él pegado a ella por detrás. Bajo la luz de la linterna parecían dos estatuas bellísimas. El comisario se notó las mejillas ardientes de vergüenza y musitó torpemente mientras iniciaba la retirada tras haber apagado la linterna:

—Perdón... me equivoqué... no se preocupen...

Salieron menos de un minuto después; no se tarda nada en ponerse los vaqueros y una remera. Montalbano lamentaba de veras haberlos interrumpido, pues aquellos jóvenes estaban volviendo a consagrar a su manera la cueva, ahora que ésta había dejado de ser un depósito de muerte. El muchacho pasó por delante de él con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos; en cambio, ella lo miró un instante con una sonrisa leve en los labios y una luz pícara en la mirada.

Al comisario le bastó un simple examen superficial para confirmar que lo que ya había observado en la grabación correspondía a lo que estaba viendo en la realidad: mientras que las paredes laterales de la cueva eran relativamente lisas y compactas, la parte inferior de la pared del fondo, es decir, la del lado opuesto a la entrada, presentaba asperezas, salientes y concavidades como si hubiera sido toscamente esculpida. Sin embargo, no se trataba de la labor de un cincel sino de unas piedras colocadas la una al lado de la otra y que más tarde el tiempo se había encargado de soldar, fijar y mimetizar con polvo, tierra y surcos de agua y salitre hasta transformar el muro tosco en una pared casi natural. Siguió estudiando con atención la pared, la exploró centímetro a centímetro y, al final, no le cupo ninguna duda:

en el fondo de la cueva tenía que haber otra abertura de por lo menos un metro cuadrado, que había sido tapada, pero no en los últimos años.

—¿Jacomuzzi? Montalbano... Necesito sin falta que tú...

—Pero ¿se puede saber dónde te has ido a rascar las bolas? ¡Me he pasado toda la mañana buscándote!

—Pues bueno, ya estoy aquí.

—He encontrado un trozo de cartón de hacer paquetes o, mejor dicho, de embalaje para envíos.

—Confidencia por confidencia: yo una vez encontré un botón de color rojo.

—¡Pero qué terrible eres! Me callo.

—Vamos, no te ofendas.

—En este trozo de cartón hay unas letras. Lo encontré debajo del piso de la cueva. Debió de introducirse en un intersticio entre las tablas.

—¿Qué es esa palabra que has dicho?

—¿Piso?

—No, la otra.

—¿Intersticio?

—Ésa. ¡Dios mío, qué culto eres y qué bien hablas! ¿Y no han encontrado nada más debajo de esa cosa que nombraste?

—Sí, clavos oxidados, también un botón precisamente, pero de color negro, un trozo de lápiz y pedazos de papel, pero la humedad los había convertido en papilla. El trozo de cartón aún está en buenas condiciones porque es evidente que se encontraba allí desde hacía pocos días.

—Mándamelo. Oye, ¿tienen un sonar y a alguien que lo sepa utilizar?

—Sí, lo hemos utilizado en Misimesi hace una semana para buscar a tres muertos que finalmente conseguimos localizar.

—¿Me lo puedes enviar aquí a Vigàta hacia las cinco?

—Pero ¿estás loco? ¡Son las cuatro y media! Digamos dentro de dos horas. Aprovecharé para ir yo también y llevarte el cartón. Pero ¿para qué lo quieres?

—Para medirte el culito.

—Allí está el director Burgio. Dice que si lo puede recibir, tiene que decirle algo, cuestión de cinco minutos.

—Hazlo pasar.

El director Burgio estaba jubilado desde hacía diez años, pero en el pueblo todo el mundo le seguía dando aquel título porque, durante más de treinta años, había sido director de la Escuela de Capacitación Comercial de Vigàta. Con Montalbano mantenía una buena amistad; el director era un hombre de cultura vasta y profunda, con un enorme interés por la vida a pesar de la edad; algunas veces el comisario había compartido con él sus paseos relajantes por el muelle. Le salió al encuentro.

—¡Cuánto me alegro! Pase.

—Aprovechando que pasaba por aquí, decidí preguntar por usted. Si no lo hubiera encontrado en su despacho, lo habría llamado.

—Dígame.

—Quisiera revelarles ciertas cosas acerca de la cueva donde ustedes han encontrado las armas. No sé si son interesantes, pero...

—Por favor. Dígame todo lo que sepa.

—Mire, quiero decir en primer lugar que me baso en todo lo que he averiguado a través de las televisiones locales y la lectura de los periódicos. Puede que las cosas no sean realmente así. De todos modos, alguien ha dicho que la piedra que cubría la entrada la habían habilitado como puerta los mafiosos o quienquiera que se dedicara al tráfico de armas. No es cierto. Esta habilitación, por así decirlo, la hizo el abuelo de un queridísimo amigo mío, Lillo Rizzitano.

—¿Sabe en qué época?

—Pues claro que lo sé. Hacia el año 41, cuando el aceite, la harina y el trigo empezaron a escasear por culpa de la guerra. Por aquel entonces, todas las tierras que rodeaban el Crasto y el *crasticeddru* pertenecían a Giacomo Rizzitano, el abuelo de Lillo, que había ganado dinero en América con medios ilícitos, o, por lo menos, eso decían en el pueblo. A Giacomo Rizzitano se le ocurrió la idea de cerrar la cueva, colocando aquella piedra a modo de puerta. En el interior de la cueva tenía toda suerte de productos, que vendía en el mercado negro con la ayuda de su hijo Pietro, el padre de Lillo. Eran hombres de pocos escrúpulos que habían participado en otros hechos de los que entonces las personas bien nacidas no solían hablar, al parecer, delitos de sangre.

"En cambio, Lillo salió distinto. Era una especie de literato, escribía poesías preciosas, leía mucho. Él fue quien me dio a conocer las obras *De tu tierra*, de Pavese, *Conversación en Sicilia*, de Vittorini... Yo lo iba a ver, por lo general cuando su familia no estaba, en un chalé pequeño justo al pie de la montaña del Crasto, por la parte que mira al mar.

—¿Lo derribaron para construir la galería?

—Sí. O, mejor dicho, las excavadoras que se utilizaron en la construcción de la galería hicieron desaparecer las ruinas y los cimientos, pues el chalé quedó literalmente pulverizado durante los bombardeos que precedieron al desembarco de los Aliados en el 43.

—¿Podría localizar a su amigo Lillo?

—Ni siquiera sé si está vivo o muerto y tampoco dónde vive. Lo digo porque debe usted tener en cuenta que Lillo tenía o tiene cuatro años más que yo.

—Dígame, señor director, ¿ha estado alguna vez en la cueva?

—No. Una vez se lo pedí a Lillo, pero él se negó; había recibido órdenes terminantes de su abuelo y su padre. Les tenía mucho miedo y bastante había hecho revelándome el secreto de la cueva.

El agente Balassone, a pesar de su apellido piamontés, hablaba milanes y tenía un rostro lúgubre de 2 de noviembre.

"*L'e el di di mort, aлегher!* ¡Es el día de los muertos, alegría!", había pensado Montalbano al verlo, recordando el título de un poema breve de Dello Tessa.

Al cabo de media hora de estruendo en el fondo de la cueva con su aparato, Balassone se quitó los auriculares de los oídos y miró al comisario con una cara todavía más desconsolada que de costumbre, de ser ello posible.

"*Me equivoqué*", pensó Montalbano, "y ahora haré un papelón de mierda delante de Jacomuzzi."

Tras pasarse diez minutos en el interior de la cueva, Jacomuzzi había confesado que padecía claustrofobia y había salido.

"Quizá porque ahora no te enfocan las cámaras de televisión", pensó con malicia Montalbano.

—¿Y bien? —preguntó el comisario para confirmar su fracaso.

—*De la del mur, c'e* —dijo Balassone con tono sibilino, que no sólo era un sujeto melancólico sino también parco.

—Quieres decirme, por favor y si no te molesta demasiado, ¿qué hay al otro lado de la pared? —preguntó Montalbano, con una amabilidad amenazante.

—*On sit voeuij.*

—¿Podrías tener la amabilidad de hablar claro?

Por su aspecto y por su tono de voz, Montalbano parecía un cortesano del siglo XVIII; pero Balassone ignoraba que, como siguiera por aquel camino, en cuestión de segundos recibiría un sopapo capaz de partirle la nariz. Por suerte para él, obedeció.

—Hay un hueco —dijo—, y es tan grande como esta cueva.

El comisario se tranquilizó; no se había equivocado. En aquel momento, entró Jacomuzzi.

—¿Se encontró algo?

Como sabía que con su superior Balassone se mostraba más locuaz, Montalbano lo miró de reojo.

—Sí, señor. Detrás de ésta, tiene que haber otra cueva. Es como una cosa que vi en la televisión. Había una casa esquimal... ¿cómo se llama?, ah, sí, iglú, y otra justo a su lado. Los dos iglús se comunicaban por medio de una especie de empalme, un pasillito bajo. Aquí la situación es la misma.

—Así a primera vista —dijo Jacomuzzi—, el cierre del pasillo de unión entre las dos cuevas debe remontarse a muchos años atrás.

—Sí, señor —dijo Balassone cada vez más afligido—. En caso de que en la otra cueva haya armas escondidas, deben de ser por lo menos de la Segunda Guerra Mundial.

Lo primero que observó Montalbano en el trozo de cartón —debidamente colocado por los de la Brigada Científica en un sobrecito de plástico transparente— fue que tenía la forma de Sicilia. En el centro, había varias letras mayúsculas escritas en negro: ATO—CAT.

—¡Fazio!

—¡A sus órdenes!

—Pide de nuevo a la empresa Vinti el jeep, las palas, los picos y la azada. Mañana regresamos al *crasticeddru*, tú, yo, Germanà y Galluzzo.

—¡Pero entonces es que le ha tomado el gusto! —soltó de repente Fazio.

Estaba cansado. En el refrigerador encontró calamarcitos hervidos y una rebanada de queso *caciocavallo* muy curado. Se instaló en la galería. Cuando terminó de cenar, fue a mirar en el congelador. Había un granizado de limón que la asistenta le preparaba según la fórmula uno, dos, cuatro: un vaso de jugo de limón, dos de azúcar, cuatro de agua. Para chuparse los dedos. Después decidió tenderse en la cama para terminar de leer la novela de Montalbán. No consiguió leer ni un capítulo siquiera: a pesar de su interés, el sueño se impuso. Se despertó al cabo de menos de dos horas, consultó el reloj y vio que eran sólo las once de la noche. Al volver a dejar el reloj en la mesita, su ojo se posó en el trozo de cartón que se había llevado a casa. Lo tomó y se fue al cuarto de baño. Sentado en el inodoro, bajo la fría luz fluorescente lo siguió estudiando. De repente, una idea lo fulminó. Le pareció por un instante que la intensidad de la luz del cuarto de baño aumentaba progresivamente hasta estallar en el relámpago de un flash. Le dieron ganas de reír.

"¿Será posible que sólo se me ocurran las ideas cuando estoy en el baño?"

Miró y remiró el trozo de cartón.

"Volveré a pensarlo mañana por la mañana, cuando tenga la cabeza fría."

Pero no fue así. Cuando ya llevaba un cuarto de hora dando vueltas y más vueltas en la cama, se levantó y buscó en la guía el número de teléfono del capitán Aliotta, de la Policía Judicial de Montelusa, que era su amigo.

—Perdona que te llame a esta hora, pero necesito una información urgente. ¿Alguna vez realizaron controles en el supermercado de un tal Ingrassia, de Vigàta?

—El nombre no me dice nada. Y si no lo recuerdo, significa que es posible que se haya efectuado algún control, pero que no se haya descubierto ninguna irregularidad.

—Gracias.

—Espera. De estas operaciones se encarga el sargento primero Lagna. Si quieres, le digo que te llame a tu casa. Estás en casa, ¿verdad?

—Sí.

—Dame diez minutos.

Tuvo tiempo de ir a la cocina a beberse un vaso de agua helada antes de que sonara el teléfono.

—Soy Lagana, el capitán ya me puso al tanto. Pues sí, el último control de aquel supermercado se remonta a hace un par de meses... Todo estaba en regla.

—¿Lo llevaron a cabo por iniciativa propia?

—Rutina habitual. Todo estaba bien. Le aseguro que no es frecuente tropezar con un comerciante que tenga los documentos tan en regla. Si hubiéramos querido fastidiarlo, no hubiéramos tenido ningún pretexto.

—¿Lo controlaron todo? ¿Libros de contabilidad, facturas, recibos?

—Perdone, señor comisario, ¿cómo cree usted que se hacen los controles? —preguntó el sargento, en tono un tanto irritado.

—Por el amor de Dios, no pretendía poner en duda... La finalidad de mi pregunta era otra. Yo no conozco ciertos mecanismos y por eso le estoy pidiendo ayuda. Estos supermercados, ¿cómo se abastecen?

—Están los mayoristas. Cinco, diez, según lo que haga falta.

—Ya... ¿Y usted estaría en condiciones de decirme quiénes son los proveedores del supermercado de Ingrassia?

—Creo que sí. Tengo que tenerlo anotado en algún sitio.

—Se lo agradecería muchísimo. Lo llamo mañana al cuartel.

—¡Ya estoy en el cuartel! No corte.

Montalbano lo oyó silbar.

—¿Señor comisario...? Mire, los mayoristas que abastecen a Ingrassia son tres de Milán, uno de Bérghamo, uno de Tarento, uno de Catania. Tome nota. En Milán...

—Perdone que lo interrumpa. Empiece por Catania.

—La razón social de la empresa de Catania es Pan, sin "e" final. Su propietario es Salvatore Nicosia, que vive en...

No encajaba.

—Gracias, ya es suficiente —dijo Montalbano, decepcionado.

—Espere, se me había pasado por alto. El supermercado se abastece en otra empresa de Catania, pero sólo en electrodomésticos, la Brancato.

"ATO—CAT", decía el trozo de cartón. Empresa Brancato—Catania: ¡encajaba, vaya si encajaba!

El grito de júbilo de Montalbano resonó en los oídos del sargento primero, que se llevó un susto.

—*¿Dottore, dottore?* Dios mío, ¿qué ocurre? ¿Se encuentra mal, *dottore?*

Once

Fresco como una rosa, sonriente, con chaqueta y corbata, envuelto en una nube de perfume de colonia, Montalbano se presentó a las siete de la

mañana en casa del señor Francesco Lacommare, gerente del supermercado de Ingrassia, quien lo recibió no sólo con estupor comprensible sino también en calzoncillos y con un vaso de leche en la mano.

—¿Qué ocurre? —preguntó, y palideció de inmediato al reconocerlo.

—Dos preguntitas muy fáciles y lo dejo tranquilo. Pero tengo que hacerle una advertencia muy seria: este encuentro tiene que quedar entre usted y yo. Si lo comenta con alguien, por ejemplo, con el dueño, yo, con la excusa que sea, lo mando a la cárcel, puede poner las manos sobre el fuego.

Mientras Lacommare trataba de recuperar la respiración, que se le había cortado, desde el interior del departamento estalló una voz femenina, chillona y desagradable.

—Ciccino..., pero ¿quién es a esta hora?

—Nada, nada, Carmilina, duerme —la tranquilizó Lacommare, entornando la puerta a sus espaldas.

"¿Le molesta, señor comisario, que hablemos aquí, en el rellano? En el último piso, que es el de arriba, no hay nadie. No hay peligro de que alguien nos moleste.

—Bien... En Catania, ¿dónde se abastecen?

—En la Pan y en la Brancato.

—¿Hay períodos prefijados para el abastecimiento de productos?

—En la Pan es semanal y, en la Brancato, mensual. Lo hemos acordado con otros supermercados que se abastecen en estos mismos mayoristas.

—Muy bien. Y eso significa, si no entendí mal, que la Brancato carga un camión de productos y lo envía a efectuar el recorrido de los supermercados. En este recorrido, ¿ustedes qué lugar ocupan? Me explicaré mejor...

—Lo he comprendido, señor comisario. El camión sale de Catania, recorre la provincia de Caltanissetta, después la de Trapani y finalmente la de Montelusa. Nosotros, los de Vigàta, somos los últimos en ser abastecidos, y el camión, desde aquí, regresa vacío a Catania.

—Una última pregunta... Las mercancías que robaron los ladrones y después se las ingeniaron para que fueran encontradas...

—Es usted muy inteligente, señor comisario.

—También lo es usted, puesto que me da las respuestas antes de que yo formule las preguntas.

—El caso es que precisamente por este motivo yo no consigo pegar un ojo por la noche. Bueno pues, la Brancato nos entregó la mercancía antes de lo previsto. La esperábamos a primera hora de la mañana del día siguiente, pero llegó la víspera, cuando ya estábamos a punto de cerrar. El chofer dijo que había encontrado cerrado por defunción un supermercado de Trapani y que por eso había llegado antes. Entonces el señor Ingrassia, para dejar libre el camión, mandó efectuar la descarga, verificó la lista y contó las cajas. Pero no ordenó abrirlas, dijo que ya era tarde, no quería pagar horas extras y decidió hacerla al día siguiente. A las pocas horas, se produjo el robo. Y yo me pregunto: ¿quién avisó a los ladrones que la mercancía había llegado con

antelación?

Lacommare se estaba entusiasmando con sus reflexiones. Montalbano decidió ponerle obstáculos en el camino: no convenía que el gerente se acercara demasiado a la verdad, so pena de que surgieran problemas. Además, era evidente que estaba totalmente al margen de los chanchullos de Ingrasias.

—No es seguro que ambas cosas guarden relación entre sí. Es posible que los ladrones pretendieran robar lo que ya había en el supermercado y se encontraran, por el contrario, con la mercancía recién entregada.

—Sí, pero ¿por qué dejaron que más tarde la encontraran?

Ahí estaba el quid. Montalbano se resistía a dar una respuesta capaz de satisfacer la curiosidad de Lacommare.

—Pero ¿se puede saber quién diablos es? —preguntó, esta vez decididamente enfadada, la voz femenina.

La señora Lacommare debía de ser una mujer de oído muy agudo. Montalbano aprovechó para irse; ya había averiguado lo que quería.

—Mis respetos a su gentil esposa —dijo, empezando a bajar la escalera.

En cuanto llegó a la puerta, retrocedió como una pelota atada a una cuerda y volvió a tocar el timbre.

—¿Otra vez usted?

Lacommare había bebido la leche, pero estaba todavía en calzoncillos.

—Había olvidado una cosa, perdone. ¿Está seguro de que el camión se fue completamente vacío después de haber descargado?

—Bueno, yo no dije eso. Quedaban todavía unas quince cajas grandes, pertenecientes, según me dijo el chofer, al supermercado de Trapani, que estaba cerrado.

—Pero ¿qué es todo este alboroto de mierda esta mañana? —chilló desde adentro la señora Carmilina, por lo que Montalbano se retiró sin despedirse.

—Creo haber comprendido, con bastante aproximación, el camino que seguían las armas para llegar a la cueva. Sígame, señor. Bueno pues, de una manera que todavía no hemos averiguado, las armas llegan desde algún lugar del mundo a la empresa Brancato, de Catania, que las almacena y coloca en cajas grandes marcadas con su nombre, como si contuvieran electrodomésticos normales destinados a los supermercados. Cuando se recibe la orden de la entrega, los de la Brancato cargan las cajas de armas junto con las otras. Como medida de precaución, en algún lugar del camino entre Catania y Caltanissetta sustituyen el camión de la empresa por otro previamente robado, así, en caso de que alguien descubra las armas, la empresa Brancato puede decir que ellos no tienen nada que ver con aquellos manejos, que el camión no es suyo y, más aún, que ellos han sido víctimas de un robo. El camión robado inicia su recorrido, deja las cajas... ¿cómo diríamos...? limpias

en los distintos supermercados que tiene que abastecer y se dirige a Vigàta.

"Pero antes de llegar, cuando ya se ha hecho completamente de noche, se detiene en el *crasticeddru* y descarga las armas en la cueva. Por la mañana a primera hora —eso me ha dicho el señor Lacommare— entregan las últimas cajas en el supermercado de Ingrassia y se van. Por el camino de regreso a Catania, el camión robado es vuelto a sustituir por el auténtico de la empresa, el cual regresa a su sede como si hubiera efectuado el viaje. Cada vez se encargan de alterar el cuentakilómetros. Y esta bromita se repite nada menos que desde hace tres años, pues Jacomuzzi nos ha dicho que la habilitación de la cueva se remonta precisamente a unos tres años.

—Lo que me está explicando sobre el procedimiento habitualmente utilizado encaja de maravilla —dijo el jefe—. Pero sigo sin comprender el montaje del robo falso.

—Actuaron movidos por la necesidad. ¿Recuerda el tiroteo que hubo entre una patrulla de carabinieri y tres malhechores en la campiña de Santa Lucia? Un carabiniere resultó herido.

—Sí, lo recuerdo... Pero ¿eso qué tiene que ver?

—Las emisoras locales de radio dieron la noticia hacia las nueve de la noche, justo cuando el camión se estaba dirigiendo al *crasticeddru*. Santa Lucia se encuentra a no más de dos o tres kilómetros del objetivo de los contrabandistas, quienes debieron de enterarse de lo ocurrido a través de la radio. No era prudente que los sorprendiera una patrulla —acudieron muchas al escenario de los hechos— en un lugar desierto. Hubieran tropezado sin duda con un control, pero eso era un mal menor y hubieran tenido muchas probabilidades de salir airosos de la situación. Y así fue. Por consiguiente, llegan con mucho adelanto e inventan el cuento del supermercado cerrado de Trapani.

"Ingrassia, informado del contratiempo, manda descargar y el camión simula regresar a Catania. Lleva todavía las armas, las cajas que, tal como le explican a Lacommare, el gerente, estaban destinadas al supermercado de Trapani. El camión se oculta en las inmediaciones de Vigara, en la propiedad de Ingrassia o en la de algún cómplice suyo.

—Vuelvo a preguntarle: ¿por qué simular un robo? Desde el lugar en el que lo habían escondido, el camión podía dirigirse perfectamente al *crasticeddru* sin necesidad de volver a pasar por Vigàta.

—Era necesario. Si los hubieran interceptado los carabinieri, la Policía Judicial o cualquier otro grupo de las fuerzas del orden con las cajas y sin el resguardo correspondiente del envío, hubieran despertado sospechas. Y si los hubieran obligado a abrir una caja, se habría producido una catástrofe. Era absolutamente necesario que se llevaran las cajas descargadas en el supermercado de Ingrassia, que éste, con razón, había prohibido que se abrieran.

—Empiezo a comprender.

—A una determinada hora de la noche, el camión regresa al supermer-

cado. El vigilante no está en condiciones de reconocer ni a los hombres ni el camión, pues la víspera aún no había entrado a trabajar. Cargan las cajas todavía sin abrir, se dirigen al *crasticeddru*, descargan las cajas de las armas, retroceden, abandonan el camión en la gasolinera y listo.

—Perdone, pero ¿por qué no se han deshecho de la mercancía robada para proseguir después viaje a Catania?

—Éste es el toque genial: al permitir que lo encuentren en apariencia con toda la mercancía robada, obstaculizan las investigaciones. Automáticamente nos vemos obligados a contar con la hipótesis de un incumplimiento de alguna obligación de carácter delictivo, una amenaza, una advertencia por una cuota no pagada. En resumen, nos obligan a indagar a un nivel más bajo, ese que, por desgracia, tiene un carácter casi cotidiano en nuestra tierra. E Ingrassia interpreta muy bien su papel, contándonos la absurda historia de la broma, como dice él.

—Verdaderamente genial.

—Sí, pero, bien mirado, un error o una falla siempre se descubre. En este caso, no se dieron cuenta de que un trozo de cartón había resbalado entre las tablas de madera del piso de la cueva.

—Sí, sí... —dijo el jefe con expresión meditabunda. Después, casi hablando solo, añadió: —Quién sabe adónde habrán ido a parar las cajas vacías.

De vez en cuando, el jefe se fijaba en detalles sin importancia.

—Quizá las cargaron en algún vehículo y fueron a quemarlas al campo. Porque en el *crasticeddru* hubo por lo menos dos vehículos cómplices, tal vez para poder llevarse al chofer tras haber abandonado el camión en la gasolinera.

—O sea que, sin aquel trozo de cartón, no habiéramos podido averiguar nada —dijo el jefe.

—Bueno, no exactamente. Yo estaba siguiendo otro camino que seguro me hubiera llevado a las mismas conclusiones. Verá, es que se vieron obligados a matar a un pobre anciano.

El jefe pegó un brinco y lo miró con expresión perpleja.

—¿Un asesinato? ¿Y cómo es posible que yo no me enterara?

—Porque lo hicieron pasar por accidente. Sólo la otra noche tuve la certeza de que habían manipulado los frenos del automóvil.

—¿Se lo dijo Jacomuzzi?

—¡Por el amor de Dios! Jacomuzzi es un encanto y muy competente, pero meterlo en este asunto hubiera sido algo así como divulgar un comunicado de prensa.

—Cualquier día de éstos tendré que darle a Jacomuzzi un buen reto para que entienda bien —dijo el jefe, lanzando un suspiro—. Cuéntemelo todo, pero en orden y despacio.

Montalbano le contó la historia de Misuraca y de la carta que éste le había enviado.

—Lo mataron sin necesidad —agregó—. Sus asesinos ignoraban que ya me lo había comunicado roda por escrito.

—Pero... explíqueme qué motivo tenía Ingrassia para encontrarse en los alrededores del supermercado mientras simulaban el robo, según Misuraca.

—Porque, en caso de que se hubiera producido algún otro contratiempo, una visita inoportuna, por ejemplo, él hubiera salido para explicar que todo estaba en regla, que devolvía la mercancía porque los de la Brancato se habían equivocado con los pedidos.

—¿Y el vigilante nocturno en el refrigerador?

—Eso ya no era un problema. Lo hubieran hecho desaparecer.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó el jefe tras una pausa.

—El regalo que nos ha hecho Tano el Griego, a pesar de no habernos facilitado ningún nombre, ha sido muy importante, y conviene que no lo desperdiciemos. Si actuamos con prudencia, podríamos descubrir actividades cuyo alcance ignoramos. Pero tenemos que ser cautos. Si detenemos ahora mismo a Ingrassia o a alguien de la empresa Brancato, no conseguiríamos nada. Hay que llegar a los peces más gordos.

—Estoy de acuerdo. Les diré a los de Catania que sometan a una estrecha vig...

Interrumpió la frase e hizo una mueca. Acababa de recordar con profundo dolor la existencia del infiltrado que había hablado en Palermo y que fue la causa de la muerte de Tano. Quizás hubiera otro en Catania.

—Vamos a actuar con un plan más modesto —sugirió—. Vigilemos sólo a Ingrassia.

—En ese caso, convendría obtener la autorización del juez —dijo el comisario.

Cuando ya estaba a punto de salir, el jefe lo llamó.

—Por cierto, mi mujer ya está mucho mejor. ¿Le vendría bien el sábado por la noche? Tenemos muchas cosas de qué hablar.

El comisario encontró al juez Lo Bianco de un buen humor insólito y con los ojos resplandecientes.

—Le veo muy buen aspecto —no pudo evitar decirle.

—Pues sí, la verdad es que estoy francamente bien.

El juez miró a su alrededor con cara de conspirador, se inclinó hacia Montalbano y le dijo en un susurro:

—¿Sabe que Rinaldo tenía seis dedos en la mano derecha? Por un instante, Montalbano se desconcertó. Después recordó que el juez se dedicaba desde hacía muchos años a la redacción de su voluminosa obra *Vida y obra de Rinaldo y Antonio Lo Bianco, maestros jurados de la Universidad de Girgenti en tiempos del rey Martín el Joven (1402—1409)* porque se le había metido en la cabeza que ambos personajes eran pan entes suyos.

—¿De veras? —replicó Montalbano con asombro divertido. Era mejor

seguirle la corriente.

—Sí, señor. Seis dedos en la mano derecha.

"Se debía de hacer unas pajas fabulosas", fue el comentario sacrílego que estuvo a punto de hacer Montalbano, pero se contuvo a tiempo.

Después le comentó al juez toda la cuestión del tráfico de armas y del asesinato de Misuraca. Le explicó también la estrategia que pensaba seguir y le pidió autorización para intervenir los teléfonos de Ingrassia.

—Se la voy a dar ahora mismo —dijo Lo Bianco.

En otro momento, el juez hubiera manifestado sus dudas, puesto impedimentos y previsto problemas, pero esta vez, entusiasmado por el descubrimiento de los seis dedos de la mano derecha de Rinaldo, hubiera estado dispuesto a concederle a Montalbano autorización para torturar, empalar y quemar en la hoguera a quien quisiera.

El comisario fue a su casa, se puso un short, pasó un buen rato en el agua, regresó, se secó y no volvió a vestirse; en el refrigerador no había nada, pero en el horno vio una tartera con cuatro enormes porciones de pasta *'ncasciata*, un plato digno del Olimpo; se comió dos raciones, volvió a dejar la tartera en el horno, puso el despertador, durmió como un tronco por espacio de una hora, se levantó, se duchó, se puso la camisa y los vaqueros sucios y se dirigió a su despacho.

Fazio, Germanà y Galluzzo lo esperaban vestidos con ropa de trabajo. En cuanto lo vieron, tomaron las palas, los picos y las azadas y entonaron el antiguo coro de los braceros, levantando en alto las herramientas.

—¡Llegó la hora! ¡Llegó la hora! ¡La tierra para el que la trabaja!"

—¡Si serán bribones! —fue el único comentario de Montalbano.

Junto a la entrada de la cueva del *crasticeddru* ya se encontraban Prestia, el cuñado periodista de Galluzzo, y un camarógrafo que llevaba dos grandes lámparas de pilas.

Montalbano miró de reojo a Galluzzo.

—Verá... —dijo éste ruborizándose—, como usted el otro día le dio permiso...

—Bueno, bueno... —asintió el comisario.

Entraron en la cueva y, obedeciendo a una orden de Montalbano, Fazio, Germanà y Galluzzo pusieron manos a la obra para retirar las piedras que estaban como soldadas entre sí. Trabajaron tres horas largas y hasta el comisario, Prestia y el camarógrafo dieron una mano turnándose con ellos hasta que, al final, consiguieron derribar la pared. Tal como había dicho Ballassone, vieron con toda claridad el pequeño corredor, pero lo demás se perdía en la oscuridad.

—Entra —le dijo Montalbano a Fazio.

Éste tomó una linterna, se arrastró sobre el vientre y desapareció. A los pocos segundos, oyeron su voz sorprendida:

—¡Oh, Dios mío, señor comisario, venga a ver!

—Ustedes entren cuando yo los llame —les dijo Montalbano a los demás, pero especialmente al periodista que, al oír a Fazio, había estado a punto de arrojarse al suelo para entrar en el corredor también arrastrándose.

La longitud del pequeño corredor equivalía prácticamente a la de su cuerpo. En un momento pasó al otro lado y encendió la linterna. La segunda cueva era más pequeña que la otra y daba de inmediato la impresión de estar absolutamente seca. En el centro había una alfombra todavía en buen estado. A la izquierda de la alfombra, un cuenco y, a la misma altura a la derecha, una vasija. Formando el vértice del triángulo invertido, en el lado inferior de la alfombra, un perro pastor de terracota de tamaño natural. Sobre la alfombra, dos cuerpos abrazados, apergaminados como en una película de terror.

Montalbano sintió que le faltaba la respiración y no consiguió decir nada. Por una extraña razón recordó a los dos jóvenes a los que había sorprendido en la otra cueva haciendo el amor. Los que habían quedado del otro lado se aprovecharon de su silencio; sin poder resistir la curiosidad, entraron uno detrás de otro. El camarógrafo encendió las lámparas y empezó a grabar frenéticamente. Nadie decía nada. El primero en recuperarse fue Montalbano.

—Avisa a los de la Brigada Científica, al juez y al doctor Pasquano —dijo.

Ni siquiera se volvió hacia Fazio para darle la orden. Estaba contemplando la escena como hipnotizado, temiendo que el más mínimo gesto lo pudiera despertar de aquel sueño que estaba viviendo.

Doce

Despertando del hechizo que lo había petrificado, Montalbano empezó a gritarles a todos que se quedaran de espaldas a la pared, que no se movieran y no pisaran el suelo de la cueva, que estaba cubierto por una finísima arena rojiza que también cubría las paredes, filtrada quién sabe de dónde. En la otra cueva no se observaba el menor vestigio de aquella arena y es posible que ésta hubiera sido la causa de que los cadáveres no se hubieran descompuesto. Eran un hombre y una mujer de una edad imposible de establecer a primera vista: el comisario dedujo que eran de distinto sexo por la configuración de los cuerpos, no por los atributos sexuales, que ya no existían, borrados por un proceso natural. El hombre estaba tendido de lado, con el brazo estirado sobre el pecho de la mujer, que yacía boca arriba. Por consiguiente, estaban abrazados y permanecerían abrazados para siempre, pues lo que había sido la carne del brazo del hombre se había como pegado y fundido con la carne del pecho de la mujer. (No, muy pronto los separaría el doctor Pasquano.) Bajo la piel arrugada y apergaminada, se destacaba el blanco de los huesos; se habían resecado y convertido en pura forma. Parecía que ambos estuvieran sonriendo, pues los labios, que se habían retraído y estirado alrededor de la boca, dejaban al descubierto los dientes. Al lado de

la cabeza del muerto estaba el cuenco en cuyo interior había varios objetos redondos; al lado de la mujer, en cambio, se encontraba la vasija de barro, como las que en otros tiempos llevaban consigo los campesinos para conservar el agua fresca. A los pies de la pareja, el perro de terracota. Medía aproximadamente un metro y conservaba intactos los colores gris y blanco. El artista que lo había creado lo había representado con las patas anteriores estiradas, las posteriores dobladas, la boca entreabierta por la que asomaba la lengua, y los ojos atentos: en resumen, estaba agachado, pero en posición de guardia. A través de algunos agujeros de la alfombra se veía la arena del suelo, pero era posible que los agujeros fueran antiguos, que la alfombra ya estuviera en aquel estado antes de que la colocaran en la cueva.

—¡Fuera todos! —ordenó Montalbano. Luego, dirigiéndose a Prestia y al camarógrafo, añadió: —¡Sobre todo, apaguen las lámparas!

De repente, se había percatado del daño que estaban haciendo con su presencia y con el calor de las luces para la filmación. Permaneció solo en el interior de la cueva. Bajo la luz de la linterna, estudió con atención el contenido del cuenco; los objetos redondos eran varias monedas oxidadas, de un metal de color cobrizo. Tomó delicadamente con dos dedos una que le pareció la mejor conservada y vio que era una moneda de veinte céntimos acuñada en el año 1941; en una de sus caras figuraba la efigie del rey Víctor Manuel III, y en la otra, haces. Cuando enfocó con la linterna al muerto, observó que la cabeza presentaba un orificio en la sien. Era demasiado experto como para no comprender que se trataba de un disparo de arma de fuego, lo cual significaba que o bien el hombre se había suicidado o bien lo habían matado. Pero en caso de que se hubiera suicidado, ¿dónde estaba el arma? En el cuerpo de la mujer, en cambio, no se veía ninguna huella de muerte violenta o provocada. Permaneció en actitud pensativa; ambos cuerpos estaban desnudos y en la cueva no se veía ninguna prenda de vestir. ¿Qué significaba aquello?

Sin que previamente se hubiera debilitado o hubiera adquirido un tono amarillento, la luz de la linterna se apagó de golpe; se había gastado la pila. Montalbano se quedó por un momento deslumbrado y no consiguió orientarse. Para no causar daños, se sentó sobre la arena a la espera de que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. En determinado momento, entrevería sin duda la tenue claridad de la boca del pasillo. Sin embargo, le bastaron unos pocos segundos de silencio y de oscuridad absoluta para percibir un olor inusual que estaba seguro de haber aspirado en otra ocasión. Trató de recordar dónde, aunque la cosa no tuviera importancia. Puesto que ya de niño le atribuía espontáneamente un color a todos los olores que le llamaban la atención, se dijo que aquél era de color verde oscuro. Tras haber establecido la asociación de ideas, recordó en qué lugar lo había percibido por vez primera: había sido en El Cairo, en el interior de la Pirámide de Keops, en un pasillo prohibido a los visitantes, que la amabilidad de un amigo egipcio le había permitido recorrer sólo a él. De golpe, se sintió una basura, un hombre inca-

paz de respetar nada. Por la mañana, al sorprender a los dos jóvenes que hacían el amor, había profanado la vida; y ahora, delante de dos cuerpos que hubieran tenido que permanecer ignorados en su abrazo por siempre jamás, había profanado la muerte.

Tal vez por este remordimiento no quiso presenciar las tomas de muestras que de inmediato empezaron a llevar a cabo Jacomuzzi, los hombres de la Brigada Científica y el forense, el doctor Pasquano. Ya se había fumado seis cigarrillos, sentado en la piedra que había servido de puerta a la cueva de las armas, cuando oyó que Pasquano lo llamaba, muy nervioso y alterado.

—Pero ¿qué hace el juez?

—¿Y a mí me lo pregunta?

—Como tarde mucho en venir, eso se va todo al carajo. Tengo que llevarme los cadáveres a Montelusa y colocados en la cámara frigorífica. Se están descomponiendo casi a ojos vista. ¿Qué hago?

—Fúmesese un cigarrillo conmigo —contestó Montalbano, tratando de tranquilizarlo.

El juez Lo Bianco llegó un cuarto de hora después, cuando el comisario ya se había fumado otros dos cigarrillos.

Lo Bianco echó un vistazo distraído y, tras haber comprendido que los muertos no se remontaban a la época del rey Martín el Joven, le dijo al forense con tono expeditivo:

—Haga lo que quiera, de todos modos eso ya es historia pasada.

Televigata dio enseguida con el tono informativo más indicado para la presentación de la noticia. En el telediario de las veinte y treinta apareció en primer lugar el rostro emocionado de Prestia, anunciando una primicia excepcional debida, dijo, "a una de las intuiciones geniales que convierten al comisario Salvo Montalbano, de Vigàta, en una figura tal vez única en el panorama de los investigadores de la isla y, ¿por qué no?, de toda Italia". Siguió adelante recordando la detención por parte del comisario del prófugo de la Justicia Tano el Griego, el sanguinario *boss* de la mafia, y el descubrimiento de la cueva del *crasticeddru* habilitada como depósito de armas. Después se mostró una secuencia de la rueda de prensa ofrecida con motivo de la detención de Tano el Griego, en la que un individuo anonadado y tartamudo que respondía al nombre y a la función de comisario Montalbano apenas conseguía pronunciar cuatro palabras seguidas. Prestia reanudó el relato, explicando de qué manera el investigador excepcional había intuido que, al lado de la cueva de las armas, tenía que haber otra conectada con ella.

—Confiado en la intuición del comisario —dijo Prestia—, yo lo seguí con la ayuda de mi camarógrafo, Gerlando Scchirò.

Al llegar a este punto, Prestia adoptó un tono misterioso y se planteó toda una serie de interrogantes: ¿qué secretos poderes paranormales poseía

el comisario? ¿Qué lo había inducido a pensar que, detrás de unas piedras ennegrecidas por el tiempo, se ocultaba una antigua tragedia? ¿Acaso el comisario tenía la mirada de rayos X de un Superman?

Montalbano, que estaba viendo el programa desde su casa y que llevaba media hora sin conseguir encontrar un calzoncillo limpio, que en algún sitio tenía que estar, al escuchar esta última pregunta lo mandó a paseo.

Mientras pasaban las impresionantes imágenes de los cuerpos de la cueva, Prestia expuso sus tesis con gran convicción. Ignoraba el detalle del orificio en la sien del hombre y habló, por consiguiente, de una muerte por amor. Según él, los dos amantes a cuya pasión se oponían ambas familias, se habían encerrado en la cueva, habían tapiado el pasadizo y, tras haber acondicionado su último refugio con una alfombra y una vasija llena de agua, habían esperado la muerte, abrazados. No se refirió para nada al cuenco de las monedas, pues tal cosa hubiera desentonado con el cuadro que estaba pintando. Los cuerpos no habían sido identificados, añadió Prestia, pues la historia había ocurrido por lo menos unos cincuenta años atrás. A continuación, otro periodista comentó los sucesos del día: una niña de seis años violada y muerta a palos por su tío paterno, un cadáver hallado en un pozo, un tiroteo en Merfi con tres muertos y cuatro heridos, un accidente laboral mortal, la desaparición de un dentista, el suicidio de un comerciante acosado por los usureros, la detención de un concejal del Ayuntamiento de Montevergine por prevaricato y corrupción, el suicidio del presidente de la provincia acusado de recepción de objetos robados, el hallazgo de un cadáver en el mar...

Frente al televisor, Montalbano se sumió en un sueño profundo.

—¿Salvo? Gegè... Déjame hablar y no me interrumpas con tus tontearías. Tengo que verte, tengo que decirte una cosa.

—De acuerdo, Gegè, esta misma noche, si quieres.

—No estoy en Vigàta sino en Trapani.

—Pues entonces, ¿cuándo?

—¿Qué día es hoy?

—Jueves.

—¿Te viene bien el sábado a las doce de la noche, en el lugar de siempre?

—Mira, Gegè, el sábado por la noche tengo una cena, pero podré ir de todos modos. Si me retraso un poco, espérame.

* * *

La llamada de Gegè, que, por el tono de su voz, le había parecido lo bastante preocupado como para que a él no le dieran ganas de gastar bromas, lo despertó justo a tiempo. Eran las diez y sintonizó Retelibera. Nicolò Zito —semblante inteligente, rojo de cabello y de ideas— abrió su televisor con la muerte de un obrero en un accidente laboral, en Fela, asado vi-

vo por una explosión de gas. Ofreció toda una serie de ejemplos para demostrar que por lo menos el noventa por ciento de los empresarios incumplían alegremente las medidas de seguridad; pasó a continuación a la detención de varios funcionarios de la administración acusados de malversación de fondos y aprovechó para recordar a los televidentes que los distintos gobiernos que se habían sucedido habían tratado sin éxito de aprobar leyes que impidieran la labor de limpieza que se estaba llevando a cabo en aquellos momentos. El tercer tema que trató fue el del suicidio del comerciante agobiado por las deudas contraídas con un usurero, señalando que las medidas aprobadas por el gobierno contra la usura eran por completo inadecuadas. ¿Por qué, se preguntó, los que investigaban aquella plaga tenían tanto empeño en mantener cuidadosamente separadas la usura y la mafia? ¿Cuántas maneras había de reciclar el dinero sucio? Y por último, habló de los dos cuerpos descubiertos en la cueva, pero lo hizo desde una perspectiva especial, entrando indirectamente en polémica con Prestla y Telegata a propósito del tono informativo con el que se había dado a conocer la noticia. Alguien afirmó una vez, dijo, que la religión era el opio de los pueblos, pero hoy en día se tendría que decir que el verdadero opio es la televisión. Por ejemplo, ¿por qué razón el hallazgo había sido presentado por algunos como el suicidio desesperado de dos amantes cuyo amor estaba siendo obstaculizado? ¿Qué elementos autorizaban a quienquiera que sea a sostener semejante tesis? Ambos habían sido encontrados desnudos: ¿adónde había ido a parar la ropa? En la cueva no había el menor rastro de un arma. ¿Cómo se habían matado? ¿Dejándose morir de inanición? ¡Vamos, por favor! ¿Por qué el hombre tenía a su lado un cuenco con monedas hoy sin curso legal pero entonces válidas? ¿Para pagarle el peaje a Caronte? La verdad, afirmó, era que se quería convertir un delito probable en un suicidio seguro, un suicidio romántico. Y en esta época nuestra tan oscura y preñada de nubes en el horizonte, terminó diciendo, se inventa una historia de este tipo para narcotizar a la gente, para desviar su interés de los graves problemas y encauzarlo hacia una historia a lo Romeo y Julieta, escrita, sin embargo, por un guionista de telenovelas.

—Querido, habla Livia. Tengo que decirte que ya reservé los pasajes de avión. El vuelo sale de Roma; por consiguiente, tú tendrás que sacar un billete de Palermo a Fiumicino y yo haré lo mismo desde Génova. Nos encontraremos en el aeropuerto y embarcaremos.

—Mmm...

—También reservé el hotel. Una amiga que estuvo allí me dijo que es muy bonito sin ser de superlujo. Creo que te gustará.

—Mmm...

—Saldremos dentro de quince días. Estoy muy contenta. Cuento los días y las horas.

—Mmm...

—¿Qué sucede, Salvo?

—Nada. ¿Qué tiene que suceder?

—No me parece que estés muy entusiasmado.

—Por Dios, mujer, qué disparate.

—Mira, Salvo, que, si en el último momento te echas atrás, yo me voy sola de todos modos.

—De acuerdo.

—Pero ¿se puede saber qué demonios te pasa?

—Nada. Estaba durmiendo.

—¿Comisario Montalbano? Buenas noches. Habla el director Burgio.

—Buenas noches...

—Lamento muchísimo tener que molestarlo en su casa... Acabo de ver en la televisión lo del descubrimiento de los dos cadáveres.

—¿Usted está en condiciones de identificarlos?

—No. Lo llamo por algo que en la televisión se dijo de pasada y que quizá para usted podría ser de interés. Se trata del perro de terracota. Si no tiene inconveniente, yo iría mañana por la mañana a su despacho con el contable Burruano, ¿lo conoce?

—De vista. ¿Le parece bien a las diez?

—Aquí —dijo Livia—. Lo quiero hacer aquí y sin pérdida de tiempo.

Se encontraban en una especie de parque con muchos árboles. A sus pies se deslizaban centenares de caracoles de las más variadas especies: comunes, de viñedo, tapahuecos, de huerta y también babosas.

—Pero ¿por qué precisamente aquí? Volvamos al coche, en cinco minutos estamos en casa... Podría pasar alguien.

—No discutas —replicó Livia, mientras lo agarraba por la cintura de los pantalones e intentaba desabrochársela torpemente.

—Deja, lo hago yo —dijo Montalbano.

Livia se desnudó en un santiamén mientras él luchaba todavía con los pantalones y los calzoncillos.

"Está acostumbrada a desnudarse de prisa", pensó Montalbano en un arrebato de celos sicilianos.

Livia se tendió sobre la hierba mojada, estiró las piernas y se acarició los senos mientras él oía con repugnancia el rumor de docenas de caracoles aplastados por su cuerpo.

—Vamos, apresúrate.

Al final, Montalbano consiguió desnudarse, temblando en medio del aire fresco. Entre tanto, dos o tres caracoles estaban arrastrándose por el cuerpo de Livia.

—¿Qué piensas hacer con éste? —le preguntó ella en tono de reproche, clavándole los ojos en el pene.

Con expresión compasiva, se puso de rodillas, lo tomó con su mano, lo

acarició y se lo introdujo en la boca. Cuando notó que estaba listo, volvió a colocarse en la posición inicial.

En el momento en que estaba a punto de penetrarla, Montalbano vio el perro, a dos pasos. Un perro blanco, con la lengua sonrosada afuera, gruñendo en forma amenazadora y mostrando los dientes, con un hilo de baba colgando.

—¿Qué haces? ¿Se te ha vuelto a ablandar?

—Hay un perro.

—¿Y a ti qué carajo te importa el perro? Cógeme.

En aquel preciso instante, el perro pegó un salto y Montalbano se quedó paralizado. El perro aterrizó a pocos centímetros de su cabeza, se petrificó, su color palideció ligeramente, se sentó con las patas anteriores estiradas y las posteriores dobladas y se convirtió en un perro de terracota. Era el perro de la cueva, el que montaba guardia vigilando a los muertos.

De pronto desaparecieron el cielo, los árboles y la hierba; muros y un techo de roca se coagularon alrededor de ellos y él comprendió horrorizado que los muertos de la cueva no eran dos desconocidos sino él y Livia.

Se despertó de la pesadilla respirando con agitación y bañado en sudor y pidió mentalmente perdón a Livia por habérsela imaginado tan obscena en su sueño. ¿Qué significado tenía aquel perro? ¿Y los repugnantes caracoles que se arrastraban por todas partes?

No cabía la menor duda de que aquel perro significaba algo.

Antes de dirigirse al despacho, pasó por el quiosco y compró los dos periódicos que se publicaban en la isla. Ambos dedicaban amplio espacio al hallazgo de los cuerpos en la cueva, pero no mencionaban para nada el descubrimiento de las armas. El periódico que se imprimía en Palermo aseguraba que se trataba de un suicidio por amor, y el de Catania se mostraba abierto a la tesis del homicidio, aunque sin olvidar la del suicidio, hasta tal punto que el titular decía: *¿Dúplice suicidio o doble homicidio?*, haciendo distinciones vagas y misteriosas entre "dúplice" y "doble". Pero, por otra parte, el periódico tenía por costumbre no tomar jamás partido, tanto si se trataba de una guerra como si se trataba de un terremoto, siempre encendía una vela a Dios y otra al diablo y por esta razón se había ganado la fama de ser un periódico independiente y liberal. Ninguno de los dos diarios hablaba de la vasija de barro, el cuenco y el perro de terracota.

En cuanto Montalbano cruzó el umbral, Catarella le preguntó con voz jadeante qué debía contestar a los cientos de llamadas de periodistas que querían hablar con él.

—Les dices que estoy cumpliendo una misión.

—Ah, ¿es que se ha hecho misionero? —replicó el agente, dándoselas de gracioso y soltando una carcajada solitaria.

Montalbano pensó que había hecho bien la víspera en desconectar el teléfono antes de irse a dormir.

Trece

—¿ Doctor Pasquano? Habla Montalbano. Quería saber si hay alguna novedad.

—Sí, señor. Mi mujer se ha resfriado y a mi nieta se le ha caído un diente.

—¿Está enojado, doctor?

—¡Pues sí, señor!

—¿Con quién?

—¿Y me lo pregunta tras haberme preguntado si hay novedades? ¡Yo me pregunto y digo con qué cara me lo pregunta a las nueve de la mañana! ¿Cree acaso que me he pasado la noche abriéndoles las tripas a los dos muertos como si fuera un buitre o un cuervo? ¡Yo por la noche duermo! Y ahora estoy trabajando con el ahogado que han encontrado en Torre Spaccata. Que, además, no es un ahogado, pues, antes de arrojarlo al mar, le habían pegado tres navajazos en el pecho.

—Doctor, ¿hacemos una apuesta?

—¿Sobre qué?

—Sobre el hecho de que usted se ha pasado toda la noche con aquellos dos muertos.

—Pues bueno, ha acertado.

—¿Qué ha descubierto?

—De momento le puedo decir muy poco, tengo que examinar otras cosas. Es verdad que murieron por disparos de arma de fuego. Él con un disparo en la sien y ella con un disparo en el corazón. La herida de la mujer no se veía porque tenía encima la mano del hombre. Una ejecución en regla, mientras dormían.

—¿En el interior de la cueva?

—No creo... Supongo que los trasladaron allí ya muertos y los colocaron en aquella posición, desnudos tal como estaban.

—¿Ha conseguido establecer su edad?

—No quisiera equivocarme, pero tenían que ser jóvenes, muy jóvenes.

—A su juicio, ¿a cuándo se remontan los hechos?

—Puedo aventurar una hipótesis, pero acéptela con reservas. Más o menos a unos cincuenta años.

—No estoy para nadie y no me pases ninguna llamada durante un cuarto de hora —le dijo Montalbano a Catarella.

Después cerró la puerta de su despacho, regresó al escritorio y se sentó. Mimì Augello también estaba sentado, pero con la espalda tesa, como empalado.

—¿Quién empieza? —preguntó Montalbano.

—Empiezo yo —contestó Augello—, pues soy yo el que ha pedido ha-

blar contigo. Porque creo que ha llegado la hora de que te hable.

—Y yo estoy aquí para escucharte.

—¿Se puede saber qué te he hecho?

—¿Tú? Tú a mí no me has hecho nada. ¿Por qué me haces esta pregunta?

—Porque aquí dentro tengo la sensación de haberme convertido en un extraño. No me dices nada de lo que haces, me mantienes al margen. Y yo me siento ofendido. Por ejemplo, es justo, en tu opinión, haberme ocultado la historia de Tano el Griego. Yo no soy como Jacomuzzi que se va de la lengua, yo me sé callar las cosas. ¿Te parece bien haberme hecho eso a mí que, hasta que no se demuestre lo contrario, soy tu subcomisario?

—Pero ¿te das cuenta de lo complicado que era el asunto?

—Precisamente porque me doy cuenta me enojo más. Porque eso quiere decir que yo para ti no soy la persona indicada para los asuntos delicados.

—Eso jamás lo he pensado.

—No lo has pensado, pero lo has hecho siempre. Como con la historia de las armas, de la que me enteré por casualidad.

—Mira, Mimì, estaba nervioso, tenía prisa y no se me ocurrió avisarte.

—No me vengas con tonterías, Salvo. La historia es otra.

—¿Cuál?

—Te la voy a decir. Tú te has creado una comisaría a tu imagen y semejanza. Desde Fazio hasta Germanà y Galluzzo, todos los que tú quieras, no son más que los obedientes brazos de una sola cabeza: la tuya. Porque ellos no llevan la contra, no plantean dudas, cumplen las órdenes y sanseacabó. Aquí adentro los cuerpos extraños somos sólo dos: Catarella y yo. Catarella porque es demasiado imbécil y yo...

—... porque eres demasiado inteligente.

—¿Lo ves? Yo no quería decir eso. Tú me atribuyes una soberbia de la que carezco y lo haces con mala intención.

Montalbano lo miró, se levantó, se introdujo las manos en los bolsillos, rodeó la silla en la cual estaba sentado Augello y se detuvo.

—No lo he dicho con mala intención, Mimì. Eres verdaderamente inteligente.

—Si lo crees de veras, ¿por qué me excluyes? Te podría ser tan útil por lo menos como los demás.

—Ahí está, Mimì. No como los demás sino más que ellos. Te hablo con el corazón en la mano porque me estás obligando a reflexionar acerca de mi actitud hacia ti. A lo mejor, es eso lo que más me molesta.

—Pues entonces, para darte gusto, ¿yo tendría que volverme un poco imbécil?

—Si quieres que mantengamos una larga charla, lo haremos. No es eso lo que yo quería decir. El caso es que, con el tiempo, me he convertido en una especie de cazador solitario... perdóname la expresión, que quizá no es acertada... porque me gusta cazar con los demás, pero quiero ser yo el que

organice la cacería. Para que mi cerebro funcione debidamente, ésta es la condición indispensable. Una observación inteligente de otra persona me desanima, me puede descolocar a lo largo de todo un día y hacer que ni yo mismo consiga seguir el hilo de mis razonamientos.

—Comprendo. Mejor dicho, ya lo había comprendido, pero quería oírte-lo decir, confirmar. Pues ahora te lo advierto sin inquina ni rencor: hoy mismo le escribo al jefe y le pido el traslado.

Montalbano lo pensó, se le acercó, se inclinó hacia delante y apoyó las manos en sus hombros.

—¿Me creerás si te digo que, si lo haces, me causarás un profundo dolor?

—¡Qué carajo! —estalló Augello—. ¿Tú lo exiges todo de todo el mundo? ¿Qué clase de hombre eres? ¿Primero me tratas como una mierda y ahora me vienes con la emoción del afecto? ¿Sabes que tu egoísmo es monstruoso?

—Sí, lo sé —dijo Montalbano.

—Permítame que le presente al contable Burruano, que ha tenido la amabilidad de acompañarme —dijo Burgio, pavoneándose.

—Tengan la bondad de sentarse —les pidió Montalbano, señalando los dos silloncitos viejos que, en un rincón del despacho, estaban reservados a las visitas importantes.

Él tomó asiento en una de las dos sillas situadas delante del escritorio, por lo general destinadas a la gente sin mayor importancia.

—Por lo visto, mi misión últimamente es la de corregir o por lo menos puntualizar lo que dicen en la televisión —comenzó diciendo el director.

—Corrija y puntualice —le dijo sonriendo Montalbano.

—El contable y yo tenemos casi la misma edad. Él me lleva cuatro años y nos acordamos de las mismas cosas.

Montalbano percibió un cierto orgullo en la voz del director. Y con razón: Burruano, trémulo y con los ojos ligeramente empañados, parecía que le llevara por lo menos diez años a su amigo.

—Verá, inmediatamente después de la transmisión de Telegata, en la que se mostraba el interior de la cueva donde se han encontrado...

—Perdone que lo interrumpa... La otra vez usted me habló de la cueva de las armas, pero no se refirió a la segunda. ¿Por qué?

—Porque ignoraba su existencia, nada más. Lillo jamás me habló de ella. Bueno pues, inmediatamente después de la transmisión, llamé al contable Burruano; quería una confirmación, pues la estatua del perro yo la había visto en otra ocasión.

¡El perro! Por eso lo había visto en su pesadilla, porque el director se había referido a él por teléfono. Experimentó una especie de gratitud infantil.

—Díganme, ¿tomarían un café? En el bar de aquí al lado lo hacen muy bueno.

Con un movimiento simultáneo, ambos sacudieron la cabeza.

—¿Un jugo de naranja? ¿Una Coca—Cola? ¿Una cerveza?

Como no lo detuvieran, seguro que no tardaría en ofrecerles diez mil li-
ras a cada uno.

—No, gracias, no podemos tomar nada. La edad... —explicó Burgio.

—Pues entonces, ustedes dirán.

—Será mejor que se lo diga el contable.

—Desde febrero de 1941 a julio de 1944 —empezó diciendo Burruano— fui, siendo muy joven, alcalde de Vigàta. Quizá porque el fascismo decía que le gustaban los jóvenes, hasta el extremo de que se los comió a todos asados o congelados, o quizá porque en el pueblo sólo quedaban los viejos, las mujeres y los niños, pues los demás estaban en el frente. Yo no pude ir porque estaba enfermo del pecho, pero de verdad.

—Yo era demasiado joven para ir al frente —terció el director para evitar equívocos.

—Eran tiempos terribles. Los ingleses y los americanos nos bombardeaban a diario. Una vez conté diez bombardeos en treinta y seis horas. En el pueblo quedaba muy poca gente, pues casi todo el mundo se había ido. Vivíamos en los refugios excavados en la colina de marga que se elevaba por encima del pueblo. En realidad, se trataba de unas galerías de doble salida, muy seguras. Nos habíamos llevado incluso las camas. Ahora Vigàta ha crecido, no es como entonces, unas cuantas casas alrededor del puerto, una franja de viviendas entre el pie de la colina y el mar. En lo alto de la colina, en el Piano Lanterna, que ahora parece Nueva York con sus rascacielos, había cuatro construcciones a ambos lados de la única calle que conducía al cementerio y después se perdía en la campiña.

"Los blancos de los aparatos enemigos eran tres: la central eléctrica, el puerto con sus navíos de guerra y mercantes y las baterías antiaéreas y navales que se habían instalado a lo largo del borde de la colina. Cuando aparecían los ingleses, las cosas nos iban mejor que cuando aparecían los americanos.

Montalbano estaba empezando a perder la paciencia, pues quería que el hombre fuera directamente al grano, a la cuestión del perro, pero no quería interrumpir sus digresiones.

—¿En qué sentido las cosas les iban mejor, señor contable? Eran bombas en ambos casos.

En nombre de Burruano, que ahora había enmudecido, persiguiendo algún recuerdo, habló el director Burgio.

—Los ingleses eran, ¿cómo diría?, más correctos; soltaban las bombas procurando alcanzar sólo objetivos militares; en cambio, los americanos las largaban a lo loco, donde se les ocurría.

—Hacia fines del 42 —dijo Burruano, reanudando su relato—, la situación se agravó. Faltaba de todo, desde el pan hasta los medicamentos, el agua y la ropa. Entonces se me ocurrió hacer por Navidad un pesebre delan-

te del cual todos pudiéramos rezar. Mi intención era distraer a los vigateses, por lo menos durante unos días, de sus muchas preocupaciones y del temor que les inspiraban las bombas. No había ninguna familia que no tuviera por lo menos a un hombre combatiendo fuera de casa, desde el hielo de Rusia hasta el infierno de África.

"Todos estábamos nerviosos y nos mostrábamos desconfiados, nos habíamos vuelto pendencieros y bastaba cualquier cosa para que estallara una pelea, pues teníamos los nervios a flor de piel. Por la noche no conseguíamos pegar un ojo, entre las ametralladoras de las baterías antiaéreas, las explosiones de las bombas, el rugido de los aparatos que volaban a baja altura y los cañonazos de los barcos. Y además, todo el mundo acudía a mí o al cura a preguntar esto o aquello y yo ya no sabía dónde meterme. Ya no me sentía joven, me sentía como ahora.

El contable hizo una pausa para recuperar el resuello. Ni Montalbano ni Burgio se atrevieron a llenarla.

—En resumen y para abreviar, hablé con Balassaro Chiarenza, que era un auténtico artista de la terracota y lo hacía por afición, pues su oficio era el de carretero; a él se le ocurrió la idea de hacer las imágenes de tamaño natural. El Niño Jesús, la Virgen, San José, el buey, el asno, un pastor con un corderito sobre los hombros, una oveja, un perro y el "asustado" habitual del pesebre, que es un pastor que levanta los brazos en gesto de asombro. Lo hizo y le salió precioso. Entonces se nos ocurrió no colocarlo en la iglesia sino bajo la arcada de una casa bombardeada, como si Jesús naciera entre las angustias de nuestra gente.

El contable buscó en su bolsillo, sacó una fotografía y se la entregó al comisario. Era un pesebre bellísimo; el contable había dicho la verdad. Una sensación de huida, de fugacidad, pero al mismo tiempo, un calor consolador de serenidad sobrehumana.

—Es precioso —dijo Montalbano, profundamente conmovido.

Pero fue sólo un instante, pues el lince que tenía dentro se impuso y empezó a estudiar atentamente el perro. No cabía la menor duda: era el mismo que encontraron en la cueva. El contable volvió a guardarse la fotografía en el bolsillo.

—El pesebre obró el milagro, ¿sabe? Durante unos días fuimos comprensivos los unos con los otros.

—¿Qué fue de las imágenes?

Era lo que le interesaba a Montalbano. El anciano esbozó una sonrisa.

—Las vendí todas en subasta. Obtuve el dinero suficiente para pagar el trabajo de Chiarenza, que sólo quiso cobrar lo que había gastado, y para dar limosna a los que más la necesitaban. Y eran muchos.

—¿Quién compró las estatuas?

—Aquí está el quid. Ya no me acuerdo. Tenía los recibos y todo, pero los perdí cuando una parte del Ayuntamiento se quemó durante el desembarco de los americanos.

—En la época de la que usted me está hablando, ¿tuvo alguna noticia de la desaparición de dos jóvenes?

El contable sonrió y el director Burgio estalló en una sonora carcajada.

—¿He dicho una idiotez?

—Perdone, señor comisario, pero más bien sí —contestó el director.

—Mire, en 1939, en Vigàta éramos catorce mil personas.

Conservo las cifras en la cabeza —prosiguió Burruano—. Y en 1942, habíamos bajado a ocho mil. Todos los que podían se iban, buscaban refugio provisional en los pueblos del interior, los pueblos pequeños a los que los americanos no atribuían ninguna importancia. En el período entre mayo y junio del 43, quedamos más o menos cuatro mil habitantes, sin contar a los militares italianos y alemanes y a los marinos. Los demás se habían diseminado por el campo, vivían en cuevas, en pajares y en todos los agujeros que encontraban. ¿Cómo quiere usted que tuviéramos noticia de las desapariciones? ¡Todo el mundo había desaparecido!

Los ancianos volvieron a reírse. Montalbano les agradeció la información.

Bueno, algo había conseguido averiguar. La gratitud impulsiva que el comisario había experimentado hacia el contable y el director se convirtió, en cuanto éstos se retiraron, en un arrebató irrefrenable de generosidad del que estaba seguro de que, más tarde o más temprano, se arrepentiría. Llamó a su despacho a Mimì Augello, enmendó ampliamente sus culpas para con su amigo y colaborador, le rodeó los hombros con su brazo, paseó con él por la oficina, le manifestó su "confianza incondicional", le habló con todo lujo de detalles de la investigación que estaba llevando a cabo sobre el tráfico de armas, le reveló el asesinato de Misuraca y le comunicó que había pedido permiso al juez para intervenir los teléfonos de Ingrassia.

—¿Y qué quieres que haga yo? —preguntó Augello, dejándose llevar por el entusiasmo.

—Nada. Tú sólo tienes que escucharme —contestó Montalbano, volviendo de pronto a ser el de siempre—. Porque, como se te ocurra hacer algo por tu cuenta y riesgo, te parto el culo, puedes estar seguro.

Sonó el teléfono; Montalbano lo tomó y oyó la voz de Catarella, que hacía de telefonista.

—¿Señor comisario? Aquí está, ¿cómo diría?, el *dottori* Jacomuzzi.

—Pásamelo.

—Ya puede hablar con el *dottori* por teléfono, *dottori* —oyó que decía Catarella.

—¿Montalbano? Como pasaba por aquí a la vuelta del *crasticeddru*...

—Pero ¿dónde estás?

—¿Cómo que dónde estoy? En la oficina de al lado de tu despacho.

Montalbano soltó una palabrota. ¿Podía existir alguien más imbécil que

Catarella?

—Ya puedes venir.

Se abrió la puerta y apareció Jacomuzzi, cubierto de arena rojiza y de polvo, despeinado y desarreglado.

—¿ Por qué tu agente sólo quería que hablara contigo por teléfono?

—Jacomu, ¿quién es más imbécil? ¿El carnaval o el que participa en él? Debiste darle una patada en el trasero y haber entrado, sin más.

—He terminado el examen de la cueva. He mandado tamizar la arena... Mira, mejor que los buscadores de oro de las películas americanas. No hemos encontrado nada de nada. Lo cual sólo puede significar una cosa, pues Pasquano me dijo que las heridas tenían un orificio de entrada y otro de salida...

—Significa que los dos recibieron los disparos en otro sitio.

—Exactamente. Si los hubieran matado en la cueva, hubiéramos tenido que encontrar las balas. Ah, y una cosa muy rara. La arena de la cueva estaba mezclada con conchas de caracol rotas en fragmentos minúsculos... Debía de haber miles allí adentro.

—¡Jesús! —musitó Montalbano.

El sueño, la pesadilla, el cuerpo desnudo de Livia sobre el cual se arrastraban los caracoles. ¿Qué significado tendría? Se llevó la mano a la frente y se la notó sudada.

—¿Te sientes mal? —le preguntó Jacomuzzi preocupado.

—Nada, un pequeño mareo, estoy cansado, simplemente.

—Llama a Catarella y dile que te traiga del bar algo para reconfortarte.

—¿A Catarella? ¿Bromeas? Ése, una vez que le pedí un exprés, regresó con un sello de correos.

Jacomuzzi depositó tres monedas sobre la mesa.

—Son de las que había en el cuenco. Las demás las envié al laboratorio. No te servirán de nada, guárdalas como recuerdo.

Catorce

Con Adelina podían pasarse toda una estación sin verse. Cada semana Montalbano le dejaba encima de la mesa de la cocina el dinero para las compras y, cada treinta días, el sueldo del mes. Sin embargo, se había establecido entre ambos un sistema espontáneo de comunicación y, cuando ella necesitaba más dinero para las compras, le dejaba en la mesita el *caruso*, la hucha de barro que él había comprado en una feria y que conservaba porque le gustaba; cuando se necesitaba una provisión de calcetines o de calzoncillos, le dejaba un par de ellos sobre la cama. Pero, como es natural, el sistema no funcionaba únicamente en una sola dirección, y Montalbano le decía cosas utilizando los medios más extraños, que la asistenta siempre comprendía. Desde hacía un tiempo, el comisario se había percatado de que Adelina, cuando él estaba tenso, turbado o nervioso, lo notaba por la forma en

que dejaba la casa por la mañana y entonces le preparaba platos especiales para levantarle el ánimo.

Aquel día Adelina había entrado en acción y Montalbano encontró en el refrigerador salsa de sepia, oscura y espesa, tal como a él le gustaba. ¿Había o no una pizca de orégano? La olfateó largo rato antes de ponerla a calentar, pero esta vez la investigación no dio resultado. Al terminar de comer, se puso el short con la intención de dar un breve paseo por la orilla del mar. Al poco rato, se sintió cansado, le dolían las pantorrillas.

"Coger de pie y andar sobre arena, dejan al hombre hecho una pena."

Sólo una vez había cogido de pie y no se había sentido tan mal como decía el proverbio; en cambio, sí era cierto que el hecho de caminar sobre la arena, incluso la más dura de la orilla, producía cansancio. Consultó el reloj y se quedó pasmado: ¡Poco rato, un cuerno! ¡Llevaba dos horas paseando! Se desplomó sentado.

—¡Comisario! ¡Comisario!

La voz sonaba lejana. Se levantó con esfuerzo y miró hacia el mar, convencido de que alguien lo estaba llamando desde una barca o una balsa neumática. Pero el mar estaba desierto hasta donde alcanzaba la vista en el horizonte.

—¡Comisario, estoy aquí! ¡Comisario!

Se volvió. Era Tortorella, que agitaba los brazos desde la carretera provincial que bordeaba la playa a lo largo de un buen trecho.

Mientras se lavaba y vestía apresuradamente, Tortorella le dijo que en la comisaría se había recibido una llamada anónima.

—¿Quién la atendió?

Como la hubiera atendido Catarella, quién sabe las tonterías que habría comprendido y comunicado.

—No, señor —contestó sonriendo Tortorella, que había intuido los temores de su jefe—. Él se había ido un momento al baño y en el conmutador estaba yo. La voz tenía acento palermitano, pero puede que fingiera. Dijo que en el aprisco había un cadáver, en el interior de un coche verde.

—¿Quiénes fueron?

—Fazio y Galluzzo. Yo vine corriendo a avisarle a usted. No sé si hice bien. A lo mejor, la llamada es una broma, una tontería.

—¡Pero cuánto nos gustan las tonterías a los sicilianos!

Llegó al aprisco a las cinco, la hora que Gegè llamaba del "cambio de guardia", lo cual consistía en que las parejas no venales, es decir, los amantes, los adúlteros y los novios, abandonaban el lugar y desmontaban ("No sólo la tienda" pensó Montalbano) para dar paso al rebaño de Gegè, con sus putas rubias del Este, sus travestidos búlgaros, las nigerianas negras como el ébano, los viados brasileños, los chaperos marroquíes y el resto de la proce-sión, en una auténtica ONU del pene, el culo y la vagina. El coche verde estaba efectivamente allí, con el portaequipaje abierto, rodeado por tres

vehículos de los carabineros. El de Fazio estaba un poco apartado. Galluzzo bajó y se acercó a él.

—Llegamos tarde.

La policía había sellado un acuerdo tácito con el Cuerpo de Carabineros. El que llegaba primero al escenario de un delito, gritaba "¡Tocado!" y se quedaba con el caso. De esta manera se evitaban las interferencias, las polémicas, los codazos y las caras largas. Fazio también estaba apenado:

—Ellos llegaron primero.

—Pero, ¿qué les pasa? ¿Qué perdieron? No nos pagan a tanto el muerto, no trabajamos a destajo.

Por una curiosa coincidencia, el automóvil verde estaba pegado al mismo matorral en el que un año atrás se había descubierto un cadáver, un caso que había intrigado mucho a Montalbano. El comisario estrechó la mano del teniente del Cuerpo de Carabineros, que era de Bérgamo y se apellidaba Donizetti, como el compositor de óperas nacido en aquella ciudad del norte.

—Nos lo comunicaron mediante una llamada anónima —dijo el teniente.

Eso significaba que querían asegurarse de que se descubriera el cadáver. El comisario estudió al muerto acurrucado en el portaequipaje. Al parecer, le habían pegado un solo disparo; el proyectil le había entrado por la boca, destrozándole los labios y los dientes, y había salido por la nuca, provocando un orificio tan grande como un puño. Montalbano no reconoció su rostro.

—Me dicen que usted conoce al propietario de este burdel al aire libre —dijo el teniente con una punta de desprecio.

—Sí, es amigo mío —contestó Montalbano con clara intención polémica.

—¿Sabe dónde puedo localizarlo?

—En su casa, creo.

—Allí no está.

—Perdone, ¿por qué me pregunta a mí su paradero?

—Porque usted, acaba de decirlo ahora mismo, es amigo suyo.

—Ah, ¿sí? Y eso quiere decir que usted, en este preciso instante, está en condiciones de saber dónde están y qué están haciendo sus amigos bergamascos.

Desde la carretera provincial se acercaban constantemente automóviles, enfilaban los estrechos senderos del aprisco, veían el tumulto de los vehículos de los carabineros, daban marcha atrás y regresaban a la carretera por la que habían llegado. Las putas del Este, los viados brasileños, las nigerianas y compañía llegaban a su puesto de trabajo, aspiraban olor a quemado y se largaban. Aquella iba a ser una noche muy negra para los negocios de Gegè.

El teniente volvió a acercarse al coche verde; Montalbano le dio la espalda y, sin saludarlo siquiera, subió a su vehículo. Después le dijo a Fazio:

—Tú y Galluzzo quédense aquí. A ver qué hacen y qué descubren. Yo me voy al despacho.

Se detuvo delante de la librería y papelería de Sarcuto, la única que en Vigàta cumplía lo que se anunciaba en el cartel, pues las demás no vendían libros sino mochilas escolares, cuadernos y bolígrafos. Acababa de recordar que había terminado la novela de Montalbán y no tenía nada más para leer.

—¡Salió un nuevo libro sobre los jueces Falcone y Borsellino! —le anunció la señora Sarcuto en cuanto lo vio entrar.

Aún no había entendido que Montalbano aborrecía leer libros sobre la mafia, sus asesinatos y sus víctimas. Él no había logrado comprender por qué, no lo entendía, pero jamás los compraba y ni siquiera leía las solapas. Compró una obra de Consolo que tiempo atrás había ganado un premio literario. Tras dar varios pasos por la acera, el libro le resbaló de debajo del brazo y cayó al suelo. Se agachó para recogerlo y volvió a subir a su automóvil.

Al llegar a su despacho, Catarella le dijo que no había novedades. Montalbano tenía la manía de estampar enseguida su firma en todos los libros que compraba. Fue a tomar uno de los bolígrafos de su escritorio y sus ojos se posaron en las monedas que Jacomuzzi le había dejado. La primera, de cobre, era del año 1934 y, por el anverso presentaba la efigie del Rey y la frase "Víctor Manuel III Rey de Italia" y, por el reverso, una espiga con la inscripción "C.5", es decir, cinco céntimos; la segunda, también de cobre, era un poco más grande y, por el anverso presentaba la consabida efigie del Rey mientras que en el reverso figuraba una abeja posada sobre una flor, la letra C y el número 10, diez céntimos, del año 1936; la tercera era de metal, pero de aleación ligera, con la inevitable efigie del Rey en el anverso y, en el reverso, un águila imperial con las alas extendidas, detrás de la cual se entreveía un haz de varas lictorio. En el reverso, las inscripciones eran cuatro: "L.1", es decir, 1 lira, "ITALIA", "1942", el año de la acuñación, y "XX", es decir el año vigésimo de la era fascista. Mientras contemplaba esta última moneda, el comisario recordó lo que había visto mientras se agachaba para recoger el libro que se le cayó al suelo delante de la librería. Lo que había visto era la vidriera de la tienda de al lado, en el que estaban expuestas varias monedas antiguas.

Se levantó, le dijo a Catarella que salía y que tardaría como máximo una media hora en regresar y se dirigió a pie a la tienda. Se llamaba COSAS y exponía efectivamente "cosas": rosas del desierto, sellos, candelabros, sortijas, broches, monedas, piedras duras. Entró y una joven agraciada y pulcra lo recibió con una sonrisa. Lamentando decepcionarla, le explicó que no quería comprar nada, pero que, habiendo visto en la vidriera varias monedas antiguas, quería saber si en esa tienda o en Vigàta había algún experto en numismática.

—Pues claro —contestó la muchacha sin dejar de mirarlo con su sonri-

sa deliciosa—. Mi abuelo.

—¿Dónde puedo molestarlo?

—No lo molestaré en absoluto, al contrario, estará contento. Está adentro. Espere que vaya avisarle.

La muchacha volvió a salir sin darle tiempo siquiera para examinar una pistola sin gatillo de fines del siglo pasado.

—Pase, por favor.

La trastienda era un revoltijo maravilloso de gramófonos de bocina, máquinas de coser prehistóricas, prensas de despacho, cuadros, grabados, orinales y pipas. La habitación era toda ella una biblioteca desordenada llena de incunables, tomos encuadernados en pergamino, pantallas para lámparas, paraguas y sombreros plegables de tres picos. En el centro había un escritorio y detrás de él un anciano sentado bajo la luz de una lámpara de estilo modernista. El anciano sostenía un sello con una pinza y lo estaba examinando con una lupa.

—¿Qué sucede? —preguntó en tono malhumorado y sin levantar los ojos.

Montalbano puso las tres monedas delante del viejo, quien apartó un momento la mirada del sello y les echó un vistazo con aire distraído.

—No valen nada.

De entre todos los ancianos que estaba conociendo en el transcurso de sus investigaciones sobre los muertos del *crasticeddru*, éste era el más arisco.

"Tendría que reunirlos a todos en un asilo", pensó el comisario, "me resultaría más fácil interrogarlos."

—Ya sé que no valen nada.

—Pues entonces, ¿qué quiere saber?

—Cuándo dejaron de tener curso legal.

—Haga un esfuerzo.

—¿Cuando se proclamó la República...? —sugirió Montalbano en tono vacilante.

Se sentía como un estudiante que no se ha preparado para el examen. El anciano se levantó y su carcajada sonó como un par de cajas de hojalata vacías restregadas entre sí.

—¿Me equivoqué?

—Vaya si se equivocó. Los americanos desembarcaron la noche entre el 9 y el 10 de julio de 1943. En octubre de aquel mismo año estas monedas se retiraron de la circulación. Las sustituyeron las llamadas "amliras", los billetes que la AMGOT, es decir, la Administración Militar Aliada de los Territorios Ocupados, hizo imprimir. Y, como la denominación de dichos billetes era de una, cinco y diez liras, los céntimos desaparecieron de la circulación.

Fazio y Galluzzo regresaron a la comisaría cuando ya había oscurecido; Montalbano los reprendió.

—¡Ya era hora! ¡Se nota que se toman las cosas con calma!

—¿Nosotros? —replicó Fazio—. Pero ¿es que usted no sabe cómo es el teniente? Antes de tocar al muerto, esperó la llegada del juez y del doctor Pasquano. ¡Ellos sí que se tomaron las cosas con calma!

—¿Y bien?

—Es un muerto fresquito, de hoy mismo. Pasquano dijo que entre el asesinato y las llamadas no transcurrió ni siquiera una hora. Llevaba en el bolsillo el carné de identidad. Se llamaba Pietro Gullo, cuarenta y dos años, ojos azules, cabello rubio, tez sonrosada, natural de Merfi, residente en via Matteotti 32, de Fela, casado, señas particulares ninguna.

—Oye, ¿por qué no te buscas un trabajo en el Registro Civil?

Con mucha dignidad, Fazio no contestó a la provocación y siguió adelante.

—Me trasladé a Monteluso y consulté los archivos. Este Gullo tuvo una juventud nada excepcional... dos robos, una pelea. Después sentó cabeza, o eso parece, por lo menos. Se dedicaba al comercio de cereales.

—Le agradezco mucho que haya accedido a recibirme enseguida —le dijo Montalbano al director Burgio en cuanto éste le abrió la puerta.

—¡Por favor! Es un placer.

Le franqueó la entrada, lo acompañó al salón, lo invitó a sentarse y llamó:

—¡Angelina!

Apareció una viejecita, sorprendida por la inesperada visita; su aspecto era pulcro y extremadamente cuidado y detrás de sus gafas gruesas brillaban unos ojos vivos y perspicaces.

"¡El asilo!", pensó Montalbano para sus adentros.

—Permítame que le presente a Angelina, mi mujer.

Montalbano se inclinó ante ella con admiración; le gustaban sinceramente las ancianas que hasta en casa cuidaban de su aspecto.

—Le ruego que me perdone esta molestia a la hora de cenar.

—No es ninguna molestia, al contrario. Señor comisario, ¿tiene algún compromiso?

—Ninguno.

—Pues entonces, ¿por qué no se queda a cenar con nosotros? Es comida de viejos, cosas livianas: verduras y salmonetes con aceite y limón.

—Me invita a un banquete de boda.

La señora se retiró, encantada.

—Usted dirá —dijo el director Burgio.

—He conseguido averiguar el período en que tuvo lugar el doble crimen del *crasticeddru*.

—Ya. ¿Cuándo fue?

—Con toda seguridad entre comienzos de 1943 y octubre de aquel mismo año.

—¿Y cómo consiguió averiguado?

—Muy fácil... El perro de terracota, tal como nos dijo el contable Burruano, se vendió después de la Navidad del año 42, probablemente pasada la festividad de Reyes del año 43; las monedas que había en el cuenco se retiraron de la circulación en octubre de ese año. —El comisario hizo una pausa y agregó: —Lo cual sólo puede significar una cosa.

Pero no dijo qué cosa. Esperó pacientemente a que Burgio se encerrara en sí mismo, se levantara, empezara a pasear por la habitación y hablara.

—Comprendo, *dottore*. Usted quiere decirme que, en aquel período, la cueva del *crasticeddru* era propiedad de Rizzitano.

—Exacto. Ya entonces, usted mismo me lo dijo, la cueva estaba cerrada con aquella piedra porque los Rizzitano guardaban en ella las cosas que vendían en el mercado negro. Los Rizzitano forzosamente tenían que conocer la existencia de la otra cueva, a la que fueron llevados los cadáveres.

El director lo miró, desconcertado.

—¿Por qué me dice que los llevaron?

—Porque los asesinaron en otro lugar, eso es seguro.

—Pero ¿qué sentido tiene eso? ¿Por qué colocados allí tendidos como si estuvieran durmiendo, con la vasija de barro, el cuenco con las monedas y el perro?

—Lo mismo me pregunto yo. La única persona que quizá nos podría decir algo es Lillo Rizzitano, su amigo.

Entró la señora Angelina.

—Ya está lista la cena.

Las verduras consistían en hojas y sumidades de calabacita siciliana, de aquella variedad alargada y lisa de un color blanco apenas teñido de verde; eran tan tiernas y delicadas, que a Montalbano se le fundían en la boca. A cada bocado, el comisario tenía la sensación de que le limpiaban el estómago y se lo dejaban tan pulido como los de ciertos faquires que había visto en la televisión.

—¿Cómo lo encuentra? —preguntó la señora Angelina.

—Agradado —contestó Montalbano.

Al ver el asombro de los ancianos, se ruborizó y se explicó.

—Les pido disculpas, algunas veces mi adjetivación es un poco imperfecta.

Los salmonetes, hervidos y aderezados con aceite, limón y perejil silvestre, eran tan ligeros como las verduras. Sólo al llegar a la fruta volvió el director a retomar la pregunta que le había planteado a Montalbano, pero no sin antes haber terminado de hablar de los problemas de la escuela y de la reforma que el ministro del nuevo gobierno había decidido emprender, en la cual se incluía entre otras cosas la desaparición del liceo o bachillerato.

—En Rusia, en la época de los zares existía el liceo, aunque tenía un nombre ruso, claro. Aquí en nuestro país el que lo llamó "liceo" fue Gentile cuando hizo aquella reforma que anteponeía el estudio de las humanidades a

cualquier otra cosa. Pues bien, los comunistas de Lenin, con lo comunistas que eran, no tuvieron el valor de abolir el liceo. Sólo a un retrasado, un arribista, un semianalfabeto y un pelagatos como este ministro se le puede ocurrir un disparate semejante. ¿Cómo se llama? ¿Guastella... ?

—No, Vastella —dijo la señora Angelina.

En realidad, no era ése su nombre, pero el comisario se abstuvo de corregida.

—Con Lillo éramos compañeros en todo, aunque no en la escuela porque él estaba más adelantado que yo. Cuando yo cursaba el tercer año del liceo, él acababa de terminar su licenciatura universitaria.

"En la noche del desembarco, la casa de Lillo, que se levantaba al pie de la montaña del Crasto, fue destruida. Por lo que yo he conseguido averiguar, cuando terminó el vendaval, aquella noche Lillo estaba solo en el chalé y resultó gravemente herido. Un campesino vio que unos militares italianos lo subían a un camión y que perdía mucha sangre. Esto fue lo último que supe de Lillo. ¡Desde entonces no he vuelto a tener noticias tuyas a pesar de todas las averiguaciones que he hecho!

—Pero ¿será posible que no quede ningún superviviente de aquella familia?

—No lo sé.

El director Burgio se dio cuenta de que su mujer estaba enfrascada en sus propios pensamientos y mantenía los ojos entornados, mirando a su alrededor con aire ausente.

—¡Angelina! —la llamó.

La anciana se sobresaltó y miró sonriendo a Montalbano.

—Tiene que perdonarme. Mi marido dice que siempre he sido una mujer fantasiosa, pero no lo dice como elogio. Quiere decir que, de vez en cuando, me dejo arrastrar por la imaginación.

Quince

Después de cenar con los Burgio, Montalbano regresó a casa antes de las diez, demasiado temprano para irse a dormir. En la televisión estaban dando un debate sobre la mafia, otro sobre política exterior italiana, un tercero acerca de la situación económica, una discusión sobre la libertad de información, un reportaje sobre la delincuencia juvenil en Moscú, otro sobre las focas, otro sobre el cultivo del tabaco, una película de gánsters ambientada en el Chicago de los años 30 y un programa diario, en el que un ex crítico de arte, actual diputado y comentarista político, despotricaba contra los magistrados, políticos de izquierda y adversarios, creyéndose un pequeño Saint Just, pese a pertenecer por derecho propio a la tropa de vendedores de alfombras, pedicuros, magos y bailarinas de *striptease* que cada vez con mayor frecuencia aparecían en la pantalla. Apagó el televisor y, luego de haber encendido la lámpara del exterior, fue a sentarse en el banco de la galería

con una revista a la que estaba abonado. Consultó el índice y, al no ver nada interesante, se puso a mirar las fotografías que a menudo mostraban escenas de sucesos, con el propósito a veces cumplido de convertirse en emblemáticas.

El sonido del timbre de la puerta lo sorprendió. No esperaba a nadie, pero de inmediato recordó que Anna lo había llamado aquella tarde. Al proponerle ella ir a su casa no se había atrevido a decirle que no, pues se sentía en deuda por haberla utilizado indignamente, lo reconocía, en la historia que había inventado para librar a Ingrid de la persecución de su suegro.

Anna lo besó en la mejilla y le ofreció un paquete.

—Te traigo una *petrafernula*.

Era un pastel muy difícil de encontrar, que a Montalbano le gustaba mucho, pero no sabía por qué razón los pasteleros ya no lo hacían. Su pasta era dura y estaba hecho con cidra finamente triturada, cocida con miel y aderezada con especias.

—Fui por asuntos de trabajo a Mlttica, la vi en una vidriera y te la compré. Cuidado con los dientes.

El pastel, cuanto más duro era, más sabroso resultaba.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada, leyendo una revista. Sal tú también.

Se sentaron en el banco. Montalbano volvió a mirar las fotografías de la revista mientras Anna apoyaba la cabeza en las manos y contemplaba el mar.

—¡Qué bonito es todo esto!

—Ya.

—Sólo se oye el rumor de las olas.

—Ya.

—¿Te molesta que hable?

—No.

Anna se calló. Al poco rato, habló de nuevo.

—Voy a entrar a ver un poco la televisión. Tengo algo de frío.

—Mmm...

El comisario no quería alentada, pues Anna estaba deseando entregarse a un placer imaginario: el de simular ser su compañera y estar viviendo con él una velada como las demás. Justo en la última página de la revista vio una fotografía que mostraba el interior de una cueva, la "cueva de Fragapane", que en realidad era una necrópolis, un conjunto de sepulcros cristianos excavados en el interior de unas cisternas antiguas. La fotografía ilustraba en cierto modo la reseña de un libro recién publicado de un tal Alcide Maraventano, titulado *Ritos funerarios en el territorio de Montelusa*. La publicación de aquel ensayo documentadísimo de Maraventano, afirmaba el crítico, colmaba una laguna y poseía un elevado valor científico gracias a la precisión de las investigaciones acerca de un tema que abarcaba desde la prehistoria hasta el período cristiano—bizantino.

Montalbano se pasó un buen rato reflexionando acerca de lo que acababa de leer. La idea de que la vasija de barro, el cuenco con las monedas y el perro formaran parte de un rito funerario ni siquiera se le había pasado por la antesala del cerebro. Y era posible que hubiera sido un error y que las investigaciones tuvieran que empezar a partir de allí. Se sintió invadido por una prisa incontenible. Entró en la casa, desenchufó el teléfono y tomó el aparato.

—¿Qué haces? —le preguntó Anna, que estaba mirando la película de gánsters.

—Voy al dormitorio a hacer unas llamadas, aquí te molestaría.

Marcó el número de Retelibera y pidió hablar con su amigo Nicolò Zito.

—Vamos, Montalba, dentro de unos segundos salgo al aire.

—¿Conoces a un tal Maraventano que ha escrito un libro...?

—¿Alcide? Sí, lo conozco. ¿Qué quieres de él?

—Hablar con él. ¿Tienes su número de teléfono?

—No tiene teléfono. ¿Estás en casa? Busco algo y te llamo.

—Tengo que hablar con él mañana mismo.

—Dentro de una hora como máximo te vuelvo a llamar y te digo lo que tienes que hacer.

Apagó la lámpara de la mesita de noche, pues a oscuras le resultaba más fácil reflexionar acerca de la idea que se le había ocurrido. Recordó la cueva del *crasticeddru* tal como estaba la primera vez que había entrado en ella. Quitando de la escena los cadáveres, quedaban una alfombra, un cuenco, una vasija de barro y un perro de terracota. Trazando una línea entre los objetos, se obtenía un triángulo perfecto, pero invertido con respecto a la entrada. En el centro del triángulo había dos muertos. ¿Tenía algún sentido? ¿Había que estudiar quizá la orientación del triángulo?

Reflexionando, divagando, perdiéndose en fantasías, acabó quedándose dormido. Al cabo de un rato que no supo calcular, lo despertó el sonido del teléfono. Contestó con voz pastosa.

—¿Te habías dormido?

—Sí, me quedé dormido.

—Yo, en cambio, me estoy rompiendo el lomo por ti. Bueno pues, Alcide te espera mañana a las cinco y media de la tarde. Vive en Gallotta.

Gallotta era un pueblo situado a pocos kilómetros de Montelusa, cuatro casas de campesinos, antiguamente famoso por su inaccesibilidad en invierno, cuando abundaban las lluvias fuertes.

—Dame la dirección.

—¡Pero qué dices, la dirección...! Saliendo de Montelusa, la primera casa a la izquierda. Un enorme chalé medio en ruinas que haría las delicias de un director de películas de terror. No tiene desperdicio.

Volvió a quedarse dormido apenas cortó. Se despertó sobresaltado al percibir un movimiento sobre su pecho. Era Anna, de quien se había olvidado

por completo y que, tendida a su lado en la cama, le estaba desabrochando la camisa. Sobre cada trozo de piel que dejaba al descubierto, apoyaba un buen rato los labios. Cuando llegó al ombligo, la muchacha levantó la cabeza e introdujo una mano en la camisa para acariciarle el pecho, posando sus labios sobre los de Montalbano. Al ver que él no reaccionaba a su beso apasionado, Anna deslizó la mano hacia abajo. Y también lo acarició allí.

Montalbano decidió hablar.

—¿Lo ves, Anna? No se puede. No ocurre nada.

Anna se levantó de un salto y se encerró en el cuarto de baño. Montalbano no se movió ni siquiera cuando la oyó sollozar con un llanto infantil de niña a la que se niega un dulce o un juguete. La vio completamente vestida en el contraluz de la puerta del cuarto de baño abierta.

—Una fiera salvaje tiene más corazón que tú —dijo Anna antes de irse.

A Montalbano se le pasó el sueño y a las cuatro de la madrugada aún estaba tratando de hacer un solitario, que no le salía ni por casualidad.

Llegó a su despacho turbado y malhumorado, porque le dolía su historia con Anna y se arrepentía de haberla tratado de esa manera. Por si fuera poco, al amanecer, lo había asaltado una duda: si, en lugar de Anna, hubiera sido Ingrid, ¿estaba seguro de que se hubiera comportado de la misma manera?

—Tengo que hablar urgentemente contigo.

Mimì Augello estaba en la puerta y parecía muy alterado.

—¿Qué quieres?

—Informarte acerca de la marcha de las investigaciones.

—¿Qué investigaciones?

—Muy bien, ya entiendo, pasaré más tarde.

—No, ahora te quedas aquí y me dices de qué carajo de investigaciones estás hablando.

—Pero ¿cómo? ¡Pues de las del tráfico de armas!

—Y yo, según tú, ¿te dije que te encargaras de ellas?

—¿Según yo? Me hablaste de ello, ¿no lo recuerdas? El encargo me pareció implícito.

—Mimì, sólo hay una cosa implícita, y es que eres un hijo de la gran puta, respetando a tu madre, se entiende.

—Hagamos una cosa, yo te digo lo que he hecho y después tú decides si tengo que seguir o no.

—Adelante, dime lo que has hecho.

—Ante todo, pensé que a Ingrassia no se le tenía que dejar andar suelto por ahí como si tal cosa y le encargué a dos de los nuestros que lo vigilen día y noche. No podrá ni siquiera ir a mear sin que yo me entere.

—¿De los nuestros? ¿Le has puesto cerca a hombres de los nuestros? Pero ¿es que no sabes que ése a los nuestros les conoce hasta los pelos del culo?

—No soy tonto. No son de los nuestros, de Vigàta, quiero decir. Son agentes de Ragona que ha destacado el jefe, a quien me he dirigido.

Montalbano lo estudió con admiración.

—Conque te has dirigido al jefe, ¿eh? ¡Bravo, Mimì, qué bien sabes ampliar tus propias actividades!

Augello no contestó y prefirió seguir adelante con su explicación.

—También hubo un pinchazo telefónico que podría significar algo. Tengo en mi despacho la transcripción, voy a buscarla.

—¿No la recuerdas de memoria?

—Sí, pero tú al oírla eres capaz de descubrir...

—Mimì, a estas horas tú ya has descubierto todo lo que se podía descubrir. No me hagas perder el tiempo. Dímelo.

—Bueno pues, desde el supermercado Ingrassia llama a Catania, a la empresa Brancato. Pide hablar directamente con Brancato y éste se pone al aparato. Ingrassia lamenta los errores cometidos durante el último envío, dice que no se puede enviar un camión con mucho adelanto, que el asunto le ha causado muchos problemas. Pide una cita para estudiar otro sistema de envío más seguro. La respuesta que le da Brancato es desconcertante. El tipo levanta la voz, se enoja y le pregunta a Ingrassia cómo tiene la cara de llamarlo. Tartamudeando, Ingrassia pide explicaciones. Y Brancato se las da, dice que Ingrassia es insolvente, que los Bancos le han aconsejado no mantener más relaciones con él.

—¿Y cómo reacciona Ingrassia?

—Nada. No dice ni mu. Cuelga sin despedirse.

—¿Tú has comprendido el significado de la llamada?

—Claro... Que Ingrassia pedía ayuda y que los otros se lo han quitado de encima.

—Vigila a Ingrassia.

—Ya te he dicho que es lo que hice. —Una pausa. —¿Qué hago? ¿Me sigo encargando de la investigación?

Montalbano no contestó.

—¡Si serás maricón! —comentó Augello.

—¿Salvo? ¿Estás solo en el despacho? ¿Puedo hablar con entera libertad?

—Sí. ¿Desde dónde llamas?

—Desde mi casa, tengo unas cuantas décimas de fiebre.

—Lo siento.

—Pues no, no tendrías que sentirlo. Es una fiebre de crecimiento.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

—Es una fiebre que sufren los niñitos, los pequeñines. Les dura dos o tres días, llegan a treinta y nueve y hasta a cuarenta, pero no hay que asustarse, es natural, es la fiebre del crecimiento. Cuando se les pasa, los niñitos han crecido unos cuantos centímetros. Estoy segura de que yo, cuando me

baje la fiebre, también habré crecido. Mentalmente, no físicamente. Te quiero decir que nadie, como mujer, me ha ofendido tanto como tú.

—Anna...

—Déjame terminar. Ofendido de verdad. Tú eres malo, Salvo. Y yo no me lo merecía.

—Anna, procura razonar. Lo que ocurrió anoche fue por tu bien...

Anna colgó. Tal vez Montalbano se lo hubiera hecho comprender de mil maneras inapropiadas; sabiendo que en aquellos momentos la chica estaba sufriendo horriblemente, él se sintió peor que un cerdo, pues por lo menos la carne de cerdo se puede comer.

Encontró enseguida el chalé a la entrada de Gallotta, pero le pareció imposible que alguien pudiera vivir en aquellas ruinas. Se veía con toda claridad que medio techo estaba hundido; en el tercer piso forzosamente tenía que entrar el agua cuando llovía. El ligero viento que soplaba en aquellos momentos bastaba para sacudir una persiana que no se comprendía cómo era posible que todavía aguantara sin caer. La parte superior del muro de la fachada tenía unas grietas tan anchas como un puño. El segundo piso, el primero y la planta baja parecían encontrarse en mejores condiciones. El estucado hacía años que había desaparecido, las persianas estaban todas rotas y despintadas, pero, por lo menos, cerraban aunque estuvieran torcidas. La verja de hierro forjado estaba entreabierta e inclinada hacia afuera, inmovilizada desde tiempos inmemoriales en la misma posición en medio de las malas hierbas y la tierra. El jardín era una masa informe de árboles retorcidos y matorrales espesos que formaban un revoltijo compacto. Montalbano avanzó por el caminito de piedras sueltas y se detuvo delante de la puerta despintada. Ya estaba oscureciendo, pues el paso de la hora legal a la solar servía, en realidad, para acortar los días. Vio un timbre y tocó. O, mejor dicho, lo apretó pues no oyó ningún sonido, ni siquiera lejano. Lo intentó de nuevo antes de comprender que el timbre no funcionaba ya en tiempos del descubrimiento de la electricidad. Llamó utilizando la aldaba en forma de cabeza de caballo y finalmente, a la tercera llamada, oyó unos pies que se arrastraban. La puerta se abrió sin el menor sonido de cerrojo o pestillo, sólo con un gemido prolongado de alma del purgatorio.

—Estaba abierta, era suficiente con empujar, entrar y llamarme.

El que hablaba era un esqueleto. Jamás en su vida había visto Montalbano una persona tan flaca. O, mejor dicho, las había visto en su lecho de muerte, reseca y consumidas por la enfermedad. Aquélla, en cambio, estaba de pie, aunque doblada por la mitad, y parecía viva. Vestía una sotana que, en lugar de ser negra tal como debía de ser al principio, ahora tiraba a verde, y el alzacuello, que antes era blanco, ahora era de color gris. Calzaba unos zapatones claveteados de campesino, de esos que ya no se vendían. El hombre estaba completamente calvo y su cabeza era una calavera, a la que parecía que alguien hubiera puesto en plan de broma unas gafas de montura

dorada y lentes muy gruesas, en las cuales naufragaba su mirada. Montalbano pensó que los dos muertos de la cueva estaban recubiertos de más carne que aquel cura. Huelga decir que era viejísimo.

Con gestos ceremoniosos, el anciano lo invitó a entrar y lo acompañó a un salón inmenso, literalmente repleto de libros, no sólo en las estanterías sino también por el suelo, donde formaban unas pilas altas que casi alcanzaban el techo y se sostenían en un equilibrio imposible. A través de las ventanas no penetraba la luz, pues los libros amontonados en las repisas ocultaban por completo los cristales. Los muebles eran un escritorio, una silla y un sillón. A Montalbano le pareció que la lámpara del escritorio era un quinqué de verdad. El anciano cura retiró los libros que cubrían el sillón e hizo sentar a Montalbano.

—Aunque no sé de qué manera lo puedo ayudar, dígame.

—Tal como ya le habrán dicho, soy comisario de policía y...

—No, no me lo dijeron ni yo lo pregunté. Anoche ya muy tarde vino uno del pueblo a decirme que alguien de Vigàta quería verme y yo le contesté que viniera a las cinco y media. Si usted es comisario, ha caído en mal sitio, está perdiendo el tiempo.

—¿Por qué dice que estoy perdiendo el tiempo?

—Porque yo no saco los pies de esta casa desde hace treinta años por lo menos. Las caras antiguas han desaparecido y las nuevas no me convencen. Las provisiones me las traen cada día; de todos modos, yo sólo tomo leche y un caldo de gallina una vez a la semana.

—Se habrá enterado a través de la televisión...

En cuanto inició la frase, Montalbano se detuvo; la palabra "televisión" le había sonado equivocada.

—En esta casa no hay corriente eléctrica.

—Bien pues, habrá leído en los periódicos...

—No compro periódicos.

¿Por qué empezaba constantemente con mal pie? Tomó una especie de carrera con la respiración y se lo contó todo de golpe, desde el tráfico de armas hasta el descubrimiento de los muertos en el *crasticeddru*.

—Espere a que encienda la luz y así hablaremos mejor.

El cura rebuscó entre los papeles de la mesa, tomó una caja de fósforos y encendió uno con mano trémula. Montalbano se quedó petrificado.

"Como se le caiga", pensó, "nos asamos en tres segundos."

Sin embargo, la operación llegó a feliz término, pero todo fue mucho peor, pues la luz iluminaba débilmente media mesa y dejaba en la oscuridad más absoluta el lado en el que se encontraba el anciano. Montalbano observó con estupor cómo el cura extendía una mano y tomaba una botellita con un tapón muy raro. Encima de la mesa había otras tres, dos vacías y una llena de un líquido de color blanco. No eran botellas sino biberones, cada uno provisto de su propia tetina. Se puso estúpidamente nervioso al ver que el anciano empezaba a chupar.

—Perdone, pero no tengo dientes.

—Pero, ¿por qué no se toma la leche en un jarrito, una taza, qué se yo, un vaso?

—Porque así me da más gusto. Es como fumar en pipa.

Montalbano decidió largarse de allí cuanto antes. Se levantó, sacó del bolsillo dos fotografías que le había dado Jacomuzzi y se las mostró al sacerdote.

—¿Podría ser un ritual funerario?

El anciano contempló las fotografías, se animó y soltó una especie de gemido.

—¿Qué había en el interior del cuenco?

—Varias monedas de la década de los 40.

—¿Y en la vasija de barro?

—Nada... no se veía ningún resto... debía de contener sólo agua.

El viejo se pasó un buen rato chupando con expresión pensativa. Montalbano volvió a sentarse.

—No tiene sentido —dijo el cura, y dejó las fotografías sobre la mesa.

Dieciséis

Montalbano estaba al borde del agotamiento; bajo la lluvia de preguntas del cura se notaba la cabeza confusa y, por si fuera poco, cada vez que no sabía qué contestar, Alcide Maraventano soltaba una especie de quejido y daba, a modo de protesta, una chupada más ruidosa que las demás. Ya iba por el segundo biberón.

¿En qué dirección estaban orientadas las cabezas de los cadáveres?

¿La vasija era de barro común o de otro material?

¿Cuántas monedas había en el interior del cuenco?

¿Cuál era la distancia entre la vasija, el cuenco y el perro de terracota en relación con los cuerpos?

Por fin, el interrogatorio de tercer grado terminó.

—No tiene sentido.

La conclusión del interrogatorio confirmó con toda exactitud lo que el cura ya había dicho al principio. El comisario, con mal disimulado alivio, creyó poder levantarse, saludar y retirarse.

—Espere, ¿a qué viene tanta prisa?

Montalbano volvió a sentarse, resignado.

—No es un rito funerario, pero puede que sea otra cosa.

De repente, el comisario se libró del cansancio y el abatimiento y recuperó toda su lucidez mental: Maraventano era una cabeza que pensaba.

—Dígame, le agradeceré mucho su opinión.

—¿Usted ha leído a Umberto Eco?

Montalbano empezó a sudar.

"Dios mío, ahora me va a hacer un examen de literatura", pensó, pero

consiguió contestar:

—He leído su primera novela y los dos diarios mínimos, que me parecen...

—No, yo las novelas no las conozco. Me refería al *Tratado de semiótica general*, algunas de cuyas citas nos podrían ser útiles.

—Lo siento, pero no lo he leído.

—¿Tampoco ha leído *Semeiotiké*, de Kristeva?

—No, y tampoco tengo ganas de leerlo —contestó Montalbano, que ya estaba empezando a hartarse y sospechaba que el viejo le estaba tomando el pelo.

—Qué le vamos a hacer —dijo Alcide Maraventano en tono resignado—. En ese caso, le voy a poner un ejemplo muy sencillito.

"Lo cual quiere decir a mi nivel", dijo Montalbano hablando consigo mismo.

—Bueno, si usted, que es comisario, encuentra un muerto por arma de fuego con una piedra en la boca, ¿qué piensa?

—Mire —dijo Montalbano, dispuesto a tomarse la revancha—, esto ya es muy antiguo, ahora matan sin dar explicaciones.

—Ah... Por eso, para usted la piedra en la boca constituye una explicación.

—Claro.

—¿Y qué quiere decir?

—Quiere decir que el muerto había hablado demasiado, que dijo cosas que no tenía que decir y había actuado de espía.

—Exacto. Por consiguiente, usted ha comprendido la explicación porque estaba en posesión del código del lenguaje, en aquel caso, metafórico. Pero, si usted hubiera ignorado el código, ¿qué hubiera pensado? Nada. Para usted hubiera sido un pobre hombre asesinado al que *inexplicablemente* habían introducido una piedra en la boca.

—Empiezo a comprender.

—Y ahora, volviendo a nuestro tema: alguien mata a dos jóvenes por razones que ignoramos. Puede hacer desaparecer los cadáveres de varias maneras... en el mar, bajo tierra, bajo la arena. Pero no, los traslada al interior de una cueva y, además, coloca a su lado un cuenco, una vasija de barro y un perro de terracota. ¿Qué ha hecho?

—Ha enviado una comunicación, un mensaje —dijo Montalbano a media voz.

—Es un mensaje, en efecto, que, sin embargo, usted no puede entender porque no conoce el código —dijo el cura.

—Déjeme pensar... Pero el mensaje tenía que estar dirigido a alguien, no a nosotros, cincuenta años después de los hechos.

—¿Y por qué no?

Montalbano lo pensó un poco y se levantó.

—Me voy, no quiero robarle tanto tiempo. Lo que me ha dicho me ha

sido muy valioso.

—Quisiera serle todavía más útil.

—¿Cómo?

—Usted me ha dicho hace poco que ahora matan sin dar explicaciones. Pero explicaciones siempre las hay y siempre se nos dan, de lo contrario, usted no haría el trabajo que hace. Sólo que los códigos son muchos y muy variados.

—Gracias —dijo Montalbano.

Habían comido los boquerones a la vinagreta que la señora Elisa, la mujer del jefe, había sabido cocinar con arte y pericia y cuyo resultado estribaba en la milimétrica cantidad de tiempo que la tartera tenía que permanecer en el horno. Después de la cena, la señora se había ido a ver televisión en el salón, no sin antes haber dejado encima del escritorio del estudio de su marido una botella de Chivas, una de licor amargo y dos vasos.

Durante la comida, Montalbano había hablado con entusiasmo de Alcide Maraventano, de su singular estilo de vida y de su cultura e inteligencia, pero el jefe sólo había puesto de manifiesto una curiosidad leve, dictada más por la cortesía hacia su invitado que por un verdadero interés.

—Dígame, Montalbano —dijo el jefe en cuanto ambos estuvieron solos—, yo comprendo muy bien el entusiasmo que en usted ha podido despertar el descubrimiento de los cadáveres de dos personas asesinadas en el interior de la cueva. Pero permíteme que se lo diga: lo conozco desde hace demasiado tiempo como para no prever que usted se sentirá fascinado por este caso por los enigmas inexplicables que plantea y también porque, en el fondo, si usted diera con la solución, ésta resultaría absolutamente inútil. Una inutilidad que para usted sería en extremo agradable y, permíteme la franqueza, casi connatural.

—¿Inútil en qué sentido?

—Inútil en todos los sentidos, no nos engañemos. El asesino, o los asesinos, si somos generosos puesto que han transcurrido más de cincuenta años, o bien han muerto o bien, en la mejor de las hipótesis, son unos ancianitos de más de setenta años. ¿Está de acuerdo?

—De acuerdo —reconoció a regañadientes Montalbano.

—Pues entonces, y permíteme porque lo que estoy a punto de decir no es propio de mi manera de hablar, usted no está haciendo una investigación sino que se está haciendo una paja mental.

Montalbano recibió el impacto pero no tuvo ni fuerza ni argumentos para replicar.

—Yo podría permitirle este ejercicio si no temiera que usted acabara dedicándole lo mejor de su cerebro y descuidando otras investigaciones de mucha más importancia y envergadura.

—¡Ni hablar! ¡Eso no es cierto! —se enojó el comisario.

—Sí, lo es. Piense que lo que estoy diciendo no es un toque de aten-

ción, estamos hablando en mi casa, entre amigos. ¿Por qué ha encomendado el caso tan delicado del tráfico de armas a su subcomisario, que es un funcionario muy digno, pero que no está en modo alguno a su altura?

—¡Yo no se lo he encomendado! Es él quien...

—No sea niño, Montalbano. Él está cargando sobre sus hombros una parte muy considerable de la investigación. Porque usted sabe muy bien que no puede dedicarse por entero a ella, pues tiene tres cuartas partes de su cerebro ocupadas con el otro caso. Dígame con toda sinceridad si me equivoco.

—No se equivoca —contestó con franqueza Montalbano tras una pausa.

—Ya podemos dar por terminado el asunto. Pasemos a otra cosa. ¿Por qué demonios no quiere que lo proponga para un ascenso?

—Lo que usted quiere es seguir crucificándome.

Salió contento de la casa de su superior, tanto por los boquerones a la vinagreta como por haber conseguido un aplazamiento de la propuesta de ascenso. Las razones que había aducido eran absurdas, pero el jefe había tenido la amabilidad de simular creérselas. ¿Podía acaso decirle que la sola idea de un traslado, de un cambio de costumbres, le hacía subir la fiebre?

Era todavía muy temprano, faltaban dos horas para su cita con Gegè. Pasó por Retelibera, pues quería averiguar algo más acerca de Alcide Maraventano.

—Es extraordinario, ¿verdad? —dijo Nicolò Zito—. ¿Se ha exhibido chupando la leche del biberón?

—Por supuesto.

—Piensa que nada de todo eso es verdad, es puro teatro.

—Pero ¿qué dices? ¡Si no tiene dientes!

—¿Acaso no sabes que hace tiempo se inventaron las dentaduras postizas? Él tiene una y le funciona de maravilla. Dicen que a veces se zampa un buen trozo de ternera o un cabrito al horno, cuando nadie lo mira.

—Pero ¿por qué lo hace?

—Porque es un actor nato de tragedias. O un comediante, si lo prefieres.

—¿Estás seguro de que es un cura?

—Se secularizó.

—Las cosas que dice, ¿las inventa o no?

—Puedes estar tranquilo. Su sabiduría es ilimitada y, cuando dice una cosa, es indiscutible. ¿Sabes que hace unos diez años le pegó un tiro a un hombre?

—Vamos...

—Es cierto. Un ladrón entró de noche en la planta baja de la casa. Tropezó con un montón de libros, éstos cayeron e hicieron un estrépito tremendo. Maraventano, que dormía arriba, se despertó, bajó y le pegó un tiro con un fusil de avancarga, una especie de cañón casero. El disparo hizo saltar de

la cama a medio pueblo. Conclusión: el ladrón resultó herido en la pierna, se estropearon diez libros y él sufrió una fractura de hombro, pues el retroceso fue impresionante. Sin embargo, el ladrón afirmó que no había entrado en el chalé para robar sino porque lo había invitado el cura, quien, en determinado momento y sin ninguna razón, le pegó un tiro. Y yo le creo.

—¿A quién?

—Al presunto ladrón.

—Pero, ¿por qué le pegó un tiro?

—¿Tú sabes lo que le pasa por la cabeza a Alcide Maraventano? A lo mejor, quería probar si el fusil todavía funcionaba. O quiso montar un número, cosa más que probable.

—Por cierto, ahora que lo pienso, ¿tú tienes el *Tratado de semiótica*, de Umberto Eco?

—¿Yo? Pero ¿te has vuelto loco?

Para ir a buscar el coche que había dejado en el estacionamiento de Retelibera se empapó. De repente, había empezado a caer una lluvia fina pero densa. Llegó a casa demasiado temprano para la cita. Se cambió de ropa, se sentó en el sillón para mirar un poco de televisión, pero volvió a levantarse enseguida para ir al escritorio y tomar una postal que había recibido por la mañana.

Era de Livia, que, tal como le había anunciado por teléfono, se había ido a pasar unos diez días a casa de una prima suya de Milán. En la cara brillante, con la consabida vista de la Catedral, había una viscosa estría luminiscente que atravesaba la imagen por el centro. Montalbano la rozó con la yema del dedo índice: era reciente y ligeramente pegajosa. Examinó con más detenimiento el escritorio: un enorme caracol de color marrón oscuro estaba empezando a pasearse por la cubierta del libro de Consola. Montalbano no lo dudó; el asco que experimentaba después del sueño que había tenido y que no conseguía quitarse de encima era demasiado fuerte; tomó la novela ya leída de Montalbán y la descargó violentamente sobre la de Consola. En medio de los dos libros, el caracol quedó aplastado con un sonido que a Montalbano le pareció repugnante. Después fue a arrojar las dos novelas al cubo de la basura; al día siguiente se las volvería a comprar.

Gegè no estaba, pero el comisario sabía que no tendría que esperar mucho; su amigo nunca se retrasaba demasiado. El cielo se había despejado y ya no llovía, pero la marejada debía de haber sido muy fuerte, pues en la playa se veían grandes charcos y la arena despedía un fuerte olor a madera mojada. De repente, bajo la pálida luz de la Luna que súbitamente acababa de aparecer, vio la silueta oscura de un automóvil que se estaba acercando muy despacio con las luces apagadas en dirección contraria a aquella por la que él había llegado al lugar, la misma por la que tendría que llegar Gegè. Se alarmó, abrió la guantera, tomó la pistola, soltó el seguro y entornó la puer-

ta, preparado para saltar de golpe. Cuando el otro vehículo se puso a tiro, encendió las luces largas. Era el automóvil de Gegè, de eso no cabía la menor duda, pero existía la posibilidad de que éste no estuviera sentado al volante.

—¡Apaga las luces! —oyó que le gritaban desde el otro coche.

Era sin duda la voz de Gegè. El comisario hizo lo que le decían. Se hablaron el uno al lado del otro, cada uno desde el interior de su automóvil con las ventanillas bajadas.

—Pero ¿qué carajo haces? Estuve a punto de pegarte un tiro —dijo Montalbano, enfurecido.

—Quería ver si te seguían.

—¿Y quién tiene que seguirme?

—Ahora te lo digo. Llegué hace media hora y me escondí detrás del espalón de Punta Rossa.

—Ven aquí —dijo el comisario.

Gegè bajó, subió al automóvil de Montalbano y casi se acurrucó contra él.

—¿Tienes frío?

—No, pero tiemblo a pesar de todo.

Apeataba a miedo. Porque, y eso Montalbano lo sabía por experiencia, el miedo tenía un olor especial: ácido y de color verde amarillento.

—¿Sabes quién es ese que han matado?

—Gegè, matan a mucha gente. ¿De quién me hablas?

—De Petru Gullo te hablo, el que llevaron muerto al aprisco.

—¿Era cliente tuyo?

—¿Cliente mío? En todo caso, yo era cliente suyo. Era el hombre de Tano el Griego, su recaudador. El mismo que me dijo que Tano quería verte.

—¿Y de qué te extrañas, Gegè? Es la historia de siempre: el que gana se queda con todo, es un sistema que ahora también utilizan en política. Los asuntos de Tano cambian de mano y por eso liquidan a todos sus colaboradores. Tú no eras socio ni subordinado de Tano. ¿De qué tienes miedo?

—No —dijo Gegè con tono tajante—, la situación no es ésa, me lo dijeron en Trapani.

—¿Y cuál es?

—Dicen que hubo un acuerdo.

—¿Un acuerdo?

—Sí, señor. Un acuerdo entre tú y Tano. Dicen que el tiroteo fue una tomadura de pelo, un teatro. Y están convencidos de que en el montaje de este teatro también estábamos yo, Petra Gullo y otra persona que seguro la matan cualquier día de éstos.

Montalbano recordó la llamada telefónica que había recibido al término de la rueda de prensa, cuando una voz anónima lo había llamado "maldito comediante".

—Están ofendidos —añadió Gegè—. No soportan que tú y Tano les ha-

yan escupido en la cara y hecho hacer el ridículo. Les molesta más eso que el hallazgo de las armas.

"¿Y ahora me dices qué tengo que hacer?

—¿Estás seguro de que te la tienen jurada?

—Pongo las manos sobre el fuego. ¿Por qué vinieron a traerme a Gullo precisamente al aprisco, que es cosa mía? ¡Más claro que eso...!

El comisario pensó en Alcide Maraventano y en su conferencia sobre los códigos.

Debió de ser una alteración de la densidad de la oscuridad o un resplandor de una centésima de segundo percibido por el rabillo del ojo, pero el caso fue que, un momento antes de que estallara la ráfaga, el cuerpo de Montalbano obedeció a toda una serie de impulsos frenéticamente transmitidos por el cerebro: se dobló por la cintura, abrió con la mano izquierda la puerta y se arrojó fuera mientras a su alrededor tronaban los golpes, se rompían cristales, se desgarraban planchas metálicas y unos relámpagos brevísimos iluminaban la oscuridad. Montalbano permaneció inmóvil entre su coche y el de Gegè y sólo entonces se dio cuenta de que empuñaba una pistola. Cuando Gegè había subido a su automóvil, la había dejado en la guantera; debía de haberla tomado en forma instintiva. Después del estallido, se produjo un silencio de plomo, nada se movió, sólo el rumor del mar picado. Luego se oyó una voz desde unos veinte metros de distancia, desde la parte donde terminaba la playa y empezaba la colina de marga.

—¿Todo bien?

—Todo bien —contestó otra voz, ésta muy cercana.

—Mira a ver si están muertos los dos y así nos podremos ir.

Montalbano trató de imaginarse los movimientos que el tipo tendría que hacer para cerciorarse de su muerte: chaf, chaf, sonaba con toda claridad la arena mojada. Ahora el hombre ya debía de haber llegado a la parte posterior del vehículo y, en cuestión de un instante, se inclinaría para mirar hacia adentro.

Se levantó de un salto y disparó. Una sola vez. Percibió nítidamente el rumor de un cuerpo desplomándose sobre la arena, una respiración afanosa, un gorgoteo y después, nada.

—Giugiu, ¿todo en orden? —preguntó la voz lejana. Sin volver a subir al coche, Montalbano, a través de la puerta abierta, apoyó la mano en la palanca de encendido de las luces largas y esperó. No se oía nada. Decidió arriesgarse y se puso a contar mentalmente. Al llegar a cincuenta, encendió las luces y se levantó. Esculpido por la luz a unos diez metros de distancia, se materializó un hombre con una ametralladora en la mano que, sorprendido, se detuvo en seco. Montalbano abrió fuego y el hombre reaccionó de inmediato, disparando una ráfaga a ciegas. El comisario percibió una especie de puñetazo violento en el costado izquierdo, se tambaleó, apoyó la mano izquierda en el coche y efectuó tres disparos seguidos. El hombre, deslumbrado por los faros, pegó una especie de brinco y echó a correr mientras

Montalbano veía que la luz de los faros pasaba del blanco al amarillo al tiempo que se le nublaban los ojos y la cabeza le empezaba a dar vueltas. Se sentó sobre la arena porque comprendió que las piernas ya no podían sostenerlo, y apoyó la espalda en el coche.

Esperaba el dolor, pero, cuando éste se produjo, fue tan intenso, que no pudo evitar gemir y llorar como un chiquillo.

Diecisiete

En cuanto se despertó, comprendió que estaba en una habitación de hospital y lo recordó todo con precisión absoluta: su cita con Gegè, las palabras que ambos se habían cruzado, el tiroteo. La memoria le fallaba a partir del momento en que se había encontrado entre los dos vehículos, tendido sobre la arena mojada y con un dolor insoportable en el costado. Pero no le fallaba del todo; recordaba, por ejemplo, el rostro desencajado de Mimì Augello y su voz entrecortada.

—¿Cómo estás? ¿Cómo estás? Ahora viene la ambulancia, no tienes nada, tranquilízate.

¿Cómo se las había arreglado Mimì para encontrarlo? Más tarde, ya en el hospital, la voz de alguien con bata blanca:

—Ha perdido demasiada sangre.

Después, nada. Trató de mirar alrededor: la habitación era blanca y estaba muy limpia y la luz del día penetraba a través de una ventana muy grande. No podía moverse, tenía agujas de los gota a gota clavadas en los brazos, pero el costado no le dolía; lo percibía más bien como un pedazo muerto de su cuerpo. Trató de mover las piernas, pero no lo consiguió. Lentamente resbaló hacia el sueño.

* * *

Volvió a despertarse hacia el anochecer, pues las luces estaban encendidas. Cerró de nuevo los ojos porque en la habitación había gente y él no tenía ganas de hablar. Después, picado por la curiosidad, levantó los párpados justo lo suficiente para ver un poco. Livia estaba sentada junto a la cama, y Anna se encontraba de pie a sus espaldas. Junto al otro lado de la cama, también de pie, Ingrid. Livia tenía los ojos anegados en lágrimas, Anna lloraba con desconsuelo e Ingrid estaba muy pálida y tenía el rostro en tensión.

" ¡Jesús!", pensó Montalbano, aterrorizado.

Cerró los ojos y huyó de la escena refugiándose en el sueño.

A las seis y media de lo que le pareció la mañana siguiente, dos enfermeras lo lavaron y le cambiaron la medicación. Después se presentó el jefe del servicio acompañado de cinco ayudantes, todos enfundados en batas

blancas. El médico jefe examinó la historia clínica colgada a los pies de la cama, apartó la sábana y empezó a palparle el costado herido.

—Creo que todo marcha muy bien —dijo—. La operación ha sido todo un éxito.

¿La operación? ¿De qué operación estaba hablando? Ah, quizá se refería a la extracción de la bala que le había causado la herida. Pero es muy difícil que una bala de ametralladora quede adentro y no atravesase el cuerpo de parte a parte. Hubiera querido preguntar, pedir explicaciones, pero no le salían las palabras. Sin embargo, el médico comprendió las preguntas que le estaban haciendo los ojos del comisario.

—Hemos tenido que operarlo de urgencia. La bala había traspasado el colon.

¿El colon? Pero ¿qué carajo hacía el colon en su costado? El colon no tenía nada que ver con los costados, tenía que quedarse en las tripas. Pero si tenía que ver con las tripas, ¿significaba que —experimentó un sobresalto tan grande, que los médicos se dieron cuenta— a partir de aquel momento y a lo largo de toda su vida tendría que seguir tirando a base de papillitas?

—¿... papillitas? —dijo finalmente la voz de Montalbano. El horror de aquella perspectiva le había reactivado las cuerdas vocales.

—¿Qué ha dicho? —preguntó el médico jefe, dirigiéndose a sus colaboradores.

—Creo que ha dicho "zapatillitas" —dijo uno.

—No, no, ha dicho "rapiñitas" —terció el otro.

Y se fueron discutiendo entre sí acerca de la cuestión.

A las ocho y media se abrió la puerta y apareció Catarella.

—¿Cómo se encuentra, *dottori*?

Si había en el mundo alguna persona con la cual Montalbano considerara inútil mantener un diálogo, ésta era Catarella. No contestó, se limitó a sacudir la cabeza para dar a entender que iba tirando.

—Estoy aquí de guardia, montando guardia para usted. Este hospital es puerto de mar, la gente entra y sale, va y viene. Podría entrar alguien con malas intenciones para completar el trabajo. ¿Me he explicado?

Se había explicado muy bien.

—¿Sabe, *dottori*? He dado sangre para la transfusión.

Y regresó a su lugar para montar guardia. Montalbano pensó con amargura que le esperaban años muy negros, sobreviviendo gracias a la sangre de Catarella y alimentándose con papilla de sémola.

Los primeros de la larga serie de besos que recibiría en el transcurso de aquel día fueron los de Fazio.

—¿Sabe, *dottori*, que dispara usted como Dios? A uno lo alcanzó en la garganta de un solo disparo, y al otro lo hirió.

—¿Logré herir también al otro?

—Sí, señor, no sabemos en qué parte del cuerpo, pero herido lo hirió. Se dio cuenta el *dottore* Jacomuzzi; a unos diez metros del vehículo había un charco rojizo... era sangre.

—¿Han identificado al muerto?

—Claro.

Fazio sacó una hoja de papel del bolsillo y leyó.

—Gerlando Munafò, nacido en Montelusa el 6 de septiembre de 1970, soltero, domiciliado en Montelusa, via Crispi, 43, señas particulares, ninguna. "La manía del Registro Civil no lo abandona", pensó Montalbano.

—¿Y en qué situación se encontraba con la ley?

—Nada de nada, *dottore*. Carecía de antecedentes penales.

Fazio se volvió a guardar la hoja de papel en el bolsillo.

—Para hacer estas cosas, les pagan como máximo medio millón.

Fazio hizo una pausa; era evidente que tenía que decir algo, pero le faltaba el valor. Montalbano decidió echarle una mano.

—¿Gegè murió en el acto?

—No sufrió. La ráfaga le arrancó media cabeza.

Entraron los demás y hubo montones de besos y abrazos.

Desde Montelusa llegaron Jacomuzzi y el doctor Pasquano.

—Todos los periódicos hablan de ti —dijo Jacomuzzi.

Estaba emocionado, pero no podía disimular una pizca de envidia.

—He lamentado sinceramente no haber podido practicarle la autopsia —dijo Pasquano—. Siento curiosidad por saber cómo está hecho por dentro.

—Yo fui el primero en llegar al escenario de los hechos —dijo Mimì Augello— y, al verte en semejante estado y en aquel lugar, me pegué un susto tan grande que por poco me cago encima.

—¿Cómo te enteraste?

—En el despacho recibimos una llamada anónima que nos informó que había habido un tiroteo al pie de la Scala dei Turchi. Galluzzo estaba de guardia y me llamó enseguida. Y me dijo, además, una cosa que yo no sabía. Que tú, en el lugar donde se habían producido los disparos, solías reunirte con Gegè.

—¿Él lo sabía?

—¡Al parecer, lo sabía todo el mundo! ¡Medio pueblo lo sabía! Ni siquiera me vestí, salí en pijama, tal como estaba...

Montalbano lo interrumpió, levantando una mano cansada.

—¿Tú duermes con pijama?

—Sí —contestó Augello, perplejo—. ¿Por qué?

—Por nada. Sigue.

—Mientras me dirigía corriendo al coche, pedí una ambulancia a través del teléfono celular. E hice muy bien porque estabas perdiendo mucha sangre.

—Gracias —dijo Montalbano, agradecido.

—¡Qué gracias ni qué historias! ¿No habrías hecho tú lo mismo por mí? Montalbano hizo un rápido examen de conciencia y prefirió no contestar.

—Ah, quería comentarte algo muy curioso —añadió Augello—. Lo primero que me pediste cuando estabas todavía tendido en la arena quejándote fue que te quitara los caracoles que se estaban arrastrando por tu cuerpo. Sufrías una especie de delirio y por eso te dije que sí, que te los iba a quitar... pero no había ningún caracol.

Llegó Livia, le dio un fuerte abrazo y rompió a llorar; se tendió a su lado en la cama todo lo que pudo.

—Quédate así —dijo Montalbano.

Le gustaba aspirar el perfume de su cabello mientras ella mantenía la cabeza apoyada sobre su pecho.

—¿Cómo te enteraste?

—Por la radio. Mejor dicho, fue mi prima la que oyó la noticia. Fue una bonita manera de despertar.

—¿Y qué hiciste?

—Ante todo, llamé a Alitalia y reservé un billete para Palermo; después llamé a tu despacho de Vigàta y me comunicaron con Augello, que fue muy amable y se ofreció a ir a recogerme al aeropuerto. Durante el trayecto me lo contó todo.

—¿Cómo estoy, Livia?

—Estás bien, teniendo en cuenta lo que ha ocurrido.

—¿Estoy destrozado para siempre?

—Pero ¿qué dices?

—¿Tendré que hacer régimen toda la vida?

—Pero usted me ata de pies y manos —dijo sonriendo el jefe.

—¿Porqué?

—Porque se pone a hacer cosas propias de un *sheriff* o, si lo prefiere, de un vengador justiciero nocturno y sale en todas las televisiones y todos los periódicos.

—La culpa no es mía.

—No, no lo es, pero tampoco será mía si me veo obligado a ascenderlo. Tendría que estarse quietecito durante algún tiempo. Por suerte, tardará unos veinte días en poder salir de aquí.

—¿Tanto?

—Por cierto, en Montelusa está el subsecretario Licalzi... Dice que ha venido para sensibilizar a la opinión pública en la cuestión de la lucha contra la mafia y ha manifestado su intención de venir a verlo esta tarde.

—¡No lo quiero ver! —gritó Montalbano, visiblemente alterado.

Era un funcionario que había tenido asuntos lucrativos con la mafia y

que ahora se estaba reciclando, con el permiso de la misma mafia, claro.

En ese momento entró el jefe del servicio. Al ver que en la habitación había seis personas, puso mala cara.

—No lo tomen a mal, pero les ruego que lo dejen solo, tiene que descansar.

Empezaron a despedirse mientras el médico le decía a la enfermera, levantando la voz:

—Por hoy se acabaron las visitas.

—El subsecretario se va esta tarde a las cinco —le dijo su superior en voz baja a Montalbano—. Por desgracia, y habida cuenta de la orden del doctor, no podrá entrar a saludarlo.

Ambos se miraron sonriendo.

* * *

Pasados unos días, le quitaron el gota a gota del brazo pusieron el teléfono en la mesita de noche. Aquella misma mañana lo visitó Nicolò Zito, convertido en una especie de Papá Noel.

—Te traigo un televisor, una vídeo y un casete. También te traigo los periódicos que han hablado de ti.

—¿Qué hay en el casete?

—He incluido y editado todas las tonterías que yo, los de Televigata y los de otras cadenas de televisión hemos dicho acerca de lo ocurrido.

—¿Hola, Salvo? Habla Mimì. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Mejor, gracias.

—Te llamo para decirte que han asesinado a nuestro amigo Ingrassia.

—Lo tenía previsto. ¿Cuándo sucedió?

—Esta mañana. Le descerrajaron un tiro cuando regresaba al pueblo en coche. Dos tipos que iban a bordo de una moto muy potente. El agente que lo seguía trató de prestarle auxilio, pero ya no había nada que hacer.

"Oye, Salvo, mañana por la mañana pasaré por allí. Tienes que contarme oficialmente todos los detalles de tu tiroteo.

Le dijo a Livia que le pusiera la cinta; no sentía mucha curiosidad, sólo quería pasar el rato. El cuñado de Galluzzo en Televigata se abandonaba a una fantasía digna de un guionista de películas tipo *En busca del arca perdida*. En su opinión, el tiroteo había sido la consecuencia directa del descubrimiento de los dos cadáveres momificados en la cueva. ¿Qué secreto terrible e indescifrable se ocultaba detrás de aquel crimen lejano? El periodista no se avergonzaba de recordar, aunque sólo fuera de pasada, el triste fin que habían tenido los descubridores de las tumbas de los faraones y lo relacionó con la emboscada sufrida por el comisario.

Montalbano se rió durante un rato hasta que experimentó una punzada en el costado. A continuación, apareció el rostro de Pippo Ragonese, el co-

mentarista político de la misma cadena privada, ex comunista, ex democristiano, ahora destacado exponente del Partido de la Renovación. Sin andarse por las ramas, Ragonese formuló una pregunta: ¿qué hacía el comisario Montalbano con un propietario de burdel y traficante de drogas, de quien se decía que era amigo? ¿Concordaba tal amistad con el rigor moral que cabía esperar de todo servidor público? "Los tiempos han cambiado", terminaba diciendo severamente el comentarista, "un aire de renovación sacude el país gracias al nuevo gobierno y hay que ir al paso. Las viejas actitudes y las antiguas connivencias tienen que terminar para siempre."

Montalbano, dominado por la furia, experimentó otra punzada en el costado y lanzó un gemido. Livia se levantó de un salto y apagó el televisor.

—¿Cómo puedes fastidiarte por lo que dice este imbécil?

Al cabo de media hora de insistentes súplicas, Livia dio su brazo a torcer y volvió a encender el televisor. El comentario de Nicolò Zito era cariñoso, indignado y racional. Cariñoso hacia su amigo el comisario, a quien enviaba sus mejores deseos de recuperación; indignado porque, a pesar de todas las promesas de los hombres del gobierno, la mafia seguía actuando a su antojo en la isla, sin miramientos, y racional porque establecía una relación entre la detención de Tano el Griego y el descubrimiento de las armas. El autor de aquellos dos importantes golpes asestados contra el crimen organizado había sido Montalbano, quien se había convertido por ello en un adversario peligroso al que había que quitar de en medio al precio que fuera. Se burlaba de la hipótesis según la cual la emboscada había sido una venganza de los muertos profanados. ¿Con qué dinero habían pagado estos a los sicarios?, se preguntaba, ¿quizá con las monedas sin valor que había en el cuenco?

Luego volvía a tomar la palabra el periodista de Telegata, quien entrevistaba a Alcide Maraventano, presentado como un "especialista de lo oculto". El cura secularizado vestía una sotana con remiendos de distintos colores y aparecía en pantalla chupando el biberón. A las preguntas insistentes que pretendían obligarlo a admitir una posible relación entre la emboscada y la presunta profanación, Maraventano, con su maestría de actor consumado, lo admitió y no lo acabó de admitir, dejándolos a todos sumidos en una incertidumbre nebulosa. El casete preparado por Zito terminaba con la grabación del programa político de Ragonese. Sólo que, de pronto, apareció un periodista anónimo para anunciar que aquella tarde su compañero no podría presentarse por haber sido víctima de una brutal agresión. La víspera, unos malhechores le habían propinado una paliza y le habían robado cuando regresaba a su casa tras haber desarrollado su labor en Telegata. El periodista dirigía una dura acusación a las fuerzas del orden que ya no estaban en condiciones de garantizar la seguridad de los ciudadanos.

—¿Por qué lita habrá querido que veas este fragmento que no guarda ninguna relación contigo? —preguntó ingenuamente Livia, que era del norte

y no comprendía ciertas insinuaciones.

Augello preguntaba y Tortorella tomaba por escrito la declaración. Montalbano dijo que había sido compañero de escuela y amigo de Gegè y que la amistad entre ambos se había prolongado a lo largo del tiempo a pesar de que las circunstancias los hubieran colocado en lados opuestos de la barrera.

Quiso que constara en la declaración que aquella noche Gegè había pedido verlo, pero que sólo habían podido intercambiar unas cuantas palabras, apenas algo más que unos saludos.

—Había hecho referencia al tráfico de armas y me dijo que se había enterado por ahí de una cosa que quizá me podría interesar. Pero no tuvo tiempo de decirme qué era.

Mimì Augello fingió creerle y Montalbano pudo explicar con todo detalle las distintas fases del tiroteo.

—Y ahora cuéntame tú —le dijo el comisario a Mimì.

—Primero firma la declaración.

Montalbano firmó, Tortorella lo saludó y regresó a la comisaría.

Augello le dijo que tenía muy pocas cosas que contarle: la motocicleta se adelantó al automóvil de Ingrassia, el que iba que atrás se volvió, abrió fuego y listo. El coche de Ingrassia había ido a parar a la cuneta.

—Han querido cortar la rama seca —señaló Montalbano.

Después preguntó con un poco de tristeza, pues se sentía fuera de juego:

—¿Qué piensan hacer?

—Los de Catania, a los que he informado de lo ocurrido, nos han prometido no soltar a Brancato.

—Esperémoslo —dijo Montalbano.

Augello no lo sabía, pero puede que, con su información a los compañeros de Catania, hubiera firmado la condena a muerte de Brancato.

—¿Quién fue?

—¿Quién fue qué? —preguntó Mimì.

—Mira eso.

Accionó el control remoto y pasó el fragmento en el que se daba la noticia de la agresión a Ragonese. Mimì interpretó muy bien el papel de sorprendido.

—¿Y por qué me lo preguntas a mí? Además, eso a nosotros no nos interesa... Ragonese vive en Montelusa.

—¡Pero qué inocente eres, Mimì! Toma, chúpame el dedito.

Y Montalbano le ofreció el dedo meñique, tal como se hace con los niños.

Dieciocho

Al cabo de una semana, a las visitas, los abrazos, las llamadas por teléfono y las enhorabuenas les sucedieron la soledad y el aburrimiento. Había convencido a Livia de que regresara junto a su prima de Milán; no había ningún motivo para que desperdiciara sus vacaciones, aunque aún no era el momento de hablar del previsto viaje a El Cairo. Acordaron que Livia bajaría de nuevo a la isla en cuanto Montalbano saliera del hospital, y que sólo entonces éste decidiría cómo y dónde pasar las dos semanas de vacaciones que todavía le quedaban.

Poco a poco, el alboroto que se había armado en torno a Montalbano y a los acontecimientos que éste había protagonizado se fue convirtiendo en un eco hasta que, al final, desapareció por completo. Sólo Augello o Fazio le iban a hacer compañía a diario y permanecían un ratito con él, justo el tiempo necesario para contarle las novedades y el estado de algunas investigaciones.

Cada mañana, al abrir los ojos, Montalbano se proponía reflexionar y hacer conjeturas acerca de los muertos del *crasticeddru* y se preguntaba cuándo volvería a tener la posibilidad de disfrutar de un poco de silencio sin ninguna interrupción para poder desarrollar un razonamiento seguido que le permitiera recibir una luz, un estímulo. "Tengo que aprovechar esta situación", pensaba y entonces volvía a repasar los hechos con la misma fogosidad de un caballo lanzado al galope; después iba perdiendo las fuerzas y galopaba al trote y al paso hasta que, al final, una especie de entumecimiento se iba apoderando lentamente no sólo de su cuerpo sino también de su cerebro.

"Debe de ser la convalecencia", pensaba.

Se sentaba en el sofá, tomaba un periódico o una revista, pero, al llegar a la mitad de un artículo un poco más largo que los demás, se cansaba, se le empezaban a cerrar los ojos y se deslizaba hacia el sueño con la piel ligeramente bañada en sudor.

El teniente Fassio ma dicho que ay usía vuelve a casa. Malegro mucho. El teniente ma dicho que tiene questar a dieta. Adellina.

Montalbano encontró la nota de la asistenta sobre la mesa de la cocina y se apresuró a mirar qué entendía la mujer por "dieta". Vio dos merluzas muy frescas para aderezar con aceite y limón. Desenchufó el teléfono para poder acostumbrarse de nuevo a su casa con calma. Tenía mucha correspondencia acumulada, pero no abrió ni una sola carta ni echó un vistazo a ninguna postal. Comió y se acostó.

Antes de quedarse dormido, se planteó una pregunta: si los médicos lo habían tranquilizado en cuanto a la recuperación de todas sus fuerzas, ¿por qué notaba un nudo de tristeza en la garganta?

Se pasó los primeros diez minutos conduciendo con preocupación, más atento a las reacciones de su costado que a la carretera. Después, tras haber comprobado que soportaba bien las sacudidas, aceleró, atravesó Vigàta y tomó el camino de Montelusa; al llegar al cruce de Montaperto, giró a la izquierda, recorrió unos cuantos kilómetros, enfiló un sendero hundido en la tierra y llegó a una pequeña explanada en la que se levantaba una rústica vivienda. Marianna, la hermana de Gegè, que había sido su maestra de escuela, estaba sentada en una silla de paja junto a la puerta, arreglando un cesto. Al ver al comisario, le salió al encuentro.

—Salvù, ya sabía que vendrías a verme.

—Es la primera visita que hago desde que salí del hospital —dijo Montalbano, abrazándola.

Mariannina se echó a llorar muy despacio y sin gemidos, sólo con lágrimas, y a Montalbano se le humedecieron los ojos.

—Toma una silla —dijo Mariannina.

Montalbano se sentó al lado de la mujer y ella tomó su mano y se la acarició.

—¿Sufrió?

—No. Cuando todavía estaban disparando, comprendí que a Gegè lo habían matado en el acto. Creo que ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

—¿Es cierto que mataste al que mató a Gegè?

—Sí, señora.

—Allí donde se encuentre, Gegè estará contento.

Mariannina lanzó un suspiro y apretó con más fuerza la mano del comisario.

—Gegè te quería con toda su alma.

Un título cruzó por la mente de Montalbano: *Meu amigo de alma*.

—Yo también lo quería mucho —dijo.

—¿Recuerdas lo malo que era?

Era un niño muy díscolo y travieso. Estaba claro que Mariannina no se refería a los últimos años, a las relaciones problemáticas de Gegè con la ley, sino a los lejanos tiempos en que su hermano menor era un pequeño granuja más malo que un demonio. Montalbano esbozó una sonrisa.

—¿Recuerda aquella vez que arrojó un petardo adentro de una caldera de cobre que un hombre estaba arreglando y que, del susto que se llevó, el hombre se desmayó?

—¿Y aquella vez que vació el tintero en el bolso de la maestra Longo?

Se pasaron dos horas hablando de Gegè y de sus hazañas, refiriéndose en todo momento a hechos que se remontaban como máximo a su adolescencia.

—Se ha hecho tarde, me voy —dijo Montalbano.

—Te diría que te quedaras a comer conmigo, pero temo que sean co-

sas demasiado fuertes para ti.

—¿Qué ha preparado?

—Tapahuecos con salsa.

Tapahuecos, así llamaban en la zona a aquellos caracolitos de color marrón claro que, cuando entraban en letargo, segregaban un líquido que se solidificaba y convertía en una especie de hojaldre que tapaba la entrada de la concha. El primer impulso de Montalbano fue declinar la invitación, dominado por la sensación de repugnancia. ¿Hasta cuándo lo perseguiría aquella obsesión? Al final, decidió con frialdad aceptar, para enfrentarse con aquel doble desafío a su vientre y a su mente. En presencia del plato, del que se escapaba un aroma finísimo de color ocre, tuvo que hacer un esfuerzo, pero, tras haber extraído el primer tapahuecos con una aguja y haberlo saboreado, se sintió liberado: una vez superada su obsesión o exorcizada su tristeza, estaba seguro de que sus tripas también se recuperarían.

En el despacho lo llenaron de abrazos y Tortorella se secó incluso una lágrima.

—¡Yo sé lo que es volver cuando te han disparado!

—¿Dónde está Augello?

—En su despacho, comisario —contestó Catarella. Abrió la puerta sin llamar y Mimì se levantó del sillón de detrás del escritorio como si lo hubieran sorprendido robando, y se puso colorado como un tomate.

—No te he tocado nada. Es que desde aquí las llamadas...

—Has hecho muy bien, Mimì —lo cortó Montalbano, reprimiendo el impulso de pegarle una patada en el trasero a quien había osado sentarse en su sillón.

—Hoy mismo hubiera ido a tu casa —dijo Augello.

—¿Para qué?

—Para organizar el dispositivo de protección.

—¿Para quién?

—¿Cómo para quién? Para ti. No es seguro que éstos no vuelvan a intentarlo, tras haber fallado la primera vez.

—Te equivocas, a mí ya no me volverá a ocurrir nada más. Verás, Mimì, tú eres el culpable de que me hayan disparado.

Mimì tuvo la sensación de que acababan de introducirle en el trasero un cable de alto voltaje, pues se ruborizó intensamente y se puso a temblar. Después su sangre se retiró quién sabe adónde y se quedó más amarillo que un muerto.

—Pero, ¿qué ideas se te ocurren?

Montalbano creyó que ya se había vengado lo suficiente por la usurpación de su escritorio.

—Calma, Mimì. No he elegido bien las palabras. Quería decir que fuiste tú quien puso en marcha el mecanismo por el cual me pegaron un tiro.

—Explícate —dijo Augello, hundiéndose en el sillón mientras se pasaba

el pañuelo alrededor de la boca y por la frente.

—Querido amigo, tú, sin consultar conmigo ni preguntarme si estaba de acuerdo o no, pusiste a dos agentes para que vigilaran a Ingrassia. ¿Qué creías, que Ingrassia era tan tonto como para no darse cuenta? Debió de tardar medio día como mucho en descubrir que lo estaban vigilando. Pero, como es lógico, sin duda pensó que yo había dado la orden. Sabía que había cometido toda una serie de estupideces por las cuales yo lo tenía en la mira y entonces, para recuperar el favor de Brancato, que pretendía liquidado, la llamada entre ellos dos me la comunicaste tú, contrató a dos asesinos para que me eliminaran. Sólo que su proyecto terminó con un fracaso. Entonces Brancato o alguno de los suyos se hartó de Ingrassia y de sus peligrosas genialidades, no olvidemos entre otras cosas el asesinato inútil del *cavaliere* Misuraca, tomó disposiciones y lo hizo desaparecer de la faz de la tierra.

"Si tú no hubieses puesto a Ingrassia en estado de alerta, Gegè aún estaría vivo y yo no tendría este dolor en el costado. Eso es todo lo que hay.

—Si es así, tienes razón —dijo Mimì, anonadado.

—Por supuesto que es así, te puedes jugar el trasero.

El avión aterrizó muy cerca de la terminal y los pasajeros no tuvieron que utilizar ningún autobús. Montalbano vio a Livia bajar por la escalerilla y encaminarse con la cabeza inclinada hacia la salida. Se escondió entre la gente y vio que, después de una prolongada espera, recogía su equipaje de la cinta transportadora, lo colocaba en un carrito y se dirigía a la parada de taxis. La víspera ambos habían acordado por teléfono que ella tomaría el tren de Palermo a Montelusa y él se limitaría a ir a recogerla a la estación. Pero Montalbano había decidido darle una sorpresa, presentándose en el aeropuerto de Punta Ràisi.

—¿Está sola? ¿Me permite que la lleve?

Livia, que se estaba dirigiendo al primer taxi de la fila, se detuvo en seco y lanzó un grito.

—¡Salvo!

Se abrazaron con alegría.

—¡Estás estupendo!

—Tú también —dijo Montalbano—. Hace más de media hora que te estoy mirando... desde que bajaste del avión.

—¿Por qué no dejaste que te viera antes?

—Porque me gusta observarte cuando existes sin mí.

Subieron al coche y de inmediato, antes de ponerlo en marcha, Montalbano la abrazó y la besó, apoyó una mano en su pecho, inclinó la cabeza y le acarició con la mejilla el vientre y las rodillas.

—Vámonos de aquí —dijo Livia, respirando afanosamente—, de lo contrario, nos detendrán por actos obscenos en lugar público.

Por el camino hacia Palermo, el comisario le hizo a Livia una proposición que se le acababa de ocurrir en aquel momento.

—¿Nos quedamos en la ciudad? Me gustaría enseñarte la Vucciria.

—Ya la he visto. El pintor Guttuso...

—Aquel cuadro es una mierda, te lo aseguro. Alquilamos una habitación en un hotel, damos una vuelta por ahí, vamos a la Vucciria, dormimos y mañana por la mañana nos vamos a Vigàta. De todas maneras, no tengo nada que hacer y me puedo considerar un turista.

Al llegar al hotel, traicionaron su propósito de refrescarse un poco y salir. No salieron, hicieron el amor y se quedaron dormidos. Se despertaron unas cuantas horas después y lo volvieron a hacer. Salieron del hotel cuando ya era casi de noche y fueron a la Vucciria. Livia estaba aturdida y trastornada por las voces, las invitaciones, los gritos de los que pregonaban sus mercancías, el lenguaje, las discusiones, las peleas repentinas, los colores tan intensos que no parecían de verdad sino pintados. El olor del pescado fresco se mezclaba con el de las mandarinas, las tripas de cordero hervidas y espolvoreadas con queso *caciocavallo*, la llamada *meusa*, es decir, el bazo, las frituras; el conjunto de todo aquello era una mezcla irreplicable y casi mágica. Montalbano se detuvo delante de una tienda de ropa de segunda mano.

—Cuando iba a la universidad, venía aquí a comerme el pan con la meusa, algo que hoy en día me reventaría el hígado, y ésta era una tienda única en todo el mundo. Hoy venden ropa de segunda mano, pero entonces todas las estanterías estaban vacías y el propietario, don Cesarino, permanecía sentado detrás del mostrador, también enteramente vacío, y atendía a los clientes.

—Pero ¿a qué clientes, si las estanterías estaban vacías?

—No estaban exactamente vacías sino llenas de intenciones y peticiones, por así decirlo. Aquel hombre vendía objetos robados por encargo. Tú ibas a don Cesarino y le decías: "Necesito un reloj así y asá", o bien, "Necesito un cuadro", qué sé yo, "una marina del siglo pasado", o "Quiero una sortija de este tipo". Él anotaba el encargo en un trozo de papel de envolver pasta, de ese amarillo y áspero que antes se usaba, concertaba el precio y te decía cuándo podías volver. En la fecha acordada y sin fallar ni un solo día, sacaba de debajo del mostrador el objeto que le habías encargado y te lo entregaba. No admitía reclamos.

—Perdona, pero ¿qué falta hacía la tienda? Un trabajo así lo podía hacer en cualquier sitio, en un café, en la esquina de la calle...

—¿Sabes cómo lo llamaban sus amigos de la Vucciria? Don Cesarino *u putiàru*, el tendero. Porque don Cesarino no se consideraba un ladrón organizado ni un reducidor. Era un comerciante como otros muchos y la tienda, de la que pagaba el alquiler y la electricidad, lo demostraba. No era una fachada...

—Están todos locos.

—¡Como a un hijo! ¡Deje que lo abrace como a un hijo! —exclamó la

señora Burgio, estrechándolo contra su pecho.

—¡Usted no sabe lo preocupados que nos ha tenido! —remachó el marido.

El director lo había llamado por la mañana para invitarlo a cenar y Montalbano había declinado la invitación y le había propuesto una visita por la tarde.

Lo hicieron pasar al salón.

—Iremos directamente al grano, no queremos hacerle perder el tiempo —dijo Burgio.

—Dispongo de todo el tiempo que ustedes quieran, estoy momentáneamente desocupado.

—Mi esposa ya le contó la vez que vino usted a cenar que yo la llamo "una mujer fantasiosa". Pues bien, en cuanto usted se fue, empezó a fantasear. Lo queríamos llamar antes, pero pasó lo que pasó.

—¿Por qué no dejamos que sea el señor comisario quien juzgue si son fantasías? —dijo un poco ofendida la señora. Y agregó en tono irritado: —¿Hablas tú o hablo yo?

—Las fantasías son cosa tuya.

—No sé si lo recuerda, pero, cuando le preguntó a mi marido dónde podía localizar a Lillo Rizzitano, él le contestó que llevaba sin saber nada de él desde julio de 1943. Entonces me vino a la mente una cosa. Que yo también había perdido a una amiga por aquella época, mejor dicho, más adelante apareció, pero de una manera muy rara que...

Montalbano experimentó un estremecimiento; *los del crasticeddru* habían sido asesinados muy jóvenes.

—¿Qué edad tenía su amiga?

—Diecisiete años. Pero era mucho más madura que yo, que a su lado era todavía una chiquilla. Íbamos juntas a la escuela.

La mujer abrió un sobre que había sobre la mesita, sacó una fotografía y se la mostró a Montalbano.

—Nos sacaron esta foto el último día de clase de tercer curso de liceo. Ella es la primera a la izquierda de la segunda fila, yo soy la que está a su lado.

Todas sonrientes, con el uniforme fascista de las Jóvenes Italianas; un profesor saludaba a la romana, brazo en alto.

—Dada la situación espantosa que reinaba en la isla por culpa de los bombardeos, las escuelas cerraron el último día de abril y nosotros nos ahorramos el terrible examen final, pues nos aprobaron o suspendieron por medio de la evaluación anual. Lisetta, así se llamaba mi amiga, el apellido era Moscato, se trasladó con su familia a un pueblecito del interior. Me escribía con frecuencia y conservo todavía todas sus cartas, por lo menos las que llegaron. Ya sabe usted que el correo de entonces...

"Mi familia también se trasladó, pero nosotros nos fuimos nada menos que al continente, a casa de un hermano de mi padre. Al terminar la guerra,

escribí a mi amiga tanto a la dirección del pueblecito como a la de Vigàta. No obtuve respuesta y me preocupé. A finales del 46 regresamos a Vigàta. Fui a ver a los padres de Lisetta. Su madre había muerto y su padre intentó al principio no hablar conmigo; después me trató con muy malos modos y me dijo que Lisetta se había enamorado de un soldado americano y que lo había seguido contra la voluntad de su familia. Agregó que, para él, su hija era como si estuviera muerta.

—Sinceramente, me parece una historia verosímil —dijo Montalbano.

—¿Qué te dije? —terció Burgio, tomándose la revancha.

—Piense, señor comisario, que la cosa era muy rara, incluso sin tener en cuenta lo que ocurrió después. En primer lugar, es rara porque, si Lisetta se hubiera enamorado de un soldado americano, me lo hubiera hecho saber de la manera que fuera. Y además, en las cartas que me envió desde Serradifalco, así se llamaba el pueblecito en el que ellos se habían refugiado, siempre repetía lo mismo: el sufrimiento que le causaba la lejanía de un amor misterioso y apasionado. Un joven cuyo nombre jamás me quiso decir.

—¿Está segura de que aquel amor misterioso existía realmente? ¿No podía tratarse de una fantasía juvenil?

—Lisetta no era de las que se perdían en fantasías.

—Mire —observó Montalbano—, a los diecisiete años y, por desgracia, también más tarde, no se puede estar seguro de la constancia de los sentimientos.

—Tiene razón —dijo Burgio.

Sin decir nada, la señora sacó otra fotografía del sobre. Mostraba a una muchacha vestida de novia, dando el brazo a un joven apuesto con uniforme de soldado norteamericano.

—Ésta la recibí desde Nueva York, lo decía el matasellos, en los primeros meses del 47.

—Y eso elimina todas las dudas, creo —insistió el director.

—Pues no, más bien las suscita.

—¿En qué sentido, señora?

—Porque dentro del sobre sólo estaba esta fotografía de Lisetta con el soldado y nada más, no había ninguna nota ni nada. Y detrás de la foto tampoco había nada escrito, puede comprobarlo. Y entonces, ¿me quiere explicar usted por qué una amiga íntima de verdad se limita a enviarme una fotografía sin una sola palabra?

—¿Reconoció la letra de su amiga en el sobre?

—La dirección estaba escrita a máquina.

—Ah...

—Y le quiero decir una última cosa: Elisa Moscato, Lisetta, era prima hermana de Lillo Rizzitano. Y Lillo la quería mucho, como a una hermana pequeña.

Montalbano miró al director Burgio.

—La adoraba —reconoció éste.

Diecinueve

Cuanto más lo pensaba, cuanto más le daba vueltas, tanto más se convencía de que estaba siguiendo la pista acertada. No le había hecho falta ni siquiera su paseo habitual de meditación hasta el final del muelle; en cuanto salió de la casa de los Burgio con la fotografía nupcial, se fue disparando a Montelusa.

—¿Está el doctor?

—Sí, pero está trabajando, se lo advierto —contestó el portero.

Pasquano y sus dos ayudantes se encontraban alrededor de la mesa de mármol en la que yacía un cadáver desnudo y con los ojos abiertos. Razón le sobraba al muerto para tener los ojos abiertos de asombro, pues los tres hombres estaban brindando con vasos de papel y el médico sostenía en la mano una botella de vino espumoso.

—Pase, pase, estamos celebrando.

Montalbano le dio las gracias al ayudante que le ofreció un vaso y Pasquano le sirvió vino.

—¿A la salud de quién? —preguntó el comisario.

—A la mía. Con ésta, llego a la milésima autopsia.

Montalbano tomó un sorbo, se apartó con el médico y le mostró la fotografía.

—¿La chica del *crasticeddru* podía haber tenido una cara como la de ésta de la fotografía?

—¿Por qué no se va al carajo? —le dijo dulcemente Pasquano.

—Perdone... —se excusó el comisario.

Dio media vuelta y se fue. Era un estúpido, no el médico sino él. Se había dejado arrastrar por el entusiasmo y le había ido a hacer a Pasquano la pregunta más imbécil que se pudiera imaginar.

No corrió mejor suerte en la Brigada Científica.

—¿Está Jacomuzzi?

—No, fue a ver al jefe.

—¿Quién se encarga del laboratorio fotográfico?

—De Francesco, en el sótano.

De Francesco estudió la fotografía como si todavía no le hubieran explicado la posibilidad de reproducir imágenes sobre películas sensibles a la luz.

—¿Qué desea de mí?

—Saber si se trata de un montaje fotográfico.

—Ah, eso no es lo mío. Yo sólo sé fotografiar y revelar. Las cosas más difíciles las enviamos a Palermo.

Después la rueda empezó a dar vueltas en la dirección apropiada y se inició la serie positiva. Llamó al fotógrafo de la revista que había publicado la

reseña del libro de Maraventano, cuyo nombre recordaba.

—Perdone que lo moleste, ¿es usted el señor Contino?

—Sí, soy yo, ¿con quién hablo?

—Soy el comisario Montalbano y necesito verlo.

—Celebro conocerlo. Venga ahora, si quiere.

El fotógrafo vivía en la parte vieja de Montelusa, en una de las pocas casas que quedaban en pie después de un corrimiento de tierras que había hecho desaparecer todo un barrio de nombre árabe.

—En realidad, yo no soy fotógrafo de profesión. Enseño historia en el liceo, pero me divierto. Estoy a su disposición.

—¿Podría decirme si esta fotografía es un montaje?

—Puedo intentarlo —contestó Contino. Observó la fotografía.

—¿Sabe cuándo se hizo?

—Me han dicho que hacia el año 46.

—Vuelva mañana.

Montalbano inclinó la cabeza sin decir nada.

—¿Es urgente? Pues entonces, vamos a hacer una cosa... Dentro de unas dos horas, le podré dar una primera respuesta, pero habrá que confirmarla.

—De acuerdo.

Montalbano se pasó las dos horas en una galería de arte, donde se exponía la obra de un pintor siciliano septuagenario ligado todavía a una cierta retórica populista, pero con una paleta rica de colores intensos y vivísimos. Pese a todo, contempló las telas con mirada distraída, pues estaba esperando con impaciencia la respuesta de Contino y, cada cinco minutos, consultaba su reloj.

—Bueno pues, usted me dirá.

—Acabo de terminar ahora mismo. A mi juicio, se trata de un auténtico montaje fotográfico. Muy bien hecho.

—¿De qué lo deduce?

—De las sombras del trasfondo. La cabeza de la chica se montó en sustitución de la cabeza de la novia verdadera.

Montalbano no le había dicho nada. Contino no había sido advertido, el comisario no lo había inducido con sus palabras a llegar a aquella conclusión.

—Le diré más: la imagen de la chica está retocada.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que se la envejeció un poco, por así decirlo.

—¿Me la puedo llevar?

—Pues claro, ya no la necesito. Creía que iba a ser más difícil, pero no hace falta confirmar nada, como le había dicho antes.

—Me ha sido usted sumamente útil.

—Debo decirle, señor comisario, que mi opinión es privada, ¿me expli-

co? No tiene ningún valor legal.

El jefe no sólo lo recibió de inmediato sino que incluso lo hizo con los brazos abiertos.

—¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Tiene tiempo? Venga conmigo, vamos a casa, estoy esperando una llamada de mi hijo. Mi mujer estará encantada de verlo.

Massimo, el hijo del jefe, era médico y trabajaba en un grupo de voluntarios. La organización se llamaba "Sin fronteras" y sus miembros desarrollaban su labor como podían en los países devastados por la guerra.

—Mi hijo es pediatra, ¿sabe? Actualmente se encuentra en Ruanda y estoy muy preocupado por él.

—¿Sigue habiendo enfrentamientos?

—No me refería a los enfrentamientos. Cada vez que consigue llamarnos, lo noto más agobiado por el horror y la situación atormentadora que está viviendo.

El jefe se sumió en el silencio. Sin duda para distraerlo de los negros pensamientos en los que se había encerrado, Montalbano le comunicó la noticia.

—Estoy en un noventa por ciento seguro de conocer el nombre y apellido de la muchacha hallada muerta en el *crasticeddru*.

El superior no habló; se limitó a mirarlo boquiabierto.

—Se llamaba Elisa Moscato y tenía diecisiete años.

—¿Cómo demonios lo hizo?

Montalbano se lo contó todo.

La esposa del jefe lo tomó de la mano como si fuera un chiquillo y lo hizo sentar en el sofá. Se pasaron un ratito conversando y después el comisario se levantó y dijo que tenía un compromiso y tenía que irse. No era verdad. Simplemente no quería estar allí cuando recibieran la llamada; el jefe y su mujer tenían derecho a disfrutar solos y en paz de la voz lejana de su hijo, aunque sus palabras estuvieran preñadas de angustia y dolor. En el momento en que abandonaba la casa, sonó el teléfono.

—He cumplido mi palabra, como ve. Le devuelvo la fotografía.

—Pase, pase.

La señora Burgio se apartó para franquearle la entrada.

—¿Quién es? —preguntó el marido desde el comedor.

—Es el comisario.

—¡Pero dile que pase! —rugió él, como si su mujer le hubiera negado la entrada a Montalbano.

Estaban cenando.

—¿Pongo un plato? —preguntó la señora.

Lo puso sin esperar la respuesta. Montalbano se sentó y ella le sirvió caldo de pescado, aderezado con perejil.

—¿Ha conseguido sacar algo en claro? —preguntó la mujer sin prestar atención a la mirada severa del esposo, que no consideraba oportuno aquel asalto.

—Desgraciadamente, sí, señora. Creo que se trata de un montaje fotográfico.

—¡Dios mío! Pues entonces, el que me la envió quiso hacerme creer una cosa por otra.

—Sí, creo que ésa fue la intención: intentar poner punto final a sus preguntas sobre Lisetta.

—¿Ves como yo tenía razón? —le dijo la señora casi a gritos a su marido, y rompió a llorar.

—Pero ahora, ¿por qué lloras? —le preguntó él.

—¡Porque Lisetta está muerta y, en cambio, me quisieron hacer creer que estaba viva y felizmente casada!

—Mira, puede que fuera la propia Lisetta la que...

—¡No digas estupideces! —replicó la señora, arrojando la servilleta sobre la mesa.

Se produjo un silencio embarazoso. Después la mujer preguntó:

—Está muerta, ¿verdad, señor comisario?

—Me temo que sí.

La señora se levantó, se cubrió el rostro con las manos y abandonó el comedor; en cuanto salió, la oyeron abandonarse a una especie de gemidos quejumbrosos.

—Lo siento —dijo el comisario.

—Ella se lo buscó —contestó sin la menor compasión el director, siguiendo su propia lógica de disputas conyugales.

—Permítame una pregunta. ¿Está seguro de que entre Lino y Lisetta sólo existía la clase de afecto a la que usted y su esposa se han referido?

—Explíquese mejor.

Montalbano decidió hablar claro.

—¿Usted excluye que Lillo y Lisetta fueran amantes?

Burgio soltó una carcajada y descartó la hipótesis con un gesto de la mano.

—Mire, Lillo estaba locamente enamorado de una chica de Montelusa, que no ha vuelto a tener noticias suyas desde julio del 43. Y no puede ser el muerto del *crasticeddru* por la sencilla razón de que el campesino que lo vio herido y presencié cómo los soldados lo cargaban en el camión y lo trasladaban quién sabe adónde, era una persona seria y sensata.

—Entonces, eso sólo puede significar una cosa: que no es cierto que Lisetta haya huido con un soldado americano. Por consiguiente, el padre de Lisetta le contó a su esposa una mentira. ¿Quién era el padre de Lisetta?

—Me parece recordar que se llamaba Stefano.

—¿Vive todavía?

—Murió, ya anciano, hace por lo menos cinco años.

—¿A qué se dedicaba?

—Me parece que al comercio de la madera. Pero en mi casa no se hablaba de Stefano Moscato.

—¿Porqué?

—Porque no era una persona muy de fiar. Tenía negocios ilícitos con sus parientes, los Rizzitano, ¿me explico? Había tenido problemas con la Justicia, no sé de qué tipo. En aquella época, en las familias de personas educadas y honradas no se hablaba de esa gente. Era como hablar de la mierda, y usted perdone.

La señora Burgio regresó con los ojos enrojecidos y una carta en la mano.

—Ésta es la última carta que recibí de Lisetta cuando estaba en Acquapendente, adonde me había trasladado con mi familia.

* * *

Serradifalco, 10 de junio de 1943

Angelina querida, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu familia? No puedes imaginarte lo mucho que te envidio porque tu vida en un pueblo del norte no puede compararse ni de lejos con la cárcel en la que yo paso mis días. Además de la vigilancia asfixiante de papá, está la vida monótona y estúpida de un pueblo formado por cuatro casas. Imagínate que el domingo pasado al salir de misa, un chico de aquí al que ni siquiera conozco me dirigió un saludo. Papá se dio cuenta, lo llamó aparte y la emprendió a bofetadas con él. ¡Auténticas barbaridades! Mi única distracción es la lectura. Tengo por amigo a Andreuccio, un niño de diez años, hijo de mis primos. Es inteligente. ¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que los niños pueden ser más listos que nosotros?

Desde hace algunos días, mi querida Angelina, vivo hundida en la desesperación. He recibido, por un medio tan arriesgado que sería muy largo de explicar, una notita de cuatro líneas de Él, Él, Él, en la que me dice que está desesperado, que ya no resiste sin verme, que, después de todo el tiempo que llevaban en Vigàta, han recibido la orden de marcharse en cuestión de días. Yo me siento morir de no vedo. Antes de que se vaya lejos, tengo, tengo, tengo que pasar unas cuantas horas con él para no volverme loca. Ya te contaré y, entre tanto, te envío un abrazo muy fuerte. Tuya,

Lisetta

—De modo que usted nunca supo quién era este "él" —dijo el comisario.

—No. Jamás me lo quiso decir.

—Después de esta carta, ¿ya no recibió ninguna más?

—¿Bromea? Ya es un milagro que recibiera ésta en aquellos días en que el estrecho de Messina no se podía cruzar, pues lo bombardeaban sin cesar. Después, el 9 de julio desembarcaron los americanos y las comunicaciones quedaron interrumpidas de manera definitiva.

—Disculpe, señora, pero, ¿recuerda la dirección de su amiga en Serradifalco?

—Pues claro. En casa de la familia Sorrentino, via Crispi, 18.

Hizo ademán de introducir la llave en la cerradura, pero se detuvo, alarmado. Desde el interior de su casa se oían voces y ruidos. Sopesó la conveniencia de regresar al coche y tomar la pistola, pero no lo hizo. Abrió con cautela la puerta, sin hacer ruido.

Y de pronto, recordó que se había olvidado por completo de Livia. Quién sabe el rato que debía de llevar esperándolo.

Le llevó la mitad de la noche volver a hacer las paces.

A las siete de la mañana se levantó sin hacer ruido, marcó un número de teléfono y habló en voz baja.

—¿Fazio? Tienes que hacerme un favor... Debes llamar y decir que estás enfermo.

—No hay problema.

—Quiero, antes de esta noche, vida, muerte y milagros de un tal Stefano Moscato, fallecido aquí en Vigàta hace unos cinco años. Pregunta por el pueblo, echa un vistazo a las fichas y a lo que te parezca. Por lo que más quieras...

—No se preocupe.

Colgó, tomó un bolígrafo y papel y escribió:

Querida: tengo que irme por un compromiso urgente y no quiero despertarte. Seguramente regresaré a casa a primera hora de la tarde. ¿Por qué no tomas un taxi y te vas a ver los templos griegos? Siguen siendo tan espléndidos como siempre. Un beso.

Salió como un ladrón; si Livia hubiera abierto los ojos, habrían tenido una pelea.

Tardó una hora y media en llegar a Serradifalco; el cielo estaba despejado y se sentía tan contento, que le entraron ganas de silbar. Le vino a la mente Caifás, el perro de su padre, que paseaba triste y aburrido por la casa, pero que se animaba de golpe en cuanto veía que el amo empezaba a preparar los cartuchos, y se transformaba en una masa de energía cuando lo llevaban de caza. Encontró enseguida via Crispi; el número 18 correspondía a una mansión del siglo XIX, de dos pisos. Había un timbre con una placa que decía SORRENTINO. Una joven simpática, de unos veinte años, le preguntó qué deseaba.

—Quisiera hablar con el señor Andrea Sorrentino.

—Es mi padre, pero no está en casa. Lo puede encontrar en el Ayuntamiento.

—¿Trabaja allí?

—Sí y no. Es el alcalde.

—Pues claro que me acuerdo de Lisetta —dijo Andrea Sorrentino.

Llevaba muy bien sus sesenta y tantos años; sólo tenía alguna que otra cana y era un hombre muy apuesto.

—Pero, ¿por qué me pregunta por ella?

—Se trata de una investigación muy reservada. Lamento no poderle decir nada. Pero tenga la certeza de que para mí es muy importante averiguar algunos datos.

—Muy bien, señor comisario. Mire, guardo recuerdos muy hermosos de Lisetta. Dábamos largos paseos por el campo y yo a su lado me sentía orgulloso, como un adulto, pues ella me trataba como si yo tuviera su edad. Cuando su familia abandonó Serradifalco y regresó a Vigàta, ya no tuve noticias directas suyas.

—¿Cómo es posible?

El alcalde titubeó un instante.

—Bueno, se lo cuento porque ya son historias pasadas. Creo que mi padre y el padre de Lisetta se pelearon a muerte. A fines de agosto del 43, mi padre regresó a casa una noche con el rostro desencajado. Había ido a Vigàta a ver a *u zu Stefanu*, como yo lo llamaba, por no sé qué asunto. Estaba pálido, tenía fiebre; recuerdo que mamá se asustó mucho y que, al verlo, yo también me asusté. No sé qué habrá ocurrido entre ambos, pero al día siguiente, a la hora de comer, mi padre dijo que en casa no se debería pronunciar nunca más el apellido Moscato. Yo obedecí a pesar de mi deseo ardiente de preguntarle por Lisetta. Mire, estas peleas tan tremendas entre pan entes...

—¿Usted recuerda al soldado americano que Lisetta conoció aquí?

—¿Aquí? ¿Un soldado americano?

—Sí. Por lo menos, eso creo haber entendido. En Serradifalca conoció a un soldado americano, se enamoraron, ella lo siguió y, al cabo de algún tiempo, se casaron en América.

—De esta historia de la boda oí decir algo porque una tía, hermana de mi padre, recibió una fotografía de Lisetta vestida de novia, con un soldado americano.

—Pues entonces, ¿por qué se ha extrañado?

—Me ha extrañado que usted diga que Lisetta conoció al americano aquí. Mire, cuando los americanos ocuparon Serradifalco, ya hacía por lo menos diez días que Lisetta había desaparecido de casa.

—¿Qué me dice?

—Lo que oye. Una tarde, sobre las tres o las cuatro, vi que Lisetta se

disponía a salir de casa. Le pregunté cuál sería aquel día la meta de nuestro paseo. Me contestó que no me enojara, pero que ese día prefería salir sola a dar el paseo. Sin embargo, yo me lo tomé a mal. Por la noche, a la hora de cenar, Lisetta no había regresado. Tío Stefano, mi padre y unos cuantos campesinos salieron en su busca, pero no la encontraron. Pasamos horas terribles, andaban por allí muchos soldados italianos y alemanes y los mayores temieron que la hubieran violado... A la tarde del día siguiente, *u zu Stefanu* se despidió de nosotros y dijo que no regresaría sin antes haber encontrado a su hija. En casa se quedó la madre de Lisetta, deshecha la pobre mujer.

"Después se produjo el desembarco y el frente nos separó. El mismo día en que pasó el frente, Stefano Moscato regresó para recoger a su mujer; nos dijo que había encontrado a Lisetta en Vigàta y que la fuga había sido una chiquillada. Ahora, si usted me ha seguido, habrá comprendido que Lisetta no pudo haber conocido a su futuro esposo aquí en Serradifalco sino en Vigàta, en su pueblo.

Veinte

Los templos griegos ya sé que son espléndidos desde que te conozco me he visto obligada a visitados unas cincuenta veces y por eso te los puedes meter columna por columna en el sitio que tú sabes me voy por mis asuntos y no sé cuándo volveré.

La nota de Livia rezumaba furia. Montalbano la asimiló pero, como al regreso de Serradifalco le había entrado un hambre canina, abrió el refrigerador: nada. Abrió el horno: nada. El sadismo de Livia, que no quería ver a la asistenta cuando ella estaba en Vigàta, había llegado hasta el extremo de limpiar impecablemente todo; no se veía en la casa ni una miga de pan. Montalbano regresó a su automóvil y llegó a la *trattoria* San Calogero cuando ya estaban bajando las persianas.

—Para usted siempre está abierto, señor comisario.

Porque estaba muerto de hambre y para vengarse de Livia, se pegó un atracón que por poco lo obliga a llamar al médico.

—Hay una frase que me da que pensar —dijo Montalbano.

—¿Cuando dice que quiere hacer una locura?

El comisario, el director Burgio y la señora Angelina estaban tomando café en el salón.

Montalbano sostenía en la mano la carta de la joven Moscato, que acababa de volver a leer en voz alta.

—No, señora, la locura ya sabemos que la cometió después, me lo dijo el señor Sorrentino, que no tenía ningún motivo para contarme una cosa por otra. Pocos días antes del desembarco, a Lisetta se le ocurre la idea ingeniosa de fugarse de Serradifalco para regresar a Vigàta y reunirse con el hombre que ama.

—Pero, ¿cómo pudo hacerlo? —preguntó angustiada la señora.

—Debió de pedir que la llevara algún vehículo militar...

Por aquel entonces había un constante ir y venir de italianos y alemanes. Siendo bonita como era, no le habrá costado demasiado —terció Burgio, que había decidido colaborar, rendido a regañadientes a la evidencia de que, de vez en cuando, las fantasías de su mujer tenían un fundamento real.

—¿Y las bombas? ¿Y los ametrallamientos? Dios mío, qué valor tuvo —exclamó la señora.

—Pues entonces, ¿cuál es la frase? —preguntó con impaciencia el director.

—Ésa en que Lisetta le cuenta a su esposa que él le ha hecho saber que, después de todo el tiempo que llevaban en Vigàta, han recibido la orden de irse.

—No entiendo.

—Verá, señora, esa frase nos dice que él se encontraba en Vigàta desde hacía mucho tiempo, lo cual significa implícitamente que no era un joven del pueblo. Segundo: le hace saber a Lisetta que está a punto de verse obligado a abandonar Vigàta.

Tercero: utiliza el plural y, por consiguiente, quien tiene que abandonar el pueblo no es sólo él sino un grupo de personas. Todo ello me induce a pensar que era un militar. Quizá me equivoque, pero me parece la suposición más lógica.

—Lógica... —repitió el director Burgio.

—Dígame, señora, ¿cuándo fue la primera vez que Lisetta le dijo que se había enamorado? ¿Lo recuerda?

—Sí, porque estos días no he hecho otra cosa más que esforzarme en recordar todos los más mínimos detalles de mis encuentros con Lisetta. Debió de ser hacia el mes de mayo o junio del 42. Me refresqué la memoria con un viejo diario que encontré.

—Ha revuelto toda la casa —rezongó el marido.

—Tendríamos que averiguar qué guarniciones militares fijas había aquí entre principios del 42, y puede que antes, y julio del 43.

—¿Cree que va a ser fácil? —preguntó el director—. Yo, por ejemplo, recuerdo un montón... Estaban las baterías antiaéreas, las navales, había un tren blindado con un cañón, escondido en el interior de una galería, estaban los militares del cuartel y los de los búnkers... Los marinos no, éstos iban y venían. Es una investigación prácticamente imposible.

Se desanimaron. De repente, Burgio se levantó.

—Voy a llamar a Burrano. Él siempre estuvo en Vigàta, antes, durante y después de la guerra. Yo, en cambio, en determinado momento, me largué.

La señora intervino de nuevo.

—Tal vez fuera un enamoramiento pasajero, a aquella edad no se sabe distinguir, pero debió de ser una cosa muy seria, seria hasta el extremo de

inducirla a fugarse de casa, aun a riesgo de enfrentarse con su padre, que era un carcelero, o eso me decía ella, por lo menos.

A Montalbano le subió a los labios una pregunta; no deseaba hacerla, pero su instinto de cazador ganó la partida.

—Perdone que la interrumpa. ¿Podría concretar... podría decirme en qué sentido utilizaba Lisetta la palabra "carcelero"? ¿Eran los típicos celos sicilianos hacia la hija? ¿Celos obsesivos?

La señora lo miró un instante y después bajó los ojos.

—Mire, tal como ya le dije, Lisetta era mucho más madura que yo... Yo era todavía una niña. Mi padre me tenía prohibido ir a casa de los Moscato y por eso teníamos que vernos en la escuela o en la iglesia. Allí conseguíamos permanecer unas cuantas horas tranquilas. Hablábamos. Y ahora yo estoy tratando de recordar lo que me decía o insinuaba. Creo que hubo muchas cosas que entonces no comprendí...

—¿Cuáles?

—Por ejemplo, hasta un momento determinado Lisetta llamó a su padre "mi padre", pero, a partir de cierto día, lo llamó siempre "ese hombre". Puede que eso no signifique nada. Otra vez me dijo: "Ese hombre acabará por hacerme daño, mucho daño". Yo entonces pensé que se refería a una cuestión de golpes, de palizas, ¿comprende? Ahora me asalta una terrible duda acerca del verdadero significado de aquellas palabras. —Hizo una pausa, tomó un sorbo de café y añadió: —Era valiente, y mucho. En el refugio, cuando caían las bombas y todos temblábamos y llorábamos de miedo, era ella la que nos daba ánimos y nos consolaba. Pero, para haber hecho lo que hizo, debió de necesitar el doble de valentía; desafiar a su padre e irse en medio de los ametrallamientos, venir aquí y hacer el amor con un hombre que ni siquiera era su novio oficial. Por aquel entonces, éramos distintas de las chicas de diecisiete años de hoy en día.

El monólogo de la señora fue interrumpido por el regreso del director Burgio, tremendamente alterado.

—No encontré a Burruano, no estaba en casa. Venga, señor comisario, acompáñeme.

—¿A buscar al contable?

—No, no, se me ha ocurrido una idea. Si tenemos suerte y acierto, le regalaré a San Calogero cincuenta mil liras en las próximas fiestas.

San Calogero era un santo negro muy venerado por los habitantes del pueblo.

—Si usted acierta, yo le regalaré otras cincuenta mil —dijo Montalbano, arrastrado por el entusiasmo.

—Pero ¿se puede saber adónde van?

—Después te lo digo —contestó Burgio.

—¿Y a mí me dejan plantada? —insistió la señora.

El director Burgio ya había alcanzado la puerta, furioso. Pero Montalbano le dijo:

—Yo la tendré informada de todo.

—Pero ¿cómo carajo es posible que me haya olvidado de la *Pacinotti*?

—murmuró el director Burgio, una vez en la calle.

—¿Quién es esta señora? —preguntó Montalbano.

Se la imaginaba cincuentona y rechoncha. El director no contestó. Montalbano siguió con sus preguntas.

—¿Tomamos el coche? ¿Tenemos que ir muy lejos?

—Pero qué lejos ni qué demonios. Son cuatro pasos.

—¿Quiere explicarme quién es esta señora Pacinotti?

—Pero, ¿por qué la llama señora? Era un buque nodriza; se utilizaba para reparar los desperfectos que se podían producir en los navíos de guerra. Quedó anclado en el puerto hacia fines del año 40 y de allí no se movió. Su tripulación estaba formada por marineros que también eran mecánicos, carpinteros, electricistas, plomeros... Eran todos jóvenes. Muchos de ellos, después de su larga permanencia aquí, acabaron siendo como gente del pueblo. Se hicieron amistades y hubo noviazgos. Dos de ellos se casaron con chicas de aquí. Uno ya ha muerto, se llamaba Tripovich; el otro es Marin, el propietario del taller mecánico de Piazza Garibaldi. ¿Lo conoce?

—Es mi mecánico —contestó Montalbano.

Pensó con amargura que estaba volviendo a hacer un viaje por la memoria de los viejos.

Un cincuentón gordo y malhumorado, enfundado en un overol muy sucio, atacó al director Burgio sin saludar al comisario.

—¿Por qué viene a perder el tiempo? No está listo, le dije que el trabajo sería muy largo.

—No ha venido por el coche. ¿Está su padre?

—¡Pues claro que está! ¿Adónde quiere que vaya? Se queda aquí a fastidiarme y a decirme que no sé trabajar, que los genios mecánicos de la familia son él y su nieto.

Un joven de unos veinte años, también enfundado en un overol, estaba examinando el interior de un capó; se incorporó y saludó con una sonrisa a los visitantes. Montalbano y Burgio cruzaron el taller, que inicialmente habría sido un almacén, y llegaron a una especie de tabique hecho con tablas de madera.

Al otro lado, detrás de un escritorio, estaba Antonio Marin.

—Lo he oído todo —dijo éste—. Y si la artritis no me hubiera jodido, le hubiera podido enseñar algo a ese que está afuera.

—Hemos venido a pedirle una información.

—Dígame, señor comisario.

—Mejor será que hable el director Burgio.

—¿Recuerda cuántos tripulantes de la nodriza *Pacinotti* murieron o resultaron heridos o bien fueron dados por desaparecidos por motivos bélicos?

—Nosotros tuvimos suerte —reflexionó el anciano.

Se había animado. Resultaba claro que el hecho de hablar de aquella época heroica le encantaba, pues seguramente en su familia le decían que se callara en cuanto empezaba a hablar del tema.

—Sólo tuvimos un muerto por un fragmento de bomba, un tal Silvio Destefano, y un desaparecido, Mario Cunich —prosiguió—. Estábamos todos muy unidos, ¿sabe?, éramos casi todos vénetos, triestinos...

—¿Desaparecido en el mar? —preguntó el comisario.

—¿En el mar? ¿Qué mar? Nosotros siempre estuvimos atracados. Éramos prácticamente una extensión del muelle.

—Y entonces, ¿por qué se le dio por desaparecido?

—Porque la noche del 7 de julio del 43 no regresó a bordo.

Por la tarde había habido un violento bombardeo y él tenía permiso de salida. Cunich era de Monfalcone y tenía un amigo de su mismo pueblo, que también era amigo mío, Stefano Premuda. Bueno pues, a la mañana siguiente Premuda obligó a toda la tripulación a buscar a Cunich. Nos pasamos todo el día preguntando por él, casa por casa, nada. Fuimos al hospital militar y al civil, al lugar donde recogían a los muertos que se encontraban entre las ruinas... Nada. Hasta los oficiales se unieron a nosotros porque poco antes habíamos recibido una advertencia, una especie de voz de alerta... Nos dijeron que tendríamos que zarpar en los próximos días... Pero jamás llegamos a zarpar, los americanos llegaron primero.

—¿Y no pudo haber desertado?

—¿Cunich? ¡Qué va! Él creía en la guerra. Era fascista. Un buen chico, pero fascista. Y además, estaba chiflado.

—¿Qué quiere decir?

—Que estaba muy enamorado de una chica de aquí. Lo mismo que yo, por otra parte. Decía que, en cuanto terminara la guerra, se casaría con ella.

—¿Y no se supo nada más de él?

—Mire, cuando desembarcaron los americanos, pensaron que un navío de apoyo como el nuestro, que era una joya, les sería muy útil. Nos mantuvieron en el servicio con uniforme italiano Y nos pusieron un brazal para evitar equívocos. Munich tuvo todo el tiempo que quiso para volver a presentarse, pero no lo hizo. Se volatilizó. Yo seguí manteniendo correspondencia con Premuda y de vez en cuando le preguntaba si había aparecido Cunich, si sabía algo de él... Nada de nada.

—Dice que sabía que Cunich tenía una novia aquí. ¿Usted la conoció?

—Jamás.

Quedaba todavía una pregunta, pero Montalbano se detuvo y, con una mirada, le cedió el privilegio al director Burgio, que aceptó la propuesta generosa del comisario.

—¿Le dijo, por lo menos, cómo se llamaba la chica?

—Verá, Cunich era un muchacho muy reservado. Sólo una vez me dijo que se llamaba Lisetta.

¿Qué fue? ¿Pasó un ángel y detuvo el tiempo? Montalbano y Burgio se

quedaron petrificados. Después el comisario apoyó una mano en el costado, pues acababa de experimentar una fuerte punzada, y el director Burgio se puso una mano sobre el corazón y se apoyó en un coche para no caer. Marin se llevó un susto de muerte.

—¿Qué he dicho? ¿Dios mío, qué he dicho?

En cuanto salieron del taller, Burgio lanzó gritos de alegría.

—¡Hemos acertado!

Después dio unos pasos de baile. Dos personas que lo conocían y sabían que era muy serio y circunspecto, se quedaron mirándolo, pasmadas. Tras haberse desahogado, el director Burgio volvió a recuperar la seriedad.

—Mire que tenemos que cumplir la promesa de las cincuenta mil liras cada uno a San Calogero. No lo olvide.

—No lo olvidaré.

—¿Usted lo conoce a San Calogero?

—Desde que estoy en Vigàta, cada año he presenciado los festejos.

—Pero eso no significa conocerlo. San Calogero es, ¿Cómo diría?, un tipo al que no le gusta que lo engañen.

—¿Bromea?

—De ninguna manera. Es un santo vengativo, enseguida se ofende. Si uno le promete una cosa, la tiene que cumplir. Si usted, por ejemplo, sale bien librado de un accidente de tránsito, le hace una promesa al santo y después no la cumple, puede poner las manos sobre el fuego que le ocurre otro accidente y, como mínimo, pierde las piernas. ¿Me explico?

—Perfectamente.

—Volvamos a casa, así usted se lo contará todo a mi mujer.

—¿Yo?

—Sí, porque yo no quiero darle la satisfacción de reconocer que tenía razón.

—En resumen —dijo Montalbano—, las cosas pudieron ocurrir de la siguiente manera.

Le gustaba aquella investigación casera, en una casa de otros tiempos, delante de una taza de café.

—El marino Cunich, que se había convertido casi en un habitante de Vigàta, se enamora de Lisetta Moscato y es correspondido. Cómo conseguían reunirse y hablarse, sólo Dios lo sabe.

—Lo he estado pensando mucho —dijo la señora—. Hubo un período, me parece que entre el 42 y el mes de marzo o abril del 43, en que Lisetta disfrutó de más libertad porque su padre tuvo que dejar Vi gata por asuntos de trabajo. El enamoramiento y las citas clandestinas debieron de tener lugar en aquel período.

—Se enamoraron, eso es un hecho —continuó el comisario—. Después, el regreso del padre les impidió verse. Puede que a ello contribuyera también la evacuación. Posteriormente llegó la noticia de la partida inminente del chi-

co... Lisetta se fuga, viene aquí y se reúne, no sabemos dónde, con Cunich. El marino, para poder permanecer más tiempo con Lisetta, no vuelve a presentarse a bordo. En determinado momento, mientras ambos están durmiendo, los matan. Hasta aquí, todo en orden.

—¿Cómo en orden? —preguntó sorprendida la señora.

—Perdone, quise decir que, hasta aquí, la reconstrucción marcha bien. Puede haberlos matado un enamorado despechado o el propio padre de Lisetta, que los sorprendió y se sintió deshonrado. Vaya usted a saber.

—¿Cómo que voy a saber? —replicó la señora—. ¿No le interesa descubrir quién asesinó a aquellos dos pobres chicos?

Montalbano no tuvo valor para decirle que el homicida no le importaba demasiado; que lo que lo intrigaba era por qué alguien, quizás el propio asesino, se había tomado la molestia de trasladar los cadáveres a la cueva y montar el número del cuenco, la vasija de barro y el perro de terracota.

Antes de regresar a casa, pasó por una tienda de comestibles; compró doscientos gramos de queso con pimienta y un pan de trigo. Se aprovisionó porque estaba seguro de que no encontraría a Livia en casa. Y efectivamente, no se encontraba allí; todo estaba tal y como él lo había dejado cuando salió para ir a casa de los Burgio.

No había tenido tiempo de dejar las provisiones encima de la mesa cuando sonó el teléfono. Era el jefe.

—Montalbano, quería decirle que hoy me llamó el subsecretario Licalzi. Quería saber por qué razón aún no he presentado una petición de ascenso para usted.

—Pero ¿qué quiere ése de mí?

—Me tomé la libertad de inventar una historia de amor misteriosa. Eso le he dicho, no dicho, le he dado a entender... Licalzi se lo tragó porque, por lo visto, es un apasionado lector de revistas del corazón. Pero con eso ha quedado resuelto el asunto. Me ha dicho que le escriba para solicitar para usted una elevada gratificación. Ya he hecho y cursado la solicitud. ¿Quiere escucharla?

—Ahórremela.

—Lástima, creí haber hecho una pequeña obra de arte. Montalbano puso la mesa y cortó una buena rebanada de pan. Volvió a sonar el teléfono; no era Livia, tal como él esperaba, sino Fazio.

—*Dottore*, he trabajado todo el santo día para usted. Este tal Stefano Moscato no era precisamente un tipo amigable.

—¿Era un mafioso?

—Mafioso propiamente dicho, no creo. Pero un violento, eso sí. Varias condenas por peleas, conducta violenta y agresión. No parecen cosas de la mafia... Un mafioso no deja que lo condenen por tonterías.

—¿A cuándo se remonta la última condena?

—Al año 81, imagínese. Tenía un pie en la tumba y la emprendió a si-

lletazos con un tipo y le partió la cabeza.

—¿Puedes decirme si pasó algún período en la cárcel entre el 42 y el 43?

—Cómo no. Reyerta y provocación de lesiones. Entre marzo del 42 y el 21 de abril del 43 estuvo en Palermo, en la cárcel del Ucciardone.

Las noticias que le había dado Fazio hicieron que el queso con pimienta, que ya de por sí no era ninguna broma, le supiera a gloria.

Veintiuno

El cuñado de Galluzzo abrió su telediario con la noticia de un grave atentado de corte claramente mafioso en las afueras de Catania. Un conocido y apreciado empresario de la ciudad, un tal Corrado Brancato, propietario de un gran almacén proveedor de supermercados, había decidido tomarse una tarde de descanso en su pequeño chalé de las afueras de la ciudad. En el momento de introducir la llave en la cerradura, abrió la puerta prácticamente a la nada; una explosión espantosa provocada por un dispositivo ingenioso que unía la apertura de la puerta con una carga explosiva, había pulverizado literalmente el pequeño chalé, al empresario y a su esposa, Giuseppa Tagliafico. Las investigaciones, añadía el periodista, iban a ser muy complicadas, puesto que Brancato carecía de antecedentes penales y no estaba relacionado en absoluto con hechos mafiosos.

Montalbano apagó el televisor y se puso a silbar la *Sinfonía N° 8, Inconclusa*, de Schubert. Le salió muy bien y no falló ningún pasaje.

Marcó el número de Mimì Augello; estaba seguro de que su subcomisario debía de saber algo más acerca de lo ocurrido. No contestó nadie.

Cuando terminó de cenar, hizo desaparecer hasta el último vestigio de comida e incluso lavó con mucho esmero el vaso en el que había tomado un poco de vino. Se desnudó para irse a dormir cuando oyó detenerse un automóvil, voces, el ruido de una puerta que se cerraba y el coche que se alejaba. Se deslizó rápido entre las sábanas, apagó la luz y fingió estar durmiendo profundamente. Oyó que se abría y cerraba la puerta principal y pasos que cesaban de repente. Comprendió que Livia se había detenido en el umbral del dormitorio y lo estaba mirando.

—No te hagas el payaso.

Montalbano se rindió y volvió a encender la luz.

—¿Cómo supiste que fingía?

—Por la respiración. ¿Tú sabes cómo respiras cuando duermes? No. Yo, en cambio, sí.

—¿Dónde has estado?

—En Eraclea, Minoa y Selinunte.

—¿Sola?

—¡Señor comisario, se lo diré todo, se lo confesaré todo, pero le ruego que suspenda este interrogatorio de tercer grado! Me acompañó Mimì Au-

gello.

Montalbano se puso muy serio y apuntó con un dedo amenazador.

—Te lo advierto, Livia: Augello ya ha ocupado mi despacho, no quisiera que ocupara otras cosas mías.

Livia se puso en tensión.

—Fingiré no haberte entendido, será mejor para los dos. En cualquier caso, yo no soy un objeto de tu propiedad, tirano siciliano.

—Muy bien, perdona.

Siguieron discutiendo, incluso después de que Livia se hubiera desnudado y acostado. Pero Montalbano estaba firmemente decidido a no dejarle pasar aquella jugada a Mimì. Se levantó.

—¿Y ahora adónde vas?

—Voy a llamar a Mimì.

—Déjalo en paz. No se le ha pasado siquiera por la cabeza hacer nada que pudiera ofenderte.

—¿Mimì? Montalbano... Ah, ¿acabas de llegar a casa? Bien. No, no te preocupes. Livia está muy bien. Te da las gracias por el día tan agradable que le has hecho pasar. Yo también te doy las gracias.

"Ah, por cierto, Mimì, ¿sabías que en Catania han hecho volar por los aires a Corrado Brancato? No, no bromeo, lo han dicho por televisión. ¿No sabes nada de eso? ¿Cómo que no sabes nada? Ah, claro, te has pasado todo el día fuera. Y a lo mejor, nuestros compañeros de Catania te estaban buscando como locos por mar y tierra. El jefe también se habrá preguntado dónde demonios te habías metido. Qué le vamos a hacer.

Procura arreglarlo como puedas. Que descanses, Mimì.

—Decir que eres un sinvergüenza es quedarse corto —dijo Livia.

—De acuerdo —dijo Montalbano pasadas las tres de la madrugada—. Reconozco que toda la culpa es mía. Que, si me quedo aquí, me comporto como si tú no existieras y me dejo arrastrar por mis pensamientos. Estoy demasiado acostumbrado a vivir solo. Vámonos de aquí.

—¿Y la cabeza dónde la dejas? —preguntó Livia.

—¿Qué quieres decir?

—Que tú, a cualquier lugar que vayas, te llevarás la cabeza con todo lo que hay adentro. Y por consiguiente, seguirás pensando inevitablemente en tus asuntos aunque estemos a miles de kilómetros de distancia.

—Juro que me vació la cabeza antes de salir.

—¿Adónde vamos?

Puesto que a Livia le había dado por el turismo arqueológico, decidió seguirle la corriente.

—Tú no has visto jamás la isla de Mozia, ¿verdad? Hagamos una cosa... Esta misma mañana, a eso de las once nos vamos a Mazara del Vallo. Tengo allí a un amigo al que hace mucho tiempo que no veo, el subjefe Valente. Después seguimos viaje a Marsala y visitamos Mozia. Cuando regre-

semos a Vigàta, organizaremos otra vuelta.
Hicieron las paces.

Giulia, la mujer del subjefe Valente, no sólo tenía la misma edad de Livia sino que, además, había nacido en Sestri. Ambas mujeres simpatizaron de inmediato. A Montalbano la señora no le resultó tan simpática debido a la pasta indignamente pasada, al estofado de carne concebido por una mente sin duda enferma, y a un café que ni siquiera a bordo de los aviones se atreverían a servir. Al término del almuerzo horrible, Giuliana le propuso a Livia quedarse en casa con ella; las dos habían decidido salir juntas más tarde. En cambio, Montalbano acompañó a su amigo a su despacho. Un cuarentón de patillas largas y cara de siciliano quemada por el sol estaba esperando al subjefe.

—¡Cada día una nueva historia! Perdóneme, señor jefe, pero tengo que hablar con usted. Es importante.

—Te presento al profesor Farid Rahman, un amigo de Túnez —dijo Valente. Después preguntó, dirigiéndose al profesor:

—¿ Es muy largo?

—Un cuarto de hora como máximo.

—Yo me iría a visitar el barrio árabe —dijo Montalbano.

—Si me espera —terció Farid Rahman—, tendría sumo gusto en servirle de guía.

—Mira, ya sé que mi mujer no sabe hacer el café —dijo Valente—. A trescientos metros de aquí está la Piazza Mokarta, te sientas en el bar y te tomas un buen café. El profesor se reunirá contigo allí.

No pidió enseguida el café. Antes se entregó a un delicioso y perfumado plato de pasta al horno que lo sacó del abismo oscuro en el que lo había hundido el arte culinario de la señora Giulia. Cuando llegó Rahman, Montalbano ya había hecho desaparecer los restos de la pasta y sólo tenía delante una inocente tacita de café vacía. Se encaminaron hacia el barrio árabe.

—¿Cuántos son ustedes aquí, en Mazara?

—Ya superamos el tercio de la población local.

—¿Son frecuentes los incidentes entre ustedes y los mazareses?

—No, poca cosa, prácticamente nada en comparación con otras ciudades. Mire, yo creo que nosotros somos para los mazareses una memoria histórica, un hecho casi genérico. Somos de la casa. Al—Imam—al—Mazari, el fundador de la escuela jurídica magrebí, nació en Mazara, lo mismo que el filólogo Ibn—al—Birr, que fue expulsado de la ciudad en el año 1068 porque le gustaba demasiado el vino.

"Pero el hecho esencial es que los mazareses son gente de mar. Y el hombre de mar tiene mucho sentido común, sabe lo que significa tener los pies en el suelo. Y hablando del mar, ¿sabe que las embarcaciones de pesca de aquí tienen una tripulación mixta de sicilianos y tunecinos?"

—¿Usted ocupa algún cargo oficial?

—No, Dios nos libre de las cosas oficiales. Aquí las cosas van muy bien porque todo se desarrolla con carácter extraoficial. Yo soy profesor de primaria, pero hago de intermediario entre mi gente y las autoridades locales. He aquí otro ejemplo de sentido común: el director de una escuela nos ha cedido varias aulas y nosotros, los profesores, llegamos de Túnez y creamos nuestra escuela. Pero, oficialmente, la delegación de enseñanza ignora esta situación.

El barrio era un pedazo de Túnez, tomado y transportado poco a poco a Sicilia. Las tiendas estaban cerradas porque era viernes, el día de descanso, pero la vida en las callejuelas angostas seguía siendo tan animada y estaba tan llena de color como siempre. En primer lugar, Rahman lo acompañó en una visita a los grandes baños públicos, desde siempre lugar de encuentros sociales entre los árabes, y después a un fumadero, un café donde se fumaba con narguile. Pasaron por delante de una especie de almacén vacío, donde vieron a un anciano muy serio sentado en el suelo con las piernas cruzadas, leyendo y comentando un libro. Delante de él, unos veinte muchachos sentados de la misma manera lo escuchaban con atención.

—Es uno de nuestros religiosos, que está explicando el *Corán* —dijo Rahman, haciendo ademán de seguir adelante.

Montalbano lo sujetó por el brazo para obligarlo a detenerse. Le había llamado la atención aquel interés tan auténticamente religioso en unos chiquillos que, en cuanto salieran del almacén, empezarían a gritar y a pelearse.

—¿Qué les está leyendo?

—El sura dieciocho, el de la cueva.

Montalbano, sin saber por qué razón, experimentó un estremecimiento leve.

—¿De la cueva?

—Sí, *al-kahf*, la cueva. El sura dice que Dios, atendiendo al deseo de unos muchachos que no querían corromperse y alejarse de la religión verdadera, los sumió en un sueño profundo en el interior de una cueva. Y, para que en la cueva reinara por siempre la oscuridad más absoluta, Dios invirtió el curso del Sol. Durmieron aproximadamente unos trescientos nueve años.

Con ellos, había también un perro en posición de guardia delante de la entrada, con las patas anteriores extendidas...

El profesor interrumpió sus palabras al percatarse de que Montalbano se había puesto intensamente pálido y abría y cerraba la boca como si le faltara el aire.

—¿Qué le ocurre, señor? ¿Se encuentra mal? ¿Quiere que avise a un médico? ¡Señor!

Montalbano se asustó de su propia reacción; se sentía muy débil, la cabeza le daba vueltas y se notaba las piernas tan flojas como si fueran de

manteca, prueba evidente de que todavía se resentía de la herida y la operación reciente. Entre tanto, un grupo de árabes se había congregado alrededor de Rahman y el comisario. El profesor dio varias órdenes, un árabe pegó un salto y regresó con un vaso de agua mientras otro se acercaba con una silla de paja, en la cual obligó a sentarse a Montalbano, que en aquel momento se sentía ridículo. El agua lo reanimó.

—¿Cómo se dice en su lengua "Dios es grande y misericordioso"?

Rahman se lo dijo. Montalbano trató de imitar el sonido de sus palabras y el grupo se rió de su pronunciación, pero las repitió a coro.

* * *

Rahman compartía un departamento con un compañero de más edad; se llamaba El Madani y en ese momento estaba en casa. Rahman preparó té a la menta mientras Montalbano le explicaba la razón de su mareo. Rahman no sabía nada acerca del hallazgo de los dos jóvenes asesinados en el *crasticeddru* El Madani, en cambio, sí había oído decir algo.

—A mí me gustaría saber, si fueran ustedes tan amables —dijo el comisario—, hasta qué punto los objetos que colocaron en la cueva guardan relación con lo que dice el sura. Sobre el perro, no hay la menor duda.

—El nombre del perro es Kytmyr —dijo El Madani—, pero también lo llaman Quotmour, ¿sabe? Entre los persas, aquel perro de la cueva se convirtió en el guardián de la correspondencia.

—¿Había en el sura un cuenco lleno de dinero?

—No, no había ningún cuenco por la sencilla razón de que los durmientes llevan el dinero en el bolsillo. Cuando se despiertan, le dan el dinero a uno de ellos para que compre la mejor comida que consigan. Están hambrientos. Sin embargo, el enviado es traicionado por las monedas que ya no son de curso legal, pero que ahora valen una fortuna. La gente lo persigue hasta el interior de la cueva, en busca precisamente del tesoro. Así es como descubren a los durmientes.

—El cuenco, en el caso del que me ocupo, tiene una explicación —dijo Montalbano— porque los jóvenes habían sido abandonados desnudos en la cueva y en algún sitio se tenía que poner el dinero.

—De acuerdo —dijo El Madani—, pero en el *Corán* no está escrito que tuvieran sed. Y por consiguiente, la vasija del agua, en relación con lo que dice el sura, es un objeto totalmente extraño.

—Yo conozco muchas leyendas sobre los durmientes —dijo Rahman—, pero en ninguna se habla de agua.

—¿Cuántos eran los que dormían en la cueva?

—El sura no lo especifica muy bien, puede que el número no tenga importancia: tres, cuatro, cinco, seis, sin contar el perro. Pero se ha llegado al convencimiento general de que los durmientes eran siete y, con el perro, ocho.

—Si le puede ser útil, le diré que el sura reproduce una leyenda cristiana, la de los durmientes de Éfeso —añadió El Madani.

—Hay una obra dramática egipcia moderna, *Ahl al—kahf*, es decir, *La gente de la cueva*, del escritor Taufik al—Hakim. En ella, los jóvenes cristianos perseguidos por el emperador Decio caen en un sueño profundo y despiertan en tiempos de Teodosio II. Son tres y los acompaña el perro.

—De modo —concluyó Montalbano— que el que depositó los cuerpos en la cueva conocía sin duda el *Corán* y quizá también la pieza teatral de este egipcio.

—¿Señor director? Habla Montalbano... Lo llamo desde Mazara del Vallo y me estoy dirigiendo a Marsala. Perdóneme la prisa, pero tengo que preguntarle algo muy importante. ¿Lillo Rizzitano conocía el árabe?

—¿Lillo? ¡Pero qué dice!

—¿No pudo haberlo estudiado en la universidad?

—Lo descarto.

—¿Que carrera estudió?

—Literatura italiana, con el profesor Aurelio Cotroneo. Es posible que me haya dicho cuál fue el tema de su tesis, pero lo he olvidado.

—¿Tenía algún amigo árabe?

—Que yo sepa, no.

—¿Había árabes en Vigàta entre los años 42 y 43?

—Señor comisario, los árabes estuvieron aquí en la época de su dominación y han vuelto en nuestros días, pobrecitos, pero ya no como dominadores. Por aquel entonces no había ninguno.

"Pero ¿qué le han hecho a usted los árabes?"

Se pusieron en camino hacia Marsala cuando ya había oscurecido. Livia estaba contenta y animada, pues el encuentro con la mujer de Valente le había resultado grato. Al llegar al primer cruce, en lugar de girar a la izquierda, Montalbano giró a la derecha; Livia se dio cuenta enseguida y el comisario se vio obligado a efectuar un difícil cambio de marcha. Al llegar al segundo cruce, quizá por simetría con el error anterior, Montalbano hizo todo lo contrario y, en lugar de girar a la derecha, giró a la izquierda sin que Livia, absorta en lo que él le estaba contando, se diera cuenta. Sorprendidos, se encontraron de nuevo en Mazara. Livia estalló.

—¡Cuánta paciencia hay que tener contigo!

—¡Tú también te hubieras podido *addunaritinni!*

—¡No me hables en siciliano! Eres desleal, me prometiste que, antes de salir de Vigàta, te vaciarías la cabeza de pensamientos, pero te sigues perdiendo en tus historias.

—Perdóname, perdóname...

Prestó mucha atención durante la primera hora de camino, pero después, a traición, el pensamiento volvió: el perro encajaba, el cuenco con las

monedas también, pero la vasija de barro, no. ¿Por qué?

Ni siquiera consiguió empezar a formular una hipótesis, pues las luces de un camión lo deslumbraron; comprendió que se había apartado demasiado de su carril y que el posible choque hubiera sido espantoso. Dio un giro brusco al volante, alertado por el grito de Livia y la bocina furiosa del camión. Bailaron sobre la tierra de un campo recién arado y después el vehículo se detuvo y se quedó hundido en el terreno. No hablaron, no tenían nada que decir, Livia respiraba afanosamente. Montalbano tembló al pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, en cuanto ella se recuperara un poco. Adelantó cobardemente las manos, pidiendo compasión.

—Mira, no te lo quise decir antes para que no te asustaras, pero después de comer, me sentí mal...

Después la situación se convirtió en algo intermedio entre una tragedia y una película de Stan Laurel y Oliver Hardy. El coche no se movía ni un milímetro, Livia se encerró en un mutismo despectivo y, en determinado momento, Montalbano desistió de sus intentos de salir del pozo, pues temía fundir el motor. Tomó el equipaje y Livia lo siguió a unos pasos de distancia. Un automovilista se compadeció de aquellos dos seres que caminaban por el borde de la carretera y los llevó a Marsala. Tras dejar a Livia en el hotel, Montalbano fue a la comisaría, se identificó y, con la ayuda de un agente, despertó a uno de los operarios encargados de la grúa. Entre una y otra historia, se acostó al lado de Livia, que daba vueltas en la cama presa de un sueño agitado, cuando ya eran las cuatro de la madrugada.

Veintidós

Para hacerse perdonar, Montalbano decidió mostrarse cariñoso, paciente, sumiso y sonriente. Lo consiguió hasta tal punto, que Livia recuperó el buen humor. Mozia la hechizó y asombró con su carretera que corría casi al nivel del agua y unía la isla con la costa que tenía delante; le encantó el piso de mosaicos de una villa, hecho con guijarros de río, blancos y negros.

—Esto es el *tophet* —dijo la guía—, el área sagrada de los fenicios. No había construcciones, las ceremonias se celebraban al aire libre.

—¿Los sacrificios consabidos a los dioses? —preguntó Livia.

—Al dios —la corrigió la guía—, al dios Baal Amón. Le sacrificaban el hijo primogénito. Lo estrangulaban, lo quemaban, introducían los restos en una jarra que hundían en la tierra y a su lado colocaban una estela. Se han encontrado más de setecientas.

—¡Dios mío! —exclamó Livia.

—Aquí, señora mía, a los niños las cosas no les iban demasiado bien. Cuando el almirante Leptine, enviado por Dionisio de Siracusa, conquistó la isla, los mocianos, antes de rendirse, degollaron a sus hijos. Así que, por una cosa o por otra, los niños de Mozia estaban destinados a pasarlo mal.

—Vámonos de aquí enseguida —dijo Livia—. No me hable más de esta gente.

Decidieron ir a la isla de Pantelleria y permanecieron seis días allí, sin discusiones ni peleas. Era el lugar más apropiado para que una noche Livia preguntara:

—¿Por qué no nos casamos?

—¿Por qué no?

Acordaron sabiamente pensarlo con calma. La que más caro lo pagaría sería Livia, pues tendría que abandonar su casa de Boccadasse y adaptarse a ritmos de vida nuevos.

En cuanto el avión que llevaba a Livia despegó, Montalbano corrió a un teléfono público, llamó a su amigo Zito, en Montelusa, le preguntó un nombre y obtuvo un número telefónico de Palermo, que marcó de inmediato.

—¿El profesor Riccardo Lovecchio?

—Él habla.

—Un amigo común, Nicolò Zito, me facilitó su nombre.

—¿Cómo está el pelirrojo...? Hace mucho tiempo que no sé nada de él.

El altavoz que invitaba a los pasajeros del vuelo con destino a Roma a dirigirse a la puerta de embarque le inspiró la idea para que lo recibiera enseguida.

—Nicolò está muy bien y le envía saludos. Mire, profesor, me llamo Montalbano, estoy en el aeropuerto de Punta Ràisi y dispongo de unas cuatro horas, más o menos, antes de tomar otro avión. Necesito hablar con usted.

El altavoz repitió la invitación como si se hubiera puesto de acuerdo con el comisario, que necesitaba respuestas urgentes.

—Dígame, ¿usted es el comisario Montalbano, de Vigàta, el que descubrió los cuerpos de los dos jóvenes asesinados en la cueva? ¿Sí? ¡Pero qué casualidad! ¿Sabe que cualquier día de éstos yo me hubiera puesto en contacto con usted? Venga a mi casa, lo espero. Anote la dirección.

* * *

—Yo, por ejemplo, he dormido cuatro días y cuatro noches seguidas, sin comer ni beber. A mi sueño contribuyeron unos veinte porros, cinco polvos y un golpe en la cabeza que me propinó la policía. Era el 68. Mi madre se preocupó, quería llamar a un médico, creía que estaba en coma profundo.

El profesor Lovecchio tenía aspecto de empleado de Banco, no aparentaba los cuarenta y cinco años que tenía y en los ojos le brillaba un destello minúsculo de locura. Funcionaba con un whisky puro a las once de la mañana.

—Mi sueño no tuvo nada de milagroso —añadió—. Para alcanzar el milagro hay que superar por lo menos los veinte años de siesta. En el mismo

Corán, creo que en el segundo sura, se dice que un personaje que los exégetas identifican con Esdras, durmió durante cien años. En cambio, el profeta Salih durmió veinte años, también en una cueva, que no es precisamente un lugar muy cómodo para dormir... Los judíos no le van a la zaga y, en el *Talmud* jerosolimitano, presumen de un tal Hammaagel que, en el interior de la cueva consabida, se echó un sueño de setenta años. Y no podemos olvidarnos de los griegos... Epiménides, en una cueva, se despertó al cabo de cincuenta años. En resumen, en aquellos tiempos bastaban una cueva y un muerto de sueño para que se cumpliera el milagro. "Los jóvenes que usted descubrió, ¿cuánto tiempo llevaban durmiendo?"

—Desde el 43 al 94, cincuenta y un años.

—Un tiempo perfecto para que los despierten. ¿Le complicaría sus deducciones si le dijera que en árabe se utiliza un solo verbo para designar el dormir y el morir? ¿Y que también vale un solo verbo para el despertar y el resucitar?

—Profesor, me encanta escucharlo, pero tengo que tomar el avión y dispongo de muy poco tiempo. ¿Por qué razón quería ponerse en contacto conmigo?

—Para decirle que no se deje engañar por el perro. Que la presencia del perro parece estar en contradicción con la vasija de barro, y viceversa. ¿Me explico?

—En absoluto.

—Mire, la leyenda de los durmientes no es de origen oriental sino cristiano. En Europa la introdujo Gregorio de Tours. Habla de siete jóvenes de Efeso que, para huir de las persecuciones de Decio contra los cristianos, se refugiaron en una cueva, donde el Señor los durmió. La cueva de Éfeso existe, la puede encontrar incluso reproducida en la *Enciclopedia Treccani*. Encima de ella se construyó un santuario que más tarde fue destruido. La leyenda cristiana cuenta que en la cueva había un manantial. En cuanto se despertaron, lo primero que hicieron los durmientes fue beber; después uno de ellos salió en busca de comida. Pero, en ningún momento de la leyenda cristiana ni de sus infinitas variantes europeas, se habla del perro. El perro, llamado Kytmyr, es una simple invención poética de Mahoma, el cual amaba tanto los animales, que llegó al extremo de cortarse una manga para no despertar al gato que dormía sobre ella.

—Empiezo a perderme —dijo Montalbano.

—¡No hay razón para que se pierda, señor comisario! Quería simplemente decirle que la vasija se puso tan sólo como símbolo del manantial que había en la cueva de Éfeso. En resumen: la vasija de barro, que pertenece por lo tanto a la leyenda cristiana, puede convivir con el perro, que pertenece a la invención poética del *Corán*, sólo si uno tiene una visión global de todas las variantes que las distintas culturas le han aportado... En mi opinión, el autor de la puesta en escena no puede ser otro que alguien que, por razones de estudio...

Como en los cómics, Montalbano vio la bombilla que se acababa de encender en su cerebro.

Frenó en seco delante de la sede de la Unidad Antimafia, lo que provocó la alarma del centinela que estaba de guardia y que de inmediato levantó la ametralladora.

—¡Soy el comisario Montalbano! —le gritó él, mostrando su carné de conducir, lo primero que le vino a la mano.

Respirando afanosamente, pasó corriendo por delante de otro agente que desempeñaba funciones de ujier, y le dijo:

—¡Avisé al *dottor* De Dominicis que sube el comisario Montalbano, rápido!

En el ascensor, aprovechó que no había nadie y se alborotó el cabello, se aflojó el nudo de la corbata y se desabrochó el botón del cuello de la camisa. Hubiera querido sacar un poco los faldones de la camisa, pero le pareció excesivo.

—¡De Dominicis, ya lo tengo! —dijo.

Jadeaba ligeramente mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

—¿Qué? —preguntó De Dominicis, en tanto se levantaba del sillón dorado de su despacho dorado, alarmado por el aspecto del comisario.

—Si usted está dispuesto a echar me una mano, yo haré que participe en una investigación que...

Se detuvo y se cubrió la boca con la mano como para impedirse a sí mismo seguir adelante.

—¿De qué se trata? ¡Por lo menos, dé me algún indicio!

—No puedo, créame, no puedo.

—¿Qué tengo que hacer?

—Antes de esta noche, como máximo, necesito saber cuál fue el tema de la tesis de licenciatura en literatura italiana de Calogero Rizzitano. Su profesor era un tal Cotroneo, me parece. Debió de licenciarse hacia fines del 42. El tema de esta tesis es la clave de todo, podremos asestar un golpe mortal a la... —Volvió a detenerse, puso los ojos en blanco y preguntó, asustado: —No he dicho nada, ¿verdad?

El nerviosismo de Montalbano se transmitió a De Domimcis.

—¿Cómo lo haremos? ¡Los estudiantes, en aquella época, debían de ser millares! Siempre y cuando se conserven los papeles...

—Pero ¿qué dice? Millares no, docenas. Precisamente en esa época los jóvenes estaban todos alistados en el Ejército. Es muy fácil.

—Pues entonces, ¿por qué no lo hace usted?

—A mí me harían perder un montón de tiempo con su burocracia, mientras que a ustedes les abren todas las puertas.

—¿Dónde podré localizado?

—Regreso corriendo a Vigàta, no puedo perder de vista ciertas, investigaciones. En cuanto sepa algo, llámeme. Pero a casa, por favor. No a mi

despacho, podría haber algún infiltrado.

Esperó hasta la noche la llamada de De Dominicis que no se produjo. Sin embargo, no se preocupó demasiado, pues estaba seguro de que De Dominicis había picado el anzuelo.

A la mañana siguiente tuvo el placer de volver a ver a Adelina, su asistente.

—¿Por qué no apareciste estos días por aquí?

—¿Cómo por qué? Porque a la señorita no le gusta verme en la casa cuando está ella.

—¿Cómo te enteraste de que Livia se había ido?

—Me lo dijeron en el pueblo.

En Vigàta todos sabían todo de todos.

—¿Qué me has comprado?

—Le preparo pasta con sardinas y, de segundo plato, pulpitos a la *carrettera*.

Deliciosos, pero mortales. Montalbano la abrazó.

Hacia el mediodía sonó el teléfono y contestó Adelina, que estaba limpiando a fondo la casa, sin duda para borrar todas las huellas de la presencia de Livia.

—*Dutturi, u dutturi* Didumminici quiere hablar con usted. Montalbano, sentado en la galería leyendo por quinta vez *Pylon*, de Faulkner, se levantó de un salto. Antes de tomar el aparato organizó rápidamente un plan de acción para quitarse de encima a De Dominicis en cuanto éste le hubiera facilitado la información.

—¿Sí? Dígame... —contestó en tono cansado y decepcionado.

—Tenía razón, fue fácil. Calogero Rizzitano se licenció con sobresaliente el 13 de noviembre de 1942. Tome una pluma, el título es muy largo.

—Espere que busco algo para escribir. De todos modos, para lo que va a servir...

De Dominicis percibió el abatimiento de la voz de su interlocutor.

—¿Qué te pasa?

La complicidad había inducido a De Dominicis a pasar del usted al tú.

—¿Cómo que qué me pasa? ¿Y me lo pregunta? ¡Le había dicho que la respuesta la necesitaba antes de la noche de ayer! ¡Ahora ya no me interesa!

—Antes no me ha sido posible, puedes creerme.

—Bueno pues, dicte.

—*Utilización del latín macarrónico en la representación sacra de los Siete Durmientes, de autor anónimo del siglo XVI.*

Explícame qué tiene que ver con la mafia un título...

—¡Tiene que ver! ¡Vaya si tiene que ver! Sólo que ahora, por su culpa, ya no me sirve de nada y, desde luego, no puedo darle las gracias.

Colgó y estalló en un sonoro relincha de alegría. De inmediato, se oyó desde la cocina un estruendo de vidrios rotos: del susto, a Adelina se le debía de haber caído algo de las manos.

Montalbano tomó impulso y saltó desde la galería a la arena; dio una primera voltereta, después describió un círculo, una segunda voltereta y otro círculo. La tercera voltereta no le salió y cayó sin aliento sobre la arena. Adelina corrió hacia él desde la galería, a los gritos.

—¡Virgen santísima! ¡Se volvió loco! ¡Se rompió el hueso del cuello!

Para cerciorarse, por si acaso, Montalbano subió a su auto y se dirigió a la Biblioteca Municipal de Montelusa.

—Busco una representación sacra —le dijo a la directora.

La directora, que lo conocía como comisario, se sorprendió un poco, pero no lo expresó.

—Lo único que tenemos —le dijo— son los dos volúmenes de D' Ancona Y los dos de De Bartholomaeis. Pero estos libros no se pueden ceder en préstamo. Tendrá que consultarlos aquí.

Encontró la *Representación de los Siete Durmientes* en el segundo volumen de la antología de D' Ancona. Era un texto breve y muy ingenuo. La tesis de Lillo se debía de haber desarrollado en torno al diálogo de los dos doctores herejes que se expresaban en un gracioso latín macarrónico. Pero lo que más interesó al comisario fue el largo prefacio de D' Ancona, en el que estaba incluido todo, la cita del sura del *Corán* y el itinerario de la leyenda por los países europeos y africanos, con sus cambios y variantes. El profesor Lovecchio estaba en lo cierto: el sura dieciocho del *Corán* tomado por separado, hubiera terminado por convertirse en un auténtico rompecabezas. Tenía que ser completado con los aportes de otras culturas.

—Quiero aventurar una hipótesis y darles un consuelo —dijo Montalbano, que había puesto a Burgio y a su mujer al corriente de sus últimos descubrimientos—. Ustedes me han dicho, con absoluta convicción, que Lillo consideraba a Lisetta una hermana menor a la que adoraba. ¿Es así?

—Sí —contestaron los dos ancianos al unísono.

—Bien. Les vaya hacer una pregunta. ¿Creen que Lillo pudo ser capaz de matar a Lisetta y a su joven amante?

—No —contestaron los ancianos sin pensarlo ni un momento.

—Yo también soy de la misma opinión, precisamente porque fue Lillo quien colocó a los dos muertos en una situación de resurrección hipotética, por así decirlo. El que mata no quiere que sus víctimas resuciten.

—¿Entonces...? —preguntó el director.

—En caso de que Lisetta le hubiera pedido a Lillo que, en una situación de emergencia, la acogiera con su novio en el chalé de los Rizzitano en el Crasto, ¿cómo hubiera actuado Lillo según ustedes?

La señora contestó sin dudar.

—Hubiera hecho todo lo que le hubiese pedido Lisetta.

—Pues ahora intentemos imaginamos lo que ocurrió en aquellos días de julio. Lisetta huye de Serradifalco, superando grandes dificultades llega a Vigàta y se reúne con Mario Cunich, el novio que deserta o, mejor dicho, se aleja de su barco. No saben dónde ocultarse. Ir a la casa de Lisetta es como entrar en la guarida del lobo porque es el primer lugar donde su padre la irá a buscar. Pide ayuda a Lillo Rizzitano, sabiendo que éste no se la negará. Lillo los acoge en el chalé del Crasto, donde vive solo pues su familia ha sido evacuada. Al autor de la muerte de los dos jóvenes no lo conocemos, ignoramos por qué lo hizo y puede que jamás lo averigüemos. Pero de lo que no se puede dudar es de que Lillo fue el autor del entierro en la cueva, pues este rito sigue paso a paso tanto la versión cristiana como la coránica. En ambos casos, los durmientes despertarán. ¿Qué pretende damos a entender, qué nos quiere decir con esta puesta en escena? Nos quiere decir que los dos jóvenes están durmiendo y que un día se despertarán o los despertarán. O quizás espera precisamente eso, que haya alguien en el futuro que los descubra y los despierte. Por azar, el que los ha descubierto y despertado he sido yo. Pero créanme si les digo que hubiera preferido no reparar en la existencia de aquella cueva.

Era sincero y los ancianos lo comprendieron.

—Puedo detenerme aquí. He conseguido satisfacer mis curiosidades personales. Me faltan algunas respuestas, es cierto, pero las que tengo me bastan. podría detenerme, tal como ya he dicho.

—Tal vez a usted le basten —dijo la señora Angelina—, pero yo quisiera verle la cara al asesino de Lisetta.

—Si se la ves, la verás en fotografía —le dijo con ironía su esposo— porque, a estas alturas, hay un noventa y nueve por ciento de probabilidades de que el asesino esté muerto y enterrado por haber alcanzado el límite de edad.

—Yo me encomiendo a ustedes —dijo Montalbano—. ¿Qué hago? ¿Sigo adelante? ¿Me detengo? Decídanlo ustedes, estos asesinatos ya no interesan a nadie. Tal vez sean ustedes el único nexa que tienen los muertos con esta tierra.

—Yo le digo que siga adelante —contestó la señora Burgio, audaz como siempre.

—Yo también —dijo el marido tras una pausa, haciendo causa común con ella.

Al llegar a la altura de Marinella, en lugar de detenerse e irse a su casa, Montalbano dejó que el automóvil siguiera circulando por la carretera del litoral casi por su propia voluntad. Apenas había tránsito y en pocos minutos llegó al pie de la montaña del Crasto. Bajó y empezó a subir por la cuesta que conducía al *crasticeddru*. A unos metros de la cueva de las armas, se sentó sobre la hierba y encendió un cigarrillo. Permaneció sentado contem-

plando el ocaso mientras los pensamientos seguían dando vueltas en su cabeza: presentía vagamente que Lillo aún estaba vivo, pero ¿cómo obligarlo a salir de su escondite? Cuando empezó a oscurecer, regresó a su auto y entonces su mirada se posó en el enorme agujero que atravesaba la montaña: la entrada de la galería inutilizada y cerrada desde siempre con tablas de madera. Cerca de la entrada había una especie de depósito de hierro laminado y, a su lado, dos postes que sostenían un letrero. Las piernas le salieron disparadas antes incluso de recibir la orden del cerebro. Llegó casi sin resuello y con el costado dolorido a causa de la carrera. El cartel decía:

EMPRESA CONSTRUCTORA GAETANO NICOLOSI & HIJO
PALERMO — VIA LAMARMORA 33

ADJUDICACIÓN DE LA OBRA DE APERTURA DE
UNA GALERÍA DE CIRCULACIÓN VIARIA

DIRECTOR DE LA OBRA
ING. COSIMO ZIRRETTA

ASISTENTE
SALVATORE PERRICONE.

Seguían otros datos que a Montalbano no le interesaban. Corrió hasta el automóvil y salió disparado hacia Vigàta.

Veintitrés

En la constructora Gaetano Nicolòsi & Hijo, cuyo número había pedido en Información, no contestaba nadie. Era demasiado tarde, la sede de la empresa tenía que estar cerrada. Probó varias veces y perdió las esperanzas. Tras haberse desahogado con toda una sarta de improperios, pidió el número del ingeniero Zirretta, suponiendo que éste también era palermitano. Acertó.

—Habla el comisario Montalbano, de Vigàta. Necesito saber cómo han conseguido la expropiación.

—¿Qué expropiación?

—La de los terrenos por los que pasan la carretera y la galería que ustedes estaban construyendo en nuestra zona.

—Verá, eso no es cosa mía. Yo me encargo únicamente de la obra. O, mejor dicho, me encargaba antes de que un decreto lo dejara todo paralizado.

—Entonces, ¿con quién tengo que hablar?

—Con alguien de la empresa.

—He llamado, pero no contesta nadie.

—En ese caso, con el *commendatore* Gaetano o con su hijo Arturo.

Cuando salgan de la cárcel del Ucciardone.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Por prevaricato y corrupción.

—¿No me queda ninguna esperanza?

—Confíe en la clemencia de los jueces, en que los dejen salir por lo menos dentro de cinco años. Es una broma. Vamos a ver, pruebe a llamar al abogado de la empresa, Di Bartolomeo.

—Tenga en cuenta, señor comisario, que la empresa no se encarga de los trámites de las expropiaciones. Eso corresponde al Ayuntamiento, en cuya circunscripción se ubica el terreno por expropiar.

—Entonces, ¿cuál es su función aquí?

—No es asunto de su incumbencia.

Y el abogado colgó. Di Bartolomeo estaba un poco fastidiado; su tarea consistía en sacar a los Nicolòsi, padre e hijo, de los embrollos en los que se metían, pero esta vez no lo había conseguido.

No hacía ni cinco minutos que había abierto su despacho cuando el arquitecto Tumminello vio aparecer al comisario Montalbano con un aspecto no demasiado tranquilo. Para Montalbano la noche había sido realmente mala, no había conseguido pegar un ojo y había pasado horas leyendo a Faulkner. El arquitecto, que tenía un hijo un poco revoltoso, protagonista de travesuras juveniles, peleas y carreras de moto y que aquella noche tampoco había vuelto a casa, palideció intensamente y sintió que las manos le empezaban a temblar. Montalbano, al ver la reacción de Tumminello, pensó mal: a pesar de sus buenas lecturas, seguía siendo un lince de mucho cuidado. "Éste tiene algo que esconder", pensó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tumminello, temiendo oír que su hijo había sido detenido.

Lo cual hubiera sido una suerte o lo menos malo que podía pasar: lo hubieran podido estrangular sus amigotes.

—Necesito informaciones sobre una expropiación.

Se notó que Tumminello se relajaba.

—¿Se le pasó el susto? —no pudo evitar preguntarle Montalbano.

—Sí —reconoció con toda franqueza el arquitecto—. Estoy preocupado por mi hijo. Esta noche no ha vuelto a casa.

—¿Lo hace a menudo?

—Sí, es que no tiene muy buenas...

—Pues entonces no se preocupe —lo cortó Montalbano, que no tenía tiempo que perder con los problemas de los jóvenes— Necesito ver los documentos de venta o de expropiación de los terrenos destinados a la construcción de la galería del Crasto. Eso les corresponde a ustedes, ¿no?

—Sí, señor, a nosotros. Pero no me hace falta buscar los documentos, me lo sé todo de memoria. Usted dígame qué dato le interesa.

—Quiero averiguar la situación de los terrenos de los Rizzitano.

—Lo suponía. Cuando supe lo del hallazgo de las armas y después lo de los dos asesinados, me pregunté, pero ¿esos no son los terrenos de los Rizzitano? y fui a echar un vistazo a los documentos.

—¿Y qué dicen los documentos?

—Tengo que hacer una aclaración. Los propietarios de los terrenos perjudicados, por así decirlo, por la construcción de la carretera y la galería eran cuarenta y cinco.

—¡Qué barbaridad!

—Mire, a veces hay un pedazo de tierra de dos mil metros cuadrados que, por disposición testamentaria, tiene cinco propietarios. La notificación no se puede hacer en bloque a los herederos, hay que enviarla a cada uno por separado.

"Una vez obtenido el decreto gubernamental, ofrecimos a los propietarios una suma muy baja, por tratarse en buena parte de terrenos agrícolas. En el caso de Calogero Rizzitano —presunto propietario porque no hay ningún documento que lo demuestre, quiero decir que no hay ningún certificado de sucesión y su padre murió intestado—, tuvimos que recurrir al artículo 143 del *Código Civa*, el que se refiere a la imposibilidad de localización. Como usted sabrá, el 143 prevé...

—No me interesa. ¿Cuánto tiempo hace que se hizo la notificación?

—Diez años.

—De modo que hace diez años Calogero Rizzitano no pudo ser localizado.

—¡Y tampoco después! Porque, de los cuarenta y cinco propietarios, cuarenta y cuatro recurrieron la suma que ofrecíamos. Y ganaron.

—El cuadragésimo quinto, el que no recurrió, era Calogero Rizzitano.

—Claro. Hemos reservado el dinero que le correspondía porque, a todos los efectos, para nosotros todavía está vivo. Nadie ha solicitado una declaración de defunción presunta. Cuando aparezca, cobrará el dinero.

"Cuando aparezca", le había dicho el arquitecto, pero todo permitía suponer que Lillo Rizzitano no tenía el más mínimo interés en aparecer. O, hipótesis probable, ya no estaba en condiciones de hacerlo. El propio director Burgio y él mismo estaban dando por descontado que Lillo, recogido herido por un camión militar y trasladado quién sabe adónde la noche del 9 de julio, había conseguido sobrevivir. ¡Pero si ni siquiera conocían la gravedad de sus heridas! Podía haber muerto durante el trayecto al hospital o en el mismo hospital, en caso de que lo hubieran conducido allí. ¿Por qué obstinarse en querer conferir cuerpo a una sombra? Quizá los muertos del *crasticeddru* se encontraban, en el momento del hallazgo, en mejores condiciones de lo que desde hacía mucho tiempo se encontraba Lillo Rizzitano. En cincuenta y tantos años, jamás una palabra, unas líneas. Nada. Ni siquiera cuando le requi-

saron los campos y derribaron los restos de su chalé y sus propiedades. Los recovecos del laberinto en el que Montalbano se había empeñado en entrar terminaban ahora en un muro y tal vez el laberinto se estuviera mostrando generoso con él, impidiéndole seguir adelante y obligándolo a detenerse en presencia de la solución más lógica y natural.

La cena fue ligera, pero todo guisado con ese toque que el Señor sólo muy raras veces concede a los elegidos. Montalbano no le dio las gracias a la esposa del jefe; se limitó a mirarla como un perro callejero al que se le hace una caricia. Después ambos hombres se retiraron al estudio para charlar un rato. La invitación del jefe le había parecido un salvavidas arrojado a alguien que está a punto de ahogarse no en un mar agitado por un temporal sino en la calma chicha del aburrimiento.

En primer lugar, hablaron de Catania y convinieron en que el primer efecto de la comunicación de la investigación sobre Brancato a la jefatura superior catanesa había sido la eliminación del propio Brancato.

—Estamos en un callejón sin salida —dijo con amargura el jefe—, no podemos dar ni un paso sin que se enteren nuestros adversarios. Brancato ordenó eliminar a Ingrassia, que se estaba moviendo demasiado, pero cuando los que tiran de los hilos se enteraron de que teníamos a Brancato en nuestro punto de mira, se encargaron de eliminarlo y, de esta manera, la pista que con tantas dificultades estábamos siguiendo, quedó oportunamente borrada.

El jefe estaba furioso; la historia de los infiltrados repartidos por doquier lo entristecía y le dolía mucho más que la traición de un familiar.

Después de una pausa prolongada, durante la cual Montalbano no abrió la boca, el jefe preguntó:

—¿Cómo van sus investigaciones sobre los muertos del *crasticeddru*?

Por el tono de voz, Montalbano comprendió que su superior consideraba aquellas investigaciones una distracción, un pasatiempo que se le concedía antes de volver a trabajar en cosas más serias.

—Hasta he conseguido averiguar el nombre del muchacho —contestó, para tomarse una revancha.

El jefe pegó un brinco, súbitamente sorprendido e interesado.

—¡Es usted extraordinario! Cuénteme.

Montalbano se lo contó todo, incluso el número montado para De Dominicis, que al jefe le hizo mucha gracia. El comisario terminó con una especie de declaración de quiebra: admitió que la investigación ya no tenía sentido, en parte porque nadie podía tener la certeza de que Lillo Rizzitano no hubiera muerto.

—Pero cuando uno quiere desaparecer, lo consigue —dijo el jefe—. ¿Cuántos casos hemos tenido de personas aparentemente desaparecidas sin dejar ni rastro que, de pronto, vuelven a salir como por arte de magia? No quisiera citarle a Pirandello, pero sí a Sciascia, por lo menos. ¿Ha leído el li-

bro sobre la desaparición del físico Majorana?

—Claro...

—Majorana... yo estoy convencido de ello tal como en el fondo lo estaba Sciascia... quiso desaparecer y lo consiguió. No fue un suicidio, era demasiado religioso.

—Estoy de acuerdo.

—¿Y no tenemos el caso recentísimo del profesor universitario romano que salió una mañana de su casa y jamás lo encontraron? Lo buscaron todos: la policía, los carabinieri, hasta los alumnos, que tanto lo apreciaban. Programó su desaparición y lo consiguió.

—Es cierto —dijo Montalbano. Después reflexionó acerca de lo que ambos estaban diciendo y miró a su jefe. —Me parece que usted me está invitando a seguir adelante, a pesar de que en una ocasión anterior me reprochó mi excesivo interés por este caso.

—Eso no tiene nada que ver. Ahora usted está convaleciente mientras que la otra vez estaba de servicio. Hay una gran diferencia, me parece.

Montalbano volvió a casa y empezó a pasear de habitación en habitación. Tras su conversación con el arquitecto, había decidido mandar todo al carajo, convencido de que Rizzitano no era más que un cadáver. Pero el jefe lo había resucitado, en cierto modo. ¿Acaso los primeros cristianos no utilizaban la palabra *dormitio* para referirse a la muerte? Cabía la posibilidad de que Rizzitano se hubiera colocado en situación de sueño, tal como decían los masones. Bueno, pero si eso era lo que había ocurrido, se tenía que encontrar la manera de hacerla emerger del profundo pozo en el que se había ocultado. Sin embargo, se necesitaba algo muy gordo que armara mucho ruido, algo de lo que se hablara en todos los periódicos y las cadenas de televisión de toda Italia. Debía causar sensación. Pero ¿cómo? Tenía que olvidarse de la lógica e inventar una fantasía.

Eran las once, demasiado temprano para ir a acostarse. Se tendió vestido en la cama y se puso a leer *Pylon*.

"Ayer, a las doce de la noche, la búsqueda del cuerpo de Roger Shumann, el piloto de carreras que se hundió en el lago la tarde del sábado, fue definitivamente abandonada por un biplano de tres plazas de una potencia aproximada de ochenta caballos, que efectuó una maniobra sobrevolando el agua sin ningún incidente tras haber dejado caer una corona de flores a unos cuatrocientos metros de distancia del lugar donde se supone que se encuentra el cuerpo de Shumann..."

Faltaban muy pocas líneas para el final de la novela, pero el comisario se incorporó en la cama con los ojos enormemente abiertos.

—Es una locura —dijo—, pero lo voy a hacer.

—¿Está la señora Ingrid?

—No casa señora. Tú decir, yo escribir.

Los Cardamone tenían la especialidad de ir a buscar a las asistentes a lugares en los que ni siquiera Tristan da Cunha había tenido el valor de poner los pies.

—Manau tupapau —dijo el comisario.

—Nada entender.

Había mencionado el título de un cuadro de Gauguin, lo cual significaba que la asistente no era de la Polinesia ni de ningún lugar de por allí.

—¿Tú preparada para escribir? Señora Ingrid telefonar señor Montalbano cuando ella volver a casa.

Ingrid llegó a Marinella pasadas las dos de la madrugada; llevaba un vestido de noche con un corte en la falda que le llegaba hasta el trasero. Ni siquiera había parpadeado cuando el comisario le había dicho que necesitaba verla enseguida.

—Perdona, pero no quise perder tiempo cambiándome de ropa. Vengo de una fiesta aburridísima.

—¿Qué te ocurre? No me gusta tu aspecto. ¿Es sólo porque te aburraste en la fiesta?

—No, adivinaste. Mi suegro volvió a molestarme. El otro día entró por la mañana en mi dormitorio cuando yo estaba todavía en la cama. Quería hacerlo enseguida. Conseguí convencerlo de que se fuera, amenazándolo con ponerme a gritar.

—Pues entonces habrá que hacer algo —dijo el comisario sonriendo.

—¿Cómo?

—Le daremos otra dosis masiva.

Bajo la mirada inquisitiva de Ingrid, Montalbano abrió un cajón de su escritorio cerrado bajo llave, tomó un sobre y se lo entregó. Ingrid, al verse captada en las fotografías en el momento en que su suegro abusaba de ella, palideció y después enrojeció.

—¿Fuiste tú?

Montalbano se encontró entre la espada y la pared. En caso de que le dijera que las fotos las había tomado una mujer, puede que Ingrid le pegara un navajazo.

—Sí, fui yo.

El fuerte bofetón que le propinó la sueca le hizo resonar la cabeza, pero se lo esperaba.

—Le mandé tres a tu suegro, se asustó y dejó de molestarte durante algún tiempo. Ahora le voy a enviar otras tres.

Ingrid pegó un brinco, su cuerpo se comprimió contra el de Montalbano, le abrió los labios con los suyos y le acarició la lengua con la suya. Montalbano sintió que las piernas se le aflojaban como si fueran de manteca, pero, por suerte, Ingrid se apartó.

—Tranquilo, ya todo ha pasado —dijo—. Era sólo para darte las gracias.

En la parte posterior de tres fotografías elegidas personalmente por Ingrid, Montalbano escribió: DEJA DE HACERLO O LA PRÓXIMA VEZ SALES EN LA TELEVISIÓN.

—Las otras tres las guardo aquí —dijo el comisario—. Avísame cuando las necesites.

—Confío en que sea lo más tarde posible.

—Mañana por la mañana se las enviaré y, además, le haré una llamada anónima de refuerzo que le provocará un infarto.

"Y ahora, escúchame bien, tengo que contarte una historia muy larga. Y al final, te pediré que me des una mano.

Se levantó a las siete de la mañana, pues, tras la partida de Ingrid, no había conseguido pegar un ojo. Se miró al espejo, tenía el rostro desencajado, casi más que la vez que le habían pegado el tiro.

Tuvo que ir al hospital para una visita de control; lo encontraron en perfectas condiciones y, de los cinco medicamentos que le habían recetado, le dejaron sólo uno.

A continuación, fue a la Caja de Ahorros de Montelusa, donde guardaba el poco dinero que conseguía ahorrar, y pidió hablar con el director.

—Necesito diez millones de liras.

—¿Los tiene en la cuenta o quiere un préstamo?

—Los tengo.

—Pues entonces, perdone, pero ¿cuál es el problema?

—El problema es que se trata de una operación policial que quiero hacer con mi dinero, sin poner en peligro el dinero del Estado. Si yo ahora voy a la Caja y pido diez millones en billetes de cien mil, mi petición resultaría un poco extraña y por eso usted me tiene que ayudar.

Comprensivo y orgulloso de participar en una operación policial, el director se desvivió por ayudarlo.

Ingrid detuvo su automóvil junto al del comisario, debajo de la señalización que, en las afueras de Montelusa, indicaba la autovía de Palermo. Montalbano le entregó el sobre abultado de los diez millones y ella se lo guardó en su bolso, que llevaba en bandolera.

—Llámame a casa en cuanto lo hayas hecho. Y procura que no te roben el bolso por el procedimiento del tirón, por lo que más quieras.

Ella lo miró sonriendo, le envió un beso con las yemas de los dedos y volvió a poner en marcha su coche.

En Vigàta, Montalbano hizo acopio de cigarrillos. Al salir del quiosco vio un afiche verde de grandes dimensiones, con letras negras, recién pegado a una pared. En él se invitaba a los ciudadanos a asistir a la gran competición de motocross que se celebraría el domingo a partir de las tres de la tarde en el lugar llamado "llano del *crasticeddru*".

No esperaba esa coincidencia. ¿Sería posible que el laberinto se hubiera compadecido de él y le estuviera abriendo otro camino?

Veinticuatro

El "llano del *crasticeddru*", que se extendía desde el espolón de roca, no era llano en absoluto: hondonadas, elevaciones y pantanos lo convertían en el paraje ideal para una competición de motocross. El día era una auténtica anticipación estival y la gente no esperó a las tres de la tarde para ir al llano; empezó a congregarse allí ya por la mañana, con abuelos y abuelas, niños y muchachos, todos dispuestos a disfrutar, más que de la competición deportiva, de una excursión al campo.

Por la mañana, Montalbano había llamado a Nicolò Zito.

—¿Vienes a la competición de motocross de esta tarde?

—¿Yo? ¿Por qué? Ya hemos enviado a un cronista deportivo y a un camarógrafo.

—Te proponía ir juntos, tú y yo, para divertimos un rato.

Llegaron al llano casi a las tres y media; la competición todavía no había empezado, pero se oía un estruendo infernal provocado sobre todo por los motores de las motos —unas cincuenta, cuyos pilotos las estaban probando y calentando— y por los altavoces, que estaban emitiendo a todo volumen una música ensordecedora.

—Pero ¿desde cuándo te interesa el deporte? —preguntó Zito, asombrado.

—De vez en cuando me da por ahí.

Para hablar, pese a encontrarse al aire libre, la gente tenía que levantar la voz. Por eso, cuando el pequeño avión de turismo, con una cinta publicitaria en la cola, apareció sobrevolando el *crasticeddru*, fueron muy pocos los que oyeron el rugido de su motor, ese que induce a la gente a levantar instintivamente los ojos al cielo. El ruido del avión no logró traspasar la barrera del estruendo de abajo. Quizás el piloto comprendió que, de aquella manera, no conseguiría llamar la atención, pues, tras sobrevolar tres veces en círculo la cumbre del *crasticeddru*, apuntó hacia la muchedumbre del llano, efectuó un elegante descenso en picada y voló muy bajo sobre las cabezas de los presentes, casi obligándolos a leer el texto de la cinta y a seguirlo con la mirada mientras, encabritándose ligeramente, volvía a sobrevolar tres veces la cumbre, descendía hasta casi rozar el suelo delante de la entrada de la cueva de las armas y soltaba una lluvia de pétalos de rosas. La muchedumbre enmudeció, todos pensaron en los muertos del *crasticeddru* mientras el aparato viraba, regresaba, efectuaba un vuelo rasante y esta vez soltaba una miríada de tarjetitas. Tras lo cual, apuntó hacia el horizonte y desapareció. Si el texto de la cinta ya había despertado una gran curiosidad, pues no anunciaba ni una bebida ni una fábrica de muebles sino que llevaba

sólo dos nombres, Lisetta y Mario, si el lanzamiento de pétalos había provocado un estremecimiento de emoción en los presentes, el texto de las tarjetitas, todas iguales, los indujo a entregarse a un sinfín de conjeturas e hipótesis y a un carrusel frenético de adivinanzas. ¿Qué significaba: "LISETTA y MARIO ANUNCIAN SU DESPERTAR"? No era una participación de boda y tampoco de bautismo. ¿Entonces? En medio del torbellino de preguntas, la gente sólo estuvo segura de una cosa: de que el avión, los pétalos, las tarjetitas y la cinta publicitaria guardaban relación con los muertos del *crasticeddru*.

Después se inició la competición y la multitud se distrajo. Cuando el avión arrojó los pétalos, Nicolò Zito le dijo a Montalbano que no se moviera y se perdió entre la gente.

Regresó al cabo de un cuarto de hora con el camarógrafo de Retelibera.

—¿Me concedes una entrevista?

—Con mucho gusto.

El consentimiento inesperado de Montalbano hizo que el periodista se reafirmara en su sospecha de que en toda aquella historia del avión su amigo estaba metido hasta el cuello.

—Hace unos momentos, en el transcurso de los preparativos de la competición de motocross que se está desarrollando en Vigàta, hemos sido testigos de un hecho extraordinario. Un pequeño avión publicitario...

Aquí Zito describió lo que acababa de ocurrir.

—Puesto que, por una coincidencia afortunada, está presente el comisario Salvo Montalbano, queremos hacerle unas cuantas preguntas. Según usted, ¿quiénes son Lisetta y Mario?

—Podría eludir su pregunta diciendo que no sé nada, que puede tratarse de un matrimonio que ha querido celebrar su boda de una forma original —contestó el comisario con franqueza—. Pero me desmentiría el texto de la tarjetita, que no habla de una boda sino de un despertar. Contestaré, por lo tanto, con toda sinceridad a su pregunta: Lisetta y Mario son los nombres de los dos jóvenes asesinados cuyos cuerpos se descubrieron en el interior de la cueva del *crasticeddru*, el espolón de roca que tenemos aquí delante.

—Pero ¿qué significa todo eso?

—Lo ignoro, habría que preguntárselo a la persona que ha organizado este vuelo.

—¿Cómo ha conseguido llegar a su identificación?

—Por casualidad.

—¿Puede decirnos sus apellidos?

—No. Los conozco, pero no los puedo decir. Puedo revelar que ella era una joven de esta zona y que él era un marino del norte. Añadiré que la persona que ha querido recordar de una manera tan señalada el hallazgo de los dos cuerpos, que ella califica de "despertar", se ha olvidado del perro, que también tenía un nombre, el pobrecito. Se llamaba Kytmyr y era un perro

árabe.

—Pero, ¿qué motivo puede haber tenido el asesino para organizar esta puesta en escena?

—Un momento... ¿Quién le dijo que el asesino y el que ha organizado la puesta en escena son la misma persona? Yo, por ejemplo, no lo creo así.

—Voy corriendo a preparar el reportaje —dijo Nicolò Zito tras haberle dirigido una mirada extraña.

Después llegaron los de *Televigàta*, los del telediario regional de la RAI y los de otras cadenas privadas. Montalbano contestó amablemente a todas las preguntas y, tratándose de él, con una soltura inusual.

Le había entrado un apetito tan grande, que en la *trattoria* San Calogero se dio un atracón de mariscos. Después regresó a toda prisa a su casa, encendió el televisor y sintonizó Retelibera. Nicolò Zito, al dar la noticia del vuelo misterioso, la infló todo lo que pudo. Pero lo mejor no fue la entrevista que le habían hecho a él y que se reprodujo íntegramente sino el reportaje inesperado al director de la agencia *Publiduemila* de Palermo, que Zito había localizado sin ninguna dificultad, pues era la única de toda la Sicilia occidental que disponía de un avión publicitario.

El director, todavía emocionado, declaró que una joven bellísima —"¡Jesús, qué mujer!, no parecía de verdad, una especie de modelo como esas que salen en las revistas, ¡Dios bendito, pero qué hermosa era!"—, visiblemente extranjera porque hablaba muy mal el italiano—"¿He dicho mal? Me equivoqué, en sus labios nuestras palabras parecían de miel"—, no, acerca de su nacionalidad no podía concretar nada, alemana o inglesa, se había presentado cuatro días atrás en la agencia—" ¡Dios mío! ¡Parecía una aparición!" —y había preguntado por el avión, explicando con toda claridad el texto que tendría que figurar en la cinta publicitaria y en las tarjetitas. Sí, era ella la que había pedido que se arrojaran pétalos de rosas. En cuanto al lugar, sus instrucciones habían sido extremadamente detalladas. El piloto, por propia iniciativa, había decidido arrojar las tarjetitas no a la buena de Dios sobre la carretera del litoral sino sobre la multitud que estaba presenciando la competición deportiva. La señora —" ¡Virgen santísima, mejor que no diga nada más, si no mi mujer me mata!"— había pagado por adelantado y en efectivo y había pedido que extendieran la factura a nombre de Rosemarie Antwerpen, con domicilio en Bruselas. Él no había exigido ningún otro dato —"¡Dios mío!"—, ¿por qué hubiera tenido que hacerlo? ¡La mujer no le estaba pidiendo que arrojara una bomba! ¡Era tan guapa! ¡Tan simpática! ¡Y qué sonrisa! Un sueño.

Montalbano disfrutó de lo lindo. Le había pedido encarecidamente a Ingrid: "Tienes que ponerte lo más linda que puedas. Así, cuando te vean, se quedarán mudos de admiración."

Televigata se lanzó sobre la bellísima y misteriosa mujer; la llamó "Nefertitis rediviva" y construyó una historia fantástica en la que establecía un

nexo entre las pirámides y el *crasticeddru*, pero estaba claro que iba a remolque de las noticias que había facilitado Nicolò Zito en la cadena rival. La edición regional de la RAI también trató ampliamente el asunto.

Montalbano estaba consiguiendo armar todo el alboroto que buscaba y se alegró de que su idea hubiera dado resultado.

—¿Montalbano? Habla el jefe. Acabo de enterarme de la historia del avión. Lo felicito, una idea genial.

—El mérito es suyo porque fue usted quien me dijo que insistiera, ¿no lo recuerda? Estoy tratando de hacer salir de la madriguera a nuestro hombre. Como no aparezca dentro de un plazo prudencial, significará que ya no está entre nosotros.

—Enhorabuena. Téngame informado. Ah, como es natural, el avión lo ha pagado usted, ¿verdad?

—Claro. Confío en la prometida gratificación.

—¿Comisario? Habla el director Burgio. Mi mujer y yo nos hemos quedado asombrados ante su iniciativa.

—Esperemos que todo salga bien.

—Se lo ruego, señor comisario: si aparece Lillo, díganoslo.

* * *

En el telediario de las doce de la noche, Nicolò Zito dedicó más espacio a la noticia; mostró las fotografías de los muertos del *crasticeddru* y echó mano del *zoom* para destacar mejor los detalles de las imágenes.

"Amablemente cedidas por el diligente Jacomuzzi", pensó Montalbano.

Zito aisló el cuerpo del joven, al que llamó Mario, y después mostró el de la muchacha, a la que llamó Lisetta; ofreció varias imágenes del avión que arrojaba pétalos de rosas y después enfocó en primer plano el texto de las tarjetitas. A continuación, tejió un relato misterioso y lacrimógeno más propio de *Televigata* que de *Retelibera*. ¿Por qué razón habían sido asesinados los jóvenes amantes? ¿Qué destino aciago los había conducido a aquel final? ¿Quién los había depositado piadosamente en la cueva? ¿Quizá la bellísima mujer que se había presentado en la agencia de publicidad había surgido del pasado para clamar venganza en nombre de los muertos? ¿Cuál era la relación entre la mujer y los dos jóvenes de cincuenta años atrás? ¿Qué significado tenía la palabra "despertar"? ¿Por qué el comisario Montalbano había podido facilitar incluso el nombre del perro de terracota? ¿Qué sabía acerca de aquel misterio?

—¿Salvo? Soy Ingrid. Confío en que no hayas pensado que me fugué con tu dinero.

—¡No digas disparates! ¿Por qué, acaso sobró algo?

—Sí, costó menos de la mitad del dinero que me habías dado. El resto lo tengo yo y te lo devolveré en cuanto regrese a Montelusa.

—¿Desde dónde me llamas?

—Desde Taormina. He conocido a alguien. Regreso dentro de cuatro o cinco días. ¿Lo he hecho bien? ¿Ha salido todo tal como tú querías?

—Lo has hecho muy bien. Que te diviertas.

—¿Montalbano? Nicolò... ¿Te gustaron los reportajes? Dame las gracias.

—¿Por qué?

—Hice justo lo que tú querías.

—Yo no te pedí nada.

—Es cierto, no de una manera directa. Pero yo no soy tonto y comprendí tu deseo de que se diera la máxima publicidad a la noticia, presentándola de tal manera que apasionara a la gente. He dicho algunas cosas de las que me avergonzaré toda la vida.

—Muchas gracias, pero te repito que ignoro el motivo de la gratitud que me pides.

—¿Sabes que las llamadas han bloqueado nuestro conmutador? Nos han pedido el reportaje la RAI, la Fininvest, la agencia de noticias ANSA y todos los periódicos italianos. Menudo golpe... "¿Puedo hacerte una pregunta?

—Pues claro.

—¿Cuánto te costó el alquiler del avión?

Durmió estupendamente, como dicen que duermen los que están satisfechos de su actuación. Había hecho lo posible y también lo imposible, ahora sólo cabía esperar la respuesta; se había lanzado un mensaje para que alguien descifrara el código, tal como hubiera dicho Alcide Maraventano. Recibió la primera llamada a las siete de la mañana. Era Luciano Acquasanta, del *Mezzogiorno*, que deseaba ver confirmada su opinión. ¿No sería posible que los dos jóvenes hubieran sido sacrificados en el transcurso de un rito satánico?

—¿Por qué no? —contestó Montalbano, amable y posibilista.

La segunda llegó un cuarto de hora después. La teoría de Stefania Quattrini, de la revista *Essere donna*, era que Mario, mientras hacía el amor con Lisetta, había sido sorprendido por otra mujer celosa —ya se sabe cómo son los marinos, ¿no?— que los había matado a los dos. Después se había ido al extranjero, pero, en su lecho de muerte, le había revelado los hechos a su hija, quien a su vez le había contado la culpa de la abuela a su hija. La muchacha, para expiada en cierto modo, se había trasladado a Palermo —hablaba con acento extranjero, ¿no?— y había montado el número del avión.

—¿Por qué no? —contestó Montalbano, amable y posibilista.

La hipótesis de Cosimo Zappala, del semanario *Vivere!*, le fue comuni-

cada a las siete y veinticinco minutos. Lisetta y Mario, ebrios de amor y de juventud, solían pasear por el campo tomados de la mano y desnudos como Adán y Eva. Un mal día fueron sorprendidos por una división de alemanes en retirada, ebrios a su vez de miedo y de maldad, que los habían violado y matado. En su lecho de muerte, uno de los alemanes... y aquí la historia coincidía curiosamente con la de Stefania Quattrini.

—¿Por qué no? —contestó Montalbano, amable y posibilista.

A las ocho llegó Fazio que, tal como él le había ordenado que hiciera la víspera, le llevaba todos los diarios que llegaban a Vigàta. Los hojeó mientras seguía atendiendo las llamadas. Con mayor o menor relieve, todos publicaban la noticia. El título que más gracia le hizo fue el del *Corriere*. Decía lo siguiente: "UN COMISARIO IDENTIFICA UN PERRO DE TERRACOTA MUERTO HACE CINCUENTA AÑOS". Todo resultaba útil, incluso la ironía.

Adelina se sorprendió de encontrado en casa, contrariamente a su costumbre.

—Me quedaré unos días en casa, Adelina, estoy esperando una llamada importante. Tú procura aliviarme el asedio.

—No entendí nada de lo que dijo.

Entonces Montalbano le explicó que su misión sería aliviar su reclusión voluntaria con una dosis adicional de fantasía en la preparación del almuerzo y de la cena.

Hacia las diez llamó Livia.

—Pero ¿qué ocurre? ¡El teléfono está siempre ocupado!

—Perdóname, estoy recibiendo un montón de llamadas por un hecho que...

—Ya conozco el hecho. Te he visto en la televisión. Hablabas con mucho desparpajo, estabas muy locuaz y no parecías tú. Se ve que, cuando yo no estoy, estás mejor.

Llamó a Fazio al despacho para pedirle que le llevara a casa la correspondencia y le comprara una extensión para el teléfono. La correspondencia, añadió, se la tendrían que llevar a su casa cada día, en cuanto se recibiera. Y que hiciera correr la voz: a quienquiera que preguntara por él, el que estaba a cargo del conmutador de la comisaría debería facilitarle su número particular y dejarse de historias.

Antes de que transcurriera una hora, Fazio se presentó con dos postales sin importancia y la extensión.

—¿Qué dicen en la comisaría?

—¿Qué quiere que digan? Nada. Es usted el que se queda con los casos más sonados. Al subcomisario Augello sólo le tocan tonterías, robos por el procedimiento del tirón, hurtos pequeños, alguna que otra pelea...

—¿Qué significa eso de que me quedo con los casos más sonados?

—Significa lo que he dicho. A mi mujer, por ejemplo, le dan mucho miedo los ratones. Pues bien, créame si le digo que los atrae. Donde va ella, aparecen ratones.

Llevaba cuarenta y ocho horas sujeto por una cadena como un perro; su campo de acción sólo alcanzaba hasta donde le permitía la longitud de la extensión, por lo cual no podía pasear por la orilla del mar ni correr. Iba a todas partes con el teléfono, incluso al baño, y de vez en cuando, por una manía que le había dado al cabo de veinticuatro horas, lo descolgaba y se lo acercaba al oído para cerciorarse de que funcionaba. A la mañana del tercer día, se preguntó: "¿Por qué te lavas si no puedes salir?"

La siguiente pregunta, directamente relacionada con la primera, fue: "Y entonces ¿qué necesidad hay de afeitarse?"

A la mañana del cuarto día, sucio, hirsuto, en zapatillas y todavía con la misma camisa, le pegó un susto a Adelina.

—María santísima, *dutturi*, ¿qué le pasa? ¿Qué tiene? ¿Está enfermo?

—Sí.

—¿Por qué no llama al médico?

—Mi enfermedad no es cosa de médicos.

Era uno de los más grandes tenores, aclamado en el mundo entero. Aquella noche tenía que cantar en el Teatro de la Ópera de El Cairo, el antiguo, que todavía no se había incendiado; él sabía muy bien que las llamas no tardarían en devorarlo. Le había pedido a un asistente que le avisara en cuanto el señor Gegè hubiera ocupado su palco, el quinto de la derecha del segundo piso. Iba vestido de época y acababan de terminar de retocarle el maquillaje. Oyó gritar: "¡A escena!" No se movió; llegó casi sin resuello el asistente para decirle que el señor Gegè —que no había muerto, eso ya se sabía, sino que había huido a El Cairo— aún no había aparecido por allí. Corrió al escenario y contempló la sala a través de un pequeño resquicio del telón: el teatro estaba colmado; el único palco vacío era el quinto de la derecha del segundo piso. Entonces tomó una decisión rápida; regresó al camerino, se quitó el traje de época y volvió a ponerse su ropa, sin quitarse el maquillaje: la larga barba gris y las cejas pobladas y blancas. Nadie lo reconocería y, por consiguiente, jamás volvería a cantar. Comprendía muy bien que su carrera ya había terminado, que tendría que arreglárselas como pudiera para sobrevivir, pero no lo podía evitar: sin Gegè no podía cantar.

Se despertó chorreando sudor. Acababa de montar, a su manera, un clásico sueño freudiano: el del palco vacío. ¿Qué significaba? ¿Que la inútil espera de Lillo Rizzitano le destrozaría la vida?

—¿Señor comisario? Habla el director Burgio. Hace mucho que no nos vemos. ¿Ha tenido noticias de nuestro amigo común?

—No.

Monosilábico, rápido aun a riesgo de parecer maleducado. Tenía que disuadir a la gente de que le hiciera llamadas inútiles; en casa de que Rizzitano se decidiera a llamado y encontrara el teléfono ocupado, era posible que lo pensara mejor.

—Yo creo que a estas alturas lo único que nos queda por hacer para hablar con Lillo es recurrir a la mesita de tres patas.

Mantuvo una prolongada discusión con Adelina. La asistente acababa de entrar en la cocina cuando Montalbano la oyó gritar. Después la vio aparecer en su dormitorio.

—iUsía no comió ni ayer al mediodía ni ayer a la noche!

—No tenía apetito, Aden.

—iYo me mato para prepararle cosas buenas y usía las desprecia!

—No las desprecio, pero ya te lo he dicho: no tengo apetito.

—iY esta casa parece una pocilga! iUsía no quiere que friegue el suelo, no quiere que lave la ropa! iHace cinco días que lleva la misma camisa y los mismos calzoncillos! iUsía huele mal!

—Perdóname, Aden, ya verás cómo se me pasa.

—Pues, cuando se le pase, me lo dice y yo vengo. Aquí yo no vuelvo a poner los pies. Cuando se encuentre bien, me llama.

Salió a la galería, se sentó en el banco, dejó el teléfono a su lado y se puso a contemplar el mar. No podía hacer otra cosa, ni leer, ni pensar, ni escribir, nada. Sólo contemplar el mar. Se estaba perdiendo, y lo sabía, en el pozo sin fondo de una obsesión. Le vino a la mente una película que había visto, basada quizás en una novela de Dürrenmatt, en la que un comisario se obstinaba en esperar a un asesino que tenía que pasar por un determinado lugar de la montaña, por el que aquél jamás volvería a pasar; pero el comisario no lo sabía, lo esperaba y lo seguía esperando y entre tanto pasaban los días, los meses, los años...

* * *

Hacia las once de aquella misma mañana sonó el teléfono. No se había recibido ninguna llamada desde la que le había hecho el director Burgio aquella mañana. Montalbano no atendió: se había quedado petrificado. Sabía con absoluta certeza —y no conseguía explicarse el porqué— a quién oiría desde el otro extremo de la línea.

Hizo acopio de valor y tomó el teléfono.

—¿Sí...? ¿Comisario Montalbano?

Una voz hermosa y profunda, por más que perteneciera a un anciano.

—Sí, soy yo —dijo el comisario. y no pudo evitar añadir:

—iPor fin!

—iPor fin! —repitió el anciano.

Ambos permanecieron un rato en silencio, escuchando el rumor de sus respiraciones.

—Acabo de llegar a Punta Ràisi. Podré estar con usted en Vigàta a la una y media como máximo. Si está de acuerdo, explíqueme exactamente dónde me espera. Hace mucho tiempo que faltó del pueblo. Cincuenta y un años.

Veinticinco

Quitó el polvo, barrió, fregó el suelo a la velocidad de ciertas actrices del cine mudo. Después fue al cuarto de baño y se aseó como sólo había hecho en otra ocasión en su vida: cuando a los dieciséis años acudió a su primera cita amorosa. Se duchó largo rato, se perfumó las axilas y la piel de los brazos y acabó echándose colonia por todas partes. Sabía que su comportamiento era ridículo, pero eligió su mejor traje y la corbata más seria, se cepilló los zapatos hasta dejarlos tan relucientes como si llevaran una lámpara incorporada. Después se le ocurrió la idea de poner la mesa pero con un solo cubierto; ahora sí le había entrado un hambre canina, pero estaba seguro de que no hubiera podido ingerir ni un solo bocado.

Esperó, esperó un tiempo interminable. Pasada la una y media, se sintió mareado y experimentó una especie de desfallecimiento. Se sirvió tres dedos de whisky puro y se lo bebió de un trago. Después, la liberación: el rumor de un automóvil por el caminito de la entrada. Corrió a abrir la puerta. Vio un taxi con matrícula de Palermo. De él descendió un anciano muy bien vestido con un bastón en una mano y una maleta pequeña de fin de semana en la otra. Pagó el viaje y, mientras el taxi maniobraba para alejarse, el anciano miró a su alrededor. Mantenía los hombros echados hacia atrás y la cabeza erguida e inspiraba un cierto respeto. Montalbano tuvo de inmediato la impresión de haberlo visto en algún lugar. Le salió al encuentro.

—¿Aquí son todas casas? —preguntó el anciano.

—Sí.

—Antes no había nada, sólo matorrales, arena y mar.

No se habían saludado ni presentado. Se conocían.

—Estoy casi ciego, tengo muchas dificultades para ver —dijo el anciano, sentado en el banco de la galería—, pero eso me parece muy hermoso, produce sensación de tranquilidad.

Sólo en aquel momento el comisario comprendió dónde había visto al anciano; no era él exactamente sino un sosia perfecto, captado en una fotografía de la solapa de un libro: Jorge Luis Borges.

—¿Le apetece tomar algo?

—Es usted muy amable —contestó el anciano tras dudar un poco—. Pero mire, sólo una ensaladita, un trocito de queso descremado y un vaso de vino.

—Acompáñeme, he puesto la mesa.

—¿Usted comerá conmigo?

Montalbano se notaba la boca del estómago cerrada y, por si fuera poco, se sentía extrañamente conmovido. Mintió.

—Ya he almorzado.

—Pues entonces, si no le molesta, ¿puede *conzar* la mesa aquí?

Conzare, poner la mesa. Rizzitano utilizó aquel verbo siciliano como un extranjero que se esforzara en hablar la lengua del lugar.

—Me he dado cuenta de que usted lo había entendido casi todo —dijo Rizzitano mientras comía muy despacio—, a través de un artículo del *Corriere*. Es que ya no puedo mirar televisión, sólo veo unas sombras que me hacen daño en los ojos.

—También me lo hacen a mí, que veo muy bien —dijo Montalbano.

—Pero ya sabía que usted había encontrado a Lisetta y Mario. Tengo dos hijos varones, uno es ingeniero y el otro es profesor como yo, ambos casados. Bueno pues, una de mis nueras es una partidaria furibunda de la Liga de los Independentistas del Norte, una imbécil insufrible, me quiere mucho, pero me considera una excepción, pues cree que todos los del sur son delincuentes o, en el mejor de los casos, holgazanes. Por eso no deja nunca de decirme: "¿Sabe, papá?, en su tierra"... "mi tierra" para ella se extiende desde Sicilia hasta Roma, incluyendo esta ciudad... "han matado a éste, han secuestrado al otro, han puesto una bomba, han encontrado en una cueva, precisamente de su pueblo, a dos chicos asesinados hace cincuenta años..."

—Pero, ¿cómo? ¿Sus parientes saben que es usted de Vigàta?

—Por supuesto que lo saben, pero yo jamás le he dicho a nadie, ni siquiera a mi difunta esposa, que todavía me quedaban unas propiedades en Vigàta. Dije que mis padres y buena parte de mis parientes habían sido exterminados por las bombas. No me podían relacionar de ninguna manera con los muertos del *crasticeddru*, ignoraban que éste era un pedazo de tierra de mi propiedad. Pero yo, al enterarme de la noticia, me enfermé y me subió mucho la fiebre. Todo volvió violentamente al presente.

"Le hablaba del artículo del *Corriere*... En él se decía que un comisario de Vigàta, el mismo que había encontrado los cadáveres, no sólo había conseguido identificar a los dos jóvenes asesinados sino que, además, había descubierto que el perro de terracota se llamaba Kytmyr. Entonces tuve la seguridad de que usted conocía la existencia de mi tesis de licenciatura. Lo cual significaba que me estaba enviando un mensaje. Me ha costado mucho convencer a mis hijos de que me dejaran venir solo. Les he dicho que, antes de morir, quería volver a ver los lugares donde había nacido y vivido en mis años mozos.

Montalbano no acababa de entenderlo e insistió.

—¿Así que todos, en su casa, sabían que era usted de Vigàta?

—¿Por qué hubiera tenido que ocultarlo? Jamás me cambié de nombre

ni tuve documentación falsa.

—¿Quiere decir que usted consiguió desaparecer sin quererlo?

—Exactamente. A uno se lo encuentra cuando los demás necesitan o tienen intención de encontrarlo... De todos modos, me tiene que creer si le digo que siempre he vivido con mi nombre y apellido, he hecho oposiciones, las he ganado, he enseñado, me he casado, he tenido hijos y tengo nietos que llevan mi apellido. Estoy retirado y mi recibo de jubilación está a nombre de "Calogero Rizzitano, nacido en Vigàta".

—¡Pero alguna vez habrá tenido que escribir al Ayuntamiento, a la universidad para obtener los documentos necesarios!

—Pues claro, he escrito y me los han enviado. Señor comisario, no cometa un error de perspectiva histórica. Entonces nadie me buscaba.

—Usted ni siquiera ha cobrado el dinero que el Ayuntamiento le debe por la expropiación de sus tierras.

—Ahí está. Llevo más de treinta años sin mantener contacto con Vigàta. Porque, a medida que uno envejece, los documentos de su lugar de nacimiento cada vez son menos necesarios. Sin embargo, los que eran necesarios para cobrar el dinero de la expropiación eran más peligrosos. Era posible que alguien se hubiera acordado de mí. Y yo, en cambio, hacía mucho tiempo que había cortado mi relación con Sicilia. No quería, y no quiero, tener nada más que ver con ella. Si con un aparato especial me quitaran la sangre que me circula por dentro, sería feliz.

—¿Le gustaría pasear un poco por la orilla del mar? —preguntó Montalbano cuando Rizzitano terminó de comer.

Cuando llevaban cinco minutos paseando, Rizzitano, con una mano apoyada en un bastón y la otra en el brazo de Montalbano, preguntó:

—¿Me quiere decir cómo consiguió identificar a Lisetta y a Mario? ¿Y cómo hizo para averiguar que yo estaba metido en el asunto?

"Perdone, pero me cuesta caminar y hablar al mismo tiempo.

Mientras Montalbano le contaba todo lo sucedido, el anciano hacía de vez en cuando una mueca, como queriendo decir que las cosas no habían ocurrido de aquella manera.

El comisario notó de repente que el peso del brazo de Rizzitano sobre el suyo era más fuerte; se había dejado llevar por la historia sin darse cuenta de que el anciano ya estaba cansado del paseo.

—¿Quiere que volvamos a casa?

Se sentaron de nuevo en el banco de la galería.

—Bueno, ¿quiere decir me cómo ocurrieron las cosas exactamente? —preguntó Montalbano.

—Pues claro, para eso he venido. Pero me cuesta mucho esfuerzo.

—Yo trataré de ahorrárselo. Lo vamos a hacer así: yo le diré lo que he imaginado y usted me corregirá si me equivoco.

—De acuerdo.

—Bien, un día, a principios de julio del 43, Lisetta y Mario vienen a ve-

do al chalé que usted tiene al pie del Crasto, donde vive momentáneamente solo. Lisetta se ha fugado de Serradifalco para reunirse con su novio Mario Cunich, un marino del buque nodriza *Pacinotti*, que en cuestión de unos días tiene que zarpar...

El viejo levantó una mano y el comisario se detuvo.

—Perdone, las cosas no ocurrieron así. Yo lo recuerdo todo hasta en sus más mínimos detalles. La memoria de los viejos, cuanto más tiempo pasa, más nítida es. Y más despiadada. La noche del 6 de julio hacia las nueve, oí que llamaban desesperadamente a la puerta. Fui a abrir y me encontré delante a Lisetta, que había huido. La habían violado.

—¿Durante el viaje desde Serradifalco a Vigàta?

—No. Su padre, la víspera.

Montalbano no se atrevió a decir nada.

—Y eso es sólo el principio, lo peor aún no había ocurrido. Lisetta me había revelado que su padre, el tío Stefano tal como yo lo llamaba, pues éramos parientes, de vez en cuando se tomaba ciertas libertades con ella. Un día Stefano Moscato, que había salido de la cárcel y se había refugiado con los suyos en Serradifalco, descubrió las cartas que Mario le escribía a su hija. Le dijo que le quería decir una cosa muy importante, se la llevó al campo, le arrojó las cartas a la cara, le pegó y la violó. Lisetta era... jamás había estado con un hombre. No armó un escándalo, tenía unos nervios de acero. Al día siguiente huyó sin más y me vino a ver a mí, que era para ella más que un hermano. A la mañana siguiente fui al pueblo para comunicarle a Mario la llegada de Lisetta. Mario se presentó a primera hora de la tarde, los dejé solos y me fui a dar un paseo por el campo. Regresé sobre las siete, Lisetta estaba sola, Mario había regresado al *Pacinotti*. Cenamos y después nos asomamos a la ventana para contemplar los fuegos artificiales, o eso parecían, de una incursión sobre Vigàta. Lisetta se fue a dormir a mi dormitorio del piso de arriba. Yo me quedé abajo, leyendo un libro a la luz de un quinqué. Fue entonces cuando...

Rizzitano se detuvo, cansado, y lanzó un profundo suspiro.

—¿Quiere un vaso de agua?

El anciano pareció no haberlo oído.

—... fue entonces cuando oí a alguien que gritaba algo desde lejos. O, mejor dicho, al principio me pareció que era un animal que se quejaba, un perro que aullaba. Pero era el tío Stefano, llamando a su hija. Era una voz que me heló la sangre en las venas, la voz desgarrada y desgarradora de un amante cruelmente abandonado que sufría y gritaba su dolor como un animal, no la voz de un padre que busca a su hija. Me estremecí. Abrí la puerta, reinaba una oscuridad absoluta. Le grité que estaba solo y le pregunté por qué buscaba a su hija en mi casa. Me lo encontré de repente delante, como una catapulta; estaba enloquecido, temblaba y nos insultaba a mí y a Lisetta. Traté de calmarlo, me acerqué. Me pegó un puñetazo en la cara y caí hacia atrás, aturdido. Ahora vi que sostenía en la mano un revólver, decía

que me iba a matar. Cometí un error, le eché en cara que quisiera a su hija para volver a violarla. Me pegó un tiro, pero falló pues estaba demasiado trastornado. Apuntó mejor, pero, en aquel momento, se oyó otro disparo. Yo tenía en mi dormitorio, junto a la cama, un fusil de caza cargado. Lisetta lo había tomado y, desde lo alto de la escalera, había disparado contra su padre. Tío Stefano resultó alcanzado en un hombro; se tambaleó y el arma se le cayó de la mano. Fríamente, Lisetta le exigió que se fuera si no quería que ella acabara con él allí mismo. No me cupo la menor duda de que no vacilaría en hacerlo. Tío Stefano miró largo rato a su hija a los ojos, después empezó a gemir con la boca cerrada... creo que no sólo por la herida... dio media vuelta y salió. Atranqué todas las puertas y ventanas. Estaba aterrorizado y fue Lisetta quien me dio ánimos y fuerza.

"Permanecemos encerrados también a la mañana siguiente. Hacia las tres llegó Mario, le contamos todo lo ocurrido con el tío Stefano y entonces él decidió pasar la noche con nosotros, no quería dejarnos solos, pues estaba seguro de que el padre de Lisetta lo volvería a intentar. Hacia la medianoche se desencadenó sobre Vigàta un terrible bombardeo, pero Lisetta estaba tranquila porque su Mario se encontraba con ella. La mañana del 9 de julio fui a Vigàta para ver si la casa que teníamos en el pueblo estaba todavía en pie. Le encarecí a Mario que no abriera la puerta a nadie y que tuviera el fusil al alcance de la mano. —Hizo una pausa. —Tengo la garganta seca.

Montalbano corrió a la cocina y regresó con un vaso y una jarra de agua fresca. El anciano tomó el vaso con ambas manos, sacudido por un fuerte temblor. El comisario se compadeció profundamente de él.

—Si quiere, descanse un ratito y después seguimos.

El viejo denegó con la cabeza.

—Si descanso, ya no sigo. Me quedé en Vigàta. La casa no había sido destruida, pero reinaba un gran desorden por doquier... marcos de puertas y ventanas arrancados como consecuencia de los violentos desplazamientos de aire, muebles volcados, cristales rotos. Procuré ordenado todo lo mejor que pude y trabajé casi hasta la noche. En la entrada no encontré la bicicleta, me la habían robado. Regresé a pie al Crasto, una hora de camino. Tenía que caminar iasta por el borde de la carretera provincial porque se registraba un gran movimiento de vehículos militares italianos y alemanes en ambas direcciones. Justo cuando estaba a punto de llegar a la altura del sendero que conducía al chalé, aparecieron seis cazabombarderos americanos que empezaron a ametrallararlo y destrozarlo todo. Los aparatos volaban muy bajo y emitían un rugido de trueno. Me arrojé al interior de una zanja e inmediatamente fui alcanzado con gran fuerza en la espalda por un objeto que, al principio, creí que era una piedra de gran tamaño arrojada por la explosión de una bomba. Pero no era eso sino una bota militar en cuyo interior había un pie cercenado un poco por encima del tobillo. Me levanté de un salto, enfilé el sendero, pero tuve que detenerme para vomitar. Las piernas no me sostenían, caí dos o tres veces mientras a mis espaldas disminuía el rugido de los

aviones y se oían con más claridad los gritos, los quejidos, las plegarias y las órdenes entre los camiones en llamas. En el momento en que pisaba el vestíbulo de mi casa, se oyeron en el piso de arriba dos disparos con un intervalo muy breve entre uno y otro. "El tío Stefano", pensé, "ha conseguido entrar en la casa y ha cumplido su venganza." Cerca de la puerta había una gran barra de hierro que utilizábamos para atrancarla. La tomé y subí sin hacer ruido. La puerta de mi dormitorio estaba abierta; un hombre, situado un poco más allá del umbral, se encontraba de espaldas a mí con un revólver en la mano. —El anciano no había levantado ni una sola vez la vista hacia el comisario. Ahora, en cambio, lo miró directamente a los ojos. —Según usted, ¿tengo cara de asesino?

—No —contestó Montalbano—. Y si se refiere al que estaba en la habitación con un arma en la mano, tranquilícese, usted actuó en estado de necesidad y en legítima defensa.

—El que mata a un hombre, mata a un hombre, todo eso que usted me dice son fórmulas legales para después. Lo que cuenta es la voluntad del momento. Y yo quise matar a ese hombre independientemente de lo que les hubiera hecho a Lisetta y a Mario. Levanté la barra y le descargué con todas mis fuerzas un golpe en la nuca, en la esperanza de romperle la cabeza. Al desplomarse, el hombre me permitió ver la cama. Encima de ella estaban Mario y Lisetta, desnudos y abrazados en un mar de sangre. Los debía de haber sorprendido el bombardeo que había tenido lugar muy cerca de la casa mientras hacían el amor y se habían abrazado, impulsados por el miedo. Por ellos ya no se podía hacer nada. Quizá se podía hacer algo por el hombre que yacía agonizante en el suelo, detrás de mí. De un puntapié lo volví boca arriba: era un sicario del tío Stefano, un delincuente. Con la barra le convertí sistemáticamente la cabeza en papilla. Después enloquecí. Empecé a pasear de habitación en habitación, cantando.

"¿Usted ha matado alguna vez a alguien?"

—Sí, por desgracia.

—Dice "por desgracia", lo cual significa que no le produjo ninguna satisfacción. Yo, en cambio, más que satisfacción, experimenté una sensación de júbilo. Estaba contento, le he dicho que cantaba. Después me hundí en una silla, dominado por el horror, el horror de mí mismo. Me odiaba. Habían conseguido convertirme en un asesino y yo no había sido capaz de resistir; es más, me alegraba enormemente de ello. La sangre que circulaba por mis venas estaba infecta, por más que yo hubiera intentado purificada con la razón, la educación, la cultura y todo lo que usted quiera. Era la sangre de los Rizzitano, de mi abuelo, de mi padre, hombres de quienes las personas honradas del pueblo preferían no hablar. Como ellos y peor que ellos... Después, en mi delirio, di con una posible solución. Si Mario y Lisetta hubieran seguido durmiendo, todo aquel horror jamás hubiera ocurrido. Una pesadilla, un mal sueño. Entonces...

El anciano ya no podía más y Montalbano temió que le diera un ataque.

—Sigo yo.—Tomó los cadáveres de los dos jóvenes, los llevó a la cueva y los limpió.

—Sí, pero decido es muy fácil. Tuve que llevados al interior de la cueva primero a uno y después al otro. Estaba agotado y literalmente empapado de sangre.

—La segunda cueva, en la que usted depositó los cuerpos, se había utilizado quizá para almacenar productos destinados al mercado negro?

—No. Mi padre había cerrado la entrada con unas piedras, en seca. Yo las quité y después las volví a colocar en su sitio. Para ver, utilicé linternas, en el campo teníamos muchas. Ahora tenía que encontrar los símbolos del sueño, los de las leyendas. Lo de la vasija de arcilla y el cuenco con las monedas fue muy fácil, pero, ¿y el perro? En Vigàta, en la última Navidad...

—Sí, lo sé —lo interrumpió Montalbano—. Cuando se celebró la subasta, alguien de su familia lo compró.

—Mi padre. Pero, como a mi madre no le gustaba, lo guardaron en un trastero de la bodega. Me acordé de él. Cuando terminé, cerré la cueva grande con la roca que hacía las veces de puerta; ya era noche cerrada y me sentía casi en paz. Ahora Lisetta y Mario dormían de verdad, no había sucedido nada. Por eso, el cadáver que yacía en el piso de arriba ya no me impresionó, no existía, era fruto de mi imaginación, trastornada por la guerra.

"De pronto, se desencadenó el fin del mundo. La casa vibraba por efecto de los impactos que se estaban produciendo a pocos metros de allí, pero no se oía el rugido de los aviones. Eran los barcos, disparando desde el mar. Salí corriendo. Temí quedar sepultado bajo los escombros en caso de que el chalé resultara alcanzado. Por el horizonte parecía que estuviera despuntando el día. ¿Qué era toda aquella luz? El chalé estalló casi a mis espaldas, un fragmento me alcanzó la cabeza y me desmayé. Cuando abrí de nuevo los ojos, la luz del horizonte era más intensa y se oía un retumbo lejano y constante. Conseguí arrastrarme hasta la carretera, hacía gestos, pero ningún vehículo se detenía. Todos estaban huyendo. Corrí peligro de ser arrollado por un camión. Este camión frenó y un soldado italiano me subió. Por lo que decían, comprendí que los americanos estaban desembarcando. Les supliqué que me llevaran con ellos, dondequiera que fueran. Lo hicieron. Lo que me ocurrió después no creo que le interese... Estoy agotado.

—¿Quiere recostarse un rato?

Montalbano tuvo casi que llevado en brazos y lo ayudó a quitarse la ropa.

—Le pido perdón —le dijo— por haber despertado a los durmientes y haberlo devuelto a usted a la realidad.

—Tenía que ocurrir.

—Su amigo Burgio, que tanto me ha ayudado, se alegraría mucho de verlo.

—Yo, no. Y si no hay nada en contra, usted tendría que fingir que yo jamás he venido.

—Por supuesto que no hay nada en contra.

—¿ Necesita algo más de mí?

—Nada. Decide tan sólo que le estoy profundamente agradecido por haber contestado a mi llamada.

No tenían nada más que decirse. El anciano consultó su reloj casi como si se lo quisiera introducir en los ojos.

—Vamos a hacer una cosa... Yo duermo una horita, usted me despierta, llama un taxi y me vaya punta Ràisi.

Montalbano cerró los postigos de la ventana y se encaminó hacia la puerta.

—Disculpe un momento, comisario. —El anciano había sacado una fotografía de la cartera que había dejado en la mesita de noche; se la mostró al comisario. —Ésta es mi última nieta, tiene diecisiete años y se llama Lisetta.

Montalbano se acercó a un resquicio que dejaba pasar algo de luz. De no haber sido por los vaqueros que llevaba y la motocicleta en la que estaba apoyada, aquella Lisetta era el vivo retrato de la otra Lisetta. El comisario le devolvió la fotografía a Rizzitano.

—Le pido nuevamente disculpas, ¿podría traerme otro vaso de agua?

Sentado en la galería, Montalbano contestó a las preguntas que su cabeza de lince estaba formulando. El cuerpo del sicario, a pesar de haber sido encontrado bajo los escombros, no se habría podido identificar. Los padres de Lillo o bien creyeron que los restos eran los de su hijo o aceptaron la versión del campesino, según la cual unos militares lo habían recogido moribundo. Pero, al no haber dado más señales de vida, debieron de suponer que había muerto en algún sitio. Para Stefano Moscato, los restos pertenecían al sicario que, tras haber cumplido su misión, es decir, matar a Lisetta, Mario y Lillo y haber hecho desaparecer sus cuerpos, había regresado al chalé para robar algo, pero había sido alcanzado por el bombardeo.

En la certeza de que Lisetta había muerto, el padre sacó de la manga la historia del soldado americano. Pero su pariente de Serradifalco, al regresar a Vigàta, no se la había creído y había cortado las relaciones con él. El montaje fotográfico le hizo recordar a Montalbano la foto que el anciano le había mostrado. Sonrió. Las afinidades electivas eran un juego tan tosco como las circunlocuciones insondables de la sangre, capaz de otorgar peso, cuerpo y aliento a la memoria. Consultó el reloj y experimentó un sobresalto. Ya había transcurrido más de una hora. Entró en el dormitorio. El viejo estaba disfrutando de un sueño apacible, su respiración era ligera y su semblante aparecía sereno y tranquilo. Estaba viajando por el país de los sueños sin la molestia de un equipaje. Podía dormir todo el rato que quisiera, pues en la mesita de noche tenía la cartera con el dinero y un vaso de agua. Recordó el perro de peluche que le había comprado a Livia en Pantelleria. Lo encontró encima de la cómoda, escondido detrás de una caja. Lo tomó y lo depositó

en el suelo, a los pies de la cama. Después cerró despacito la puerta, a sus espaldas.

Nota del autor

"La idea de escribir esta historia se me ocurrió cuando, en atención a dos alumnos egipcios de dirección cinematográfica, estudiamos en clase la obra *La gente de la cueva*, de Taufik—al—Hakim.

Considero por tanto apropiado dedicársela a todos mis alumnos de la Accademia Nazionale d' Arte Drammatica Silvio d'Amico, donde imparto cursos de dirección desde hace más de veintitrés años.

Resulta muy aburrido repetir, en todos los libros que se publican, que los hechos, personajes y situaciones son imaginarios. Pero juzgo necesario hacerla. Y quiero añadir que los nombres de mis personajes se deben a asonancias divertidas, sin ninguna intención maliciosa.